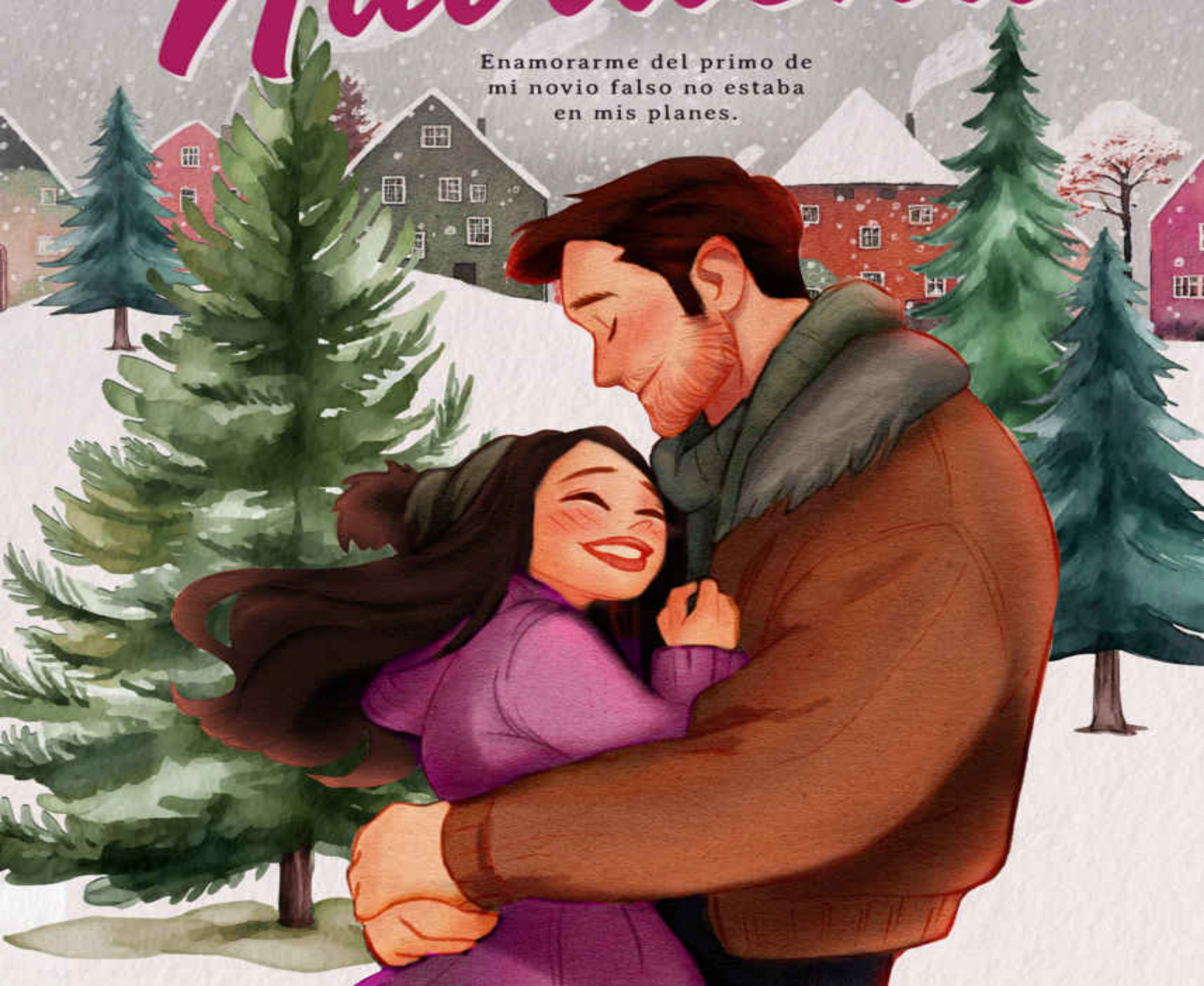
RACHEL KAYE

La Farsa Navideña

Enamorarme del primo de mi novio falso no estaba en mis planes.



La Farsa Navideña

Rachel Kaye

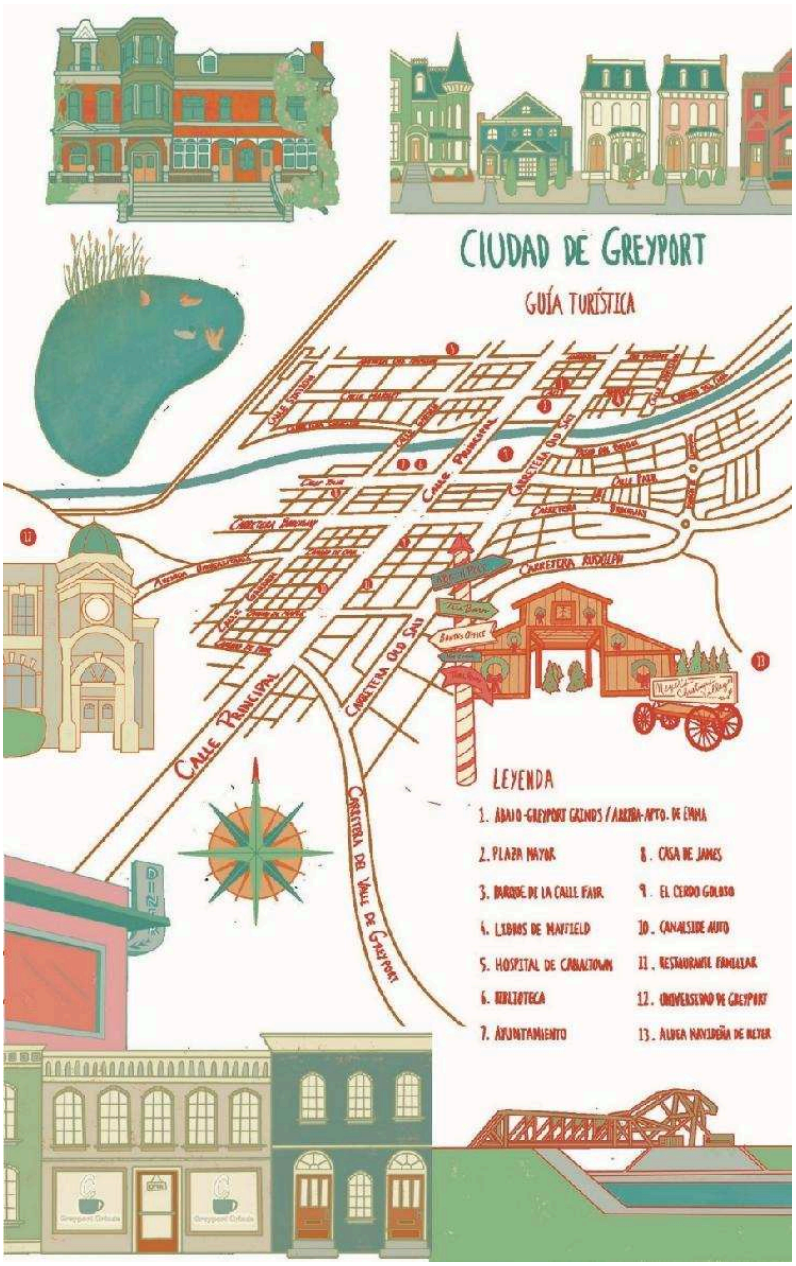
Copyright © 2025 por Rachel Kaye
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mediante fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, salvo en los casos permitidos por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos. Para solicitar permisos, contactad con Book & Brew Creative, LLC.

La historia, así como todos los nombres, personajes y sucesos representados en esta obra, son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios o productos es pura coincidencia.

ISBN: 979-8-9910837-9-9

Cubierta del libro: Sarah Hansen, de Okay Creations.
Edición: Jenn Lockwood Editing.
Mapa e ilustraciones interiores: Alyssa Kurtzworth.
Traducción y correción en español: Daniela Campos de Tralitver.
Maquetación: Daniela Campos de Tralitver.
Otras ilustraciones: Daniela Campos de Tralitver.


CIUDAD DE GREYPORT
GUÍA TURÍSTICA
CALLE PRINCIPAL
CARRETERA OLD SAN
CARRETERA DEL VALLE DE GREYPORT
LEYENDA
1. ABAJO-GREYPORT CAUNDS / ARRIBA-APTO. DE EMMA
2. PLAZA MAYOR
3. BARCOS DE LA CALLE FAIR
4. LIBROS DE MAYFIELD
5. HOSPITAL DE CABALTOWN
6. BIBLIOTECA
7. AYUNTAMIENTO
8. CASA DE JAMES
9. EL CERDO GOLOSO
10. CANALSIDE AUTO
11. RESTAURANTE FAMILIAR
12. UNIVERSIDAD DE GREYPORT
13. ALDEA NAVIDEÑA DE OLIVER

A mis mejores amigas escritoras y mamás: gracias por vuestro apoyo y ánimo constantes. Este libro no existiría sin vosotras.

Y a Tom: el héroe de esta historia tiene barba. No digo que sea por ti… pero tampoco que no lo sea.
Te amo infinitamente.

Índice

Índice

Capítulo 1

Emma

Capítulo 2

Emma

Capítulo 3

James

Capítulo 4

Emma

Capítulo 5

Emma

Capítulo 6

James

Capítulo 7

James

Capítulo 8

James

Capítulo 9

Emma

Capítulo 10

Emma

Capítulo 11

James

Capítulo 12

Emma

Capítulo 13

Emma
Capítulo 14
Emma
Capítulo 15
Emma
Capítulo 16
James
Capítulo 17
Emma
Capítulo 18
Emma
Capítulo 19
James
Capítulo 20
James
Capítulo 21
Emma
Capítulo 22
Emma
Emma
Capítulo 23
Emma
Capítulo 24
James
Capítulo 25
Emma
Capítulo 26
James

Capítulo 27
Emma
Capítulo 28
Emma
Capítulo 29
James
Capítulo 30
Emma
Capítulo 31
James
Capítulo 32
James
Capítulo 33
Emma
Capítulo 34
Emma
Capítulo 35
Emma
Capítulo 36
James
Capítulo 37
Emma
Capítulo 38
Emma
Capítulo 39
James
Capítulo 40
Emma

Capítulo 41
Emma
Capítulo 42
Emma
Capítulo 43
James
Capítulo 44
Emma
Capítulo 45
James
Capítulo 46
Emma
Capítulo 47
James
Capítulo 48
Emma
Capítulo 49
James
Capítulo 50
James
Capítulo 51
Emma
Capítulo 52
James
Capítulo 53
James
Capítulo 54
Emma

Capítulo 55
James
Capítulo 56
James
Capítulo 57
Emma
Capítulo 58
James
Capítulo 59
Emma
Capítulo 60
Emma
Capítulo 61
James
Capítulo 62
Emma
Capítulo 63
Emma
Capítulo 64
James
Capítulo 65
Emma
Capítulo 66
James
Capítulo 67
Emma
Capítulo 68
Emma

Capítulo 69
Emma
Capítulo 70
James
Capítulo 71
Emma
Capítulo 72
James
Capítulo 73
Emma
Epílogo
Seis meses después
Emma
James
Sobre la Autora

Capítulo 1
Emma

—Ven a sentarte en el regazo de Papá Noel como la chica mala que sé que eres. O alguien acabará en la lista de los traviesos…

La puerta del coche se abrió de golpe y las sucias palabras resonaron por todo el garaje.

—Mierda, mierda, mierda —dije mientras corría a silenciar el altavoz del coche.

Podía oír mi corazón bombeando en mis oídos mientras ignoraba deliberadamente la sonrisa cómplice del mecánico.

Quizá aún no fuera tarde para volver a casa; un eco del mantra habitual de mi madre. Llevaba tres meses viviendo en Greyport y probablemente había oído a Linda Hartwell, reina del Chantaje Emocional, repetirlo al menos dos veces al día, junto con una buena dosis de «¿Quién acepta un trabajo en una biblioteca diminuta al otro lado del estado?» y «Ese coche destartalado no te durará ni una semana en la nieve».

A decir verdad, no se había equivocado en lo del coche, de ahí la visita al taller local, Canalside Auto. Esperaba desesperadamente que aceptasen clientes sin cita y que ofreciesen descuentos importantes a nuevos residentes de Greyport.

—¿Ese es el ruido que decías que hacía al encender la calefacción?

Por supuesto que el mecánico iba a tener gracia, además de estar buenísimo: alto, moreno y con un mínimo rastro de barba que probablemente rasparía de maravilla mi piel. Normalmente no me atraían los tíos de cuello azul, tampoco es que haya tenido el tiempo para cualquier tipo de tío, pero con este podría hacer una excepción.

Además, se suponía que estaba en pleno proceso de salir de mi zona de confort. Ampliar horizontes, conocer gente nueva. No es que hubiera tenido mucho éxito últimamente, pero, aun así, estaba comprometida. Puede que mamá no lo entendiera, pero mirar de frente a la mortalidad solía dejar huella.

—Es un audiolibro, nada más —balbuceé una explicación, rezando para que no notara mis mejillas sonrojadas—. Una, eh… amiga cogió mi coche anoche y debió haberlo dejado puesto.

—¿No has sido tú la que ha conducido hasta aquí? —me pilló en plena mentira. ¿Es que no conocía la regla no escrita de dejar pasar esas cosas, de ahorrarle a una la vergüenza?

—Eh… sí —No tenía sentido inventar otra excusa, no cuando estaba claro que el audiolibro erótico de Papá Noel estaba sincronizado con mi móvil.

La verdad era que lo más ridículo de todo ese relato de ficción era la idea de que tuviera alguna amiga en Greyport, y ya no digamos una lo bastante cercana como para prestarle mi trasto de coche. Mi confidente más íntimo en este pueblo era un banco mugriento del parque.

—¿Tienes planes para después?

Levanté la cabeza de golpe y me encontré con la mirada del mecánico.

—¿Me estás invitando a salir ahora mismo? —Estaba hecha un desastre, con el pelo encrespado por todas partes y sudando bajo las gruesas capas de mi sudadera a rayas. Desde luego, no iba precisamente vestida para matar.

—Lo intento —dijo encogiéndose de hombros antes de empujar el asiento del conductor hacia atrás para dejar espacio a sus largas piernas.

—¿Siquiera sabes cómo me llamo? —Había dado mi nombre al registrarme en recepción, pero no había parecido prestarle mucha atención. Levantó la vista desde el asiento y sonrió, con la comisura derecha de la boca un poco más levantada que la izquierda.

La nueva y mejorada versión de Emma podía imaginarse besando esa boca.

—¿Quieres decírmelo?

—¿Eh?

Me miró durante un segundo, esperando.

Ah. Quería mi nombre.

—Emma.

—Pues, Emma, yo soy Harrison. ¿Qué te parece? Echo un vistazo a esto y, más tarde, vemos si puedo aprender alguna habilidad nueva del libro de tu… amiga.

Dicho esto, pulsó el botón para encender la radio del coche, y los sonidos de mi audiolibro volvieron a llenar el aire.

Quizá la nueva Emma estuviera metiéndose en algo que la superaba.



Aparqué mi coche ya arreglado frente a una casa victoriana azul desvaído mientras el GPS del móvil confirmaba mi llegada a la dirección que me había dado Harrison. Había localizado y reparado rápidamente el ruido misterioso del coche antes de que intercambiáramos números y acordáramos vernos a las nueve.

La hora tardía no hacía sino confirmar lo que ambos sabíamos: esto no era una cita. Tenía que admitir que había esperado algo más de cortejo antes de llegar a la fase de irnos a casa juntos. Aunque se suponía que debía probar cosas nuevas, tachar cosas de mi lista, la decepción seguía presente.

Metí la mano en el bolsillo de mi fino abrigo y palpé el trozo de papel de libreta escondido antes de sacarlo.

La hoja, ya familiar, estaba frágil de tanto doblarla y desdoblarla. La había escrito entre copas de vino la primera noche que pasé en mi apartamento sin internet ni tele, con solo mis posibles remordimientos como compañía.

Recorrí con el dedo anular las palabras escritas con tinta corrida.

CÓMO HACER AMIGOS

- Hazte amiga de tus compañeros
- Únete a un grupo
- Apúntate a una liga deportiva
- Apúntate al gimnasio
- Adopta un perro
- Pasea por el mercado local
- Ve de excursión
- Di SÍ a todo

No había cumplido con ni una sola de las tareas, pero esperaba que esta noche fuera un buen punto de partida. No había hecho la lista pensando en

tener un polvo ocasional, pero si entrecerraba los ojos lo suficiente, podía considerarse que entraba en la categoría de «di SÍ a todo».

Y quizá Harrison tuviera algún amigo que estuviera dispuesto a compartir.

Me llegó una notificación al móvil, de mi madre, pero la descarté sin abrirla. Tenía miedo de que cualquier distracción me desviara del camino.

Inhalando profundo, dejé la lista en el salpicadero, salí del coche de un salto y avancé con pasitos cortos por el camino bien despejado. La puerta acristalada vibró bajo mis nudillos cuando golpeé la madera, arrancándome la tirita metafórica de golpe. Harry abrió casi al instante, ya sin camiseta y sin perder tiempo.

Aparentemente, solo uno de los dos estaba teniendo una crisis existencial.

Con un breve saludo y un tirón de su mano sudorosa, me arrastró hacia dentro.

La presión repentina de su boca sobre la mía me recorrió el cuerpo como una descarga eléctrica. ¿Eran todos los rollos de una noche así de… bruscos? Tenía los labios fríos y un poco agrietados. Y eso era… mucha lengua. Aun así, no había sido el peor primer beso de la historia. Podía trabajar con ello.

Con Harrison guiando, repetí mentalmente el mantra «di SÍ» mientras subíamos por una escalera hasta un dormitorio.

O tal vez fuera el lugar donde asesinaba a sus víctimas. A fin de cuentas, no lo conocía. Debería haber hecho lo que otras mujeres aparentemente hacían y haber mandado una foto de la matrícula o de la dirección a algún amigo. Nunca había conocido a nadie que lo hiciera, fuera de libros y películas, pero seguro que era un cliché por algo.

No se me ocurría un solo amigo al que pudiera mandarle algo así. La mayoría de mis amigos del pueblo estaban emparejados con los mismos hombres o mujeres desde el instituto o la universidad, y se habían librado de los encuentros anónimos. La idea de que ser asesinados por un ligue de una noche no se les pasaba ni por la cabeza. Pero quizá yo estuviera a punto de convertirme en la excepción.

El borde afilado de la cama me presionó detrás de las rodillas, haciéndome detenerme.

—Espera —apoyé los antebrazos sobre los hombros anchos de Harrison cuando se inclinó para levantarme de las caderas y sentarme sobre el colchón.

—¿Sí? —resopló las palabras entre sus labios carnosos y brillantes. Puede que no besara con mi mismo estilo, pero el chico tenía una boca bonita.

—¿No serás, yo qué sé, un asesino en serie o algo así, verdad?

—Que yo sepa, no —dijo riéndose. Sus abdominales se marcaban con el movimiento.

Seguro que se machacaba en el gimnasio. Tendría que preguntarle cuál era el mejor gimnasio de Greyport, por lo de tachar esa tarea de la lista. A pesar de que algunas cadenas locales ofrecían descuentos, la opción más asequible seguía estando fuera de mi presupuesto. Las facturas médicas y los gastos de mudanza se habían comido la mayoría de mis ahorros. Y la Biblioteca Pública de Greyport no pagaba precisamente una fortuna por alguien que se encargara de su alcance comunitario y la programación.

Me tragué una punzada de inseguridad al quitarme la camiseta, que voló hacia el cesto de la ropa sucia de Harrison. Él había estado lo bastante interesado como para invitarme a salir.

Mis vaqueros y la sudadera no habían disimulado que no era una fanática del fitness, precisamente.

—Emma.

Volví a centrarme en el hombre semidesnudo que tenía delante.

—Sal de tu cabeza, ¿vale? Se supone que esto es para pasarlo bien, ¿sí?

Asentí, decidida a vivir el momento mientras acercaba su cabeza a la mía y dejaba que el contacto piel con piel me arrastrara.

Capítulo 2
Emma

Las sábanas enviaron un picor por mi piel mientras despertaba junto a un Harrison que aún dormía. Giré la cabeza hacia las luces rojas del reloj para comprobar la hora.

Las tres de la madrugada.

Me había quedado dormida después de la segunda ronda de sexo. No había estado mal, teniendo en cuenta que había sido nuestra primera vez. Harrison era atractivo y tenía talento en lo que a hacer el amor se refiere. Aun así, no sentía muchas ganas de repetir la experiencia, y tenía la impresión de que él tampoco. No hubo ninguna explosión de química, ni una necesidad apremiante de repetir.

Mi turno en la biblioteca no empezaba hasta las nueve, y aunque Harrison había dicho que podía quedarme a dormir, la idea de quedarme hasta la mañana no me terminaba de convencer.

Me deslicé con cuidado de debajo de su brazo, ya que él era de los que se acurrucan, y empecé a recoger mi ropa en silencio. Harrison había cerrado la puerta de su habitación durante la noche, pero un leve rayo de luz se filtraba desde el pasillo, iluminando la habitación lo justo para ayudarme a buscar.

Reprimí un escalofrío al posar los pies desnudos sobre el suelo de madera. Por suerte, encontré los calcetines primero, justo debajo del marco de la cama. Al poco, localicé mis zapatillas, agarrándolas por los laterales de lona mientras con la otra mano buscaba el bolso.

Harrison no se movió cuando abrí la puerta lo justo para escabullirme. Cerrándola con cuidado tras de mí, bajé de puntillas la escalera hasta la entrada.

—¿Quién coño eres tú y qué haces en mi casa?

Mis zapatillas y el bolso salieron volando, su contenido esparciéndose por el suelo con un estrépito. Un retrato de una mujer mayor morena, con un jersey rosa pálido y un fino collar de oro, se torció, a punto de caerse de la pared.

La silueta de un hombre alto, de anchos hombros, se alzaba sobre mí. Estaba a la izquierda de la puerta, bloqueando la única salida.

Sentí el sabor de la adrenalina, inmóvil.

¿Había salido ilesa de mi aventura de una noche solo para acabar asesinada por un intruso?

—Repito, ¿qué haces en mi casa? —gruñó el hombre en la sombra.

Vale, al parecer, no era un intruso. Ahora este tipo pensaba que la criminal era yo.

—Eh… —Miré hacia lo alto de la escalera, deseando que Harrison apareciera para explicarle a este desconocido que no había entrado a la fuerza.

¿Y si Harrison estaba casado con este tipo? ¿Había quedado marcada como rompehogares por cumplir el primer punto de mi lista?

—¿Tu respuesta es «eh»? ¿En serio? Deja de mirar hacia arriba esperando a que él te salve. Ya he deducido que estás aquí con Harry. No sabía que estaba tan desesperado, pero ya nada me sorprende de él.

Espera, ¿qué cojones?

—¿Perdona? —pregunté, notando los músculos de mi espalda tensarse.

El desconocido soltó una carcajada. A pesar del evidente sarcasmo, tenía una risa grave y envolvente. Me fastidió darme cuenta de ello. Una risa agradable, desperdiciada en un imbécil.

—¿Estás en mi casa y te comportas como si el que molesta soy yo? Qué ironía más grande. —Avanzó hacia mí, deteniéndose al pie de la escalera, y pude verlo mejor.

Su tamaño, evidente incluso desde lejos, se volvía más imponente de cerca. Me sacaba por lo menos treinta centímetros.

Me pegué a la pared cuando se inclinó, acercándose a mi cara. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Pasó su brazo junto a mí y encendió la luz al lado de mi cabeza.

Cuando me recuperé del deslumbramiento, lo vi bien. Piel blanca con un bronceado desvaído, como si pasara tiempo al aire libre, incluso en invierno. No era guapo como Harrison, pero su rostro era impactante. Mandíbula firme, pómulos marcados. Pelo castaño, un poco largo en la nuca. La nariz parecía haber estado rota alguna vez. Hombros anchos bajo

una camisa de franela azul, y una barba corta y cuidada completaban el estilo de leñador.

—¿Ya has terminado de mirarme?

Levanté la vista hacia sus ojos. Eran de un injusto tono ave- llana.

El hombre subió un escalón y abrió la boca:

—¡Harry! —Di un salto por el grito repentino—. ¡Despiértate, miserable!

—Mira —aproveché para agacharme y recoger lo que había salido de mi bolso, retrocediendo al mismo tiempo—. No sabía que estaba en una relación. Lo siento, y yo ya me…

—¿Crees que Harry y yo somos PAREJA? Joder, no. —Su cara se torció de asco.

—Bueno, perdona por asumir algo que te ofenda tanto, homófobo.

¿Por qué demonios estaba discutiendo con este tío? Tenía que irme.

—Gracias por la lección, bonita, pero Harry es mi puto primo.

Aparte de la estatura y que ambos eran hombres blancos de pelo oscuro, no es que se parecieran mucho. No podía culparme por no haberlo deducido.

El primo de Harrison volvió a enfocar toda su rabia hacia la escalera.

—¡Harrison Alfred Klein!

—¡Ey, hola, ¿qué pasa?! —Harrison salió de su habitación, frenando en seco en lo alto del rellano, sujetándose una gorra de béisbol negra delante de sus partes nobles—. ¡Ems, ya veo que has conocido a James!

—¿Pero qué coño, tío? ¿Puedes ponerte unos putos pantalones?

Mi cabeza daba vueltas mientras James, el primo de Harrison, seguía despotricando y el desnudo Harrison se metía a trompicones en su habitación a buscar ropa.

—¿No te pedí que me dieras un puto fin de semana sin que uno de tus ligues invadiera mi espacio? Tengo mierdas importantes el lunes y no necesito a mujeres extrañas rondando por mi casa. Bastante suerte tienes ya de que te deje vivir aquí después de que la última me robara la cartera.

Harrison, ya afortunadamente vestido, bajó hasta el vestíbulo, donde yo seguía plantada junto a James.

Hice lo posible por no estremecerme cuando Harrison me echó el brazo al hombro y me apretó contra su costado con cariño. Se giró hacia su primo

con los ojos brillantes.

—Bueno, verás, Jay, Emma no es solo un ligue. Es mi novia.

Que me hubieran asesinado habría sido mejor.

Capítulo 3
James

Silencioso. Justo como a mí me gustaba. Cerré la puerta del frigorífico de un golpe y saboreé cómo el sonido retumbaba por toda la casa. Harry ya iba camino al trabajo, pero yo no había conseguido volver a dormirme, a pesar de que su «cita» se había marchado hacía ya dos horas.

Mi plan para un mes tranquilo ya se había ido a la mierda.

No me creí ni por un segundo la historia de Harry. No había forma de que esa mujer fuera su novia. Joder, si al principio se pensaba que Harry y yo estábamos casados. Si de verdad estuvieran saliendo, ¿no sabría ella el estado civil de su supuesto novio? O quizás no le importaba, lo cual tampoco la dejaba en muy buen lugar.

Después de una noche como la de ayer, tenía claro que había llegado el momento de pedirle a Harry que buscara su propio sitio. Le había prometido a mi madre, justo antes de que muriera, que cuidaría de mi primo pequeño. Nos quedaba poca familia, con la madre de Harry, mi tía Vicki, viviendo en la otra punta del país. Ninguno de nuestros padres había estado nunca presente. Mi hermana seguía viviendo por aquí, pero tenía un estudio minúsculo, trabajaba en mil cosas a la vez y se ponía a la defensiva en cuanto alguien amenazaba su privacidad. Que Harry se mudara con ella no era una opción.

Así que, como era de esperar, toda la responsabilidad recaía en mí. Era un trabajo ingrato, cuidar de los miembros más jóvenes de la familia, pero se me daba jodidamente bien.

Aunque últimamente me preguntaba a diario por qué mi primo, de casi treinta años, con trabajo estable y sin ningún tipo de discapacidad, seguía necesitando que lo cuidaran. Sospechaba que el problema no era la necesidad, sino que Harry simplemente no quería madurar.

Tras darle un sorbo a mi taza de café, me dispuse a preparar el desayuno. Saqué una caja de huevos del frigorífico y cogí algunas especias de la despensa. Miré lo que tenía, ni de lejos era la proteína suficiente para aguantar mi rutina de gimnasio matutina, y mucho menos el resto del día.

Rebuscando en el cajón inferior del frigo, logré encontrar medio paquete de beicon a punto de caducar. Apenas tenía tiempo para ir a hacer la compra últimamente, con lo liado que estaba con los nuevos encargos de muebles a medida y trabajos de carpintería.

Pero el ritmo frenético valía la pena. Incluso después de doce años al frente de mi empresa, Klein Custom, todavía me asaltaban de vez en cuando los nervios por el dinero. El lunes tenía una reunión importante con uno de los grupos de restauración regionales, McGuire, para hablar sobre el suministro de mobiliario para sus tres locales en la zona de Greyport. Entre bocetos y propuestas tenía la cabeza hecha un lío, pero daba la bienvenida tanto al reto como al ingreso extra.

Esa reunión del lunes era la razón por la que le había pedido a Harry que se calmara un poco con lo de sus invitadas nocturnas. Pareció tomárselo bien cuando se lo propuse hace unas semanas, pero su capacidad de autocontrol siempre había sido lamentable.

No me sorprendía que no lo hubiera cumplido.

Lo que sí me sorprendía era su elección de pareja. La mujer, Emma, no era el tipo habitual de Harry. Vale que era guapa, con esas ondas oscuras escapando de la coleta y las pecas salpicando su piel pálida. Pero había muchas mujeres guapas por ahí. Esta no tenía nada de especial.

No era ingenuo. Sabía que mi primo ligaba en el Maven, el bar local. Pero también sabía con certeza que anoche no se había pasado, porque yo mismo había estado ahí, reuniéndome con mi amigo Ben Till para una noche de cervezas y billar. Rara vez me podía permitir un descanso del trabajo para desconectar. Ben tenía una empresa de jardinería muy solicitada en la zona y estaba ultimando contratos para la nueva temporada. Era de los pocos que entendían mi loca vida de autónomo.

Mientras me zampaba los huevos salados con beicon, mi mente volvió a la supuesta novia de Harry. Había sido molesta e incluso grosera al gritarme en mi propia casa. Apostaría a que no le gustaba estar rodeada de gente. Y apostaría aún más a que la gente tampoco la aguantaba a ella.

Nunca la había visto antes de anoche. Esta zona no recibía muchos turistas, y no había oído hablar de ningún nuevo vecino. Si viviera en Greyport, ya la habría conocido, a no ser que fuera una ermitaña total.

Entonces, ¿por qué coño Harry, el señor Sociable, decía que era su novia? ¿Estaba Emma aprovechándose de él, manipulándolo para que dijera que estaban juntos?

Harry tenía que espabilar, y pronto, si quería aprender a valerse por sí mismo. Y si yo quería recuperar algo de paz y tranquilidad, tenía que llegar hasta el fondo del asunto entre él y Emma.

Y mientras tanto, no quería volver a ver a esa mujer ni asomarse por mi puerta. No pegaba con Harry, y no pegaba en Greyport.

Una vez descubriera qué tramaban los dos, podría concentrarme en lo que de verdad importaba: cerrar el trato con McGuire y cuidar de mi familia.

Capítulo 4
Emma

Normalmente evitaba la cafeína después de la hora de comer, pero a mitad del turno del lunes en la Biblioteca Pública de Greyport ya iba arrastrándome. Saboreé el calor del termo metálico entre las manos, aunque el café que bajaba por mi garganta estaba demasiado caliente. La biblioteca compartía la mitad de un gran edificio de principios del siglo pasado con el Ayuntamiento de Greyport. Como coordinadora de alcance comunitario, había pasado la mayor parte de la mañana en una mesa en el vestíbulo principal del edificio, promocionando algunos de los nuevos programas que estaba desarrollando. El que más ilusión me hacía era un curso básico de informática para personas mayores. Algunas personas se habían mostrado interesadas al leer el calendario, así que esperaba que tuviera buena acogida.

Dios sabía que necesitaba que algo me saliera bien.

Mis padres, en especial mi madre, no entendían por qué había sentido la necesidad de mudarme a la otra punta del estado, a Greyport. Había trabajado a media jornada en la biblioteca de mi ciudad natal, haciendo un trabajo similar, pero el responsable del alcance comunitario no tenía planes de jubilarse y yo necesitaba un puesto a jornada completa con prestaciones. Aun así, el trabajo había sido agradable. No tenía que pagar alquiler a mis padres y hasta podía ver a mis amigos de vez en cuando.

Pero entonces ocurrió el accidente. Iba en bicicleta al trabajo una tarde cuando un hombre mayor, al volante de un enorme sedán azul, salió de la nada. A eso le siguieron meses de operaciones, escayolas, muletas y trabajo duro con terapias físicas y ocupacionales.

Pero aquel coche azul no solo me rompió el cuerpo. También rompió mi mente.

Cuando logré salir de aquel periodo oscuro, justo cuando empezaba a reunir fuerzas para sacar la cabeza del agujero del dolor, encontré la oferta de trabajo en Greyport. Me pareció una señal y me postulé por impulso, sin contarle nada a nadie.

Ni un mes después, ya estaba instalada en mi pequeño apartamento, situado escaleras arriba de la cafetería local, Greyport Grinds. No era gran cosa, pero era algo.

Estaba segura de que mi cagada monumental del viernes por la noche no me iba a ayudar precisamente a caerle bien a los vecinos del pueblo. Tenía la sensación de que James y Harrison eran bastante populares por aquí. El progreso de mi lista «Cómo Hacer Amigos» parecía cada vez menos probable.

A Harrison parecía haberle gustado lo suficiente —al fin y al cabo, había conseguido un polvo sin pena ni gloria, pero satisfactorio—, aunque su extraña declaración de que estábamos saliendo había sido completamente inesperada. No perdí ni un segundo en marcharme después de que anunciara nuestro nuevo estado como pareja. Supuse que estaba desorientado tras ser despertado por su primo chiflado. Mientras yo actuara como si nunca hubiera pasado y dejara pasar suficiente tiempo, él acabaría olvidándolo por completo.

Ahora solo podía rezar para que no se lo contara a nadie más del pueblo. Nunca.

Di otro sorbo de café y deseé que fuera un trago de algo más fuerte que me ayudara a superar la vergüenza que me provocaba el recuerdo. Vaya desastre de primer intento de decir que sí. Las otras tareas de la lista parecían mucho menos apetecibles después de esa experiencia.

Con otro trago bien cargado de cafeína, decidí dejar de culparme. Cierto cascarrabias con camisa de franela también había tenido gran parte de culpa en el desastre. James no había heredado ni una pizca del gen simpático que tenía su primo. Puede que yo no estuviera en mi mejor momento, pero era plena madrugada. Su cuerpo grande y fornido y esa voz ronca habían aparecido de la nada. No se me podía culpar por haberme asustado con ese lunático enfadado.

Si volvía a cruzarme con él (algo que planeaba evitar a toda costa), prometía estar preparada con las respuestas más ingeniosas y los zascas más clásicos del repertorio.

—Hola, Emma, ¿qué tal va todo?

La voz me sacó de mi ensoñación.

Mi jefa, Tracy Watson, se situó a la izquierda de mi pequeña mesa. Tracy era una mujer blanca, alta y delgada, a la que le calculaba unos cuarenta y tantos. Su pelo rubio, largo, tenía algunas canas que le daban unos reflejos brillantes muy favorecedores. También llevaba unas botas de tacón grueso espectaculares que me daban mucha envidia. A pesar de toda la fisioterapia a la que me había sometido, mis piernas nunca estarían listas para retos así.

—Hola, Tracy —dije, poniendo mi voz más alegre—. De momento todo va bien. Ya hay algunos interesados en el curso de informática que empieza el mes que viene.

Tracy sonrió. Su pasión por el trabajo se notaba a kilómetros. Me había contado lo suficiente sobre su trayectoria como para que yo envidiara su estabilidad y su éxito. Mi jefa se había criado en Greyport y se marchó unos años para sacar el máster en Biblioteconomía antes de volver a casa para ejercer lo que ella consideraba su trabajo ideal. Hasta ahora, había demostrado ser una buena jefa, siempre pendiente de que no me sintiera perdida o desatendida.

Ahora solo me faltaba reunir el valor para pedir una silla distinta, o al menos un cojín, porque la que tenía no le sentaba nada bien a mi cadera, pero la sola idea de agitar las aguas me producía acidez.

—Me alegro mucho de oír eso, Emma. Ahora que ya estás más asentada, espero que te animes a venir algún lunes con el resto del equipo a tomar algo. Vamos todos los lunes por la noche al bar-restaurante del pueblo, el Maven, por si no has estado aún. La comida es la típica de un bar, pero las copas están bien y la compañía es aún mejor.

La invitación me provocó un cosquilleo en el estómago. ¿Estaba a punto de tachar la tarea «Hazte amiga de tus compañeros de trabajo» de mi lista? ¿Tan pronto después del desastre?

Mis compañeros solían salir juntos después del trabajo, pero nunca me había atrevido a invitarme yo sola. El pequeño grupo de trabajadores de la biblioteca parecía muy unido. Yo quería formar parte de eso, pero me resultaba tan ajeno como este pueblo. Siempre había tenido un círculo muy reducido, incluso antes de mudarme a Greyport. Los grupos grandes me intimidaban, aunque deseara integrarme.

Pasaba todos los días por delante del Maven, un edificio verde y beige, de camino al trabajo. A pesar del delicioso olor que salía de la parrilla, no

había entrado ni una vez en tres meses. Algo tenía en el hecho de entrar sola a un bar que me hacía sentir como si estuviera sellando mi carnet del Club de los Perdedores Marginados.

Pero ahora tenía una invitación y un grupo. Justo cuando me sentía completamente sola, como si la hubiera fastidiado en Greyport, se me presentaba otra oportunidad.

Hombres bordes y atractivos aparte, quizás sí estaba destinada a estar aquí.

Capítulo 5
Emma

Después de que mi turno terminase oficialmente, pasé por el parque de la calle Fair, a la vuelta de la biblioteca. No tenía mucho tiempo antes de reunirme con Tracy y el resto de mis compañeros, pero necesitaba sentarme y respirar. No había nadie en el pequeño parque. No era precisamente el destino más popular en pleno invierno, un lunes por la noche.

Mi banco favorito, con sus tornillos oxidados y patas inestables, era el sitio perfecto para pensar. Intentaba parar allí al menos una o dos veces por semana. Si el parque estaba vacío, como esta noche, incluso podía hablar en voz alta sobre mis problemas. No estaba tan mal como para haberle puesto nombre al banco, pero me faltaba poco.

Tal vez sí soy miembro del Club de los Perdedores Marginados, después de todo.

Me permití cinco minutos para catastrofizar, para pensar en todas las formas en que la noche podía salir mal mientras me quedaba absorta en el banco, rodeada por un sendero curvado, un estanque de patos helado y una pista de tenis en ruinas. Y luego dejé ir esos pensamientos. Si hubiese tenido un poco más de tiempo y el aire hubiese estado un poco más cálido, me habría quedado más rato. Pero esta noche tenía planes.

Cuando llegué a mi apartamento de una sola habitación, ya iba tarde. Hice un intento superficial de hacerme un delineado de gato en los párpados, con un tutorial de maquillaje abierto en el móvil, antes de rendirme y optar por una simple capa de rímel.

Nota mental: el maquillaje glamuroso no era para mí.

Un poco de sérum en mi pelo oscuro, unos vaqueros negros y un top azul marino completaban el conjunto.

Justo cuando salía por la puerta, recibí un mensaje de mi madre.

MAMÁ: ¿Qué tal el trabajo hoy?

EMMA: Bien y ocupado. ¡Voy a tomar algo con unos compañeros!

MAMÁ: Ah, antes de que se me olvide, Janet me ha dicho que Mei está pensando en jubilarse. ¡Puede que vuelvas a tener trabajo aquí!

Gruñí. Quería a mi madre, pero era incansable.

EMMA: Mamá, ya tengo un trabajo.

MAMÁ: Sin presión, solo quería comentártelo.

Oh, sí que había presión.

EMMA: Vale. Gracias.

Guardé el teléfono antes de volverme loca. No tenía sentido seguir con la conversación si mi madre estaba en uno de sus arranques. Poner límites sanos era todavía un trabajo en proceso.

Cuando aparqué en el estacionamiento trasero, me sorprendió lo lleno que estaba el Maven para ser un lunes por la noche. En cuanto vi la cantidad de camisetas de fútbol americano, todo cobró sentido. La temporada estaba en pleno auge y se acercaban las eliminatorias. No era muy fan del deporte, pero mi padre sí. Algunas cosas se te acaban pegando, especialmente si has vivido con tus padres desde que naciste hasta los veintiséis.

En el pasado, probablemente me habría quedado dándole vueltas a esa idea, machacándome con ella. La Emma de la era de «di SÍ a todo» la dejó pasar y entró en el bar. Sola.

Tracy me vio a los pocos segundos de entrar y me saludó con la mano desde una mesa alta. Estaba situada a la derecha de la gran barra de caoba que ocupaba casi toda la pared del fondo.

—¡Emma! Me alegro tanto de que hayas venido esta noche. Toma —dijo mientras me servía un vaso de cerveza de una jarra grande.

—Oh, eh, gracias. —Acepté el vaso ofrecido mientras subía al último taburete libre. La mesa estaba abarrotada. Esperaba que a mis compañeros no les importase que nuestras rodillas se rozasen. Reconocí a cuatro empleados de la biblioteca y a otros dos hombres a los que no había visto antes.

—Déjame coger tu chaqueta, Emma. Hay un guardarropa al fondo. Si no, es un rollo tener que sujetarla toda la noche entre tanta gente —dijo Jill, una de las empleadas a tiempo parcial que ayudaba con el programa infantil varios días a la semana. Jill desapareció en un abrir y cerrar de ojos, su pequeña figura moviéndose hacia la parte trasera del bar, con la punta de su trenza rubia volando tras ella.

Supongo que no querían que saliera corriendo. En el pasado, habría sujetado esa chaqueta como un escudo y me habría ido en cuanto pasase un tiempo prudencial.

En su lugar, me acomodé para quedarme un buen rato.

Frotándome los brazos desnudos, miré a mi alrededor. A pesar de la multitud, hacía algo de frío por la corriente que entraba con los nuevos aficionados al fútbol. El local tenía un ambiente relajado, con paredes revestidas de madera cubiertas de fotos de equipos juveniles locales y publicaciones antiguas de *Sports Illustrated*.

—Déjame presentarte —dijo Tracy, desviando mi atención de nuevo hacia los presentes en la mesa—. Hay algunos a los que todavía no conoces.

Tracy me presentó primero a su marido, Scott. Me gustó la forma en la que el hombre, un afroamericano de mediana edad, sonreía a su esposa. El otro hombre era Varun, el novio de Glenn, un simpático auxiliar de biblioteca. Ambos me dirigieron sonrisas amplias. Me cayeron bien al instante.

Jill volvió del guardarropa y se deslizó en el taburete junto a Kristi Margarucci, la bibliotecaria asistente. Había visto a ambas mujeres charlar durante el trabajo. Tenían más o menos mi edad y activaron mi radar de posibles amigas.

—¿Es tu primera vez en el Maven? —preguntó Kristi.

Me giré hacia la mujer de piel aceituna. Su pelo casi negro estaba teñido de un profundo tono púrpura que brillaba bajo la tenue luz. Una pila de pulseras doradas tintineaba en su muñeca izquierda.

—Sí. Gracias por dejarme unirme a vosotros.

—Oh, ni lo menciones —dijo Jill—. ¿Cuánto llevas aquí, unos meses? Ya deberíamos haberte dado la bienvenida hace tiempo. Esta mañana le dije a Tracy que no podía ser que nadie te hubiera contado lo de nuestras noches de Maven. No venimos todos cada semana, pero hacemos lo posible por mantenerlo como tradición.

—Pues lo agradezco igualmente. —Tomé un sorbo de cerveza, tragando con dificultad el nudo incómodo que se me había formado en la garganta —. Aún no he conocido a mucha gente, y hacer amigos como adulta es algo que no tengo nada dominado.

—¡Y que lo digas! —dijo Kristi—. Llevo aquí casi siete años, y déjame decirte que los pueblos pequeños como este son estupendos una vez que encuentras tu grupo. Pero al principio, madre mía, lo cerrados que son. Esta —dijo señalando a Jill—, creció aquí y no lo entiende.

Jill puso los ojos en blanco, pero de buen rollo.

—Prometo que no soy tan mala en eso, Emma. Me fui fuera a estudiar, y también fui la chica nueva.

—¿Siempre planeaste volver?

Jill suspiró, aunque sin rastro de molestia. ¿Le había tocado la fibra?

—Para ser sincera, nunca tuve un plan, y si le preguntas a mi hermano, te dirá que todavía no lo tengo. Cosas de hermanos entrometidos y sobreexigentes.

—Qué duro suena —dije con una sonrisa algo torpe.

—¿Hija única? —aventuró acertadamente Kristi.

—¿Cómo lo has sabido?

Las otras dos rieron.

—Kristi es intuitiva. O eso te dirá ella. Yo digo que es psíquica.

—O que sé leer una expresión facial básica —dijo Kristi, dándole un codazo amistoso—. Pero ya me he cansado de ser sutil. Cuéntanos tu vida, Emma. Has sido la chica nueva misteriosa demasiado tiempo. Queremos los detalles.

Apuré el último trago de mi cerveza, ya tibia. No solía compartir muchos detalles tan pronto, pero Jill y Kristi parecían de mente abierta y comprensivas. Si no cumplía el «hazte amiga de tus compañeros de trabajo» ahora, ¿cuándo tendría otra oportunidad?

—Eh, perdón —dije al notar que seguían esperando una respuesta—. No hay mucho que contar, para ser sincera. Soy de un poco más al sur, pero siempre me había gustado el ambiente de esta zona en fotos y viajes de carretera. Tenía un trabajo parecido en la biblioteca de mi ciudad natal. Solo que a tiempo parcial. Luego tuve algunos problemas de salud y necesitaba un cambio de aires. Además, quería algo a jornada completa para poder salirme del seguro médico de mis padres. Vi la oferta de trabajo la misma noche que decidí buscar algo nuevo.

Unas pequeñas arrugas aparecieron en las comisuras de los ojos oscuros de Kristi.

—El destino —afirmó la mujer de pelo morado. Como si fuera un hecho.

—Brindemos por eso —dijo Jill con una sonrisa amplia.

Las tres hicimos chocar nuestros ahora vasos vacíos. La jarra de cerveza en el centro también estaba vacía.

—Puedo pedir la siguiente ronda —dije, bajándome del taburete. No quería parecer una gorrona mientras intentaba causar buena impresión.

—Déjame ir contigo. Podemos pedir dos jarras y dividimos la cuenta —dijo Kristi.

La barra estaba a tope cuando nos acercamos. Me alegré de que la otra mujer se hubiera ofrecido a acompañarme. Esperar sola en una fila larga habría sido un aburrimiento. Y tener a alguien con quien charlar me impediría ponerme a mirar redes sociales en público y parecer una rarita antisocial.

—Hay un hueco allí al fondo —dijo Kristi, yendo hacia la derecha de la barra.

Me dispuse a seguirla, pero choqué (y no con poca fuerza) contra un pecho cubierto de franela y una caja de comida aplastada.

—Dios mío, lo siento muchísimo —dije mientras la caja de plástico blanca caía al suelo, aterrizando boca abajo y dejando escapar lo que parecía una hamburguesa con patatas por los lados.

—No me jodas. ¿Otra vez?

Por supuesto, por supuesto que tenía que ser el primo de Harrison, James, o como se llamase. Un nombre soso y genérico. No es que yo tuviera mucho que decir al respecto. Había logrado pasar tres meses en Greyport sin cruzarme con este imbécil, y ahora me tocaba aguantarlo dos veces en el mismo número de días.

—Ha sido un accidente —dije.

Así me iba con mi compromiso de dar respuestas ingeniosas.

—Claro que sí —respondió él, con los ojos en blanco, como si fuera una jodida adolescente.

—No te había visto.

¿Por qué me molestaba siquiera en defenderme frente a este tipo? Ya tenía su idea de mí y no iba a cambiarla.

—No sé cómo, soy la persona más alta del lugar. —Cruzó los brazos sobre su ancho pecho.

Su jodidamente atractivo pecho y sus jodidamente atractivos antebrazos. No era justo que su exterior no fuera tan horrible como su interior.

—¡Eh, James! —escuché a Kristi saludarlo, porque por supuesto que se conocían. Lo que significaba que Kristi, y eventualmente Jill también, acabarían enterándose de mi patético intento de rollo de una noche.

—Mierda. Vaya marrón, tío —dijo Kristi al ver la hamburguesa y las patatas en el suelo.

—No pasa nada.

—¿Has conocido a Emma? Trabaja conmigo y con Jill en la biblioteca como nueva coordinadora de alcance comunitario.

Si eso era posible, James parecía aún más cabreado tras la presentación de Kristi. ¿Lo habían traumatizado los empleados de bibliotecas o qué?

—Ya nos conocemos —dijo mientras recogía su cena destrozada y se adentraba entre la multitud.

—Vale, entonces.

Retorcí la correa de mi bolso en mis manos mientras Kristi nos guiaba hacia la barra.

—Me siento fatal. Le he arruinado la cena —dije.

—Sinceramente, no sé qué mierda le pasa esta noche. Normalmente es bastante tranquilo. A lo mejor solo tiene hambre y está gruñón —dijo Kristi, encogiéndose de hombros.

—¿C-cómo os conocéis?

Por favor, que no estén saliendo. Por favor, que no estén saliendo. Su interacción no me había parecido particularmente romántica, y harían una pareja bastante rara, con el aire brujil y estiloso de Kristi y el aspecto rudo y montañés de James. Pero todo era posible. Dudaba que siguiera siendo una candidata válida para la amistad de Kristi si su novio me odiaba.

Se me revolvió el estómago solo de pensar que James pudiera estar en una relación.

No por él. Sino porque compadecía mucho a quien fuera su pareja.

Kristi hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Ah, es el hermano mayor de Jill. Se pasa por aquí de vez en cuando, pero suele sacar de quicio a Jill. Tiene buenas intenciones, pero a ella le gusta ir a su aire la mayoría del tiempo.

Sentí alivio (por Kristi, que no tenía que aguantar a James) y a la vez preocupación por lo que ese hombre pudiera contarle a su hermana. Porque si eran hermanos, eso significaba que Harrison también era su primo. Y esto de tachar las tareas de mi lista se estaba complicando por momentos.

Vivir en un pueblo pequeño estaba empezando a parecer algo incestuoso.

—Bueno —dijo Kristi—, siento que haya sido un imbécil contigo. Jill comentó que ha estado liadísimo con el trabajo, pero no es excusa.

Esbocé una sonrisa. Lo último que quería era que Kristi pensara que había más razones para el desagrado de James hacia mí que una cena desparramada.

—Está bien. Tenía todo el derecho a estar molesto. Le compraré otra cena como disculpa.

No me caía bien, pero era lo correcto.

Kristi se encogió de hombros.

—No puede hacer daño. Creo que está allí hablando con Jill, así que puedes darle la comida cuando volvamos a sentarnos.

Efectivamente, estaba sentado en mi silla, charlando con todos mis compañeros de trabajo. Al parecer, podía ser agradable de vez en cuando.

Sabía que no había causado la mejor primera —ni segunda— impresión, pero él tampoco estaba libre de culpa. Primero, me había asustado en plena noche. Y ahora, los dos habíamos chocado. Aunque quizá tenía razón sobre lo de ser muy visible, el sitio nuevo y la gente me tenían distraída. No había chocado a propósito.

Kristi por fin consiguió un hueco en la atestada barra. Llamó a una de las dos camareras: una mujer de pelo blanco largo, con una camiseta de fútbol americana azul, blanca y roja, varias tallas más grande.

Kristi hizo unas presentaciones rápidas antes de pedir dos jarras nuevas.

—¿Queréis algo más? —preguntó la camarera, a la que Kristi llamó Eleanor.

—Una hamburguesa con patatas para llevar, por favor.

Esperé el pedido mientras Kristi se llevaba las jarras de vuelta a la alta mesa. No tenía sentido hacerme paso entre la multitud otra vez.

Y desde luego no tenía nada que ver con retrasar mi próxima interacción con el señor Gruñón.

—¡Emma!

Al principio no me giré, pensando que llamaban a otra Emma, hasta que noté un toque en el hombro.

Era Harrison, vestido con una camiseta negra ajustada y vaqueros oscuros. Ropa informal, pero él conseguía que se viera mejor.

A diferencia de su primo, que no se había molestado lo más mínimo con una camisa de franela desgastada, vaqueros descoloridos y botas de trabajo sucias.

—Eh, hola, Harrison. Me alegro de verte otra vez.

Antes de darme cuenta, me estrechó entre sus brazos. Al igual que el sexo de hace unas noches, no fue un mal abrazo, pero poco más. Me preparé mentalmente para rechazarlo con amabilidad pero firmeza. Era majo, pero no había ninguna chispa.

—La comida está lista —dijo Eleanor, lanzando con un gesto

de muñeca un recipiente blanco de comida para llevar en mi dirección.

Harrison me rodeó los hombros con un brazo mientras yo rebuscaba en el bolso el monedero.

—Parece que ya has conocido a mi novia, ¿eh, Ellie? —apartó mi monedero y ofreció su propia tarjeta para pagar.

No pude evitar dar un respingo con todo el cuerpo. ¿Seguía con eso? ¿Estaba delirando?

A Eleanor parecía darle igual y volvió a lo suyo en cuanto cobró la comida. Tal vez a ella no le importaba, pero a mí sí. Ahora que Harry había vuelto a mencionar lo de la novia, no podía seguir ignorándolo, siendo que yo trabajaba con su prima.

Además, no necesitaba un novio ahora mismo. Apenas conseguía mantenerme a flote ocupándome solo de mí.

—¿Podemos hablar, Harrison? ¿En algún sitio un poco más tranquilo?

Sonrió.

—Pensaba que no lo ibas a pedir nunca.

Nos condujo a un pasillo cerca de los baños traseros y nos detuvimos en un pequeño hueco junto a un viejo teléfono público, prácticamente una reliquia. El pecho de Harrison subió y bajó al respirar hondo.

—Vale, seguro que tienes un montón de preguntas, y debería haberte llamado después del viernes en vez de esperar a verte otra vez en persona, pero necesito tu ayuda.

Esperé a que bajara el ritmo. Tal vez había entrado en una especie de dimensión desconocida en versión pueblo pequeño, porque ¿qué podía necesitar Harrison de mí? O quizá sí era un asesino en serie, pero uno que no era capaz de matar en la primera cita y en su lugar atraía a las mujeres con relaciones ficticias antes de pasar al ataque.

—Continúa —dije, incapaz de disimular el escepticismo.

—La estoy cagando —dijo, pasándose una mano por la espesa cabellera —. Vale, sé que parezco un loco ahora mismo.

—No te lo voy a discutir.

Eso le arrancó una pequeña risa. *Bien, Emma*, pensé, *humanízate frente al asesino. Si le haces gracia, igual te deja vivir*.

—Sé perfectamente que no estamos saliendo, ¿vale? Solo quería dejar eso claro.

—Entonces, ¿me puedes explicar por qué les has dicho a dos personas distintas que soy tu novia? No suelo hacer mucho lo del sexo sin compromiso, pero creía que tú sí y que no ibas a asumir que estábamos en una relación. Y no es por ser borde, pero no me interesa volver a acostarme contigo.

Me di una palmadita mental en la espalda por mi asertividad.

—No, no, no. Lo sé. Y créeme, tampoco me interesa que volvamos a enrollarnos. Lo que pasa es que estoy hasta el gorro de que mis primos se piensen que tienen que cuidarme todo el rato. Pensé que, si tenía una novia seria, me dejarían en paz un tiempo. Pero ahora me doy cuenta de que te he metido en mi movida y debería habértelo pedido antes.

—¿Tú crees?

Esa carita de cachorro era cualquier cosa menos atractiva. Se estaba alejando a pasos agigantados del asesino atractivo y desequilibrado y acercándose al niño bonito y presuntuoso.

—Lo siento.

Era un buen comienzo. Con una ceja arqueada, esperé a ver si encontraba alguna forma de salir de este embrollo. Fuera lo que fuera a decir, no iba a ser aburrido.

—Quiero proponerte algo. Sé que no me merezco que me hagas ningún favor, pero quiero que aceptes ser mi novia falsa.

Resoplé.

—¿Eso lo hace alguien fuera de los libros?

Inclinó la cabeza, como si lo estuviera considerando. Su parecido con un perro empezaba a ser inquietante.

—No lo sé. No leo libros.

Menos mal que no quería ser mi novio de verdad, porque eso era un bajón.

—¿Qué gano yo con esto? —pregunté.

—¿El placer de mi divina compañía?

Ahora entendía por qué no habíamos hablado mucho la otra noche. Con comentarios como ese, solo le faltaba un sombrero y una rosa de tallo largo.

—Ni de coña.

Me giré para volver a la mesa, pero él me tiró suavemente del brazo.

—Vale, empiezo de nuevo. Acabas de llegar al pueblo, ¿no?

Ahora tenía toda mi atención.

—Soy un tío bastante social, por si no te has dado cuenta. ¿Qué te parece si te presento a la gente, te ayudo a integrarte y a conocer más personas? Luego rompemos de forma amistosa… digamos, ¿después de Navidad?

Eso… podría funcionar. El periodo sería lo bastante largo para conocer a más gente, pero lo bastante corto para que fuera creíble una ruptura civilizada.

Si aceptaba este plan de fingir una relación, podría tachar muchas tareas de mi lista.

—Vale, lo haré. Pero tú aceptas mis condiciones.

—Mientras parezcamos una pareja y pases tiempo conmigo delante de mis primos para que vean lo responsable y maduro que soy, acepto lo que sea. Solo no te enamores de mí, ¿vale?

Esperaba que no se notara que me daban arcadas. ¿Cómo había acabado acostándome con este tío y encima teniendo un orgasmo?

—Creo que estaré bien —dije—. Tendremos como máximo tres citas por semana, delante de tus primos y por el pueblo.

Una de esas citas será con más gente, en un entorno social, donde tú me presentarás e incluirás. Muestras de afecto en público, pero nada demasiado sexual. Por ejemplo, abrazos y besos en la mejilla, nada de besuqueos. ¿Entendido?

Él prácticamente estaba jadeando.

—No te enfades, pero eso ha sido jodidamente sexy.

—Dios mío, no. Puedes darme la mano mientras volvemos a la mesa. Y ya.

Capítulo 6
James

Hice lo posible por ignorar los rugidos de mi estómago mientras observaba a mi primo rodear la mano de Emma con la suya desde el otro lado de la sala.

—¿Todo bien, tío? —preguntó Scott Watson. Lo conocía desde hacía algunos años, ya que Klein Custom había patrocinado el equipo juvenil de sóftbol en el que jugaba la hija de Scott y Tracy.

Scott también tenía algunos contactos comerciales locales y sabía que estaba cerrando un trato con McGuire.

—Eh, sí, solo necesito llegar a casa para comer algo.

—Vale, bueno, parecía que eras tú el que gruñía, no tu estómago.

Intenté fingir una risa que no llegó a salir de mi pecho mientras observaba a Harry y Emma, la razón de mi hambre actual, acurrucarse en el otro lado del bar.

—¿Qué tal te fue la reunión con McGuire?

La pregunta inevitable. No tenía una respuesta. El comprador y la diseñadora de interiores, que al principio parecían tan entusiasmados por colaborar con artesanos y artistas locales, hoy habían sido difíciles de leer, casi fríos. Era como si mis bocetos e ideas no estuvieran dando en el clavo.

No estaba en mi mejor momento.

Me encogí de hombros ante Scott. No teníamos la suficiente confianza como para que le contara todos los detalles.

—No lo sé, la verdad. Quieren una propuesta actualizada y nuevos bocetos en unas semanas. Voy a estar ocupado.

La necesidad urgente de volver al taller era la razón por la que no había querido cocinar esta noche. Las hamburguesas del Maven no eran nada del otro mundo, pero mejor eso que volver a casa y encontrarme la nevera vacía.

Arrastrando la mirada por la pared de pantallas planas, volví a poner los ojos sobre Emma y Harry. Por fin salían de su acogedor rinconcito… y seguían cogidos de la mano.

Emma no parecía para nada una mujer enamorada. ¿No se supone que debería estar sonriendo, o ruborizándose y soltando risitas, o algo así? En lugar de eso, tenía los hombros tan altos que casi le llegaban a las orejas. Si tuviera que adivinar, diría que la circulación en la mano de Harry estaba a punto de cortarse.

No era solo por los nervios, lo cual sería comprensible al conocer por primera vez a los amigos de tu pareja. Para empezar, no parecía nerviosa en absoluto cuando se había chocado conmigo junto a la barra y arruinado mis planes para cenar.

Estaba a punto de levantarme e irme cuando la parejita feliz se acercó a la mesa.

—Ey, Jay —dijo Harry, soltando la mano de Emma el tiempo justo para darme una amistosa palmada en la espalda.

Eché un vistazo rápido a mi hermana, tratando de calibrar

su reacción.

Jill sonreía. ¿Se estaba tragando la pantomima que Harry y Emma estaban montando?

O quizá Emma había metido a Jill en todo esto de algún modo. Ahora trabajaban juntas. Estaba deseando interrogar a Harry sobre qué demonios estaba haciendo, pero últimamente apenas se dejaba ver. Ambos teníamos mucho trabajo, pero apostaría a que me estaba evitando.

Y sospechaba que la razón de esa evasión tenía que ver con una morena bajita.

—Harry —dije secamente, asintiendo con la cabeza

—¿Se puede saber qué problema tienes? —susurró Jill desde la silla a mi lado mientras la parejita seguía avanzando hacia el resto del grupo que se arremolinaba alrededor de la mesa.

—No tengo ningún problema.

—Desde luego que sí —intervino Kristi Margarucci, la amiga de Jill.

Jill decía que su mejor amiga era psíquica, pero si me preguntáis a mí, eso eran puras tonterías.

Y como muestra, este momento. Porque definitivamente, yo no tenía ningún problema.

—Pero en serio —dijo Kristi. Dios, a veces era como tener dos hermanas pequeñas—. Está ofendidito porque Emma se chocó con él y su comida

acabó en el suelo. Y no voy ni a mencionar las vibras raras que tenía.

Inhalé profundamente antes de soltar el aire por la nariz. *Controla el tono, James*. El terapeuta al que acudí hace unos años tras la muerte de mi madre me había enseñado ejercicios de respiración que aún usaba cuando era necesario.

Y ahora lo era, mientras Harry se reía con el brazo echado por encima de su supuesta novia. Mi primo parecía… feliz.

Entonces me di cuenta de que, si esto era real, Harry podía salir herido. Porque la mujer que tenía al lado no estaba enamorada.

Observé cómo Emma sonreía ante algo que decía Tracy y mis manos empezaron a sudar. No solo estaba interfiriendo con Jill y Harry. Ahora era todo el pueblo.

Cuando Emma se rio, tuve que admitir que entendía por qué Harry podía estar interesado. Su pelo caía en una onda brillante por la espalda y sentí un impulso inexplicable de pasar los dedos por él.

Y si me imaginaba siguiendo esa onda de pelo hasta la curva de su cintura y hasta su culo en esos vaqueros oscuros… Nop. Ni pensarlo.

Pensar en la supuesta novia de mi primo de esa forma era lo último que necesitaba cuando debería estar centrado en el trabajo y en que Harry estuviera bien.

Jill me lanzó una mirada inquisitiva cuando me aparté de la mesa.

—Tengo la noche ocupada —gruñí.

Puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas.

Dios, últimamente la cagaba todo el tiempo con mi hermana.

Cada mínima cosa que decía la enfadaba.

Igual que la estaba cagando con Harry y con el trato con McGuire.

Me metí las manos en los profundos bolsillos de mi chaqueta Carhart e hice un último intento de cordialidad con Jill.

—¿Mañana trabajas?

—¿Alguna vez no trabajo?

Me mordí la lengua.

—Me refería a si trabajas desde casa mañana.

—¿Y por qué no has preguntado eso directamente?

Jesucristo.

—Si insistes en vigilarme, querido hermano, estás más que invitado a pasarte.

Asintiendo con la cabeza al resto del grupo, salí del Maven con las botas pesadas por el peso del día.

Capítulo 7
James

Se me nubló la vista mientras me concentraba en el patrón que se formaba bajo la espátula. La pata de la mesa giraba hipnóticamente en el torno. La vibración y el olor de las virutas de madera fresca calmaban mis nervios deshechos mientras trabajaba. A estas alturas, era algo instintivo. Tener el taller en el granero detrás de mi casa significaba que nunca tenía que ir muy lejos para ponerme a trabajar.

Esta noche estaba siendo un idiota. No estaba trabajando en nada para McGuire ni para ningún otro encargo, solo una pata de mesa aleatoria con una forma poco ortodoxa que no encajaría en ningún estilo tradicional. Pero necesitaba algo más que ejercicios de respiración para desconectar la mente.

Esto servía lo suficiente.

Eché un vistazo por encima del borde de mis gafas de seguridad hacia el pequeño reloj digital en la pared de enfrente.

Casi era medianoche. El partido debería estar a punto de terminar.

Los músculos de la espalda me dolieron al enderezarme del todo. Puse el torno en pausa y saqué el móvil del bolsillo justo cuando una alerta de la app de la NFL mostraba el resultado final. Quizá podría pillar a Harry llegando a casa y, por fin, hablar con él.

A no ser que pensara pasar la noche con su nueva novia.

Volví a agacharme para seguir torneando mi inútil pata de mesa y agucé el oído para escuchar el sonido del coche de Harry entrando.

No tuve que esperar mucho y, sorprendentemente, Harry vino a mí, irrumpiendo en el taller con una oleada de entusiasmo como un maldito *golden retriever*.

Se detuvo frente a mí, justo fuera del alcance del polvo de madera que salía volando del torno.

Lo hice esperar mientras daba una última vuelta antes de apagar la máquina. Podía esperar un minuto más, teniendo en cuenta que él había sido el que me había estado ignorando los últimos días.

—Está guay —dijo, señalando con la cabeza la pata de mesa.

Me encogí de hombros.

—No se va a vender, pero gracias.

—Pueees… —Estaba prácticamente temblando de energía—.

¿Qué te ha parecido?

—¿Qué me ha parecido qué, Harry? —¡Venga ya, Jay! Emma. Mi novia.

—¿Quieres mi opinión sincera?

—¿No te la he pedido?

Me quité las gafas de seguridad y lo miré directamente a los ojos.

—No me gusta.

Harry resopló.

—¿La has visto qué, dos veces? ¿Cómo puedes saber si te gusta o no?

—Ya, ¿y tú cuánto la conoces, Harry? No tiene que caerme bien una persona solo porque te la estés follando.

Le di la espalda y empecé a ordenar la mesa de trabajo.

—¿Sabes, Jay? Para tener treinta y cinco años, a veces pareces un puto crío.

Así que así iba a ser la cosa. ¿Harry quería buscarse casa, entonces? ¿Empezar a pagar alquiler?

Me mordí la lengua para no soltar lo que estaba pensando. Aquella conversación sobre que se mudara ya iba tocando, pero necesitábamos cabezas más frías para eso.

—¿Necesitabas algo más? —pregunté por encima del hombro. De algún modo, había pasado de querer interrogar a Harry sobre Emma a desear que me dejara en paz para poder entrar en casa e irme a la cama.

—No necesito nada de ti, James. Solo quería que te alegraras de que soy feliz.

—Pues no puedo evitarlo si esa chica no me da buena espina.

Hay algo en ella que no me inspira confianza.

—Eso es porque no te fías de nadie que no conozcas de hace toda la vida. Eres tan sobreprotector que me sacas de quicio. Quiero vivir mi vida, y ese numerito de seudopadre no ayuda.

Cansa, tío. Mucho.

Apreté los dientes. Los ejercicios de respiración no servían de nada en este momento. No necesitaba esta mierda esta noche.

Ni nunca.

—Me voy a la cama. Intenta no traer a tu noviecita cuando yo esté en casa. No quiero tener que aguantarla.

Ni a ti.

—Quizá deberías quedarte con esto —dijo Harry cuando pasé junto a él, empujando contra mi pecho un envase de plástico blanco con el logo del Maven grabado en la tapa.

¿Pero qué coño era esto?

Harry sonrió ante mi expresión de desconcierto.

—Mi «noviecita», esa que tanto odias, te ha comprado otra cena por pura amabilidad. Y va a seguir viniendo por aquí, así que mejor te vas acostumbrando.

Estoy harto, pensé mientras entraba en casa a zancadas, dejando que Harry viniera detrás a su ritmo.

Durante un segundo me planteé calentar la comida en el microondas, pero la lancé al fondo de la nevera.

Sí, tenía hambre, pero no tenía la fuerza mental suficiente esta noche como para enfrentarme a las implicaciones de esa hamburguesa con patatas.

Capítulo 8
James

A la mañana siguiente, me bajé un poco más el gorro sobre las orejas, protegiéndome del aire helado. Había caído una tonelada de nieve durante la noche. Subí a trompicones las escaleras resbaladizas que llevaban al estudio de Jill en la planta superior, abriéndome paso con las botas. Su casero nunca echaba sal ni quitaba la nieve de los escalones. Parecía que el cubo de sal que le compré a Jill la semana pasada seguía al lado de la puerta, sin abrir. Tendría que recordarle otra vez que lo usara. Alguien iba a resbalarse y hacerse daño. No quería cargar con eso en la conciencia.

Ni me molesté en llamar; usé mi llave de repuesto para entrar. La voz de Jill venía del otro lado de la puerta, estaba al teléfono con uno de sus muchos trabajos. Me había dicho que podía pasarme, así que no era como si la estuviera sorprendiendo.

La mirada asesina que me lanzó en cuanto me vio podría haber matado a un hombre más débil.

Estaba acostumbrado, sobre todo últimamente.

Jill, con los auriculares puestos, asentía con la cabeza en respuesta a lo que decía la otra persona.

Me apoyé contra la isla de cocina con ruedas que había construido para aprovechar el poco espacio del apartamento. La veta de la madera era suave bajo mis dedos mientras pasaba la mano por la superficie.

La isla era una de mis primeras creaciones, hecha especialmente para Jill cuando se mudó aquí. Seguía siendo una de mis favoritas.

—Así que, mi recomendación, señora, sería uno de nuestros productos personalizables con formas de criaturas. Tenemos una gran variedad para satisfacer sus deseos, ya sea con forma de alienígena, dragón o tentáculos. Además, si gasta más de setenta y cinco dólares, le regalamos una botella tamaño grande de nuestro nuevo lubricante con sabor.

¿Qué… coño?

Di cuatro pasos hasta llegar a Jill y le tapé la boca con la mano antes de que pudiera seguir hablando. No quería oír eso.

Jill giró la cabeza y me apartó de un manotazo.

—Señora, parece que mi conexión está fallando. Permítame transferirla rápidamente a otro de nuestros representantes de ventas —Jill pulsó unas teclas en su portátil y se arrancó los auriculares de golpe.

—¡Me pagan por comisión, tío! Si me has jodido esa venta, te mato.

—¿Qué clase de trabajo estás haciendo ahora? —dije, paseando de un lado a otro frente a la estrecha mesa de centro de Jill.

Otra de mis creaciones.

De cuando todavía tenía tiempo para hacer cosas por gusto. —No veo en qué te incumbe eso, Jimbo. —Cruzó los brazos desde su asiento en el sofá cama.

—¿Estás vendiendo… —dije, atragantándome con las palabras— juguetes sexuales de *aliens*?

Jill me lanzó una gran sonrisa falsa.

—Vendo una gran variedad de criaturas, además de alienígenas. De hecho, estaría encantada de enseñarte nuestro catálogo en línea…

—Para. No quiero oír eso viniendo de mi hermana. —Entonces deberías haber llamado antes de entrar.

No me molesté en recordarle que me había dicho anoche que podía pasar. Esa batalla estaba perdida.

Y, en realidad, escuchar a mi hermana hablar de pollas monstruosas solo le daba la razón.

—¿Así que es un trabajo nuevo?

Asintió.

—Y, eh… ¿qué te inspiró a trabajar en eso?

—¿Esa es tu forma indirecta de preguntarme si me interesa personalmente lo que vendo?

Fingí tener una arcada.

Mi hermana se echó a reír, algo que no solía hacer mucho últimamente.

—Vale, dejaré de tocarte los huevos. Y como sé que en realidad querías saber si necesitaba dinero, la respuesta es que no. Estoy bien. Cogí el trabajo porque me pareció divertido, y puedo hacerlo desde casa. La verdad, lo estoy disfrutando mucho más de lo que esperaba.

—Me alegro… ¿Supongo?

Jill se levantó del sofá cama de un salto y me dio una palmadita sarcástica en la mejilla mientras se dirigía a la nevera.

—Ya lo superarás, Jimbo.

La seguí los dos pasos hasta la cocina mientras se servía un vaso de agua con hielo. Me miró alzando las cejas en señal de pregunta y asentí.

Sacó una taza del armario que ponía «Tío del año», seguramente comprada en algún mercadillo, y me la entregó llena hasta arriba de café.

—Aunque tu *timing* haya sido cuestionable, quería hablar contigo sobre algo de trabajo.

No era para nada lo que esperaba de esta mañana. Siempre que yo intentaba sacar el tema del trabajo, Jill se ponía a la defensiva. Quizá por fin se estaba planteando algo de estabilidad. Esta versión caótica de la adultez que llevaba mi hermana solo podía acabar mal, y ya se lo había dicho muchas veces.

—Continúa —dije mientras removía una cucharada de azúcar en mi café.

Jill se apoyó contra la encimera.

—Vale, desde que trabajo vendiendo… apéndices de criaturas… se me ha ocurrido que en Greyport falta un sitio donde los adultos puedan ir a comprar cosas así.

Contuve mi reacción inicial. De verdad, de verdad, no quería hablar de esto con mi hermana. Pero Jill parecía contenta. Y estaba hablando conmigo, para variar.

Además, solo podía aguantar tener a uno enfadado conmigo.

O Jill o Harry, no los dos a la vez.

—¿Quieres vender pollas de monstruos en Greyport?

Alzó los brazos.

—¡Aj, sabía que ibas a ponerte raro con este tema!

Supongo que no había controlado tan bien mi expresión facial como pensaba.

—Estoy intentando entenderlo.

Ella hizo un gesto despectivo con la mano.

—No serían solo productos de criaturas, sino juguetes sexuales en general. O incluso lencería. Podría ofrecer clases sobre prácticas BDSM seguras. Quizá hasta una zona de bar. Cosas así. Tendría que ser más que solo juguetes si queremos competir con las tiendas en línea.

Se lo había pensado bien.

—No digo que sea mala idea. Hablar con mi hermana sobre abrir una tienda de juguetes sexuales no es precisamente como quiero pasar mi tiempo libre. Que, por cierto, no tengo. Tiempo libre, digo.

El rostro de Jill se entristeció.

—¿Y si no entramos en detalles? Lo entiendo y tienes razón, es incómodo hablar de estas cosas contigo, pero la parte empresarial me cuesta, y tú en eso eres bueno.

La confianza de Jill en mí era algo que últimamente no conseguía encontrar en mí mismo.

—Por mucho que quiera ayudarte, estoy hasta arriba de trabajo. Si me das un par de semanas, lo hablaremos. Pero hay alguien más que quizá podría ayudarte.

—¿Quién?

—¿Estarías dispuesta a hablar con Ben sobre esto?

Podría superar todo el tema sexual si Jill me necesitaba, pero me preocupaba que su interés se desvaneciera si no estaba disponible de inmediato.

Sin embargo, mi amigo dirigía un negocio exitoso. Jill y él se conocían, y Ben estaba en temporada baja. Podría ser el arreglo ideal.

—¿De verdad querría ayudarme? —preguntó Jill, ilusionada.

—Lo hará si se lo pido. Te daré su número antes de irme.

Jill soltó un chillido de alegría y se me lanzó a los brazos.

Hacía mucho que no interactuaba así conmigo.

Le di unas palmaditas en la espalda con la mano. El afecto físico siempre se me había hecho raro. Yo era mucho más grande que la mayoría, y siempre me preocupaba romperle algo a alguien sin querer.

Se separó de mí de un salto y volvió a su sofá cama, donde se sentó con las piernas cruzadas sobre el edredón de flores.

Dio unas palmadas en el edredón, a su lado. Puse los ojos en blanco, pero me senté donde me indicaba de todas formas.

—Ahora podemos hablar de lo que realmente has venido a hablar.

Me dejé caer sobre la cama, incapaz de reprimir un suspiro ronco que escapó desde mi pecho.

—Buf —se me escapó el aire de golpe cuando me dio en el estómago con un cojín de esos llenos de cuentas.

—¿Qué coño, Jill?

—Tienes que madurar. Estás comportándote como un crío con lo de Harry y Emma.

—¿Yo tengo que madurar? ¡Tú me acabas de pegar con un cojín!

—Déjate de tonterías, Jimbo.

—¿Sabías algo de que Harry estaba saliendo con alguien? Antes de anoche, digo. No parecías sorprendida. —Me preguntaba si Emma le habría dicho algo en el trabajo.

—Nop. Harry no me habla de esas cosas. Y Emma es nueva por aquí. Acabamos de empezar a hablarnos. No esperaría que le contara su vida a una compañera que apenas conoce. Además, parece que acaban de empezar a salir hace poco.

—Me resulta un poco raro que Harry pase de líos de una noche a una novia seria en un abrir y cerrar de ojos. Hay algo que no me inspira confianza.

Jill hizo el gesto de estrangular el aire con las manos.

—Jimbo, ¿pero qué demonios te pasa? Supéralo, deja que vivan su vida. No puedes controlarlo todo.

—No puedo evitarlo si ella no me gusta. No es la adecuada para Harry. —Crucé los brazos sobre el pecho, esperando otro almohadazo con ese cojín infernal lleno de cuentas.

Pero no llegó.

—¿Qué es lo que no te gusta de ella?

Me costó encontrar una respuesta antes de decir:

—Es más una sensación general.

—Vas a tener que ser más específico. A Harry le gusta Emma, y sería de capullo arruinarle eso por una «sensación general». —Jill acompañó las últimas palabras haciendo comillas con los dedos.

—Mira, no quiero ir sacando trapos sucios, pero la primera vez que conocí a Emma, estaba saliendo a escondidas de la habitación de Harry a las tres de la mañana. Ni siquiera sabía que había otra persona viviendo en la casa. Y encima tuvo el descaro de enfadarse cuando le pregunté quién era… en mi propia casa.

—¿Y qué más da cómo empezaron las cosas? ¡Es una relación nueva! Tienes que darles espacio para que se aclaren entre ellos. Aunque no estés de acuerdo.

Dios, cómo odiaba cuando mi hermana pequeña tenía razón.

—¿De verdad crees que Harry esté interesado en Emma? No es su tipo.

Jill se encogió de hombros.

—Tú deberías saberlo mejor que yo, que vives con él. ¿A qué te refieres?

—Harry siempre trae a casa a mujeres escandalosas y extrovertidas. Emma parece más… discreta.

Cuando no está gritándome, claro.

—Primero, el tipo de Harry son las mujeres guapas de su edad. Emma encaja bastante bien en eso, ¿no te parece?

—Es… guapa. Supongo.

—Qué entusiasmado suenas. Es como si buscaras excusas. Y eres idiota si no ves que Emma es preciosa. Su mesa hoy en el vestíbulo estaba hasta arriba, y no me digas que era solo porque la gente quería aprender sobre clases de informática.

Jill se levantó y llevó nuestras tazas vacías al fregadero.

—En fin, lo que oigo es que Emma es diferente a las chicas con las que Harry se ha liado. Pero por algo será que nunca se ha puesto serio con nadie. Lo diferente podría ser algo bueno.

—¿Cuándo te volviste tan lista?

Jill soltó una risita.

—Tengo un hermano mayor genial que me enseñó muy bien.

—Ya he dicho que te voy a dar el número de Ben. No hace falta que me hagas la pelota.

—Oh, desde luego que te estoy haciendo la pelota, pero no tiene nada que ver con la propuesta de negocio.

La sangre me subió a la cabeza al incorporarme.

—¿Y ahora qué?

No podía sobrevivir a muchas más sorpresas, esperaba que ella supiera eso.

—Nos vamos a patinar sobre hielo el jueves por la noche.

Con Emma y Harry. ¡Ve buscando esos patines viejos!

Capítulo 9
Emma

Harrison llamó a mi puerta justo mientras pasaba mis manos sobre mis mallas de felpa.

Harrison me dedicó una sonrisa suave cuando abrí.

—Ey.

Ni siquiera era una cita de verdad, pero aun así estaba nerviosa.

—Déjame coger el abrigo y nos vamos.

Agarré mi chaqueta del perchero antes de adentrarnos en la noche.

Había dos pistas de hielo en Greyport: una en el colegio universitario local y otra en la universidad de Greyport, al otro lado de la ciudad, en una colina con vistas al canal y la calle principal. Los habitantes solían ir a la del colegio universitario, dejando la de la universidad para los estudiantes.

No patinaba sobre hielo desde que era una niña, así que esto era justo lo contrario de mi cita ideal, fuera en la pista que fuese. Pero Harrison había insistido. Patinar en esa pista era, al parecer, casi una atracción del pueblo y la oportunidad perfecta para que yo saliera y conociera a más gente.

Cuando aparcó y cruzábamos el aparcamiento cubierto de hielo, yo ya era un manojo de nervios. Una ráfaga de viento atravesó la fina lana de mi abrigo beige oscuro. No era la primera vez que pensaba que tenía que renovar mi armario de invierno.

Ahora vivía, prácticamente, en medio de la nieve.

—¿Todo bien? —mi cita me miró mientras tiritaba.

Llegamos al vestíbulo y nos pusimos en la cola de un kiosco para que Harrison comprara las entradas.

—Sí, solo tengo un poco de frío.

Él ya estaba mirando a otro lado, escaneando la sala en busca de caras conocidas.

Sabía que esperaba a Jill y James. Me había soltado la bomba de que sus dos primos se nos unían en la cita durante el trayecto a la pista. Llevaba hecha un lío desde entonces.

¿Me empezaría a doler la cadera? ¿Me caería en el hielo como una idiota delante de todo el mundo? Con la racha que llevaba, tiraría al suelo a James y le daría más munición para usar en mi contra. Ojalá hubiese insistido en que nuestra primera cita en público fuera algo menos exigente físicamente.

Harrison chasqueó los dedos y se giró hacia mí, como si de pronto se acordara de que estaba justo a su lado.

—Ah, mierda. Se me olvidó decírtelo en el coche, pero esta noche soy el conductor de grúa de guardia en el taller. Dudo que entre alguna llamada, pero si pasa, igual tengo que irme antes. ¿No te enfades, porfaplís? —volvió a poner ojitos de cachorrito triste.

Si esto fuera una relación real, le diría lo mal que me hacía sentir su falta de comunicación. Pero no lo era, y lo único que podía hacer era rezar para que no me abandonara en medio de una pista de hielo con su primo gruñón y más de setenta desconocidos.

Me ajusté el gorro blanco sobre la coronilla.

—Esperemos que no te llamen, entonces. Y debería avisarte de que tengo una lesión antigua que quizá…

—¡Por aquí! —la voz de Harrison resonó por encima del bullicio del vestíbulo… y por encima de mis palabras, dirigiéndose a sus primos, que acababan de entrar por la puerta.

Vi a James primero. Destacaba una cabeza por encima del resto de los presentes, con una gran bolsa de hockey negra colgada al hombro.

Mierda. Si llevaba una bolsa de hockey, seguramente jugaba y sabía patinar. Yo iba a parecer todavía más torpe. Tendría que quedarme cerca de Harrison o intentar camuflarme entre el resto de los patinadores.

Un niño pequeño pasó corriendo con una especie de andador para el hielo, y yo valoré seriamente buscar uno para mí.

Seguí observando al señor Gruñón con disimulo mientras él y Jill se acercaban. Llevaba las mismas botas de trabajo desgastadas, pero con unos vaqueros distintos, parecían nuevos. Le ceñían los muslos anchos y…

Nop. No iba a pasar por ahí.

Obligué a mi cerebro a mirar hacia arriba. Como yo, llevaba un gorro de lana grueso que le tapaba casi todo el pelo, salvo unos rizos oscuros que asomaban por encima de las orejas. En vez de su habitual camisa de franela, que ya estaba empezando a considerar como su uniforme, llevaba

una sudadera negra con capucha. Me molestaba que seguramente hubiese tardado menos de cinco minutos en vestirse y aun así pareciera sacado de un catálogo de leñadores sexis.

Me giré hacia Jill para saludarla cuando ella y su hermano se unieron a nosotros. Jill daba saltos de emoción, se veía encantadora con sus dos trenzas rubias.

—Qué emoción. El invierno pasado casi no patiné nada, estoy deseando hacerlo. —Llevaba hablando de la noche de pista libre durante varios días en el trabajo.

—Harry.

—¿Sí? —Harrison miró a James, que acababa de decir su nombre.

—Ya tengo las entradas. Las pedí por internet para no hacer cola. Vamos.

Se oyó una risita ahogada desde donde estaba Jill al ver la cara que se le quedó a Harrison.

Estaba empezando a entender por qué le picaba tanto la actitud de James. Me recordaba demasiado a cómo se comportaban mis padres conmigo desde mi accidente.

Mientras los cuatro nos atábamos los patines, decidí que iba a ser la novia falsa más convincente que Harrison pudiera desear.

Y si además eso cabreaba a James, pues mejor todavía.

Capítulo 10
Emma

Ni siquiera habían pasado veinte minutos desde que empecé a patinar y ya había decidido que Harrison —o Harry, como me había dado permiso para llamarle— podía meterse su estúpido plan de la novia falsa por el culo.

Los patines de alquiler me quedaban medio número pequeños, y ya sabía que me saldrían unas ampollas dolorosas en los meñiques que me durarían toda la semana.

Pero las ampollas no serían nada comparadas con el dolor que iba a tener mañana. Ya me dolían las articulaciones de tanto esfuerzo. Los músculos que se usaban para patinar sobre hielo no eran precisamente los que yo ejercitaba en mi rutina diaria, ni siquiera cuando seguía a rajatabla el plan de ejercicios que me había dado mi fisioterapeuta.

Y las caídas. Dios mío, las caídas. No había tenido en cuenta lo mucho que dolería aterrizar sobre mi cadera mala. Al principio Harry me había dejado apoyarme en él, pero ahora estaba compitiendo en una carrera con un grupo de adolescentes del equipo de hockey del instituto.

Hasta la dulce de Jill se había cansado de ir a mi ritmo de tortuga y había desaparecido en algún momento.

Fui arrastrando mi mano enguantada por la barandilla que rodeaba la pista mientras intentaba llegar a la pequeña puerta para salir del hielo. Jill había mencionado un puesto de chocolate caliente, y me pareció tan buen momento como cualquier otro para buscarlo.

Cualquier excusa para sentarme unos minutos.

Contuve un gruñido cuando tres niños pasaron zumbando a mi lado y casi me hicieron caer. El dolor me ponía de mal humor. Me encantaban los niños —trabajaba en una biblioteca, al fin y al cabo—, pero esta noche me sentía como un viejo cascarrabias sacando a todos de su jardín.

—¿Estás bien?

—¿Perdona? —solté, a punto de estallar.

El blanco perfecto fue, cómo no, James, que había aparecido a mi lado sin que me diera cuenta. ¿De dónde había salido y por qué fingía que le importaba? Se había esfumado en cuanto sus patines tocaron el hielo, y apenas lo había visto desde entonces.

Lo cual era bueno. Genial, de hecho. Podía llevarse su atractivo a patinar, ya fuera de espaldas, de lado, de frente, lo que fuera mientras estuviera lejos de mí.

Sus ojos se agrandaron y sus fosas nasales se ensancharon.

—He preguntado si estás bien. Estás cojeando.

—¿Se considera cojear si técnicamente estoy deslizándome?

Soltó una risa entre dientes.

Contuve la sonrisa que me surgió al instante. No tenía que parecerle graciosa. Y a mí no debía gustarme su risa. Que me atrajera el hombre que era el grano en el culo de mi existencia no era aceptable.

—Lo digo en serio. ¿Necesitas ayuda? No sé dónde se ha metido Harry, pero puedo ir a buscarle si quieres —señaló con el pulgar hacia la dirección por la que había desaparecido el otro.

—Solo quiero sentarme en algún sitio. Estaré bien —dije entre dientes, mientras seguía arrastrando los pies.

—Si estás lesionada y estás apoyando el peso en una sola pierna, no estás bien. Al menos déjame ayudarte a salir del hielo —extendió la mano hacia la manga de mi abrigo de lana.

Sin pensar, aparté el brazo de un tirón.

Y me caí de culo.

—¡Mierda! —solté entre dientes, de puro dolor. Mi cadera me iba a hacer pagar esto por la mañana.

Sacudí mi pierna derecha, intentando evitar los espasmos musculares que sabía que llegarían. Un baño caliente y un relajante muscular formaban parte inmediata de mi futuro.

—Tranquila, te tengo.

Una de las manos grandes de James me rodeó el muslo, y sentí el calor a través del tejido fino de mis mallas. Mientras él se concentraba en mi pierna, yo no podía apartar la mirada de su cara, como una polilla atraída por la luz.

Era la primera vez que lo veía tan de cerca con buena luz. No en un bar oscuro ni en un pasillo iluminado por la luna a las tres de la mañana. Sus pestañas oscuras eran injustamente largas. Eran el marco perfecto para unos ojos avellana que, bajo la luz fluorescente de la pista, parecían casi verdes.

Aunque los movimientos de James eran clínicos, yo estaba lejos de ser imparcial. Sus dedos largos apretaron con firmeza la parte superior de mi pierna, pulsando rítmicamente mientras mis músculos se iban relajando poco a poco.

Sentí mi coño palpitar vergonzosamente en respuesta, y la tela de mi tanga se humedeció. Dejé escapar un suspiro involuntario, y los ojos de James se alzaron hacia los míos, sus pupilas dilatadas.

Oh, no. Esto no estaba bien. Había niños a tan solo unos metros.

Me deslicé de culo hacia atrás, poniendo distancia entre nosotros. Me incorporé como pude, abrazándome a la barandilla para estabilizarme. No estaba segura de si me temblaban las piernas por el cansancio o por la cercanía con el primo de mi novio falso.

Inhalé hondo y obligué a mis ojos a encontrarse con los suyos.

Me estaba mirando como si fuera una alienígena. *Genial*. Ahora iba a tener que hacerme la tranquila, fingir que un masaje impersonal no me había puesto como una moto.

Y ni siquiera podía usar la excusa de que hacía mucho que no follaba. No cuando me había acostado con su primo hacía menos de una semana.

James carraspeó.

—¿Está bien si te cojo del brazo? Perdona, debería habértelo preguntado antes de tocarte.

Dios, ¿por qué no podía volver a ser un imbécil? No me ayudaba en absoluto con mi atracción insana hacia él si de repente era tan… amable.

Lo último que necesitaba era que se notara que me atraía más James que el hombre con el que fingía estar saliendo.

Asentí y agarré su antebrazo en una especie de pantomima de paseo nupcial.

Me mordí el labio mientras nos deslizábamos hacia delante, con mi cadera protestando a cada paso.

—Deberías hacer que te miren eso mañana. Si te duele tanto, puede que te hayas hecho daño —dijo con un tono seco, como si no quisiera decirlo.

Porque seguía sin caerle bien. Solo estaba siendo educado, seguramente porque ahora se sentía obligado al saber que yo era algo más que un rollo de una noche para Harry.

Tragué saliva.

—Es una lesión antigua. Créeme, sé lo que se siente cuando te rompes algo. Me cuidaré cuando llegue a casa.

James frunció el ceño ante mis palabras.

—¿Por qué…?

Una ráfaga de aire y copos de hielo nos envolvió cuando Harry hizo un frenazo de hockey justo al lado.

—¡Jay y Ems! —Realmente necesitaba hablar con él sobre ese horroroso apodo—. Bueno, tengo malas noticias —patinaba marcha atrás mientras James y yo seguíamos avanzando—. Me han llamado para un remolque fuera del pueblo, así que tengo que irme. Llévala tú de vuelta a casa, ¿vale, Jay?

Harry giró sobre sus patines y salió disparado hacia la salida antes de que pudiera ni siquiera contestar.

Capítulo 11
James

Tamborileé los dedos sobre el volante de mi camioneta mientras Emma y yo observábamos a Jill subir las escaleras de su apartamento y entrar.

Quería dejar a Emma primero, pero Jill había insistido en que su apartamento quedaba más de camino.

Ahora estábamos solos en el calor oscuro de la cabina de la camioneta. El parabrisas seguía cubriéndose de escarcha, así que el desempañador estaba a toda potencia. Era acogedor. Íntimo.

Íntimo era lo último que quería sentir con Emma, especialmente después de ese momento raro en la pista de hielo. ¿Qué coño había estado pensando al tocarle la pierna así? Estaba claro que ella se había sentido incómoda. Tendría que tener cuidado de no repetir lo que había sido una reacción instintiva al verla con dolor.

Por eso necesitaba mantenerme lo más lejos posible de ella.

Todavía no me fiaba ni de ella ni de sus intenciones. Mi plan era dejarla en su casa y dar por terminado el asunto.

Di marcha atrás en el pequeño aparcamiento privado de Jill y puse el intermitente para incorporarme de nuevo a la carretera. La nieve caía con furia. Si no estuviera tan cabreado con mi primo, quizá habría sentido pena por él, teniendo que remolcar un coche en este clima.

Eché un vistazo a la mujer en el asiento del copiloto. Una farola iluminaba el lado derecho de su cara.

—¿Has dicho que vives cerca de la calle Market?

Ella asintió. Unos mechones oscuros se habían escapado de su gorro y le rozaban la mejilla.

Mis dedos cosquilleaban con el deseo de apartarlos.

¿Qué demonios me estaba pasando?

Dejé pasar unos segundos antes de volver a romper el silencio.

—¿Cómo estás de la cadera?

Sentí su mirada, pero mantuve los ojos pegados a la carretera.

—Bastante jodida, si te soy sincera.

—¿Entonces por qué dejaste que Harry te llevara a patinar sobre hielo si tienes una lesión antigua? Me parece un poco absurdo.

La pregunta me rondaba la cabeza desde que Emma había mencionado la lesión en la pista. Harry por fin encontraba a una mujer que le gustaba lo suficiente para salir con ella, ¿y la torturaba con actividades que le causaban dolor? No tenía ningún sentido.

—¿Qué se supone que significa eso?

En mi cabeza había sonado mejor.

—Me refería a que mi primo actuó de forma absurda, no tú.

Esperaba que eso bastara para calmar el ambiente.

Aunque, si volvíamos a lanzarnos pullas, quizá podríamos deshacernos de la incomodidad que llevaba creciendo desde que la toqué en la pista.

—No sonó como si estuvieras hablando de Harry. Sonó como si insinuaras que es absurdo que participe en una actividad física solo porque me he hecho daño antes. Para empezar, nadie me obligó a hacer nada. Y segundo, conozco los riesgos, y no soy una cría. No estoy hecha de cristal solo porque me fracturara la cadera.

—¿Te sientes mejor ahora que lo has soltado? —La miré justo a tiempo de ver cómo ponía los ojos en blanco. *Mocosa*.

—Sí, de hecho, sí.

—Bien, entonces. Lo siento.

Estuve a punto de soltar una carcajada por su «jum» en respuesta, pero con buen juicio la contuve.

—Una fractura de cadera, ¿eh? Suena intenso.

Por mucho que quisiera contener mi curiosidad, tenía que preguntar.

—Sip.

Todo lo que obtuve fue la parte trasera de su cabeza mientras ella miraba por la ventanilla.

Joder, la había cabreado.

—Tema delicado, ¿supongo?

—Tema traumático, en realidad. Y no, no quiero hablar de ello.

Si no tuviera ambas manos al volante, habría levantado las palmas en señal de rendición. Había intentado molestarla, pero lo último que quería era tomarme a la ligera algo serio. Algo real.

Tosí para pasar el nudo en mi garganta que sabía a culpa.

Conduje unos minutos en silencio, lo único que se oía era el desempañador trabajando arduamente. Por fin, giré hacia la calle donde vivía Emma.

—¿Qué tan abajo vives?

—Justo encima de Greyport Grinds. Puedes dejarme aquí —señaló un hueco libre junto a la acera.

Sí, claro.

—No pienso hacerlo.

Emma me miró, medio confundida, medio furiosa.

—Voy a acompañarte hasta dentro. Está resbaladizo, y ya estás adolorida.

Me daba igual provocarla. No cuando se trataba de su seguridad.

No significaba nada. Lo haría por cualquiera.

Antes de que pudiera protestar, salí de la camioneta y me apresuré hacia la puerta del copiloto. Emma ya la había abierto y estaba a punto de saltar.

—¿Quieres parar? Lo último que necesitas ahora es acabar otra vez en el suelo.

—Puedes dejar de fingir que te importa. Sé que no te caigo bien. Déjame entrar para que podamos terminar con esto de una vez.

—Sí que me importa si acabo partiéndome la espalda por tener que recogerte del suelo. Ahora, deja que te ayude a bajar de esta jodida camioneta antes de que nos congelemos los dos.

Dejó de cruzar los brazos y tomó mi mano extendida.

Quise soltarla. El contacto de su piel contra la mía se sentía tan bien que estaba mal.

Era el mayor pedazo de mierda que ha conocido el mundo.

Emma seguía siendo, presuntamente, la chica de mi primo.

La ayudé a bajar de la camioneta, apretando la mandíbula mientras mis dientes rechinaban. Su chaqueta color beige era fina —demasiado fina para este clima— y podía sentir cada centímetro de ella. La forma de sus suaves caderas bajo mis manos. Sus pechos firmes contra mi pecho. El sonido agudo de su respiración al inhalar.

La curva delicada de su oreja estaba justo ahí. No quería otra cosa que tomar su lóbulo entre mis dientes y morder. Quería saber cómo reaccionaría, qué sonido haría si lo hiciera.

Nunca en mi vida me había sentido tan hijo de puta.

Una vez que los pies de Emma tocaron el suelo, noté cómo se tambaleaba ligeramente. Le dolía más de lo que dejaba ver.

—Apóyate en mí mientras caminamos. —Me estremecí al oír lo ronco que me salió el tono—. ¿Tienes que subir un piso o dos?

Había entregado un set de muebles de dormitorio a uno de los apartamentos encima de Greyport Grinds hace unos años, así que conocía el lugar. La pareja que llevaba la cafetería era genial, pero había oído que la empresa que alquilaba los apartamentos era poco fiable. No me gustaba la idea de que nadie, incluida Emma, viviera ahí.

—Solo un piso. Gracias a Dios.

Oí el dolor en su voz. Volví a preguntarme cómo se había fracturado la cadera. No era ningún experto, pero fuera lo que fuera, debía haber sido grave para provocar una lesión así en alguien joven. La recuperación debió de ser durísima.

Avanzamos a trompicones por la acera resbaladiza hasta una puerta exterior donde Emma sacó sus llaves. Acepté a regañadientes que subiera las escaleras, agarrada a la barandilla mientras yo la seguía desde atrás.

La verdad, agradecía poner un poco de distancia entre nosotros. No debería estar teniendo ningún tipo de pensamiento sobre Emma. Estaba saliendo con Harry. Aunque tuviera dudas de que fuera la persona adecuada para mi primo, a él le gustaba ella, por mucho que no me lo hubiera creído al principio. Su sonrisa bobalicona en la pista me lo confirmó, por más que me costara aceptarlo.

Cuando llegamos al descansillo estrecho frente a la puerta del apartamento de Emma, la distancia volvió a evaporarse.

—Es aquí. Y, eh, gracias —Emma se balanceó de un pie a otro.

—De nada.

Emma abrió la puerta y estaba cruzando el umbral cuando la detuve. Se giró con expresión molesta. No la culpaba. Había sido una noche larga.

—No empezamos con buen pie —dije.

—Cierto. No empezamos bien. ¿A dónde quieres llegar, James? Necesito tumbarme.

—Solo quería disculparme formalmente por cómo te he hablado. Y proponerte una tregua. Vas a estar cerca, me guste o no. Así que mejor ser

civilizados.

Civilizados. No cercanos, no amigos. No creía poder manejar el ser amigos. No con esta atracción subyacente vibrando dentro de mí. Con el tiempo se me pasaría, como con una terapia de exposición.

Emma se mordió el labio, sopesando mi propuesta. Pasaron unos segundos. Asintió una vez, con firmeza.

—Acepto tu tregua. Buenas noches, James.

La puerta se cerró. Esperé hasta oír el clic del cerrojo antes de bajar en silencio la escalera helada.

La quietud ya no me ofrecía consuelo.

Capítulo 12
Emma

Corrí a contestar la videollamada y me di un golpe en el dedo del pie con la mesita que había entre mi cocina diminuta y el sofá. Un montón de discos de vinilo que había encima casi se cayó, pero logré salvarlos a tiempo. Respiré hondo y compuse mi expresión facial, intentando proyectar serenidad y calma absoluta.

Me sorprendía que mis padres hubieran tardado tanto en llamar. Llevaba días esquivando sus mensajes y llamadas, en especial, las de mi madre. La paciencia de Linda y Mike Hartwell tenía un límite. Esperaba que se adaptaran cuanto más tiempo pasaba fuera, pero parecía que estaba ocurriendo justo lo contrario. Mi padre era algo más comprensivo, pero ni él ni mi madre entendían del todo por qué había decidido mudarme.

—Hola —dije, acomodándome en el sofá.

El sofá provenía del sótano de mis padres. Aunque tenía un par de muelles sueltos, olía a hogar.

—¡Llevamos una semana sin saber nada de ti! —Mamá empezó fuerte hoy. Ella y mi padre estaban sentados uno al lado del otro en la mesa del comedor, con las caras apretadas frente a la cámara.

—Lo siento, mamá. He estado muy ocupada con los preparativos del festival navideño. Tengo un puesto que voy a atender —dije.

No era del todo mentira. Pero el trabajo no era lo único que me mantenía ocupada. Había pasado una semana desde el desastre de la cita sobre hielo, y Harry y yo ya habíamos tenido tres citas más. Primero, un café el domingo por la mañana justo abajo, en Greyport Grinds. Agradecí no tener que hacer más que salir de la cama para eso. Luego, una comida con Jill en El Cerdo Goloso, un sitio de barbacoa local que me dejó con modorra el resto del día. Y después, una noche de trívial en el Maven, donde el equipo de Harry quedó último. Intenté disfrutarlo, sobre todo porque era una buena oportunidad para conocer gente nueva, pero a esas alturas de la semana apenas podía moverme. Harry era simpático, pero su energía nunca

disminuía. Resultaba casi molesto lo animado que estaba. Todo el maldito tiempo.

La única bendición era que no había visto a James en absoluto. Harry había intentado quedar con él, pero por lo visto James lo estaba evitando. Cada vez que Harry se quejaba de que James mandaba sus llamadas directamente al buzón, yo soltaba un suspiro de alivio. Estaba siendo una novia falsa horrible —convencer a James de que Harry era ya un adulto hecho y derecho era el objetivo principal del plan, al fin y al cabo—, pero estar cerca de James era lo último que quería. Porque tenía un *Crush* con mayúscula sobre ese capullo gruñón, y lo único que eso conseguía era cabrearme aún más.

—Emma, tienes que cuidarte más. Sabía que un trabajo nuevo y una mudanza tan grande iba a ser demasiado para ti.

Volví a centrarme en mis padres. Al parecer, usar la excusa del trabajo solo le había dado a mi madre otro tema con el que molestarme.

Bajé un poco el ángulo del móvil, ocultando la expresión de desesperación que puse al oír sus palabras.

—Estoy bien, mamá —volví a centrarme en la pantalla.

—Bueno, me preocupo porque te quiero.

Ay, Dios. Ahora tenía los brazos cruzados. Nunca era buena señal.

—Lo que tu madre quiere decir —dijo papá, ganándose una mirada asesina de su esposa desde hacía veintinueve años— es que sabemos que estás haciendo un gran trabajo en Greyport. Solo te echamos de menos, y tenerte tan lejos ha sido un gran cambio al que adaptarnos.

Mi cuerpo se relajó un poco, los músculos se aflojaron y me hundí un poco más en el sofá. Papá lo estaba intentando.

—Yo también os echo de menos. Y no os estoy ignorando a propósito. De verdad tengo muchas cosas entre manos.

—Cuéntame más sobre ese festival y tu puesto.

Me preparé para contarles todo sobre el Festival de las Luces. La calle principal del pueblo se cerraba por Navidad para un pequeño desfile, y los comercios locales montaban puestos con sus productos navideños. Yo iba a encargarme de un puesto centrado en promocionar algunos de los programas nuevos de la biblioteca y en rifar premios de negocios locales. Todo lo recaudado con la rifa iba destinado a apoyar esos programas.

La expresión de mamá se suavizó un poco cuando terminé de hablar. A pesar de la tensión reciente en nuestra relación, en el fondo sabía que me quería y que estaba orgullosa de mí. Quizás podríamos llegar a un punto de entendimiento, si lograba un poco de espacio para respirar.

—¿Estás segura de que no estás convirtiendo tu vida entera en trabajo, cielo?

Bueno, al menos tenía algo positivo que contar en ese sentido.

—Sí, de hecho. He hecho algunos amigos nuevos últimamente y también he empezado a verme con alguien.

No había planeado contarles nada sobre Harry, pero creí que mantenerlo vago sería suficiente para que me dejaran en paz.

Total, no era como si fueran a conocerlo nunca.

—Ah, eso es… una noticia emocionante —la expresión facial de papá contradecía sus palabras, y la de mamá era peor. Prácticamente podía ver los pensamientos escritos en sus frentes. No les gustaba nada la idea de que me asentara tan lejos de ellos.

Si supieran la realidad. Desde luego que no me estaba asentando con Harry. Ni iba a asentarme en absoluto en un futuro cercano.

—Es algo muy reciente. Nada serio. Pero es muy majo.

Si te gustan los golden retriever hiperactivos.

—Bueno, no puedo decir que no me preocupe ver tantos cambios en tu vida de golpe…

—Mamá.

Tenía que cortar la llamada antes de que me echara otra bronca y me estropeara el resto de la noche.

—¿Podemos hablar del tema de Navidad, mejor? —Papá estaba saliendo de un campo de minas para meterse en otro.

—Mamá, papá, sigo firme en que no voy a viajar a casa por Navidad. Es demasiado pronto después de la mudanza. Además, conducir tanta distancia no les sienta bien a mis articulaciones.

Yo también sabía cómo echarles una buena dosis de culpa.

—¿Se lo decimos, Lin? —Mi padre miró emocionado a su esposa.

Oh, mierda.

—¡Vamos a pasar la Navidad en Greyport!

Capítulo 13
Emma

Estuve a punto de dejar que la llamada se fuera al buzón de voz cuando sonó una hora más tarde. La videollamada con mis padres me había dejado de bajón. Nada los podría disuadir de venir a Greyport por Navidad. No solo pensaban quedarse toda una semana, metiéndose en todos mis asuntos, sino que además esperaban conocer a Harry.

Había sido una idiotez mencionarlo, en primer lugar. Si hubiera sabido que mamá y papá estaban planeando una visita sorpresa, jamás lo habría sacado a colación.

Tiré el cuenco vacío de sopa, mi triste y aburrida cena, al fregadero y deslicé el dedo para responder la llamada. No reconocí el número, pero tenía el prefijo de Greyport. Tal vez era algún proveedor llamando por el puesto del Festival de las Luces.

—¿Hola? —intenté sonar profesional, por si acaso.

—¡Emma! ¡Soy Kristi! ¿Qué planes tienes esta noche?

Una hora y media después, me encogía en un coche com-

partido con Jill y Kristi, dispuestas a salir a divertirnos. Un plan improvisado como ese era justo la distracción que necesitaba.

Íbamos a una discoteca en un pueblo cercano, Merlin Heights, con la intención de soltarnos y bailar. Me puse un top azul oscuro, un tono joya que contrastaba bien con mi pelo y mis ojos oscuros, y que mostraba mucha más piel de lo habitual en mí.

No salía así desde la universidad. Y hacía casi el mismo tiempo que no tenía amigas dispuestas a hacer este tipo de planes.

El coche se detuvo junto a una acera llena de gente, y el conductor esperó a que las tres bajáramos antes de irse a recoger a otros fiesteros que también habían salido ese viernes por la noche. Tiritaba bajo el viento cortante; mi ligero abrigo no servía de nada contra el frío invernal.

—¡Estás jodidamente espectacular! —gritó Jill por encima de la música cuando entramos.

Moví el hombro de forma juguetona mientras me quitaba la chaqueta.

—¡Tú también! Mil gracias por invitarme. No hacía algo así desde hace siglos, y digamos que ha llegado en el momento perfecto.

—¿Todo bien? —preguntó Kristi, arqueando una ceja oscura mientras nos adentrábamos más en la discoteca, abarrotada de gente de Merlin Heights y estudiantes. Además de las universidades comunitarias y estatales de Greyport, en Merlin Heights había una comunidad universitaria bastante reconocida, así que la zona atraía a una multitud joven y bulliciosa.

Jill se ofreció a pedir la primera ronda en la barra mientras Kristi y yo encontrábamos un grupo de sillas donde la música no sonase tan atronadora.

—Solo estoy estresada, supongo. Me encanta mi trabajo hasta ahora, pero planificar todo para el festival navideño ha sido como lanzarme al fuego. Y, además, mis padres acaban de decirme que vienen a pasar la Navidad aquí, así que ahora tengo que ponerme las pilas para eso también. Gracias a Dios que van a reservar un hotel, porque yo no estoy para hospedar a nadie en mi apartamento enano.

Kristi me lanzó una mirada comprensiva.

—Duro. Pero que sepas que lo estás haciendo genial en el puesto de alcance comunitario. Tracy intentó llevarlo todo antes, pero era demasiado para una sola persona. Ya le irás pillando el truco. Además —su ceja inquisitiva se arqueó con un movimiento sugerente—, tienes a Harry Klein para ayudarte a liberar tensión. Toda… la… noche.

—Qué asco —intervino Jill, apareciendo con tres vasos altos de algo rosa y afrutado—. Que estás hablando de mi primo.

—Perdona, tía, pero tu primo está buenísimo. Y tu hermano también. ¿Tú qué opinas, Emma?

—¿Eh? —Se me encendieron las mejillas, y no era por el alcohol que acababa de entrarme al sistema.

—Harry y James. Los dos están buenísimos. Les viene de familia.

—Yo, eh… solo me fijo en Harry, supongo. —Me pareció que le debía algo de lealtad a mi novio falso.

Kristi se rio.

—Puede que salgas con Harry, pero espero que no estés ciega.

¿James Klein con ese rollo leñador sexy? Está para comérselo.

—Vale, Kris, ya está bien. No pongas a Emma en un aprieto.

Kristi miró a su amiga, algo avergonzada, pero no dejó de reírse entre dientes. Sospechaba que las dos habían bebido por un rato antes de salir.

—Hablando de hombres atractivos —Kristi ahora le lanzaba una mirada astuta a Jill—, me han dicho que tú y Ben Till os visteis para comer el otro día.

El gesto de Jill se endureció al instante, cerrándose por completo.

—Era por trabajo.

—¿Estás empezando una cuarta carrera como paisajista ahora?

—Nop. Es otra cosa que no es de tu incumbencia. Ya sabes que odio los cotilleos.

Mi cuello iba de un lado a otro, como si estuviera viendo un partido de tenis. Es verdad que Kristi había sido un poco insistente, pero no se podía ocultar que le había dolido el que Jill se haya puesto a la defensiva. La rubia ocultaba algo, y su mejor amiga no lo llevaba bien.

Hablé en voz alta para romper la tensión.

—¡Me encanta esta canción! ¿Vamos a bailar?

Capítulo 14
Emma

Me levanté el pelo, húmedo por el sudor, de la nuca mientras nos abríamos paso fuera de la pista de baile.

Los pasos ridículos al ritmo de versiones remezcladas de canciones de los ochenta habían sido justo lo que necesitábamos para subir el ánimo. No había vuelto a pensar en el lío con mis padres, y Kristi y Jill parecían haber vuelto a sus yo normales.

—Déjame ver cuánto tarda un coche —dijo Jill, sacando el móvil del bolsillo trasero—. Joder. ¿En serio?

—¿Qué pasa?

—Que hay una espera larguísima. Espera, voy a mirar en otra app. —Pasó a otra aplicación del teléfono—. Nada, esta es aún peor. Parece que hay alguna convención o algo esta noche. Aj.

Kristi me miró, frunciendo los labios.

—¿Y si Emma llama a su novio? —canturreó esa última palabra.

Tragué saliva.

—Puedo intentarlo. —Harry y yo no habíamos planeado nada para el fin de semana, pero si no podías contar con tu novio falso para recogerte tras una noche de fiesta, ¿con quién podías contar?

Me llevé el teléfono a la oreja y escuché el tono de llamada.

Una vez, dos… y al buzón de voz.

—¿Eh? Quizá no entra la llamada. —Probé de nuevo, con el mismo resultado.

Tragando saliva, miré a Kristi y Jill.

—Lo siento, no contesta.

Aún estaba conociendo a mis nuevas amigas, pero habría jurado que lo que vi en sus ojos fue lástima.

Genial.

—Puede que sea por la cobertura aquí dentro. Voy a ver si a mí me lo coge —dijo Jill.

Un momento después, quedó claro que Harry tampoco respondía las llamadas de Jill. Supe que estaba furiosa por cómo apretaba la mandíbula.

La rubia metió el móvil de vuelta en su bolso.

—No voy a decir nada demasiado negativo de Harry, porque vuestra relación es muy nueva y tú me caes bien, Emma, pero ahora mismo está en mi lista negra.

Parecía que Harry se había ganado el papel de novio falso con ojitos de cachorro… solo para sabotearlo nada más empezar.

La noche, que se suponía que iba a servirme para desestresarme, se estaba yendo al traste. Harry tenía que ser la solución a mi soledad, no una fuente adicional de angustia.

—Tenemos que buscar una solución, Jill —intervino
Kristi.

—Ya me he dado cuenta, capitana Obviedad. —Así que el baile no había eliminado del todo la tensión entre Jill y Kristi—. Voy a llamar a mi hermano. Dios sabe que no tiene vida fuera del trabajo, de todas formas.

Y ahí estaba. James Klein, apareciendo en mi noche de diversión como si fuera el salvador, era mi peor pesadilla.

—Voy al baño —dije.

—¿Quieres que una de nosotras vaya contigo? —preguntó
Jill.

—No, debería estar bien. —El camino hasta los baños estaba despejado.

En el fondo, deseaba egoístamente que James estuviera ocupado y nos viésemos obligadas a esperar un coche. Mejor eso que pasar otra noche metida en un espacio reducido con él… y ahora con dos testigos. Lo último que necesitaba era que Jill o Kristi se dieran cuenta de mi estúpido enamoramiento.

Especialmente Kristi, con sus supuestos poderes psíquicos.

La cola del baño fue más larga de lo esperado, y habían pasado casi quince minutos cuando terminé. Una mujer lloraba con una amiga en uno de los cubículos. Algo sobre una exnovia de mierda y la custodia compartida de un *schnauzer* miniatura.

Mi móvil vibró y lo saqué del bolso. Era un mensaje de Jill. Ella y Kristi ya estaban fuera, esperando la inminente llegada de James.

La noche estaba llegando a su fin, y el local comenzaba a vaciarse. Me dirigí directamente hacia la salida cuando una mano húmeda me agarró del brazo, obligándome a frenar en seco.

—¿A dónde vas, guapa? —Un hombre con una camisa brillante de color verde chillón se pegó demasiado. Su piel era pálida y sudorosa. El aliento le apestaba a cerveza.

Me sacudí el hombro en un intento de soltarme, pero sus dedos se clavaban como garras.

—Solo me voy a casa.

Era demasiado pedir que mi respuesta seca lo hiciera desistir.

—Deberías irte a casa conmigo. —Imaginé que pensaba que su sonrisa era encantadora, pero solo lo hacía ver como un baboso.

—No, gracias. —Me aparté con rapidez, logrando que me soltara la mano. Pero, de alguna manera, incluso borracho, fue más rápido. Me pasó un brazo por la cintura y me arrastró a su burbuja con aliento a cerveza.

—No te pongas así, guapa.

—Tengo novio —dije, girando y retorciendo mi cuerpo tanto como pude para alejarme. Algunos hombres respetaban más que una mujer «perteneciera» a un hombre que un simple no.

—Sí, tiene un puto novio.

En un instante, el brazo del hombre desapareció y una pared de franela se interpuso entre la Camisa Verde y yo.

James.

—Perdona, tío, no sabía que era tu chica. —La voz de baboso desapareció, reemplazada por un tono nervioso.

—Él no es… —Me callé de golpe al ver la mirada fulminante que James me dirigió.

—No importa una mierda si es mi chica… o la de nadie, para el caso. Si ella dice que no, no la tocas. Punto.

El tipo de la camisa verde soltó una risita falsa.

—Bah, no vale la pena —dijo mientras se alejaba a toda prisa.

Vi cómo James hacía un leve gesto de cabeza a uno de los porteros. Algún tipo de código masculino para que lo vigilaran.

James esperó hasta que el hombre desapareció de su vista.

Luego giró la cabeza bruscamente hacia mí.

—¿Por qué no estabas con Kristi y Jill?

—Tenía que ir al baño. ¿Ahora eso tampoco se puede?

James cerró los ojos un segundo, antes de clavarme de nuevo su mirada avellana.

—Solo ve a la camioneta, Emma.

Sí que estaba gruñón esta noche. Y eso hizo que partes de mi cuerpo hormiguearan… partes que se suponía que debía ignorar.

Capítulo 15
Emma

No encontraba mis llaves.

—¿Estás seguro de que no están en tu camioneta? —le pregunté a James.

Ya había ido y vuelto a su camioneta una vez para buscar el objeto perdido. Por ahora, sin suerte, pero yo estaba desesperada.

Volví a palparme el abrigo. Tal vez la llave del apartamento se había caído en el forro de la chaqueta; ya me había pasado antes.

—Llama a tu casero.

—No voy a llamar a mi casero a la una de la mañana, James.

—Para eso está un casero. Tiene que haber un número de emergencia para los inquilinos para mierdas como esta.

—Por desgracia, ese número está escrito en un papel que está dentro del apartamento. Al que no puedo entrar ahora mismo.

¡Porque no tengo mi llave!

—¿Por qué no tienes ese número guardado en el móvil?

¿Por qué parecía tan cabreado por eso? Lo que hiciera yo con mi vida no era asunto suyo.

Crucé los brazos para protegerme de la corriente que subía por la escalera.

—No llevo mucho viviendo aquí, y he estado ocupada con el nuevo trabajo. Perdona si no soy el ejemplo perfecto de responsabilidad.

—Ya, pues igual te vendría bien un poco más de responsabilidad si piensas salir adelante tú sola, a horas de distancia de tus amigos y tu familia.

Pero qué cojones. Se me hundió el estómago. Quise gritarle en la cara, decirle que estaba muy equivocado. Pero ese era el problema. ¿Lo estaba?

—No me conoces, James —susurré.

Me sostuvo la mirada un instante antes de darse la vuelta.

—Vámonos.

—¿Adónde?

—Te llevo a mi casa por ahora. Ya aparecerá tu novio. Que él se encargue de ti.

Como si yo fuera… una carga que no soportaba.

—No quiero irme a ningún sitio contigo ahora mismo.

—Y no creo que tengas muchas opciones.

Bajó las escaleras con paso firme. Un momento después, fui detrás.

Tenía razón. No tenía elección.

Capítulo 16
James

Ella estaba en mi casa, y no me gustaba. Me sentía inquieto, incómodo, como si mi piel me quedara dos tallas pequeña. Lo único que quería era meterme en mi taller y ponerme con la madera. Pero era demasiado tarde y hacía demasiado frío como para eso.

Y, además, Harry seguía sin aparecer, y tenía que asegurarme de que Emma no incendiara la casa.

No es que no me lo mereciera. Había sido un auténtico gilipollas con ella esta noche. No haber dormido y haber tenido otro día improductivo me tenía de un humor de perros. Y aunque jamás dejaría tirada a mi hermana, conducir atravesando el tráfico de la ciudad hasta una maldita discoteca no estaba en mi lista de actividades favoritas.

El hijo de puta que había puesto las manos encima de Emma no hacía más que recordarme por qué evitaba esos sitios.

Juraría que Emma no tenía el más mínimo instinto de supervivencia. Y ahora, por segunda vez esta noche, me tocaba rescatar a la novia de mi primo.

Estaba metida en mi espacio, caminando por el salón. Su ajustada camisa azul tenía una especie de artilugio con tiras y lazos por toda la espalda. No paraba de captar destellos de piel desnuda que me daban ganas de volver a meterla dentro de esa chaqueta beige estúpida que claramente no le abrigaba lo suficiente.

Se sentó, tensa, en el sofá de cuero marrón, apoyada en el borde como si estuviera lista para salir corriendo.

Me dije a mí mismo que dejara de mirarla como un baboso y me comportara como un buen anfitrión.

—¿Quieres agua o algo?

—Claro, eso estaría bien.

Me dedicó una sonrisa cerrada mientras se frotaba los brazos desnudos y yo le acercaba un vaso de agua. No me había molestado en encender la chimenea del salón esa noche. Después de pasar la tarde en el taller,

pensaba irme directo a la cama. No tenía sentido calentar una habitación que no iba a usar.

Ahora me arrepentía al ver a Emma temblar.

Fui al armario del pasillo, saqué una de mis viejas sudaderas, una azul oscuro y descolorida de mis años de universidad, y se la lancé.

Emma me miró con cara de «¿en serio?» mientras lo cogía del brazo del sofá.

Me encogí de hombros.

—Parecías tener frío.

—Gracias —dijo desde debajo del algodón azul.

La tela la hacía ver más pequeña. Debería haberle dado una de las sudaderas de Harry. Había una colgada justo al lado de la mía en el armario. Pero me había dejado llevar por un impulso cavernícola de verla con algo mío puesto. Y una vez sacada del perchero, ya no había vuelta atrás.

Harry podía tener a Emma en su cama, pero yo la tenía en mi ropa. No iría más allá de eso. Podría ser un capullo incluso en un buen día, pero traicionar a mi primo no entraba en mis principios.

Pasé mi peso de un pie al otro.

—Entonces… ¿estás bien?

Emma dejó de acomodarse el pelo, que se había alborotado por la sudadera.

—Preferiría estar en mi cama, pero estoy bien. Gracias por dejarme quedarme aquí un rato. Debería haber prestado más atención a dónde tenía las llaves esta noche. Si no, no sé qué habría hecho. Dormir en posición fetal frente a la puerta, probablemente.

Tosí.

—No debería haberte gritado por las llaves. Lo siento. Pero me refería a lo de la discoteca. Ya sabes, ese tipo.

Emma resopló.

—No es la primera vez que tengo que lidiar con un capullo demasiado insistente.

Joder, cuánto odiaba eso. Si dependiera de mí, sería la última vez que tuviera que soportar a un baboso. Tendría que hablar con Harry, asegurarme de que la protegiera.

—¿Puedes sentarte? Me pone incómoda que estés ahí de pie como una sombra.

Me senté. Sabía lo suficiente, gracias a mi experiencia con Jill, como para darme cuenta de que Emma intentaba desviar la conversación.

La morena bajó la vista a las letras blancas cuarteadas que le cubrían el pecho.

—¿Aquí fue donde estudiaste?

Asentí.

—Durante unos años. Pero no me gradué. Mi madre se puso enferma, así que volví a casa para cuidarla hasta que murió.

No me encantaba hablar de los últimos años de mamá, pero la terapia me había enseñado a no tragármelo todo.

Sus ojos se suavizaron.

—Eso es admirable, James. Y tuvo que ser una decisión difícil. ¿Crees que volverás algún día para terminar la carrera?

Negué con la cabeza.

—Nah. Estaba haciendo un grado general de empresariales, y lo de la carpintería siempre fue mi plan principal. Aprendí lo que necesitaba durante el periodo de prácticas.

—Haces muebles por encargo, ¿verdad? Lo mencionó Harry.

No te estaba espiando ni nada.

—No hace falta ponerse a la defensiva. No soy tan difícil de descifrar. —Se me curvó un poco la comisura de los labios—. Pero sí, eso hago. Encargos pequeños, sobre todo, aunque tengo algunos clientes más grandes también.

—Debe de ser divertido, poder expresarte de forma creativa. —Inclinó la cabeza hacia un montón de papeles que había dejado esparcidos por la mesa de centro—. ¿Estos son algunos de tus bocetos?

Mis pobres intentos de sacar ideas para el encargo de McGuire.

—Eh, sí, pero son una mierda. No los mires.

Pero Emma ya los estaba deslizando hacia ella con uno de esos dedos largos y elegantes. La oí sorprenderse.

—¿Estás de broma? Son preciosos, James. —Señaló un boceto de una silla que estaba diseñando y lo giró hacia mí. En algún momento se había

acercado en el sofá. Pude oler lo que fuera que se echaba en el pelo. Olía tan bien como para comerlo. Como a coco.

Me removí, incómodo con el cumplido.

—No están mal. Un poco raros para el cliente, creo.

—Si tuviera dinero infinito y espacio suficiente en mi mini apartamento, te compraría diez sillas como esta ahora mismo.

Son increíbles —me sonrió ampliamente.

Me asaltó la idea de que el apartamento de Emma, todo su espacio vital, debería estar lleno únicamente de cosas hechas por mí, construidas con cuidado y respeto solo para ella.

Harry se limitaría a comprarle cualquier porquería prefabricada del Home Depot y listo.

Bebí un sorbo de agua, tratando de hacer desaparecer ese pensamiento tan poco justo. Pero ¿realmente lo era, cuando era yo quien estaba aquí, ahora mismo, salvando a Emma —no una, sino dos veces esta noche— mientras él no daba señales de vida?

Como si lo hubiera invocado, Harry irrumpió por la puerta principal. Sus botas mojadas golpearon contra la pared del recibidor cuando se las quitó de una patada.

—¡Ems! —Cruzó el suelo de madera del salón como un huracán, sacudiéndose el pelo húmedo como un perro tras un baño. Agarró a Emma por las mejillas y le plantó un beso sonoro y breve en los labios.

Aparté la vista.

Harry se dejó caer en el sofá, con las piernas estiradas sobre el regazo de Emma. Sus pies aterrizaron en mis muslos.

—Quita tus asquerosos pies de encima. —Me levanté de golpe, apartando sus extremidades. Harry se echó a reír.

—¿Dónde coño estabas? —pregunté.

—Jugando a los bolos con Mark y Landon. ¿Por?

—Igual te interesa mirar el móvil. Tienes unas cuantas llamadas perdidas. He ido a recoger a Emma, Jill y Kristi a Merlin Heights hace unas horas porque no conseguían localizarte. —Ah, sí, hoy he perdido el móvil. Seguro que se me cayó del bolsillo en uno de los coches que estaba arreglando. Estará tirado por el suelo del coche de algún viejo. Perdón. —

Harry movía los pies, inmune a mi mirada asesina—. Entonces, ¿qué haces por aquí tan tarde, Ems?

—Si no hubieras vuelto a perder el móvil como un imbécil, ya lo sabrías —me alejé, usando como excusa rellenar el vaso de agua para salir del salón.

Emma le murmuró algo a Harry. Malditas habitaciones llenas de corrientes y sin pizca de privacidad. Intentaba no verlos, no oírlos.

—Me voy a la cama —dije, dejando el vaso en el fregadero con un golpe seco. De milagro no se rompió.

—Perfecto, solecito. Ems y yo también nos vamos a dormir.

Por la mañana llamaremos a ver si aparecen esas llaves.

Vi a Emma y Harry subir las escaleras de la mano hacia el dormitorio de él.

Salí dando un portazo hacia el frío taller.

Capítulo 17
Emma

Di un brinco al oír cómo la puerta del dormitorio se cerraba de un portazo tras nosotros. El ruido resonó por toda la casa, rebotando en los suelos de madera.

—¡Ni se te ocurra! —le solté a Harry, lanzándole mi mejor mirada asesina—. James dijo que se iba a dormir. Es de mala educación hacer tanto ruido.

Harry se dejó caer en su cama con la cabeza apoyada sobre un montón de almohadas.

—Ay, relájate, Ems. No hay manera de que ya esté en la cama. Suenas igual que él, siempre preocupada por que me comporte bien. —Se incorporó de golpe para sentarse derecho—. Aunque… si obligarme a ser un niño bueno es lo tuyo, estoy encantado de obedecer.

No me molesté en disimular la expresión de asco que me provocó el entusiasta movimiento de cejas que acompañó sus palabras.

—Estoy intentando ayudarte a ganar credibilidad ante tu familia. Dudo mucho que andar dando portazos en plena noche te ayude a conseguirlo. ¿Se te ha olvidado eso, Harry?

—Pero es tan aburrido, Ems. Mira, déjame enseñarte unas fotos de las locuras de *parkour* que hicimos Landon y yo después de los bolos. —Harry se inclinó de lado y sacó el móvil del bolsillo trasero del vaquero.

Espera… ¿su móvil?

—Pensaba que habías perdido el móvil, Harry. —Crucé los brazos.

Su boca formó una O de sorpresa.

—¿De verdad pensabas que no me iba a acordar de la conversación que acabamos de tener? ¿Qué demonios, Harry? ¿Por qué inventarte una historia tan absurda sobre perder el móvil en el coche de un viejo si no era verdad?

Y lo peor: ¿qué excusa tenía entonces para haber ignorado las llamadas de Jill y mías desde la discoteca? Podía haber contestado al menos para decir que estaba ocupado con unos amigos.

Hundió la cara en sus manos con un gruñido.

—Mira, Ems, lo siento mucho. Entré en casa y os vi a ti y a James tan serios, y me entró el pánico. Me preocupaba que le hubieras contado lo de nuestro pacto de tener una relación falsa, ahora que os lleváis mejor.

Se quitó las manos de la cara y me miró desde donde yo seguía plantada en el umbral de la habitación. Inclinó la cabeza con curiosidad.

—Un momento. ¿Ahora os lleváis bien?

No sabía si sonaba contento con esa posibilidad o no.

—Hemos declarado una tregua. No tiene importancia —dije con un gesto de mano—. Pero no cambies de tema. Harry, si de verdad quieres que tu familia deje de pensar que eres un desastre, pues… deja de comportarte como un desastre. No ignores el móvil durante horas, si puedes evitarlo. Y no inventes excusas ridículas para tapar las cosas.

Irónico, teniendo en cuenta que yo también participaba activamente en una de esas historias ridículas. No era precisamente un ejemplo de honestidad.

—No te rindas conmigo, por favor, Ems. —Juntó las palmas en un gesto de súplica exagerada.

Puse los ojos en blanco.

—Esta noche estuve a punto de abandonar todo este lío del noviazgo falso, Harry. Fue humillante. Mis amigas me miraban con pena, solo porque mi novio no contestaba al móvil cuando necesitaba ayuda.

—Voy a mejorar, lo prometo. Tengo la mala costumbre de autosabotearme, pero estoy trabajando en ello. A veces me meto tanto en mis cosas que James y Jill no lo entienden. Especialmente James.

—Por si te sirve de algo, creo que, si se lo explicas, al menos intentaría comprenderte. Por mucho que me pese admitirlo, parece una buena persona de verdad.

Y yo era el peor tipo de persona por mentirle a él, a Jill, a Kristi… a todo el pueblo, en realidad.

Harry bufó y se dejó caer de espaldas como una estrella de mar sobre su edredón de cuadros.

—James es la mejor persona, y justo por eso me cuesta tanto admitirle cuando la cago.

—¿Qué vas a hacer, Harry? Porque esta relación de mentira no puede durar, y no creo que te esté ayudando de verdad.

—¿Puedes darme otra oportunidad? ¿Porfa, porfa, porfa? Al menos hasta Navidad. Te lo suplico.

Un mechón de pelo ondulado cayó sobre su ojo derecho mientras yo lo observaba, pensándomelo. No sería tan terrible.

Solo quedaban unas semanas. Y lo necesitaba durante la visita de mis padres, de todas formas.

Cuando ellos se fueran, Harry y yo terminaríamos definitivamente. Nada de culpa, nada de mentiras, y nada de situaciones raras con James Klein.

—Vale. Pero vas a conocer a mis padres cuando estén en la ciudad, te guste o no. Y esta noche duermes en el suelo.

Lancé las almohadas al suelo y lo saqué de la cama con un golpe de cadera.

Capítulo 18
Emma

El pasillo estaba frío cuando salí de puntillas de la habitación de Harry a la mañana siguiente. El sol empezaba a salir. Harry seguía durmiendo plácidamente en su fuerte de mantas junto a la cama, roncando, pero mi vejiga me había despertado antes de lo que me hubiera gustado tras la noche anterior. Necesitaba un baño y algo de cafeína. Rara vez bebía alcohol y, aunque solo había estado un poco achispada, esas copas me habían dejado con un molesto dolor de cabeza.

Después de asearme, dediqué unos minutos a curiosear en el baño, que estaba al final del pasillo desde la habitación de Harry. Había una bañera con patas que me dio una envidia terrible al pensar en mi minúsculo cuarto de baño con su ducha sosa. Aparte de la fontanería, todo lo demás parecía hecho a medida.

Supuse que era obra de James.

Pasé los dedos por la superficie lisa del armario que había entre la bañera y la pared. Abrí la puerta frontal y encontré una pila de toallas mullidas de color azul marino. El botiquín sobre el lavabo era impresionante, con detalles tallados en los bordes, pero no contenía nada interesante aparte de un tarro de crema de manos de alta calidad que me imaginaba que tanto James como Harry usaban, teniendo en cuenta sus trabajos.

Me eché un último vistazo en el espejo, me alisé el pelo alborotado y me pasé un dedo por una mancha de rímel que se me había pasado por alto la noche anterior, antes de salir.

Estaba concentrada en la pantalla del móvil, descartando mensajes de mi madre y buscando el número de la discoteca para llamar y preguntar por mis llaves perdidas, cuando giré la esquina hacia la cocina.

—Buenos días —dijo James con voz ronca.

Casi se me cayó el móvil. Estaba de espaldas, cocinando algo que olía de maravilla, con el torso desnudo. Solo llevaba unos finos y grises pantalones de chándal.

Esos pantalones de chándal grises eran una elección muy malvada por su parte. Estaba convencida de que los hombres sabían exactamente lo que hacían cuando se ponían esa prenda exacta.

—Buenos días —respondí con un tono extra animado—.

¿Has dormido bien?

—No.

Así que James Klein no era una persona mañanera. Era bueno saberlo.

—¿Tienes café? Si no, dime por dónde empiezo y lo preparo.

—Ya lo hago yo. —Sin decir más, sacó una taza de barro de una estantería abierta. Observé cómo los músculos de su espalda se estiraban y se tensaban con cada movimiento, como una sexy sinfonía visual.

—Aquí tienes. —Colocó la taza llena frente a mí, que ya estaba sentada en un taburete junto a la isla de la cocina. Por la forma en que se le curvó el labio superior al volver al fogón, supe que me había pillado mirándole.

No lo podía evitar. Era fuerte y musculoso, pero sin presumir. Tenía una fina capa de vello en el pecho que descendía por su abdomen hacia su cintura. Parecía… hábil. Como si pudiera despellejar un ciervo, cocinar un estofado delicioso y hacer que una mujer llegara al orgasmo en diez segundos.

—¿Alguna vez vas de caza? —Las palabras se me escaparon de la boca.

—¿Qué? —Me miró por encima del hombro, confuso y con el ceño fruncido.

Me ardían las mejillas.

—Yo… eh… solo tenía curiosidad.

Negó con la cabeza y volvió a centrar su atención en lo que chisporroteaba en la sartén.

—Hace años que no voy. No tengo tiempo.

Adiós a mi teoría del estofado de venado.

Intenté reconducir la conversación.

—Huele bien.

No pensaba rechazar un plato de lo que fuera que estuviese cocinando James, lo hubiera cazado o no. Necesitaba energía para el día, y a saber cuándo podría volver a casa. Quizá me pasara toda la mañana buscando las llaves.

Se encogió de hombros.

—Tortilla de verduras y patatas *hash brown*. ¿Quieres?

Suspiré de alivio y relajé todo el cuerpo.

—Joder, sí.

Se echó a reír de verdad, y casi me caigo del taburete hecha un charco de deseo. El tipo era injustamente atractivo, y cuando se reía, su atractivo se multiplicaba por diez.

Este enamoramiento era no solo inútil, sino estúpido. Él pensaba que yo salía con su primo barra compañero de casa barra mejor amigo. Y eso sin contar que la mitad del tiempo apenas parecía soportarme, ya que James pasaba de frío a caliente como un campeón olímpico. Mis sentimientos por él no tenían futuro y necesitaba frenarlos, y rápido. Estas acogedoras noches y mañanas con él no ayudaban.

Su risa era contagiosa en el silencio de la mañana y no pude evitar sonreír. Balanceé los pies del taburete hacia delante y hacia atrás, disfrutando del suave golpeteo contra el suelo de madera.

Me lanzó una mirada de fastidio por el ruido. Volvíamos a estar enfrentados. Pensé en seguir con el golpeteo, pero decidí ahorrarle la molestia. Al fin y al cabo, me estaba haciendo el desayuno.

—¿Has hecho tú también estos taburetes? —pregunté, cambiando de tema.

—¿Tú qué crees? —Sonrió de lado antes de darle la vuelta a la tortilla.

Recordé cómo sonrió Harry en el taller el primer día que lo conocí. James tenía la misma sonrisa, pero aún más potente.

El silencio se impuso mientras seguía cocinando, pero era un silencio cómodo, extrañamente doméstico.

James me pasó un plato lleno, la comida tenía aún mejor pinta de lo que olía, y se sentó a mi lado.

Me costaba ignorar cómo su rodilla rozaba la mía de vez en cuando mientras comíamos.

—¿Te enseñó tu madre a cocinar? —pregunté entre bocados.

Soltó una risita suave.

—Mi madre era una cocinera pésima, en realidad. Aprendí por necesidad. Era eso o macarrones con queso de caja todas las noches. Así

que, en cierto modo, sí fue ella la responsable de que aprendiera. No es que haga nada complicado en la cocina, de todas formas.

—A mí me encanta cocinar. Pero a mi padre también, y hasta que me mudé aquí vivía con mis padres. Si cocinaba algo, tenía que aguantar sus opiniones no solicitadas todo el tiempo, así que estoy un poco oxidada. Además, la cocina de mi apartamento es horrible. Ni siquiera funcionan la mitad de los fogones. Eso me pasa por ir a lo barato, supongo.

La expresión de James se volvió directamente oscura. Pinchó una patata y se la llevó a la boca. No pude evitar fijarme en cómo se le tensó la garganta al tragar.

—¿Por cuánto tiempo lo has alquilado? —preguntó.

—Seis meses. Espero que para entonces pueda encontrar algo mejor, cuando conozca mejor el pueblo y tenga ahorrado para la fianza.

—Puedo ayudarte. —Tosió—. Eh, Harry puede ayudarte.

Conoce a mucha gente por aquí.

—Eso estoy viendo. Es muy sociable. Creo que la única vez que lo he visto quedarse quieto es cuando está en la cama.

Me congelé justo cuando James se levantó, recogió nuestros platos vacíos y los tiró en el fregadero.

—¿Pasa algo? —Me atreví a preguntar. Estaba entrando en su fase fría otra vez.

—Todo bien. Tengo que irme a trabajar.

Y con eso, me quedé sola, sentada en la cocina.

No fue hasta varias horas después, cuando ya estaba de vuelta en casa tras recoger las llaves que había perdido en la discoteca, que me di cuenta de que seguía llevando la sudadera de James.

Capítulo 19
James

Llamé a Ben más tarde esa mañana, después de pasar un par de miserables horas en el taller. Estuve trabajando sobre todo en la silla cuyos planos había visto Emma, la que había dicho que era preciosa, perdiendo el tiempo que no tenía. Lo siguiente en mi lista era llamar a la compañía de teléfono para pedir un reemplazo del móvil de Harry.

No debería haberme puesto frío otra vez con Emma. Pero mencionar a mi primo, acurrucado en la cama, había sido como un puñetazo en el estómago. Si fuera masoquista, me pasaría horas dándole vueltas, imaginando a Emma en la cama de Harry, Emma acurrucada junto a él, Emma siendo follada por Harry… Necesitaba cambiar de aires.

Gracias a Dios, mi amigo tenía un hueco para verme en el Restaurante Familiar de Greyport. El restaurante estaba hecho polvo, pero era un clásico del pueblo. Dudaba que hubieran reformado el edificio en las dos últimas décadas, pero la comida era grasienta y deliciosa.

Ben ya estaba allí, haciéndome señas desde una de las cabinas. Me senté frente al asiento de vinilo desgastado. Las mesas eran lo bastante grandes como para acomodar bien nuestras alturas —mi amigo era unos cuantos centímetros más bajo que mi metro noventa y cinco, pero casi igual de ancho de pecho y hombros—, así que el mal estado de la tapicería no me importó.

A excepción del tamaño, mi mejor amigo y yo no podíamos vernos más distintos. Yo era demasiado vago como para mantener una apariencia muy cuidada, aunque llevaba mi barba lo más decente posible. Si pasaba un poco de tiempo sin recortarla, no me molestaba. Lo mismo con mi pelo oscuro, los rizos se envolvían en mis orejas.

Ben, en cambio, llevaba el pelo rubio oscuro rapado casi al ras y ni una sombra de barba. El efecto, junto con unos ojos azules tan claros que rozaban el plateado, le daban un aire intimidante.

Siempre nos miraban raro cuando salíamos juntos.

Hicimos nuestros pedidos al camarero, un estudiante del instituto local con una melena frondosa y rizada.

—¿Qué tal va todo, tío? —preguntó Ben. No habíamos hablado desde que le pedí que se reuniera con Jill para hablar de sus planes de negocio.

—No tan mal. Mi *router* viejo se rompió, así que tuve que pedir uno nuevo. Un puto fastidio.

—¿Y tú te quejas? El tío nuevo que contraté se largó… antes de empezar.

—Jodido. ¿Tienes que volver a publicar la oferta?

Nunca me había alegrado tanto de trabajar solo.

—Sep. ¿Qué tal va el proyecto McGuire?

—Podría ir mejor. No sé qué pasa, no me siento creativo, y parecían poco entusiasmados la última vez que me reuní con ellos. —¿Crees que de verdad no estaban entusiasmados, o simplemente estaban poco comprometidos? A veces mis clientes de jardinería no tienen ni idea de lo que quieren y acabo decidiendo yo. Para eso soy el experto, y nueve de cada diez veces les encanta el resultado.

—Esa décima vez es la que me tiene de los nervios. Ninguno de mis bocetos me convence.

—Ya te saldrá. Siempre lo consigues. Por algo te contrataron.

Charlamos un rato sobre el trabajo hasta que llegó la comida. Ben había pedido una hamburguesa con patatas, y yo, un plato de pescado frito rebozado. Últimamente, había comido fatal con todo el estrés, y estaba pensando en ir al gimnasio después del almuerzo.

Levantar pesas también me vendría bien para deshacerme de los celos irracionales que me provocaba Emma. Porque, aunque estaba comiendo mi comida y llevaba mi sudadera, no podía olvidar que había dormido en la cama de mi primo.

Hacía tiempo que una mujer no me despertaba interés. No era virgen, pero apenas tenía tiempo para atarme los zapatos, mucho menos para conocer a alguien.

Y ahora, la primera mujer que me llamaba la atención, salía con el hombre al que consideraba un hermano.

«Frustrante» no bastaba ni para empezar a describirlo. Si tuviera un minuto libre, me buscaría a alguien para quitarme la tensión.

Otra noche follando mi propia mano tendría que bastar. Al menos, si Harry y Emma se habían acostado la noche anterior, fueron lo bastante discretos como para no tener que oírlos.

—Entonces… —Me limpié la barba con una servilleta para quitarme una mancha de salsa tártara.

—¿Entonces?

—¿Has hablado ya con mi hermana?

Jill no me había dicho nada. Hacer de chófer para tres mujeres medio borrachas no daba pie a conversaciones profundas.

Ben dio un mordisco a su hamburguesa y masticó… durante un buen rato.

—Eh… Sí —dijo al tragar.

—¿Y cómo fue?

Mis sensores de gilipolleces estaban a tope. ¿Por qué todo el mundo actuaba tan esquivo últimamente? Ojalá pudiera darle a *reset* y volver a hace un mes, cuando todo era normal.

—No estuvo mal… al principio. Pero, tío. Creo que tu hermana me odia.

—¿Qué dices? ¿Qué coño pasó?

—¡Ni idea! Al principio todo iba bien. Le pregunté por sus trabajos, su plan de negocio. Y, de repente, parecía que me estaba haciendo un examen, y que no acertaba ni una. Aunque sea tu hermana, no la conozco tanto.

Eso era verdad. Siempre había mantenido mis relaciones en compartimentos. Ben y Jill se conocían de vista, básicamente porque vivían en el mismo pueblo, pero su trato era mínimo.

Me pasé las manos por la barba y solté un gruñido.

—Mi hermana es un misterio. ¿Estarías dispuesto a intentarlo una vez más con lo del negocio? Si me dices que no, no me voy a enfadar. Solo necesito saber si debo intervenir. Sacaré tiempo si hace falta.

Ben negó con la cabeza rapada.

—No, está bien. Lo intentaré una vez más. Igual tuvo un mal día. Además, le mandé un mensaje esta mañana para quedar, así que no pienses que lo digo solo porque me sienta culpable. Lo hago tanto por ti como por Jill. Deja que tu familia la cague por su cuenta. Especialmente tu primo imbécil.

A Ben y Harry no les unía precisamente una gran amistad. Aunque Ben no conocía bien a Jill, Harry y él jugaban en el mismo equipo *amateur* de hockey. Yo solía jugar también, hasta que el trabajo me desbordó, pero ellos dos seguían.

Gruñí ante su mención.

—Ese idiota perdió el móvil anoche. Otra vez. Tuve que conducir hasta la ciudad para recoger a Jill, a Kristi y a la novia de Harry en una discoteca de Merlin Heights porque no encontraban cómo volver.

—¿En serio? No me digas que vas a pedirle tú el reemplazo.

Puede llamar él mismo a la compañía y ocuparse de ello.

No dije nada.

Ben me señaló con una larga patata frita.

—Ibas a hacerlo tú, definitivamente. No lo hagas, hombre.

¿Cuándo vas a echarlo del nido?

—Lo estoy intentando. Pero soy lo único que tiene.

—Tienes que dejar que se espabile. Harry es un adulto. Empieza hoy con lo del móvil.

Ben tenía razón.

—Igual su novia puede ayudarle en vez de yo. Si quiere confiar en él, tendrá que encontrar la forma de mantenerlo con la correa corta.

—Por cierto, ¿qué es eso de que Harry tenga novia de repente? Jill lo mencionó. Dijo que es maja.

Me detuve. No estaba seguro de cómo explicar lo de Emma.

No decir nada solo llamaría más la atención sobre mi extraño estado mental en relación con ella.

—Se llama Emma. Trabaja con Jill en la biblioteca. No tengo ni idea de cómo ha acabado con Harry, precisamente. No tienen casi nada en común. Esperaba que pudiera ser una influencia positiva para él, pero me estoy dando cuenta de que también la trata un poco como una mierda, siempre la deja sola, y ella no tiene a nadie en el pueblo que le eche una mano. Mira lo de anoche, por ejemplo. Emma se quedó fuera de su apartamento, y vive en uno de esos alquileres cutres encima del Greyport Grinds. Esos, ¿sabes? Como no podíamos contactar con Harry, al final me la llevé a casa para que esperara conmigo a Harry… y luego ni siquiera pareció importarle. —Al ver la cara de Ben, pregunté—: ¿Qué?

—Tío, perdona si meto la pata, pero… ¿te mola la novia de tu primo?

—¡No! —la palabra salió disparada. Lo intenté de nuevo—: Definitivamente no. La acabo de conocer. Y la mitad del tiempo es molesta.

Ben seguía con cara de escepticismo.

—Vale, no voy a insistir, pero la mayoría de la gente no habla tanto de alguien que no le gusta. Igual deberías controlar eso.

—Jamás le haría eso a Harry.

Ben levantó las manos, con las palmas abiertas hacia mí.

—Ya lo sé. No harías eso a nadie, y menos a tu primo. Solo digo que… a veces no podemos controlar quién nos atrae.

—Entonces, supongamos que sintiera cierta conexión con Emma… ¿qué me aconsejarías hacer siquiera?

—Pues, ya que no puedes follártela para sacártela del sistema, te diría que te mantengas lo más lejos posible hasta que se te pase.

Capítulo 20
James

Mi móvil vibró justo cuando terminaba una serie de sentadillas en el gimnasio. Lo ignoré mientras me secaba el sudor que me caía por la nuca, pensando en subirme a una de las cintas de correr libres.

Volvió a vibrar por segunda vez. Menos mal que en el centro deportivo sonaba una molesta canción *synth-pop* con tanta intensidad que amortiguó mi gruñido audible. Odiaba que interrumpieran mis entrenamientos; me rompía el ritmo.

El número no me sonaba y tampoco reconocía el prefijo.

DESCONOCIDO: Soy Harry desde el móvil de Emma LOL

DESCONOCIDO: Te necesitamos a ti y a tu camioneta YA

Qué demonios.

Toqué el icono de llamada bajo el contacto nuevo y me llevé el móvil al oído.

—¿Hola? —contestó Emma, con tono interrogativo.

—Emma.

—¿James?

Apreté los dientes. Mierda, qué bien sonaba mi nombre en su voz. No se suponía que debía fijarme en eso.

—Pásame a Harry.

Soltó un resoplido molesto. Hubo un revuelo antes de que mi primo apareciera en la línea.

—Eh, eh, Jay.

—Tío, ¿no le dijiste a Emma que habías usado su móvil para escribirme?

—Ah, sí. Le dije que necesitaba mirar un mapa y luego se me fue. ¡Perdón, Ems! Te lo compensaré luego. Ahora ya tienes el número de James, por si acaso necesitas algo. Ah, no te olvides de que tenemos que comprar…

—Harry —dije, lo bastante alto como para volver a captar su atención. Ya me había pasado antes lo de que Harry olvidase que estaba al teléfono y me hiciera escuchar un sinfín de conversaciones paralelas. Una vez lo

escuché pedir cincuenta y dos pizzas como broma para un compañero de trabajo. Era mejor cortarlo antes de que se enrollase—. ¿Para qué me necesitáis a mí y a la camioneta?

Inhaló de golpe, profundamente.

—Después de ayudar a Emma a recuperar sus llaves en la discoteca y llevarla a casa, fui a la mía y eché una siesta. Y durante la siesta tuve un sueño loquísimo sobre ese árbol de Navidad supertriste de Charlie Brown. ¿Te acuerdas de esa peli? Creo que la vimos en primero con la señora Epps. La señora Epps molaba. Total, que cuando me desperté, me di cuenta de que seguro que hay un montón de árboles de Navidad solitarios por ahí que nadie ha elegido. Así que llamé a Ems y le conté lo de los árboles tristes, y a ella también le dieron pena. Ahora estamos en la Aldea Navideña de Meyer, y quiero comprar un árbol, pero no tengo hacha ni forma de llevarlo a casa. Ahí entras tú.

Me llevé una mano a la frente y presioné con fuerza, intentando aliviar la presión que crecía.

—Estaré allí en veinte minutos. No hagas ninguna estupidez.

Capítulo 21
Emma

Mantenía las manos envueltas alrededor de un vaso de papel humeante con chocolate caliente que Harry había comprado para mí. Estaba a punto de acurrucarme con una manta en el sofá cuando llamó para preguntar si quería ir a por árboles de Navidad, uno para mi apartamento y otro para la casa que compartía con James. Estuve a punto de decir que no, pero sonaba tan ilusionado con lo de visitar la Aldea Navideña de Meyer… Era difícil seguir enfadada con él cuando, en el fondo, era buena persona. Era un desastre como novio, pero buena persona.

Golpeé con fuerza el suelo de grava apisonada con los pies para intentar combatir el frío. Llevaba calcetines gruesos de lana bajo mis finas botas de agua, pero no eran suficientes para espantar el frío.

Pasó una familia: madre, padre y dos niños en un pequeño carro rojo. Habían escogido bien al ir bien abrigados con gorros, guantes y mantas. Seguí su trayectoria con la mirada mientras se dirigían hacia la zona de actividades infantiles. Al parecer, había un zoológico interactivo con cabras y renos, una fábrica de juguetes de elfos bastante realista y la oportunidad de conocer a Santa Claus.

La grava crujió cuando una gran camioneta negra se detuvo junto a Harry y a mí en el aparcamiento.

—Ahí está —dijo mi novio falso mientras se dirigía a la camioneta.

James.

Aún tenía el estómago revuelto desde que había escuchado su voz antes. Durante varios minutos tras colgar, estuve debatiendo si guardar su número o borrar el hilo de mensajes que había iniciado Harry.

Al final lo guardé, diciéndome que, como decía Harry, solo lo usaría en caso de emergencia.

Los dos hombres charlaron al otro lado del vehículo antes de ir hacia la parte trasera, donde James abrió la puerta. Le entregó a su primo un rollo de cordel antes de sacar una bolsa roja de lona que se colgó al hombro.

Luego se acercaron a mí, que esperaba cerca de la entrada a la Aldea Navideña.

—Hola —saludé, hecha un manojo de nervios.

Llevaba uno de esos gorros ridículos forrados de pelo con orejeras. Esos gorros estaban pensados para hacer gracia, pero él conseguía que funcionaran. A pesar del grueso abrigo y los pantalones que llevaba, no podía dejar de pensar en cómo se le veía la espalda desnuda esa misma mañana. En cómo se sintió su brazo desnudo rozando el mío…

Si en algún momento del día sacaba un hacha, era posible que me combustionase.

—Emma —dijo, asintiendo sexy con la cabeza y mirando mal mi ropa. Se estaba volviendo una costumbre lo de tener problemas con mi forma de vestir.

Harry dio una palmada con las manos enguantadas, produciendo un sonido ahogado, para llamar nuestra atención.

—Bien, mis dos personas favoritas…

Aquella afirmación era preocupante. Esperaba que fuera una actuación para impresionar a James, porque ser una de las personas favoritas de Harry parecía completamente fuera de lugar.

—Hoy tenemos una misión: encontrar y asegurar dos árboles de Navidad. Deberían ser, idealmente, de buena calidad, pero también solitarios. Puede que estén aislados en sus hileras. Puede que tengan algún pequeño defecto que haya disuadido a otros compradores. No descansaremos hasta hacernos con dos árboles así. ¿Estamos listos?

Eso era… intenso. ¿Quién iba a decir que a este tío le importaba tanto algo, y menos aún unos árboles tristes?

James y yo seguimos el paso de Harry, y los tres atravesamos la entrada arqueada y concurrida hacia el vivero.

Pronto descubrí que en la Aldea Navideña de Meyer había una enorme variedad de abetos. Era abrumador. Recordaba haber tenido árboles de verdad cuando era niña, pero siempre los comprábamos en una tienda enorme local de bricolaje y ferretería. En los últimos años, mis padres habían optado por uno artificial.

Harry insistía en que un abeto de Fraser era la mejor especie. Algo sobre que tenía las ramas más fuertes para sostener los adornos más pesados. No

le arruiné la ilusión diciéndole que yo no tenía ni un solo adorno.

Tras subirnos a un tractor con remolque, lleno de otros visitantes de la Aldea Navideña, recorrimos fila tras fila de las demás variedades de árboles navideños. Las familias iban bajando poco a poco del remolque hasta que nos tocó el turno a nosotros.

Casi una hora después, estaba helada hasta los huesos y discutiendo con Harry.

—Por última vez, Harry, no necesito un árbol gigantesco.

Vivo en un apartamento diminuto.

—Emma, ese no puede ser tu árbol ideal. Podrías haberlo encontrado en el aparcamiento de cualquier supermercado cutre. No tiene nada de especial. Los árboles de Navidad tienen que ser especiales.

Hacía ya rato que había aplastado el vaso de papel del chocolate caliente. Harry era como un perro con un hueso.

Una voz profunda intervino.

—Harry. Déjalo ya. No te corresponde decidir.

—¿En serio, James? ¿Ahora te quieres meter? —Me giré hacia el hombre alto y barbudo, lanzándole el vaso arrugado.

Cayó justo delante de sus botas.

Sabía que no era justo. El pobre James llevaba más de cuarenta y cinco minutos cargando el enorme árbol que Harry había elegido para su casa. Por supuesto que él había encontrado su árbol ideal a los pocos minutos de bajarse del remolque.

Pero no podía perdonarle que solo interviniera ahora, cuando yo ya me había convertido prácticamente en un cubito de hielo. Le había lanzado al menos seis o siete miradas suplicantes mientras Harry soltaba su monólogo. Y él las había ignorado todas.

Tenía suerte de que me hubiese mirado siquiera esta tarde. James estaba extrañamente callado, ni una sola pulla para su primo.

La mirada que me lanzó ahora me hizo arrepentirme de haber atraído su atención.

—¿Acabas de lanzarme basura? —Sus cálidos ojos avellana se convirtieron en nubes oscuras de tormenta—. Los dos estáis comportándoos como putos críos ahora mismo. Harry, Emma elige su

propio árbol. Emma, madura. Escoge de una vez el maldito árbol para que lo corte y vámonos. Ya.

—Guau —soltó Harry.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No por el frío. Ni por miedo al estallido de James.

No, me había reprendido como a una subordinada desobediente, pero en lugar de enfadarme, su orden, dicha con ese gruñido áspero, me hizo temblar por un motivo muy distinto. Uno que acababa en besos contra la pared, manos sujetándome las muñecas y marcas rojas en el culo que no desaparecerían en días.

Si me pidiera ahora mismo que me arrodillara en la nieve, le bajara los pantalones y se la chupara, casi creía que lo haría. Que se jodiera el falso noviazgo, el suelo helado y el hecho de estar en público.

Un segundo más de silencio. Una nube de vapor se formó en el aire frío cuando James exhaló, con fuerza, esperando mi respuesta.

—Este está bien —dije, señalando al árbol por el que llevábamos rato discutiendo Harry y yo. Mi seudonovio tuvo el buen juicio de quedarse callado.

No volví a decir una palabra mientras James serraba el tronco delgado y cargaba ambos árboles de vuelta al remolque.

Capítulo 22
Emma

Me senté en la cama ya por la noche, con los pies debajo de mí, tecleando y borrando el mensaje en mi móvil, el cursor aparecía y desaparecía, aparecía y desaparecía. Tenía que disculparme con James por haberle gritado en la Aldea de Meyer, pero era demasiado cobarde como para hacerlo cara a cara. Después de cargar los abetos de Fraser en la parte trasera de su camioneta, se había marchado en un abrir y cerrar de ojos.

Emma

No podía culparle. Se había tomado la molestia de ayudarnos a Harry y a mí, y yo le había devuelto el favor comportándome como una auténtica imbécil. James se había llevado la peor parte de mi irritación por culpa de las tonterías de Harry.

A la mierda, decidí, pulsando «ENVIAR» y acomodándome entre mi montaña de almohadas.

Levanté el libro que había sacado de la biblioteca a principios de semana a la altura de los ojos, decidida a no prestar atención a ningún mensaje entrante.

EMMA: Lo siento.

Algo simple.

El móvil vibró exactamente tres minutos después. No es que estuviera contando. Me apresuré a abrir el mensaje.

JAMES: ¿Por qué?

Bueno. Al menos no fingía no saber que era yo quien le escribía. Casi me había preparado para eso.

EMMA: Por lanzarte cosas. Y por gritarte por algo que no fue culpa tuya.

JAMES: ¿Eso es todo?

Solté un bufido, estrujándome el cerebro en busca de la respuesta adecuada.

JAMES: Más te vale pensar en alguna forma de compensarme.

Oh. Eh… vale. Me incorporé de golpe en la cama. Era un hombre lleno de sorpresas. De los que mandan dos mensajes seguidos. ¿Y ese último mensaje había sido… insinuante?

EMMA: ¿Qué se supone que significa eso?

Le di un momento para explicarse. Seguro que no estaba insinuando que le debía algún favor sexual, especialmente cuando creía que estaba saliendo con su primo.

Mi móvil volvió a vibrar en mi mano, esta vez con una señal continua; era una llamada entrante.

Esto prometía.

—¿Hola?

—¿Ese mensaje ha sonado muy raro? Porque si ha sido así, lo siento. Quería hacer una broma de que tenías que compensarme, como cuando me compraste otra hamburguesa después de chocarte conmigo en el Maven. Claramente, se me da fatal tanto hacer bromas como mandar mensajes.

Solté una carcajada y la ansiedad se me esfumó de mi pecho.

—¿Y cómo se supone que se relacionan esas dos situaciones?

¿Tendría que «deslanzarte» la basura en este caso?

—¡No lo sé! Por eso era una broma de mierda. No tenía ningún sentido.

Me recosté de nuevo entre las almohadas y sonreí al oír su profunda risa.

—¿Qué estás haciendo ahora? —Escuchaba ruidos y golpes procedentes del otro lado de la línea.

—Estoy trasteando un poco en el taller. Es tarde, pero me ha venido un poco de inspiración. He pensado que debía dejarme llevar.

—¿Ah, sí? —Intenté disimular mi entusiasmo, pero la pequeña muestra de su trabajo que había visto la noche anterior me tenía embobada. No tenía ni idea de carpintería, pero siempre había sido como una esponja al aprender cosas nuevas—. ¿Me lo cuentas?

—Espera. Mejor te lo enseño. —Recibí una solicitud para cambiar la llamada de voz a videollamada.

Ay, mierda. Llevaba puesta su sudadera. Tendría sus opiniones sobre eso, aunque solo la llevara para estar calentita en este apartamento lleno de corrientes de aire. No tenía absolutamente nada que ver con que olía increíble.

—Eh… espera un segundo. —Tiré el móvil sobre el edredón rosa y me quité la sudadera de un tirón. Llevaba una camiseta de tirantes negra debajo, sin sujetador. No pasaría nada; la cámara no mostraría nada por debajo de las clavículas a menos que yo la enfocara así. No podía hacer nada con el moño desastroso que llevaba y si tardaba más, empezaría a parecer sospechoso.

—Vale, ya estoy —dije al aceptar la solicitud.

—Ey —dijo él, su cara apareció en el centro de la pantalla.

—Hola.

Hablábamos como si no lleváramos ya varios minutos al teléfono.

—¿Quieres ver lo que llevo hecho hasta ahora? —Sonreía, las comisuras de sus ojos se arrugaban. Le gustaba su trabajo.

—Me encantaría.

La vista cambió de James a una mesa cubierta de diferentes piezas de madera.

—Esto es para uno de mis clientes más importantes, un grupo de restaurantes. No me han dado muchas indicaciones, lo que ha dificultado las cosas. Pero después de hablar con mi amigo Ben esta mañana, y tras el desastre de los árboles de Navidad, decidí dejar de dudar y tomar una decisión por ellos.

—Entonces me alegra que nuestra horrible experiencia buscando árboles durante horas haya servido para algo.

Eso le arrancó otra risa.

—No sufrimos en vano.

James explicó con más detalle lo que estaba construyendo: una versión prototipo de una mesa y unas sillas que me parecieron únicas y atemporales. Esperaba afinar esa idea y luego planificar el resto de sus diseños a partir de ella. Haría varias mesas de distintos tamaños, una barra completa y un atril para el anfitrión. No entendía mucho de lo que decía, pero me parecía impresionante.

Me sentía igual con mi trabajo en la biblioteca.

—¿Puedo verte hacer algo?

Volvió a enfocar la cámara en su cara. Parecía sorprendido, aunque no entendía por qué. Lo que hacía era fascinante, y seguro que mi interés no era nada raro.

—¿De verdad te gustaría ver eso?

—La verdad es que me encantaría, sí. —Le dediqué una pequeña sonrisa tranquilizadora.

Juraría que se sonrojó.

—Es un poco complicado enseñarte por videollamada.

Necesito las dos manos. —Movió los dedos para demostrarlo.

—Debería haberlo pensado en ello. Tal vez sea una señal de que me tengo que ir a dormir. —No me apetecía nada acabar la llamada, pero el día largo de caminatas por el vivero de árboles y la noche anterior encerrada fuera me estaban pasando factura.

Tenía los párpados pesados y el cerebro hecho papilla.

—Sigues pensando venir mañana para decorar el árbol con Harry, ¿verdad?

Harry y yo habíamos hecho ese plan por la mañana, antes de la discusión con James. Jill y Kristi también vendrían.

—Sí, claro.

—Entonces puedo enseñarte algo en el taller… si sigues queriendo, claro. No quiero interrumpir tu tiempo con tu novio. Probablemente debería haberlo pensado antes de preguntar. — Se frotó la barba con la palma. Ese gesto le tiró un poco hacia abajo la piel morena bajo los ojos.

—James, tu primo me tuvo corriendo por el vivero de árboles de Navidad más grande que he visto nunca, buscando lo que él llamaba «El Árbol Ideal». Creo que sobrevivirá si me dedico unos minutos a mirar tu taller.

—Es único, ¿eh? ¿Te contó de dónde sacó la idea de lo del árbol? Porque créeme, lo de hoy no es ninguna tradición familiar.

—¡Ay, Dios, sí, lo del sueño de Charlie Brown! Ridículo a más no poder —dije entre risas.

James se quedó en silencio, claramente atrapado en algún pensamiento. ¿Sospechaba que había algo raro en mi relación con su primo?

—Puedes preguntar lo que quieras, James.

¿Quería que sospechara? ¿Quería que me preguntara si era real?

—¿Es… bueno contigo?

Ay, Dios, no podía con esto. Mentir se me hacía cada vez más difícil. Pero tenía un trato con Harry y debía respetarlo. No debería haberle mandado ese mensaje a James, ni haber aceptado su llamada, y mucho menos estar planeando una visita privada a su taller. Pero ya era tarde. Si lo cancelaba ahora, querría saber por qué. Y no tenía ninguna buena explicación, salvo que me sentía atraída por él de una forma totalmente inapropiada e inexplicable.

Después del tour por el taller, me alejaría. No más tiempo a solas. Se lo debía a Harry que, a pesar de sus rarezas, era un buen tipo.

Además, James daba miedo. No porque pensara que me haría daño. Su carácter gruñón me había desconcertado al principio, pero empezaba a ver más facetas suyas. Y eso era lo peligroso.

Porque incluso si James supiera que no estaba realmente con su primo, incluso si pensara que era soltera y tan libre como el viento, yo no sería suficiente para él.

James Klein era un hombre. Y yo era un desastre.

—Harry es una gran persona, y siempre, sin ninguna duda, es amable conmigo.

Eso, al menos, no era mentira.

James asintió una vez.

—Buenas noches, Emma. Nos vemos mañana.

Colgó la videollamada y me quedé helada, tirada en la cama.

Caminé despacio hasta donde estaba la sudadera azul real, hecha un ovillo en el suelo, y la deslicé de nuevo por mi cabeza.

Capítulo 23
Emma

—Sé que es una faena sacar el tema del trabajo en nuestro día libre, pero ¿has tenido noticias del último proveedor sobre la donación para el Festival de las Luces? Quiero participar en el sorteo, pero necesito saber todas mis opciones primero.

La música navideña resonaba por el sistema de sonido envolvente mientras Jill, Kristi y yo nos tomábamos un descanso de decorar el árbol.

Habíamos molestado a Harry por parar antes de que él estuviera listo, así que ahora se hacía el ofendido y se había encerrado en su habitación.

Me giré para responder a la pregunta de Kristi, dando un sorbo a mi vino especiado, vino que James había servido generosamente para todos. Había que reconocer que, a pesar de su carácter antisocial y su escasa emoción por la celebración navideña en su casa, era un excelente anfitrión.

Incluso ahora, agachado frente a la chimenea para avivar las brasas. Si sus muslos y su culo se veían increíbles mientras lo hacía, yo no me había fijado. Yo no me fijaba en esas cosas; era la mejor novia falsa.

—Todavía nada. El tipo con el que hablé parecía encantado de aportar un premio cuando lo comentamos por primera vez, pero ahora es imposible localizarlo. Espero que esté bien, pero tengo que buscar un plan B. Faltan menos de dos semanas para el desfile. Estoy intentando evitar recurrir a cadenas nacionales y quedarme solo con tiendas locales, pero me estoy quedando sin opciones.

—¿Quién iba a aportar el último premio? —James, aún en el suelo, giró el torso para mirar hacia donde yo estaba sentada con Kristi y Jill.

Me obligué a mirarlo. No podía seguir ignorándolo sin parecer grosera.

Sus ojos avellana brillaban con la luz del fuego.

Volví a apartar la mirada.

—Art Wilson, de la tienda de manualidades. Dijo que iba a montar una cesta con material de punto y un folleto con instrucciones para hacer un jersey navideño feo.

—Art tiene muchas ideas, pero le cuesta llevarlas a cabo. Ya os prepararé algo yo. —Se incorporó en un solo movimiento y guardó el atizador de la chimenea.

Me quedé pasmada. Ante la insistencia de Jill, ya había donado una generosa tarjeta regalo para encargar un mueble a medida. Cualquier cosa más era pasarse de generoso.

—Jimbo, eres el mejor hermano mayor del mundo.

Él puso los ojos en blanco.

—Soy tu único hermano mayor. No sabrías distinguirlo ni aunque no fuera el mejor, que lo soy.

Jill resopló mientras su hermano se alejaba hacia la cocina.

Seguí su recorrido con la mirada.

—Ha sido muy amable por su parte ofrecerlo —dije cuando desapareció de nuestra vista.

—Tiene sus momentos, sin duda. Últimamente está mucho más tranquilo conmigo, lo cual es de agradecer. Supongo que ahora está más centrado en Harry. ¿Te importaría encargarte tú de los detalles con él? Yo lo haría, pero estoy hasta arriba con mis otros trabajos y apenas voy a pasar por la biblioteca.

—Yo me encargo, Jilly Bean —dijo Kristi—. No hace falta obligar a Emma a lidiar más de lo necesario con el humor de tu hermano. Aunque he de decir que esta noche está siendo bastante majo contigo, Emma. ¿A qué viene eso?

Empezaba a entender por qué Jill decía que Kristi era psíquica.

—Oh, nada importante. El otro día acordamos una tregua, sin más —con un poco de suerte, mi tono despreocupado bastaría para disuadirla de seguir indagando.

Harry entró deslizándose con los calcetines.

—¡Muy bien, fiesteras! Ha llegado el momento de seguir decorando este árbol. ¡Vamos, vamos! —Dio varias palmadas y subió aún más el volumen del equipo de música.

Se acabó el descanso.

Capítulo 24
James

Me escondí en la cocina mientras el caos navideño reinaba en mi salón. Las fiestas eran difíciles sin mamá, incluso después de varios años desde su muerte. Prefería mantenerme al margen. Imaginaba que Harry hacía justo lo contrario, aferrándose a las tradiciones alegres como forma de distracción. En cuanto a Jill, ni idea. Ella nunca hablaba de mamá.

Estaba frente a los fogones, calentando otra olla de vino especiado, cuando Emma entró en la habitación. No la oí ni la olí, pero supe que era ella de todos modos, como si un hilo dentro de mí estuviera ahora atado a uno dentro de ella.

Era muy inconveniente cargar con esa sensación.

Había estado evitándome de forma extraña toda la noche, así que que viniera a buscarme fue una sorpresa. Me esperaba que me diera alguna excusa para no venir al taller.

—Huele genial —dijo, justo cuando la miré por encima del hombro.

Volví a remover las especias. Si la miraba demasiado rato, empezaría a fijarme en cosas como lo guapa que estaba, o cómo ese jersey blanco se ceñía a sus pechos y…

Batí el vino con energía, haciendo que el alcohol chapoteara en la olla.

—¿Quieres otra copa?

—Solo una más. Tengo que conducir de vuelta a casa después.

Esperé. Claramente tenía algo que decirme.

Emma carraspeó.

—Solo quería darte las gracias por ofrecerte a donar un segundo premio para el puesto navideño. No tenías por qué hacerlo.

La cuchara de madera que estaba usando para remover el vino cayó con un golpe en el reposacucharas, traicionando mi intento de parecer relajado.

—No lo hice por obligación, así que deja de pensar eso.

—Aun así, no hace falta que sea nada exagerado. Otra tarjeta regalo estará bien. Estás ocupado y lo último que quiero es añadirte más lío.

—No voy a dar otra tarjeta regalo. Art prometió una cesta, ya se me ocurrirá algo parecido. No estoy tan ocupado.

Lo estaba, y mucho, pero jamás lo admitiría.

—Vale. Bueno, será mejor que vuelva antes de que Harry me grite otra vez. Deberías volver tú también, coger una copa y pasártelo bien.

—Ya veremos. Pero sin vino. Odio esta mierda especiada.

La idea de vino caliente me daba arcadas.

Emma ladeó la cabeza, en silencio.

—¿Entonces por qué lo has hecho?

Porque le comentaste a Harry en el vivero de árboles que te gustaba. Porque soy patético y estoy obsesionado.

—Por nada.

Capítulo 25
Emma

—Está precioso, Harry.

Había que reconocerle el mérito. Sus neurosis con el árbol y la decoración habían dado sus frutos, porque la casa estaba increíble, como el plató de una película de Hallmark. Jill y Kristi se habían marchado hacía unos minutos, y James había vuelto a desaparecer, dejándonos a Harry y a mí solos para admirar el resultado final. Este acogedor paraíso invernal hacía que la idea de volver a mi apartamento frío y con corrientes de aire resultara cada vez menos atractiva.

Harry hizo ademán de una reverencia.

—Gracias, señora. Voy a coger unos cuantos regalos para ponerlos bajo el árbol ahora que ya está montado.

Se fue dando saltitos al comedor y regresó cargando dos cajas grandes envueltas y unas cuantas bolsas de regalo que sostenía por las asas.

—Este año vas con antelación, ¿eh? Yo ni he empezado las compras de Navidad.

Solo pensar en los regalos hacía que la visita de mis padres se sintiera más real.

—Oh, la mayoría de esos los ha comprado James. Cada año es el señor Preparado. Jill y yo también somos de los que van a última hora.

Colocó los regalos, dio un paso atrás, y volvió a recolocarlos.

—Perfecto —dijo al terminar la distribución, y se dejó caer de espaldas en el sofá de cuero.

—Has hecho un trabajo estupendo con todo esto —repetí—. Siento haber estado un poco en plan Grinch. Entre la caseta del desfile y la visita de mis padres, estoy un poco agobiada.

Extendió el brazo y me dio una palmada amistosa en la pierna.

—No pasa nada, Ems. Te lo solté a última hora, pero te lo has tomado muy bien. Y tampoco te preocupes tanto por lo de que tus padres vengan de visita. Podemos con esto, te lo prometo. Ojalá mi madre pudiera venir este año, pero dijo que los vuelos son imposibles.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo fuera del estado?

—Unos doce o trece años ya. Se mudó justo antes de que muriera mi tía Callie.

—Tuvo que ser duro perder a tu tía y que tu madre se fuera casi a la vez.

Y yo aquí, quejándome porque mis padres quieran venir de visita una semana. Me sacaban de quicio, sí, pero al menos aún los tenía.

—Habría sido mucho peor si no fuera por James. Me dejó mudarme aquí con él cuando heredó la casa, me ayudó a conseguir un trabajo estable y todo. Antes iba de un curro a otro, pero lo de mecánico ha sido genial. James es más como un hermano, ya que nuestras madres eran muy cercanas.

Es por eso que odio decepcionarlo.

Sonreí, aunque sentí un nudo en el estómago. La carga de nuestra mentira del noviazgo falso era cada vez más difícil de soportar. ¿Pero cómo iba a echarme para atrás después de oírle decir eso?

El pesado reloj marcó la hora con una campanada y él se incorporó de golpe, sacudiendo el sofá.

—Mierda, ¿ya son las siete?

—Eso parece. ¿Por qué? —Él no había mencionado otros planes.

—Tengo que irme. Lo siento mucho, Ems. Por lo menos esta vez tienes coche. Cierra con llave al salir.

Harry se lanzó al armario del pasillo, se deslizó en una chaqueta gruesa, se puso las botas y, en un instante, desapareció con un portazo.

La casa quedó en silencio. Ni rastro de James. Me pregunté si él también se habría marchado.

Adiós a lo de ver su taller.

Me puse a recoger las copas de vino esparcidas y las llevé al fregadero.

Justo al terminar de enjuagar, oí un ruido procedente del jardín trasero. Por la ventana de la cocina vi un granero, la luz se escapaba desde debajo de su puerta. Sobre los adoquines nevados que llevaban de la puerta de la cocina al granero, se distinguía un rastro de huellas de botas.

Había encontrado a James.

Tras un minuto de debate silencioso, me puse el abrigo y seguí las huellas sobre la nieve.

Capítulo 26
James

Emma entró por la puerta corredera del granero justo cuando yo pasaba una tabla larga por la garlopa mecánica, aplanando la madera hasta dejar un borde liso y recto. Nada sofisticado, pero jodidamente satisfactorio cuando se hace bien.

Me bajé la mascarilla que protegía mis pulmones del polvo que provocaba la madera.

—Ey —la saludé. Elocuente. Llamadme William Shakespeare.

—Hola. Me preguntaba dónde te habías metido.

—Me sorprende que no te hayas marchado ya.

Frunció el ceño apenas un poco. Me picaban los dedos por alisar esas finas líneas de preocupación.

—¿Por qué pensabas eso? —preguntó—. Lo decidimos anoche, ¿no?

Me adelanté antes de que pudiera irse.

—Quédate. No te estoy echando.

—Pues no lo parecía.

El pisotón que dio fue adorable, pero fui lo bastante listo como para no decir nada.

—Eres bienvenida aquí. Solo es que parecías un poco… desinteresada antes. No voy a obligarte a hacer nada que no quieras. Si has cambiado de idea, no pasa nada.

—Estoy aquí, ¿no?

Asentí.

—Supongo que sí.

—¿Puedo pasar? ¿O necesito, yo qué sé, equipo o algo?

—Puedes pasar. Te avisaré si necesitas mascarilla o gafas de protección. No estoy haciendo nada muy complicado esta noche. Hay un calefactor junto a mi caja de herramientas, por si tienes frío. —Se lo señalé con la mano.

La observé desde lejos mientras caminaba hasta allí. Debía de estar helándose con esa chaqueta fina y las zapatillas de lona. Nunca se vestía para el maldito clima, siempre estaba tiritando con ropa desgastada.

La miré, cautivado, mientras deslizaba una uña pintada de dorado por el metal mate de mi caja de herramientas. Casi podía sentir ese dedo recorriéndome la piel, en línea recta hacia mi polla.

¿Qué coño me pasaba? Me estaba poniendo duro viendo cómo esa mujer tocaba una puta caja de herramientas, por el amor de Dios.

—Puede que esta sea la caja de herramientas más grande que he visto nunca.

—Es enorme.

Joder. Tosí. Tenía que dejar de pensar en mi polla.

—Pero, eh, sí, no es nada fuera de lo común en mi trabajo.

Carísima, eso sí. No has estado en muchos talleres, ¿me equivoco?

Podía nombrar a mil personas con equipos parecidos. De único no tenía nada.

—James, trabajo en una biblioteca. ¿Tú qué crees?

Solté una risa por la nariz. Esa peligrosa naturalidad, tan presente en nuestra llamada nocturna, había vuelto.

—Muchas bibliotecarias tienen aficiones. Estoy bastante seguro de que Tracy está tomando clases de trapecio los jueves por la noche.

—No me jodas. Me encantaría probarlo algún día, pero tengo miedo a las alturas. No soy bibliotecaria, así que solo puedo aspirar a ser así de guay.

—¿Y qué eres si no eres bibliotecaria? Y sí, soy consciente de que no toda la gente que trabaja en una biblioteca lo es. Jill me echó una bronca hace un par de años solo por insinuarlo.

—Estoy licenciada en trabajo social, pero no me convencía ninguna de las salidas que tenía. Ayudaba con el alcance comunitario en la biblioteca local de mi ciudad, como trabajo a tiempo parcial, y me di cuenta de que me gustaba. Luego hice un máster online en administración de empresas, con especialización en marketing. Lo terminé hace un par de años y, bueno, aquí estoy.

—Chica lista. Ya veo por qué te contrató Tracy.

Emma me sonrió. Sentí que me daba de lleno un rayo de sol directo al corazón.

—Gracias. Es mi primer trabajo de «adulta». Quiero estar a la altura de lo que espera de mí. La Biblioteca Pública de Greyport tiene muy buena reputación en la comunidad. Tengo suerte de haber acabado aquí.

—Ellos también tienen suerte de tenerte. —Ocupé mis manos alineando un montón de paneles de madera—. Y, eh… tampoco habrías conocido a Harry si no hubieras venido aquí.

Eso. Intentaba no ser un completo trozo de mierda.

—Sí… eso es verdad. —Golpeteó la caja de herramientas con

los dedos, produciendo un sonido hueco y metálico—. Hablando de Harry, ¿te comentó que tenía otros planes para esta noche?

Eso era raro.

—Nop. ¿No está aquí? Asumí que se estaba negando como un bebé a venir hasta aquí con el frío.

—No, se fue corriendo justo a las siete. Actuó como si tuviera algo importante que hacer. Esperaba que tú supieras qué.

Harry había estado más ocupado últimamente, pero lo había atribuido a la aparición de Emma en su vida. Si no estaba con ella, ¿qué estaba haciendo?

—Ni idea. Puedo preguntarle cuando vuelva a casa.

Emma negó con la cabeza, la luz de las lámparas colgantes brillaba sobre su pelo oscuro.

—Está bien. Esto es algo nuevo, lo de él y yo. No quiero agobiarle. Me lo dirá cuando esté listo.

—Si estás segura.

Asintió una vez más.

—Segura. Ahora, ¿por qué no me enseñas un poco de tu magia con la carpintería?

Capítulo 27
Emma

Cuando trabajaba, el gruñón de James Klein brillaba como el mismísimo árbol de Navidad que habíamos pasado horas decorando. Me contuve de decírselo —empezaba a darme cuenta de que era bastante cohibido—. Pero era la verdad, y ver su pasión en persona era aún mejor que oírla por teléfono. Estaba preparando madera para que yo la lijara mientras él hacía otras tareas más complicadas, hablándome sin parar sobre lo que hacía que su proceso funcionara.

Las gafas de seguridad y la mascarilla deberían haber atenuado su efecto, pero, honestamente, el hombre llevaba un delantal de cuero sobre una camiseta *henley* oscura, con las mangas dobladas hasta los codos. Era letal.

Nunca había pensado que tuviera un tipo, hasta ahora. Mi historial de parejas era breve. Una relación duró alrededor de un año y medio, y algunas otras un par de meses. Los hombres con los que había salido variaban en raza, tipo de cuerpo y estilo. Pero era como si alguien hubiera creado a James Klein en un laboratorio solo para mí, reuniendo todo lo que me gustaba de los hombres de mi pasado en un único y muy caliente paquete.

Lástima que nunca se fijaría en mí, porque era una buena persona, y yo estaba saliendo con su primo.

Y después de esta noche, después de mi conversación con Harry, ni soñaba con revelar el plan que él había creado. No ahora que sabía por qué era tan importante para él.

James estaba completamente fuera de mi alcance. Era un adulto de verdad, como lo dejaba claro el montaje profesional que tenía en marcha.

—¿Lista?

Di un respingo. La última vez que lo había visto estaba al otro lado del taller. A una distancia segura, cómoda. Ahora estaba justo a mi lado, sujetando una lijadora de mano.

Sonreí con valentía.

—Lista.

No tardé en darme cuenta de que no lo estaba para nada. La lijadora voló de forma descontrolada sobre la tabla que James me había dado. La herramienta, de un verde neón, cayó al suelo con un estruendo tremendo.

—¡Mierda! Lo siento muchísimo. Soy muy muy mala en esto.

James negó con la cabeza con una sonrisa afectuosa antes de volver a concentrarse en su proyecto. Al menos no se estaba enfadando conmigo por arruinar lo que estuviera lijando.

Me agaché para recoger la lijadora de nuevo y la volví a colocar sobre la tabla. Concentrándome, volví a empezar, usando el método que James me había enseñado. Lo había hecho parecer tan absurdamente sencillo que pensé que no necesitaría muchas indicaciones.

Había estado muy muy equivocada. No lograba cogerle el ritmo como él, tal como demostraban sus movimientos fluidos y sin esfuerzo. Mientras tanto, él estaba al otro extremo del taller cortando algo con una máquina enorme. Se había referido a ella como un tipo de sierra, aunque no recordaba el nombre exacto.

Mi atención se desvió del corte áspero de la madera al hombre. Sus hombros se flexionaban bajo la tela ajustada de su camisa mientras levantaba y movía pesadas pilas de material.

La gran sierra descansaba sobre una mesa que le llegaba a la altura de la cadera. Me mordí el labio cuando noté que llegaba mi parte favorita de su rutina. En cualquier momento, usaría la fuerza de sus duros muslos para presionar la madera con firmeza contra la guía donde estaba cortando.

Empujando. Fuerte. Rítmicamente.

¿Quién iba a decir que fabricar muebles a medida podía ser tan sexy?

—Eres un gran profesor, ¿lo sabías?

Lo era. Su paciencia con mis torpezas decía mucho.

Él se detuvo.

—¿Tú crees? He estado pensando en traer a un aprendiz, pero… no sé. No estoy seguro de ser bueno para eso.

—Deberías. Si yo… ¡Ah, joder! —La lijadora se resbaló de mi mano, y una punzada aguda me atravesó la piel de la palma, justo en la base del pulgar. La lijadora dejó de girar.

Levanté la mano y vi una gran astilla clavada en la piel. A pesar de que no había sangre visible, la cabeza me daba vueltas, como si siguiera

girando junto con el papel de lija.

—¿Qué coño ha pasado? ¿Estás bien?

James corrió hacia mí, me sujetó del codo y levantó mi mano herida a la altura de sus ojos.

Le ofrecí una sonrisa temblorosa.

—Soy un desastre para la carpintería.

—Siéntate.

Con su firme agarre en mi brazo, nos dirigió hacia un taburete. El frío del asiento metálico se filtró a través de mis vaqueros, tomé aire entre dientes.

James se arrodilló, apoyando una rodilla sobre el duro hormigón. Miró hacia arriba con la preocupación reflejada en sus ojos avellana.

—¿Te sientes mareada?

—Al principio sí, pero ya se me está pasando. Solo no puedo mirar la astilla, o me volveré a marear.

Me concentré en mi respiración, intentando calmar el pánico.

Hubo un tiempo en que era valiente con estas cosas de sangre y heridas. Montar en bici y trepar árboles de niña, seguido por una breve etapa jugando a hockey sobre césped en el instituto, me había expuesto de vez en cuando a unas cuantas rodillas peladas, esguinces en la muñeca, e incluso alguna que otra astilla. Pero desde el accidente, incluso la herida más pequeña podía hacerme tambalear.

—¿Puedes sentir mi mano sujetando la tuya? —preguntó James.

Mantuve mis ojos clavados en los suyos y asentí.

—¿Y tus pies apoyados en el suelo? ¿También los sientes?

—Sí —susurré.

—Buena chica, Emma. Esto pasa todo el tiempo. Sé que duele, pero lo estás haciendo muy bien. —Su voz sonaba ronca y profunda.

Sacó un paño blanco y limpio del bolsillo del delantal y lo presionó contra el costado de la astilla, aplicando una ligera presión. Me estremecí con el pinchazo que sentía, pero la astilla no se movió.

—Lo siento. Tengo un spray anestésico al otro lado del taller, pero no quiero arriesgarme a que te desmayes y te caigas del taburete. Lo último que necesitamos es que te abras la cabeza.

De algún modo, eso me hizo reír, aunque el estómago aún me daba vueltas.

James me dedicó una de esas sonrisas que le arrugaban los lados de los ojos.

—Tengo una idea. Quédate quieta, ¿vale?

—Vale.

Agachó la cabeza hacia donde sostenía mis dedos. Las ondas oscuras de su pelo eran un remolino de colores —marrón, negro y azul iridiscente—. Quería hundir las manos en él, en el leve rizo de su nuca, enredarlo entre mis dedos y tirar. No lo suficiente como para hacer daño, pero sí para que picara mientras lo guiaba cada vez más cerca, más cerca, más cerca, hasta llevarlo justo al lugar donde estaba húmeda y necesitada.

El calor de su boca me rozó entonces, cálido sobre la piel fría de mi palma, enviando una estela de escalofríos por mi brazo. En un movimiento suave y preciso, atrapó la pequeña astilla de madera entre los dientes y la sacó. Intenté retirar la mano, cerrar la palma, pero él no me soltó.

Su mirada se mantuvo fija en la mía mientras escupía la astilla al suelo.

El sonido de nuestra respiración resonaba en el granero. Me sentía mareada otra vez, pero por un motivo completamente distinto.

James fue el primero en romper el contacto visual, como si de pronto recordara dónde estábamos, quién era yo, qué estábamos haciendo. La nuez de su garganta subió y bajó.

—No mires. Hay un poco de sangre.

Volvió a levantar el paño blanco hacia mi mano, primero dando toquecitos y luego presionando con el pulgar.

Una ráfaga de viento silbó afuera, sacándome de mi trance inducido por James. Me estremecí, helada en todas partes salvo donde nuestros dedos aún se tocaban.

—Eh… creo que ya estoy bien. —Retiré mi mano de la suya para apoyarme la palma herida contra el estómago.

—Sí. Claro —dijo él, sonando aturdido, mientras se ponía de pie.

Se cernió sobre mí un momento antes de retroceder uno, dos pasos, y darse la vuelta.

Yo era incapaz de apartar la mirada de las líneas firmes de su espalda mientras me quedaba acurrucada sobre mí misma en ese taburete frío.

Fuera lo que fuese lo que había pasado entre nosotros, sabía que James también lo había sentido.

Apenas podía distinguir su perfil en la tenue luz. Pasó mucho tiempo antes de que hablara.

—Voy a dejar antiséptico y una tirita en la encimera de la cocina. Vete a casa, Emma.

No hacía falta que me dijera que no volviera. Lo había oído igual.

Capítulo 28
Emma

Entré precipitada en la pequeña sala de conferencias de la biblioteca el lunes por la mañana. Toda la atención estaba centrada en el inminente desfile del Festival de las Luces y las actividades asociadas de recaudación de fondos, siendo mi puesto uno de los principales métodos.

Me había acostado tarde la noche anterior después de volver de casa de James y Harry. El fregadero de mi cocina tenía una fuga, un goteo constante debajo del armario, que caía sobre el linóleo deformado. La línea de emergencia de mi casero, cuyo número ya tenía guardado en los contactos del móvil, no respondió. Hice una visita improvisada a la ferretería local y compré un cubo. No detendría la fuga, pero protegería el suelo hasta que el casero me devolviera la llamada.

Había una ventaja en lidiar con un fregadero con fugas: preocuparme por eso significaba no pensar en la situación con James, al menos hasta que ya pasara la medianoche y diera mil vueltas en la cama.

La palma de mi mano seguía sensible, pero lo peor era que me dolía la cadera. Demasiadas noches con poco sueño me estaban pasando factura. No podía seguir con este ritmo. Entre las noches largas con nuevos amigos, mis sentimientos complicados y ahora el intento de mantener en pie un apartamento que se venía abajo, el colapso parecía inevitable.

Deslicé mi chirriante silla hasta la larga mesa de conferencias y centré toda mi atención en lo que me había traído allí en primer lugar: la Biblioteca Pública de Greyport.

—Buenos días, Emma —dijo Tracy, llena de energía—. Coge un *bagel* mientras empezamos. He traído una caja de Brett Brothers Bagel House esta mañana. Están recién hechos y calentitos.

Gloriosos carbohidratos. Eran una de las pequeñas cosas de la vida.

Me removí en la silla intentando, sin éxito, encontrar una posición que aliviara la presión sobre mi dolorida cadera. Aún tenía pendiente hablar con Tracy para que aprobaran algo con más soporte, pero por alguna razón

seguía posponiéndolo. Mamá me regañaría por haber tardado tanto en mencionarlo, pero no era ella quien tenía que lidiar con ello día tras día.

Estiré la pierna bajo la mesa, encontrando algo de alivio. Crucé una mirada de disculpa con Glenn cuando mi pie rozó el suyo, y él me devolvió la sonrisa.

La reunión terminó y todos nos fuimos a nuestras respectivas zonas del edificio. Estaba recogiendo mis cosas cuando Kristi me detuvo frente a la puerta de su despacho.

—Ey, Em. Me alegra haberte encontrado. James me ha escrito temprano esta mañana para decirme que ya tiene listo el segundo premio para el puesto. Dice que lo guardará hasta el día antes, por si necesita algún cambio de última hora. ¿Quieres ver una foto?

Kristi agitó su móvil. Me contuve para no arrebatárselo de las manos.

En la pantalla había una bandeja de cubiertos precioso y ornamentado, con espacios para los cubiertos. A un lado había un juego de cucharas de madera hermosas, envueltas con un lazo rojo brillante.

Acaricié la foto con la yema de los dedos, deseando poder tocar la veta de la madera a través de la pantalla.

—Vaya. No sabía que hacía cosas así.

—Estoy casi segura de que ese hombre podría hacer cualquier cosa. Incluyendo mis bebés, si quisiera.

—Oh. —Mi expresión decayó.

—Vale, ¿qué ha pasado? —La mujer de pelo morado me quitó el móvil de entre los dedos.

—N-nada, estoy superdespistada, cansada, con dolor y…

Kristi me cogió por los hombros y nos empujó hasta mi minúsculo despacho.

—Emma. Tía. Siéntate un minuto.

Estar encerrada en una habitación pequeña con una psíquica era lo último que me apetecía. Busqué una vía de escape, intenté inventarme una excusa para marcharme, pero Kristi ya estaba cerrando la puerta.

—Entonces, ¿las bandejas para cubiertos te desencadenan algún trauma especial, o fue mi comentario sobre tener bebés con James lo que te dio cosa?

—Oh, Dios mío —dije con un gruñido, enterrando la cabeza entre mis manos.

—Antes de que entres en una espiral, te diré que estaba de broma. James es sexy, talentoso, responsable y además una buena persona, pero entre él y yo no hay ni una pizca de química romántica. Es más, creo que la química va en negativo. En cambio, entre tú y James… salta a la vista.

Solté un ruido indescifrable e involuntario. No tenía forma de explicarle la situación a Kristi sin destrozar por completo mi tapadera. Pero la alternativa era parecer la novia más insensible y desleal del mundo.

—Puedes salir de ahí para que hablemos como adultas. No puedes esconderte para siempre.

—Lo sé —dije, alargando la palabra. Asomé los ojos entre mis dedos y vi a la otra mujer sentada en una caja de madera, sonriendo con serenidad. Tenía una pierna cruzada sobre la otra mientras su falda negra de encaje le rozaba los tobillos.

—Ahí estás. —Saludó con una mano.

—Deja de hacerte la graciosa. Tengo un problema serio.

—Me encantaría ayudarte con tu problema, pero estás murmurando. Habla alto y cuéntale a madame Kristi cómo estás dividida entre el atractivo leñador y el encantador mecánico.

Bajé las manos a mi escritorio desordenado con un golpe sonoro.

—Suena horrible dicho así.

—¿Y cómo es entonces? Porque objetivamente, sí que suena un poco horrible estar colada por un tío mientras sales con su primo. Solo digo.

—Es… complicado.

—Pues «descomplícalo» —dijo, echándose a la boca un puñado de mentitas.

—Ese es el problema. No sé cómo salir de este lío. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—Algunas personas dicen que soy una fuente de buenos consejos.

—¿Ah, sí? —La tensión de mi cuerpo se aflojó un poco ante la actitud comprensiva de Kristi.

¿Pero lo seguiría siendo cuando supiera toda la verdad? ¿Cuando se enterase de que les había mentido a ella y a Jill desde la noche en que empezó nuestra amistad?

Tendría que arriesgarme.

—Voy a empezar con la advertencia de que Harry y yo no somos una pareja real.

—¿Qué? No puede ser. Nunca lo habría adivinado ni en un millón de años —dijo, inexpresiva.

Me la quedé mirando.

Tuvo la desfachatez de reírse.

—No es culpa mía que sea tan obvio. Apareciste en el pueblo y, de repente, Harry estaba saliendo contigo. Apenas te conocíamos como compañera de trabajo, ¿y de pronto él ya tenía una relación establecida contigo? Además, entre vosotros hay más *vibes* de hermanos que otra cosa. Lo sospeché desde la primera vez que os vi juntos. Pero tú y James… madre mía. —Kristi se abanicó la cara.

Me ardían las mejillas.

—Quiero decir, sí que me acosté con Harry. Sería bastante asqueroso si fuéramos hermanos. —Al menos tenía que defender mínimamente mi actuación.

—¿Y fue buen sexo? ¿Repetiste?

—Estuvo bien. Hubo orgasmos. Y no.

—Justo a eso me refería. Un polvo mediocre de una noche no siempre se convierte en una conexión significativa una vez conoces a la persona. Yo tengo orgasmos geniales con mi vibrador de forma regular, pero no estoy en una relación con un trozo de silicona morada, ¿sabes? La verdadera pregunta es: ¿por qué fingís ser pareja?

—Antes de entrar en eso, ¿puedes decirme si Jill también sospecha? No sé cuánta más humillación puedo soportar, así que me gustaría estar preparada para ese inevitable enfrentamiento. —Jill no tiene ni idea. No le he dicho nada sobre mis sospechas. Desde el día en que te conocí, tuve la corazonada de que eres una buena persona. Supuse que la mentira era por una buena razón y que acabarías contándolo. En cuanto a Jill, por lo que me ha dicho, cree que tú y su primo estáis saliendo de verdad. Aunque sí me comentó que piensa que eres demasiado buena para él y que acabarás dejándolo por ser como un niño. Tampoco ve la tensión sexual que tienes con su hermano, lo cual, por su bien, es lo mejor.

—Va a sonar patético por mi parte.

—¿Sabes cuántas cosas patéticas he hecho en mi vida? No llegas a los treinta sin tener al menos un par de momentos de esos. Ahora, deja de darle vueltas y suéltalo.

Me lancé a contarle la historia, empezando por el lío con Harry y el enfrentamiento inicial con James, y luego pasé al plan de Harry para impresionar a sus primos. Hice lo posible por dar solo detalles vagos sobre los motivos de Harry. Después de nuestra conversación junto al árbol de Navidad, sabía que él ocultaba muchas cosas bajo su fachada alegre y simpática. No pensaba divulgar sus inseguridades.

Kristi escuchó con los dedos entrelazados, interrumpiendo de vez en cuando. Me la podía imaginar sentada en una mesa redonda con una bola de cristal girando frente a ella.

Cuando revelé mi motivación personal para el plan de hacerme pasar por su novia, me callé.

—Emma. Jill y yo llevábamos semanas hablando de invitarte a salir. Antes incluso de pensar que estabas saliendo con Harry. Eres genial. No necesitas un novio, falso o real, para hacer amigos.

—Ya, pero ¿alguna vez te has sentido… sola? Sé que suena ridículo, y habéis sido todas muy acogedoras. Pero mudarme aquí, sola, después de vivir en una casa donde mis padres estaban prácticamente encima de mí todo el tiempo… daba miedo. Aún da miedo.

—Hice lo mismo hace años, así que sí. No puedo decir que hubiera fingido salir con alguien para superar eso, pero quién sabe. Nunca se me presentó la oportunidad. Pero ahora que ya tienes amigas, ¿por qué no das el salto a la ruptura y te centras en conocer al chico que de verdad te gusta?

—Por un lado, mis padres esperan conocer a Harry. Y por el otro, no va a pasar nada entre James y yo, así que no tiene sentido apresurarme a romper con Harry.

Kristi se rio por lo bajo.

—Sigue diciéndotelo. Si yo tuviera esa clase de química con otra persona, ya estaría encima de ella. Eso no pasa todos los días. ¿Y si no vuelves a sentir algo así nunca más?

—¿Y cómo sé siquiera si James me querría?

—Creo que es bastante evidente.

—¡Pues no para mí! Él es tan… centrado y exitoso. Tú misma lo dijiste al enumerar todas sus cualidades increíbles. Yo soy… un desastre. Y eso siendo generosa.

—Creo que te infravaloras, pero eso es algo que tienes que trabajar tú misma. Mantén la mente abierta.

Tomé aire. Un pozo de pánico subía por mi garganta.

—Simplemente no creo estar preparada para ser la persona que James se merece. Además, no estoy buscando nada serio, y estoy segura de que él sí.

—Bueno, si no piensas ser sincera con él sobre lo que pasa con su primo, entonces me temo que tu única opción es pasar el menor tiempo posible con James. Porque un día de estos, toda esa energía va a estallar y salpicará a mucha gente.

Capítulo 29
James

Cepillé una capa de serrín de una mesa recién alisada, deleitándome con la textura de la veta bajo mis palmas encallecidas. El equipo de McGuire me había dado buenos comentarios sobre mis últimos diseños, y los prototipos estaban casi terminados.

No era difícil identificar la fuente de mi repentino impulso creativo. Habían pasado varios días desde la visita de Emma al taller, y la energía que dejó atrás seguía presente.

No podía mirar el taburete oxidado donde se había sentado sin preguntarme cómo habría sabido si hubiera llevado las cosas un paso más allá. Si simplemente hubiera cruzado esa línea, tomado uno de sus elegantes dedos entre mis labios y haberlo chupado. Imaginaba los sonidos que haría, todos esos jadeos entrecortados y gemidos en mi oído.

Joder, ni siquiera podía mirar mi lijadora sin pensar en escenas dignas de vídeos porno.

Gracias a Dios que Klein Custom era una empresa de un solo hombre. Explicarle a alguien más por qué me excitaban las herramientas eléctricas habría sido de lo más embarazoso, por no hablar de una pesadilla para Recursos Humanos.

Tal vez era simple lujuria a la antigua, con una dosis de culpa y celos añadida. No pensaba analizarlo demasiado. Mientras mantuviera la distancia y no le dijera nada a Harry, podría soportarlo hasta que la sensación se desvaneciera.

Miré con hostilidad la bandeja de cubiertos y el juego de cucharas que descansaban sobre uno de mis bancos de trabajo. Me había quedado trabajando hasta tarde la noche del domingo, después de que Emma se fuera, fabricando las piezas para su puesto. Si alguien preguntaba, lo había hecho por mi hermana.

Pero era imposible mentirme a mí mismo.

La pesada puerta del granero se deslizó por sus rieles, y Harry asomó su cabezota llena de rizos. Mi primo aún llevaba el mono del taller y tenía una

mancha de grasa en la mejilla.

—¿Qué pasa? —No esperaba verlo en casa tan temprano.

—Ey, tío. Terminé mis encargos antes de tiempo. ¿Quieres hacer algo? Podríamos ir al gimnasio, hace tiempo que no vamos.

—¿Seguro que no prefieres pasar tiempo con tu novia el único día que sales temprano? —La palabra me supo amarga.

Harry se metió las manos en los bolsillos del mono.

—Nop. Tú y yo no hemos pasado mucho tiempo juntos últimamente.

—No es culpa mía. El que tiene ahora todas las obligaciones de adulto eres tú. —Dios, ¿cuándo me había vuelto tan amargado? Tomé una bocanada de aire y la solté con fuerza—. Pero organizaste lo de la Aldea Navideña de Meyer y la decoración del árbol el fin de semana pasado, así que no te lo voy a reprochar. Vamos.

Durante todo el trayecto al gimnasio, me aferré al recuerdo de la sonrisa contagiosa en el rostro de Harry cuando acepté acompañarlo. Incluso tuvimos una conversación agradable sin toda la tensión y la frustración que parecían constantes durante las últimas semanas. Ahora que conocía a Emma, podía ver que no era la causa del distanciamiento. Pero algo le pasaba a mi primo.

El gimnasio estaba casi vacío mientras nos cambiábamos, solo esa molesta música tecno pop llenaba el espacio.

—¿Planeas darme la chapa todo el rato? —pregunté al acomodarme en un banco de pesas. El tipo tenía la costumbre de hablar sin parar durante casi todas mis repeticiones. Pero era un buen *spotter*.

Harry sonrió ampliamente, apartándose un rizo de la frente.

—Ya lo sabes.

Negué con la cabeza. Él nunca hacía nada en silencio.

—Entonces, ¿has cambiado un poco de opinión sobre Emma? Fue un poco… ya sabes… en el vivero de árboles, pero en general, es la caña.

Me limpié una gota de sudor de la frente antes de cambiarme por Harry.

—¿Y cómo estuvo en el vivero? —No estaba seguro de si me había gustado el matiz en su tono.

—¡Te saltó al cuello, tío! No hace falta que te preocupes por ofenderme siendo sincero. Estuvo comportándose como una… ya sabes.

Estuve tentado de dejarlo solo con el peso de la barra, pero eso ya era pasarse.

—Si ni siquiera eres capaz de decir la palabra, tampoco deberías insinuarla. Estaba irritada porque la pusiste en una situación de mierda, y se estaba congelando. Cualquiera habría perdido los estribos en un momento así.

—Vale, papá. Y sí, tienes razón. Ya le pedí perdón cuando decorábamos el árbol, y ahora estamos bien.

Harry se dirigió a otra máquina cuando terminamos nuestras series. Lo detuve con una mirada, un recordatorio no verbal de que me ayudara a volver a colocar los discos en cada extremo de la barra.

—No pensarás en serio que actúo como tu padre, ¿no? — Ninguno de los dos había tenido una figura paterna demasiado presente, esa era parte del porqué nuestras madres eran tan unidas mientras crecíamos.

—Un poco.

—¿Lo dices en serio?

—Te das cuenta de que acabas de regañarme por no recoger las pesas, ¿verdad? Y, además, no te enfades conmigo por responderte a una pregunta que tú mismo has hecho. Me llevas seis años, pero no tienes por qué actuar como si fuera un crío que no soportas.

Me quedé quieto.

—¿Crees que no te soporto?

Mi pecho se oprimió. ¿Mi manera de actuar le estaba haciendo más mal que bien?

Lo observé mientras se frotaba los rizos con ambas manos en un movimiento frenético.

—Eso ha sonado demasiado duro. Pero estás irritado conmigo todo el tiempo. Sé que parte es culpa mía. La cago mucho. —Esbozó una sonrisa forzada—. Pero bueno, suerte que mi chica tiene tanta paciencia, ¿no?

Me miró, esperando a que me riera.

No pude.

—Hablando de tu chica, ¿por qué parece que estás huyendo de ella o directamente ignorándola a veces?

Suspiró y se dejó caer, desmadejado, en el asiento de una máquina de remo.

—No estoy listo para contártelo, pero estoy desapareciendo por una buena razón, ¿vale?

—¿Y no puedes decirme cuál es esa razón?

—No, porque entonces sentirás la necesidad de darme consejos, y no podré decir que lo hice por mí mismo. Necesito hacer esto por mi cuenta, Jay.

Me mordí la lengua para no discutir. No podía ser tan insoportable con mis consejos. Solo quería evitar que Harry lo pasara mal. ¿No se daba cuenta de que lo hacía desde el cariño?

Al menos Jill aún me necesitaba.

—Aj, se te nota en la cara que estás molesto. No te lo tomes a mal, ¿vale? Esto va de mí y solo de mí, por una vez. Has hecho mucho por mí a lo largo de los años, y quiero devolvértelo. Lo digo en serio.

Tenía que admitir que eso era admirable y extrañamente maduro.

—¿Qué te ha inspirado? Porque hace unos meses, cuando me atreví a mencionar que te mudaras, te pusiste rarísimo.

No digas Emma. No digas Emma.

—Si te soy sincero, ha sido Emma. Me hace sentir que puedo ser más y hacer más.

Y ahí estaba. Para mi primo, esto era mucho más que algo casual.

—Ahí la tienes, mudándose lejos de su familia y buscándose la vida en una ciudad nueva. ¿Y puedes creer que solo tiene veintiséis? Tres años menos que yo, y ha logrado muchísimo más. Ella es increíble, y me ha elegido a mí.

Me limpié otra gota de sudor, escondiendo la cara tras una toalla de gimnasio. En ese momento comprendí que había albergado una esperanza absurda de que a Harry no le gustara Emma. Que sus desapariciones fueran señal de que no estaba comprometido. Como si eso me librara de la culpa de desearla para mí.

Joder, mi primer pensamiento cuando Harry mencionó su edad fue que era nueve años menor que yo, preguntándome si alguna vez querría estar con un hombre de treinta y cinco.

Tenía que enterrar cada pensamiento fugaz que tuviera sobre esa mujer a dos metros bajo tierra.

—Me alegro por ti —dije, tragando saliva mientras le daba una palmada en el hombro con un entusiasmo fingido.

Terminamos el entrenamiento poco después, estábamos demasiado agotados como para seguir. Al llegar a casa, detuve a Harry cuando bajaba de un salto de la camioneta.

—Ey. No creas ni por un segundo que me he olvidado de ese plan misterioso que tienes. —Él me lanzó una mirada de fastidio y levanté las manos en señal de rendición—. No voy a insistir. Tienes razón, tengo que dejar de involucrarme tanto.

Cuéntamelo cuando estés listo.

—Jay, ¿por qué no dejas de preocuparte tanto por mí y dedicas un poco más de tiempo a ti mismo? Diviértete, búscate una afición. Fóllate a alguien. Cosas que no has hecho en el último siglo. —Me enseñó el dedo del medio con una amplia sonrisa antes de entrar en casa.

Apoyé la frente contra el volante.

Si tan solo supiera con quién quería acostarme…

Capítulo 30
Emma

Me estaba escondiendo.

Los últimos días me había volcado con gusto en los preparativos para el desfile de Navidad, rematando los últimos adornos para el puesto e imprimiendo calendarios de actividades para colocar.

Y evitando toda interacción humana innecesaria.

Cada noche después del trabajo, recorría tiendas de segunda mano locales en busca de algo que pudiera alegrar mi apartamento antes de la llegada de mis padres. Una mesita de bistró con su juego de sillas fue, hasta el momento, mi compra favorita. Un mantel barato de tela con un estampado excesivo de renos ocultaba el agujero en la superficie de la mesa.

Mi mente voló al taller de James y los muebles que podría crear para este espacio. Jill me había contado todo sobre las piezas personalizadas que había construido para su estudio.

Sonaba como un sueño. Muy superior a mi mezcla improvisada de alternativas.

Hundida en el sofá de cuadros, observé el apartamento con satisfacción. Incluso había conseguido decorar mi propio árbol de Navidad, aunque las bolas de plástico barato que había comprado en la tienda de descuentos dejaban bastante que desear.

Nada que ver con la idílica escena digna de una película navideña en casa de James y Harry.

Estaba agotada, cargaba con el peso de la fatiga del fin de semana anterior y una semana laboral exigente. Pero lo más preocupante era que estaba siendo una cobarde: ignoraba deliberadamente los mensajes de Jill, Harry y Kristi. Al menos tenía la excusa de necesitar una buena y merecida dosis de descanso. Subir la mesa de segunda mano por el empinado tramo de escaleras me había destrozado. Incluso el breve paseo hasta Greyport Grinds, justo debajo de mi salón, me parecía demasiado esfuerzo.

Me removí en el sofá y otra punzada de dolor se hizo presente en mi cadera. Con un suspiro, me dejé caer al suelo, puse mi lista de *folk-rock* favorita y comencé mi rutina de movilidad. Ya era hora. Mi antigua fisioterapeuta estaría furiosa si supiera cuánto tiempo llevaba sin hacer los ejercicios.

En un estallido de vibración, mi móvil cayó de la mesa de café destartalada al suelo de madera desnudo. No me molesté en alcanzarlo y seguí con los ejercicios para abrir caderas, deslizando las piernas con el movimiento.

Probablemente era mi novio falso. Me había escrito el día anterior para proponer una salida pública. Miré su mensaje y dejé el móvil. Puede que Harry estuviera molesto por mi desgana, pero no me quedaban energías para lidiar con su entusiasmo perruno.

Pasé a hacer sentadillas, bajando hasta el punto en el que mi cadera se quejaba. Mis piernas parecían pesar una tonelada, tirándome hacia abajo, hacia el suelo, con cada repetición.

Hice unas cuantas más y luego me senté, dejando caer la cabeza y el torso sobre el sofá. No me quedaban fuerzas ni para subir las piernas. Esta había sido una experiencia humillante.

Diez sentadillas eran ahora mi nuevo y patético límite.

Quizá si cerraba los ojos un minuto…

Al dormir, podía olvidarme de mis relaciones caóticas, del miedo a parecer incompetente en el trabajo y, peor aún, del pensamiento oscuro de que mis padres tenían razón. Que no era capaz de valerme por mí misma.

Que estaba demasiado rota.

Unos golpes furiosos en la puerta y el rasgueo incesante de la guitarra acústica de mi lista de reproducción me despertaron del todo. Levanté la cabeza del cojín del sofá, ladeándola para poder escuchar.

El sol estaba bajo en el cielo y proyectaba sombras profundas por toda la habitación. No tenía idea de qué hora era ni cuánto tiempo llevaba al lado del sofá, entrando y saliendo del sueño.

El ruido de los golpes se repitió mientras tanteaba a ciegas para buscar mi móvil. Me ardían los ojos, como si alguien los hubiera frotado con la lijadora verde neón de James.

—¡Emma! —dijo una voz al otro lado de la puerta, acompañada de otro golpe sordo—. Abre. La gente lleva intentando localizarte desde anoche.

—¿Qu…? —Carraspeé, sorprendida por lo ronca que sonaba mi voz. ¿Cuándo había pasado eso?

—¿Quién es? —repetí con más volumen, antes de que un ataque de tos me sacudiera entera. Una oleada de mareos me obligó a volver a tumbarme en el sofá.

La puerta chirrió al abrirse. Entreabrí mis pesados párpados para encontrarme con un enfadado y gigantesco James Klein asomándose a mi diminuto apartamento.

Tenía que ser un delirio febril. No había forma de que ese hombre estuviera aquí, en carne y hueso. No después de cómo prácticamente me había echado de su taller y me había ordenado que saliera de su casa.

—¿Por qué demonios no estaba cerrada esta puerta? —murmuró—. Jesús, ¿qué te pasa?

Cruzó la habitación en tres enormes zancadas y se agachó a mi lado, trayendo consigo el olor a ropa limpia y virutas de madera fresca. Siempre olía así en mis sueños.

Sus dedos fríos me rozaron la frente.

—Estás ardiendo, bebé. Vamos a llevarte a la cama. Estar en el suelo así no te hace ningún bien.

Franela suave y gastada rozó mi mejilla, y de pronto flotaba en el aire. Una sensación calmante de balanceo fue seguida por un dulce alivio cuando mi espalda se apoyó en un colchón mullido.

Me estaba volviendo a quedar dormida cuando James me obligó a despertar, presionando un vaso de agua fría contra mis labios junto con dos pastillas blancas. Tragué a duras penas, con la garganta irritada.

James me apartó un mechón de la frente y me acomodó entre los cojines de la cama.

—Buena chica. Ahora, duerme.

Me acurruqué. El James de los sueños era el mejor.

Capítulo 31
James

Me temblaban las manos mientras apretaba el botón para terminar la llamada con mi primo. Emma estaba hecha polvo, y a Harry parecía no importarle una mierda; estaba demasiado ocupado con su estúpida liga de bolos y la estúpida ceremonia de entrega de premios.

Antes de sentarme en el sofá desgastado, eché un vistazo a Emma por la puerta entreabierta de su dormitorio, asegurándome de que mi llamada con Harry no la hubiera despertado. Solté un suspiro de alivio al verla completamente dormida, su pecho subía y bajaba en el grueso edredón.

Había esperado que mi primo diera la cara al enterarse de que Emma estaba enferma, que dejara a un lado una noche de diversión para ayudar. No podía haber estado más equivocado. A pesar de insistir en que estaba intentando ponerse las pilas, y a pesar de sus supuestos sentimientos por Emma, al final del día, Harry seguía siendo Harry.

Pero yo no pensaba irme. No después de encontrar a Emma desplomada en el suelo. La ola de puro miedo que sentí al entrar me devolvió a los primeros días de la enfermedad de mi madre.

Aún no sabía qué me había llevado a ir a casa de Emma en primer lugar, aunque ahora me alegraba de haberlo hecho. Harry había hecho un comentario sin importancia sobre que no sabía nada de ella desde hacía unos días. No le di muchas vueltas, sabiendo lo ajetreado que podía ser todo antes del desfile navideño. Pero cuando Jill dijo algo parecido, toda lógica abandonó mi cuerpo. Conduje hasta el apartamento de Emma movido por pura adrenalina.

Pero aquí y ahora, tenía el control. Cuidar de los demás era lo mío. Se me daba mejor que cualquier otra cosa, incluso mejor que la carpintería.

Abrí la *app* de notas del móvil y empecé una lista de cosas necesarias para recuperarse de la gripe.

Lo que de verdad necesitaba era un jodido sofá nuevo. El monstruo que ocupaba su diminuto salón tenía un muelle suelto que me pinchaba el culo

sin importar cómo me sentara. Pero dudaba que pudiera regalarle un sofá como gesto de «mejórate pronto».

Así que me limité a lo esencial para que pasara la enfermedad: un termómetro, medicación para la gripe y sopa de pollo con fideos. Ya le había dado medicina para la fiebre antes de que se durmiera, tras encontrar un bote de pastillas en el armario del baño. Revisé el temporizador que había puesto para que me avisara de la siguiente dosis. Mientras ella dormía, me puse a buscar el resto de las cosas por su apartamento. Podía ir a la farmacia de en frente si faltaba algo.

En cuestión de minutos, tenía todo lo de la lista apilado sobre el laminado desconchado de la encimera de su cocina. Además de un jarabe genérico para resfriados y gripes, también encontré otros medicamentos: un relajante muscular y un analgésico bastante potente. Ambos botes estaban casi llenos.

Entonces me di cuenta de lo poco que sabía de Emma. Claro que era guapa y divertida y lista y sarcástica. Sabía cómo le gustaba el café, que prefería tortillas para desayunar, que le apasionaba su trabajo y que odiaba pasar frío. Pero su pasado seguía siendo un misterio.

Supuse que los medicamentos estaban relacionados con la lesión de cadera que había mencionado, pero de la que no le gustaba hablar. También había reaccionado de forma muy intensa a la astilla, casi como si hubiera tenido un ataque de pánico. ¿Estaría todo relacionado con el mismo suceso? No pensaba presionarla si no quería hablar, pero no podía evitar querer saberlo.

Si fuera por mí, sería un experto en cada rincón de la historia de Emma, en cada recoveco de su mente y cada curva de su cuerpo.

Un ataque de tos desde el dormitorio me hizo volver corriendo a su lado. Su frágil figura se estremecía con cada tos. Una de sus manos buscaba a tientas algo sobre la mesilla.

Me agaché junto a la cabecera de la cama para tomar el vaso de agua que había dejado allí antes.

—Ey, Em. Déjame ayudarte —murmuré con voz suave, aunque por dentro era un torbellino.

—James. Sigues aquí —dijo, con los ojos brillantes, la frente perlada, y una sonrisa adormilada.

—No pienso irme. —La ayudé a incorporarse y le ofrecí un sorbo de agua fresca, manteniendo una mano en el vaso—. Vamos a quitarte esta sudadera, así no te sube la temperatura tanto.

Tendría que haberlo hecho ya, joder. Pero estaba tan centrado en acomodarla en la cama que no lo había pensado.

—Vale —dijo dócilmente, levantando los brazos por encima

de la cabeza mientras yo le quitaba la sudadera azul a tirones. Su pelo, recogido en un moño deshecho, cayó de forma desigual.

Si no hubiera sabido que no se encontraba bien, eso me lo habría dejado claro. Normalmente, ya me habría soltado algún comentario sarcástico.

Se dejó caer de nuevo en su nido de almohadas. Hice todo lo posible por ignorar la sombra oscura de sus pezones a través de la tela fina de su camiseta de tirantes amarilla. Lo último que necesitaba una mujer enferma era un hombre incapaz de controlar su polla.

—No pienso devolverla nunca —dijo Emma, con la voz medio apagada por el edredón.

—¿Eh?

Se abrazó a la almohada y se acurrucó aún más.

—La sudadera. Ahora es mía.

Miré la prenda azul que aún tenía en la mano. Era mi vieja sudadera de la universidad, la que le dejé aquella noche en la que se quedó fuera.

Se había quedado con mi sudadera… y la usaba lo suficiente como para reclamarla como suya. ¿Qué significaba eso? Apreté la tela con fuerza en mi puño mientras la miraba, como si pudiera sacar respuestas de aquel trozo de algodón desvaído. No podía preguntárselo a Emma. Ya se había vuelto a dormir, y aunque siguiera despierta, no iba a interrogarla estando medio delirante.

Necesitando hacer algo —lo que fuera— fui a buscar el termómetro que había encontrado antes. La fiebre seguía más alta de lo que me gustaría, pero empezaba a bajar un poco.

Caminando aturdido de regreso al salón, me prometí que le preguntaría por la sudadera por la mañana.

Capítulo 32
James

El sonido de un teléfono sonando me sacó de un sueño inquieto. Agarré el móvil de la mesita y deslicé el dedo rápidamente para contestar. Si el ruido había despertado a Emma, puede que decidiera matar a quien estuviera al otro lado de la línea.

—¿Qué? —dije.

—Ey, Jay. ¿Dónde estás? Acabo de llegar de la entrega de premios. ¿No querías hacer un par de filetes a la parrilla?

Me froté con fuerza el entrecejo.

—Harry. Estoy en casa de tu novia, que tiene gripe. ¿O es que no te acuerdas?

—Joder, tío. ¿Sigues ahí? Pensé que ibas a acostar a Emma y luego te ibas a casa.

—Apenas conoce a nadie en este pueblo. No iba a dejarla sola cuando necesita ayuda.

—Igual Jill puede pasarse mañana a verla. Tiene el día libre.

—¿Estás de puta coña, Harry? ¿Que Jill puede hacerlo? ¿Qué tal si vas TÚ a verla, ya que, no sé, eres su puto novio? —Los músculos de mi mandíbula gritaban al apretar los dientes mientras escupía las palabras.

—¿En serio, Jay? Ya hablamos de esto. No necesito tus mierdas. No me vengas con sermones sobre cómo tratar a mi novia cuando tú no sales con nadie desde hace años. No sabrías qué hacer con una mujer ni aunque se te sentara encima. Seguro que le pedirías ayuda para montar una sierra de mesa o algo así.

Me quedé en silencio y dejé que Harry soltara su discurso.

—Cada vez que tenemos un día decente y pareces empezar a tratarme como si no fuera una puta broma para ti, vas y lo jodes. Estoy harto, y harto de ti. Luego te preguntas por qué no me gusta contarte nada de mi vida. ¡Pues por esto!

Oía a Harry exhalar con fuerza al otro lado de la línea.

—¿Ya has terminado? —pregunté.

—Que te jodan, James.

La llamada se cortó.

Solté el maldito teléfono en el sofá, hundí los dedos en mi pelo y tiré.

—¿James? —Levanté la vista y vi a Emma a unos pasos de distancia, mirándome con los ojos entrecerrados—. ¿Todo bien?

Creo haber oído gritos.

Me enfadó verla temblando, vestida solo con aquella camiseta de tirantes fina y un pantalón corto de dormir. Me olvidé por completo de Harry y de nuestra discusión mientras me acercaba a ella, cogiendo una manta del cesto del suelo por el camino.

—¿Qué haces fuera de la cama? Te estás congelando. —Sujeté ambos extremos de la manta y la arropé con ella por los hombros.

—Por los gritos. Como he dicho. —Ladeó la cabeza, como

si su cuello no pudiera sostener su peso. Sus ojos oscuros se cerraban de nuevo.

—Todo está bien. Era algo entre Harry y yo. Nada de lo que debas preocuparte. Anda, vamos, de vuelta a la cama.

La guie de regreso al dormitorio, con una mano firme en la parte baja de su espalda cubierta por la manta.

—No quiero interponerme entre tú y Harry —dijo Emma, parándose en el marco de la puerta.

Demasiado tarde para eso. Negué con la cabeza.

—No es culpa tuya.

Y no lo era, no realmente.

Seguí llevándola hasta nuestro destino. Un poco más de demora y Emma se quedaría dormida de pie.

—A la cama. Ahora —dije, señalando el colchón de matrimonio.

—Mandón —respondió, dejando asomar algo de su sarcasmo habitual. Pero obedeció.

—Siento que te haya tocado quedarte conmigo, Emma —dije al cerrar la puerta—. Seguro que preferirías que estuviera tu novio.

A pesar de aquel desastre de llamada y de los insultos de mi primo, no iba a hablar mal de él delante de Emma. Mis sueños podían estar llenos de fantasías sucias con la novia de Harry, pero aún me quedaba algo de lealtad.

—Mmm, no pasa nada —murmuró ella, medio dormida—.
Total, ni siquiera es mi novio de verdad.
Mi cabeza estalló.

Capítulo 33
Emma

Fue el rugido de mi estómago lo que me despertó de madrugada. Fui descalza y con las piernas temblorosas hasta la cocina. Mi mesita de noche era un cementerio de pañuelos arrugados y vasos medio llenos, pero me sentía medio humana otra vez.

La luz sobre la cocina iluminaba lo justo para que pudiera encontrar comida. Una barrita de cereales o un *bagel*, algo que no requiriese esfuerzo, pero que llenara lo suficiente para calmar mi insistente hambre.

—Mierda —murmuré por lo bajo. Me había olvidado de vaciar el cubo bajo el fregadero antes de que me golpeara la gripe infernal. No había agua rebosando sobre el linóleo, así que tal vez algo me estaba yendo bien.

Usé el pie para abrir la puerta del mueble bajo el fregadero, preparándome para lo que iba a encontrar.

—Lo arreglé anoche.

—¡Joder! —me giré de golpe y tropecé, golpeándome la espalda baja contra el borde de la encimera.

James Klein estaba recostado en mi sofá, con una gorra de béisbol negra tapándole la cara. Era inconfundiblemente él. ¿Y había dicho que había arreglado mi fregadero con fugas? Tal vez todavía tenía fiebre…

Se quitó la gorra de la cara y se la colocó hacia atrás en la cabeza.

Estaba enferma, pero no muerta. Tendría que estar muerta para no sentir un cosquilleo en los ovarios al ver a este hombre con una gorra al revés. Pero ¿por qué estaba aquí, en mi apartamento, durmiendo en mi sofá?

—No recuerdas mucho, ¿verdad? Estabas bastante ida —dijo, incorporándose de un impulso.

Mi apartamento nunca me había parecido tan pequeño.

Fragmentos de las últimas veinticuatro horas fueron filtrándose en mi cabeza. Me había levantado del suelo, me había dado medicinas y mantenido hidratada. Me había hecho sentir a salvo.

—No, me acuerdo. Gracias. Solo me sorprende que te hayas quedado. Es… domingo, ¿no? —Llevaba fuera de combate desde el sábado por la

mañana.

—Sep. —Miraba fijamente hacia mi pequeña tele. En silencio, pasaban los resúmenes deportivos.

¿Había hecho o dicho algo para que pensara peor de mí? Aparte de su mera presencia en el peor momento de mi enfermedad, los detalles eran confusos. Seguro que no podía reprochármelo.

Entonces, ¿por qué estaba así?

Mi estómago volvió a rugir, distrayéndome de él y de su humor. Estiré el brazo por encima del frigorífico para alcanzar la caja de barritas de cereales que guardaba allí.

—Yo la bajo.

Me rodeó, su brazo extendido junto al mío. El calor firme de su pecho se presionó contra mi espalda.

Demasiado pronto, ese calor desapareció y me estaba entregando una caja amarilla de cartón.

—Eso es un desayuno de mierda —dijo, observándome mientras yo rompía el envoltorio de la barrita y arrancaba un trozo con los dientes.

—No tengo energía para otra cosa ahora mismo —respondí con la boca llena de chocolate y anacardos. Mi energía ya empezaba a decaer con cada minuto que pasaba fuera de la cama.

Una nueva oleada de tos me sacudió al tragar el último bocado.

—Ve a sentarte. —Mi gruñón cuidador me tendió un vaso de agua recién llenado y señaló el sofá.

Lo miré, confusa, mientras sacaba un cazo pequeño de debajo de la cocina y abría una lata.

—¿Qué —dije, deteniéndome para toser otra vez— estás haciendo?

—Exactamente lo que parece. Haciéndote sopa.

Eché un vistazo buscando el termómetro. Esto tenía que ser un delirio febril.

—Pero… ¿p-por qué?

—Te lo he dicho. Tu desayuno es una mierda.

—La sopa no es un desayuno.

—Es mil veces mejor que lo que acabas de comer. Y ahora, ¿puedes callarte? No lo aguanto. No puedo.

Dios mío. Una presión no deseada me subió por la garganta. No era tos esta vez. ¿Por qué hablaba así? ¿Qué había pasado mientras dormía? Claro que James había sido gruñón y casi borde durante nuestras primeras interacciones. No éramos amigos ahora, pero pensaba que al menos podía tolerarme.

El peso de todo se me asentó en el pecho. La mudanza a Greyport. La soledad. El fracaso en avanzar con mi lista. Los últimos días agotadores. La gripe. Y ahora James estaba enfadado conmigo y no tenía ni idea de por qué.

La bofetada fría de una lágrima cayó sobre mi puño cerrado. Me giré un poco e intenté disimuladamente limpiar la humedad de mis mejillas. No iba a llorar delante de James Klein. Si iba a comportarse así cuando apenas estaba consciente, no valía ni una sola de mis lágrimas.

—No quiero sopa. —Lo único que quería era que se fuera para poder llorar sola.

—¿Emma? ¿Estás llorando?

Al mirar, lo vi observándome fijamente. Por supuesto, justo ahora que menos quería que me viera.

Negué con la cabeza, pero no se lo creyó. Caminó hacia mí hasta ponerse enfrente.

—No mientas. ¿Por qué estás llorando ahora?

—Pensaba que no querías que hablara.

Ja. *Toma esa.*

James se metió las manos en su pelo revuelto y dejó escapar un gruñido. Los mechones alzados que quedaron le habrían resultado tiernos si no estuviera tan enfadada con él.

—Joder. No. Lo siento muchísimo. Soy un imbécil. Te dije que no hablaras porque te hace toser.

Bueno. Eso había sido… considerado por su parte. Un poco de la ira y la posterior oleada de adrenalina se disiparon. Me sequé la última humedad que quedaba en mi rostro.

—Lo entiendo. Pero eres pésimo comunicándote. —Volví a hacer una pausa, bebiendo agua para evitar otro ataque de tos.

Sus labios carnosos se curvaron hacia arriba.

—No te equivocas en eso. —Volvió a acercarse a la cocina—.

Pero, aun así, necesitas descansar la voz. Por favor.

Recogí los pies bajo mí mientras esperaba. Unos minutos después, trajo un cuenco humeante y lo colocó junto al sofá. Apoyó una cadera en la esquina de mi nueva mesa de bistró y se quedó observándome comer, como si fuera lo más fascinante que hubiera visto en su vida.

Sus ojos eran oscuros y amenazantes bajo la luz tenue. Traté de ignorarlo y seguí comiendo. Tenía demasiada hambre como para parar. Tenía razón. Mi desayuno improvisado había sido una mierda, y necesitaba las calorías para reponerme.

Le lancé una mirada furtiva desde debajo de mis pestañas. No se había movido. Si esta versión de James era la que Jill y Harry veían habitualmente, entendía que su atención pudiera resultar molesta. Pero para mí era como un abrazo reconfortante.

Y a veces más caliente que un abrazo. Me hacía pensar en cómo sería si concentrara toda esa atención inquebrantable en mí… de otras maneras. En cómo podría usar esa voz autoritaria para darme órdenes.

No es que estuviera en condiciones de hacer algo al respecto. Y aunque no estuviera enferma, esa fantasía permanecería encerrada en mi cabeza para siempre. Kristi tenía razón. James y yo juntos éramos una receta para el desastre.

Entonces, ¿por qué seguía encontrándome con él una y otra vez?

Carraspeé mientras arrastraba la cuchara por los últimos restos de sopa de pollo con fideos. Sabía como la marca que compraba mi madre. Probablemente era esa misma marca si James la había encontrado en mi despensa. Ella me había cargado de comida de su propia despensa cuando hice la maleta para Greyport.

Apuesto a que James tenía una buena reserva de sopa y otros básicos que compraba para sí mismo como un adulto responsable. Yo había relegado la compra de comida a un segundo plano la última semana por culpa de mi alocada agenda.

Dejé el cuenco vacío a un lado y me atreví a mirarlo de nuevo. Su rostro estaba en sombras, su expresión apenas revelaba su estado de ánimo.

—¿Te sientes algo mejor? —Su voz retumbó.

—Un poco. —El calor de la sopa había aliviado mi garganta irritada.

Asintió una vez, arriba y abajo, como si estuviera decidiendo algo.

—Bien.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás esperando para lanzarte?

Me estaba quedando sin energía para juegos.

—Porque necesito hablar contigo, y me cuesta encontrar la manera de decir lo que tengo que decir.

—No me voy a romper. —Ni siquiera estaba recompuesta del todo. Las cosas que no estaban enteras no podían romperse.

Se irguió desde su medio apoyo y se adentró en la cocina. Lo observé, conteniendo una risa involuntaria mientras se daba la vuelta, venía hacia mí y repetía el ciclo. Era de los que caminaban en círculos.

Cuando se detuvo, le indiqué que se sentara. Era demasiado alto y mirarlo desde abajo me tensaba el cuello. Con amabilidad, se sentó en la mesa de centro. Si estiraba las piernas, nuestras rodillas se tocarían.

—¿Qué está pasando, James?

Estaba tan cerca que solo necesitaba susurrar.

—¿Tú y Harry estáis saliendo de verdad?

Se me abrió la boca. No, no, no. Esto no podía estar pasando.

Harry me iba a matar.

—Es una simple respuesta de sí o no, Emma.

Cerré la boca de golpe, intentando encontrar a toda prisa una respuesta, cualquiera, que explicara mi vacilación.

—Olvídalo. Ni siquiera puedes contestar. —Se puso en pie y reanudó su paseo.

Con las piernas temblorosas, me levanté, atrayendo su atención. Quería, con todas mis fuerzas, decirle la verdad y librarme del peso de la mentira, pero no era un secreto mío que contar. No solo molestaría a Harry, sino que también heriría a James. Estaba claro que sentía una responsabilidad hacia su primo. Saber que Harry había mentido para evitar su decepción lo destrozaría.

—Tu primo y yo acordamos salir, sí.

James soltó una carcajada, pero sin rastro de humor.

—Eso ha sido una mentira como de político, Emma.

—Deberías hablar con Harry.

—Bueno, él no está aquí ahora, ¿verdad?

—No puedo hablar de una historia que no me pertenece. Por favor, habla con Harry de esto.

—Harry ya no me habla, Emma, y siento que me estoy volviendo loco. Dame algo, aunque sea.

De pronto, se giró haciendo un ruido de frustración. Se quedó de espaldas a mí, con los brazos extendidos y las manos apoyadas en la encimera desconchada.

El sonido de su respiración agitada resonó en el silencio.

Sonaba… dolido.

No podía dejarlo así.

—Estoy intentando encontrar las palabras, James —susurré.

—Encuéntralas más rápido.

Se giró a medias, mostrándome su perfil, con esa nariz ligeramente torcida a la vista.

—Harry y yo acordamos fingir que éramos pareja la primera noche que nos viste en el Maven. No te diré las razones de Harry, pero solo puedo decir que lo vi como una buena forma de conocer gente y hacer amigos. No fue con mala intención.

—Es la cosa más estúpida que he oído en mi vida.

Me abracé el vientre de forma instintiva, protegiéndome.

—Si solo vas a insultarme, no diré ni una palabra más. No mereces mi explicación. Puedes irte.

Que le jodieran a él y a su actitud. No importaba lo buen cuidador que fuera James si me trataba como basura en cuanto me encontraba un poco mejor.

Se giró de golpe, con los brazos extendidos.

—Te juro que te empeñas en malinterpretarme. No eres estúpida, pero es una estupidez que pensaras que necesitabas a Harry, de entre todas las personas, para hacer amigos.

—Estoy bastante segura de que sí necesitaba a Harry, James. Hice exactamente cero amigos en los tres primeros meses que viví aquí. Cero. Tuve que hacer una maldita lista para obligarme a salir y socializar. Y ni siquiera funcionó.

Se cruzó de brazos.

—Me cuesta creer que no tuvieras oportunidades de hacer amigos hasta que hiciste ese trato absurdo con mi primo.

—Cree lo que quieras, James. Has vivido aquí toda tu vida. Tienes raíces, familia, amigos. Yo no tenía nada de eso y estaba desesperada. Antes del trato con Harry, mi actividad preferida era sentarme en un banco en el parque de la calle Fair. Tenía conversaciones con una tabla de madera. Estaba tan sola que dolía. Así que no me digas lo que necesitaba o no necesitaba.

Bajé la mirada a mis pies descalzos. No le había contado a nadie lo de la lista, lo del banco, y ahora se lo estaba confesando todo a James en una oleada de ira dolida.

—Emma. —Levanté la vista—. Todo el que te conoce se enamora de ti. La mitad del pueblo se apunta a clases en esa maldita biblioteca. Jill y Kristi no paran de hablar de ti. Cristo, hice un premio extra para la rifa de Navidad, aunque no tengo ni un puto minuto, por ti.

El pulso en mis oídos latía con fuerza, anulando mis otros sentidos.

—Creo que necesito volver a sentarme.

Me tambaleé. Los brazos poderosos de James me sujetaron al instante, llevándome de nuevo a la cama.

—No tienes que hacer esto. —Le miré la mandíbula tensa.

Los músculos bajo su oreja parecían muelles a punto de estallar.

—Sí, tengo que hacerlo. Me he dejado llevar. Debería haber esperado a que estuvieras en mejor estado. —Me acomodó en el colchón.

Me giré de espaldas. No podía mirarlo más. Era demasiado grande, demasiado intenso, demasiado para mí.

Harry era sencillo, afable, fácil de complacer. Al menos, esa era la cara que mostraba al mundo. Pero Harry era falso.

James era taciturno y cambiante. Nunca sabía qué cara iba a mostrarme. Y no sabía cuánto de su humor era parte de su carácter o cuánto se debía a la extraña situación en la que estábamos.

—¿Piensas quedarte? —pregunté al oír sus pasos alejarse.

Se detuvo.

—¿Quieres que me quede?

—Depende. ¿Vas a gritarme otra vez cuando despierte?

Su suspiro fue tan pesado que lo sentí rozar mi piel desde varios metros de distancia.

—No estoy enfadado contigo. Estoy enfadado con Harry por meterte en este lío. Y también conmigo, porque sospecho que el plan de Harry tiene algo que ver conmigo.

—¿Cómo lo averiguaste? Lo de fingir que salíamos. —Le había estado dando vueltas desde que me lo preguntó.

—Por ti.

—¿Qué quieres decir?

—Emma medio dormida y enferma parlotea. Me voló la mente, la verdad.

—Lo siento, James.

—Sí, yo también. No voy a decirle a Harry que lo sé. Por la razón que sea, necesita que crea que está saliendo contigo. Le daré eso… por ahora.

—Eres un buen primo.

—No, Emma, no lo soy. Ese es el problema. Me quedaré a limpiar. Luego me quito de en medio.

Se fue de la habitación.

Me obligué a permanecer despierta, escuchando cómo fregaba los platos en el fregadero.

No me dormí hasta que oí la puerta de mi apartamento cerrarse tras él.

Capítulo 34
Emma

Volví al trabajo a principios de la semana siguiente, lista otra vez para enfrentar el caos. El resto del personal de la biblioteca revoloteaba de un lado a otro, trabajando en los preparativos de última hora para el Festival de las Luces.

También se ponían en marcha más eventos navideños. Una actividad de «Lee con Santa», organizada por Kristi y Tracy, tenía un alto número de niños inscritos. El marido de Tracy, Scott, tenía su traje de Santa Claus preparado.

—¡Buenos días, Emma! —Jill apareció dando saltitos desde donde estaba colocando cajas de regalos falsos bajo un árbol de Navidad en la sección infantil.

—Hola. No sabía que trabajabas hoy. —Había comentado en la fiesta de decoración que estaba saturada con su trabajo en el comercio minorista y que por eso estaba tomando menos turnos en la biblioteca.

—No me tocaba, pero Tracy me pidió si podía echar unas horas para los preparativos navideños de última hora.

—Esto es una locura, ¿eh?

Sonrió.

—Ya lo creo. ¿Cómo lo llevas? Has tenido mucho encima estas últimas semanas.

—Me pilló un virus horrible el fin de semana. No me encuentro genial, pero me estoy recuperando.

Soltó un ruidito de compasión.

—Avísame si necesitas ayuda. Aunque seguro que Harry se encarga de ti.

—Eh… sí. —Dudaba que Harry siquiera supiera lo enferma que había estado—. Bueno, será mejor que vaya a mi ordenador.

Queda mucho por planificar antes de que termine la semana.

—Te entiendo. Pero cuídate. Ah, oye, casi me olvido. Había un paquete para ti fuera cuando llegué esta mañana. Sigue en el mostrador de la

entrada, pero te lo llevaré a tu despacho antes de irme, a no ser que lo necesites antes.

Eso me desconcertó. No esperaba ningún envío, y menos allí.

—No pasa nada. Seguro que pedí algo y se me olvidó. Tráelo cuando puedas. ¿Quizá Kristi, tú y yo podamos comer juntas? —Quería compensarlas por lo mucho que las había ignorado la semana anterior.

—Kris tiene una cita hoy, ¡pero por lo demás me parece perfecto! —dijo Jill mientras volvía a deslizarse hacia el área de programación infantil, con sus rizos rubios rebotando a su paso.

La mañana se alargó mientras enviaba correos a grupos comunitarios locales y hacía correcciones al borrador final del boletín de la biblioteca. Cuando Jill llamó a mi puerta a la hora de comer, solté un suspiro de alivio. Algo de tregua frente a la monotonía.

—Tu paquete está en la puerta —dijo la rubia, con las palabras amortiguadas por un bocado de sándwich de pavo—. Pesa bastante. ¿No tienes ni idea de lo que hay dentro?

—Ni idea.

Me levanté de detrás del escritorio para asomarme. Efectivamente, una caja grande y cuadrada estaba apoyada contra la pared del pasillo. Sujeté los bordes y la levanté, sorprendida por el peso. Miré a Jill con escepticismo mientras dejaba la caja sobre el escritorio.

—¿Cómo demonios has cargado esto por todo el edificio? —Mi despacho era el más alejado de la entrada principal y yo estaba sin aliento solo de levantarla un momento.

Podía ser simplemente que estaba fuera de forma. Fingir salir con Harry no me había acercado nada a mi propósito de apuntarme al gimnasio.

—Le robé uno de los carritos a Glenn. Habría seguido con él para traer la caja hasta dentro, pero me gritó. Por lo visto, lo necesita para hacer su trabajo o algo así.

Solté una carcajada sobre mi ensalada. Jill era tan distinta a su hermano. Alegre y jovial en comparación. Me costaba imaginar a James saltándose las reglas y riéndose después, como hacía su hermana.

Mi cerebro tenía que dejar de buscar excusas para pensar en James. El domingo por la mañana dejó bastante claro que había terminado conmigo.

Jill interrumpió mis cavilaciones tendiéndome unas tijeras, instándome en silencio a abrir el paquete.

—Eres una cotilla.

—Lo sé —respondió con una sonrisa.

Lo primero que vi fue una gruesa capa de plástico de burbujas. La retiré para encontrar una chaqueta de lona gruesa en color malva claro, un rosa apagado.

La saqué de la caja para verla mejor. Era pesada y estaba tenía un forro polar gris. Reconocí la marca: la misma que James y Harry llevaban a menudo.

—Es preciosa. Y carísima. Yo le eché el ojo a una parecida, pero mi presupuesto dijo que no. ¿Quién te ha mandado esto?

—No tengo ni idea. ¿Podría haberse enviado a la dirección equivocada? ¿Por qué iba alguien a mandarme un regalo personal a mi trabajo?

Jill levantó la solapa con la etiqueta de envío para leerla.

—Nop, aquí está tu nombre. Venga, mira qué más hay dentro.

Cada vez más raro. Pasé la mano por la chaqueta, la lona rozaba las líneas de mi palma. La dejé sobre mi regazo y volví a meter la mano en la caja. Toqué la superficie de otra caja más pequeña.

—Parece una caja de zapatos —dijo Jill por encima de mi hombro.

Acertó. Las suelas de las botas eran negras, y el resto, de un marrón *camel*. Unos cordones elásticos se cruzaban por el centro, y la parte superior de la bota terminaba en un ribete de pelo sintético. Eran preciosas.

Pocos minutos después, estaba en medio de la sala, acurrucada en el *outfit* de invierno. Tanto el abrigo como las botas me quedaban perfectos.

—Chica, no sé quién te ha mandado esto, pero si quieres darle mi dirección, no me quejaré. Todo eso debe de costar cerca de quinientos dólares. ¿No hay ninguna nota dentro?

Ya había mirado. No había nada más que un recibo de regalo genérico.

—¿Tal vez fue Harry? —sugirió Jill—. Pero ¿por qué te lo mandaría al trabajo? Y sin hablar mal de mi primo, pero dudo que siquiera sepa que la biblioteca existe. No conocería la dirección. —Se lo preguntaré. —Le mandé un mensaje breve a mi novio falso, preguntándole si me había enviado algo, antes de quitarme las botas y el abrigo.

Sentí una punzada de culpa al ver nuestro historial de mensajes. Harry había escrito unas cuantas veces, pero mi parte estaba vacía. Estaba fracasando estrepitosamente como novia falsa.

Mi móvil vibró con una alerta entrante.

HARRY: Nop, no te he enviado nada. Quieres venir al Maven esta noche? Invito yo a la primera ronda!

Uf. Quería decir que no, pero debía decir que sí.

EMMA: Claro. ¿Nos vemos allí sobre las 7?

HARRY: Perfecto.

—Pues el paquete no es de Harry —dije, dejando el móvil boca abajo junto al ratón—. ¿Quieres venir al Maven esta noche?

—¿No sigues recuperándote de la peste? Y no, gracias. Esta noche he quedado otra vez con Ben por lo que estoy preparando.

—¿Cómo va eso? —pregunté con cautela, recordando la reacción de Jill hacia Kristi en la discoteca.

—No lo sé. He estado posponiendo quedar con él, pero necesito consejo empresarial. Esta noche es la primera vez que lo veo desde nuestra desastrosa reunión inicial.

—Ya sabes que tengo un Máster en ADE, por si quieres aprovechar y consultarme. No soy emprendedora, pero podría contactar con algunos compañeros del máster.

—Te lo agradezco. Y quizá lo haga si esta reunión con Ben es otro fracaso. Es que es tan… ni siquiera encuentro una palabra para describirlo.

—No le he conocido todavía. —Por lo que se decía en el pueblo, Ben era un buen tipo. No había oído nada de él que justificara una reacción tan intensa de Jill.

—Considérate afortunada. Pero no perdamos tiempo hablando de él. ¿Quién más crees que te ha enviado este regalo?

Solo pude encogerme de hombros.

—Mis padres no han podido ser. Llegan en dos días, así que lo habrían traído ellos mismos. Mi padre es demasiado tacaño como para pagar gastos de envío si puede evitarlo —Y, además, no querrían perder la oportunidad de darme la charla en persona sobre mi falta de prendas adecuadas para el invierno.

—Bueno, solo puedo brindar por tu admirador secreto —dijo Jill, alzando su botella de agua hacia mí con un gesto alegre, antes de que chocáramos nuestras botellas de plástico.

Capítulo 35
Emma

Mis zapatos crujieron sobre la grava nevada del aparcamiento del Maven. A pesar de la euforia de Jill, no podía ponerme mis botas nuevas sin sentirme rara. Hasta que averiguara quién me las había enviado, seguiría confiando en mi abrigo de lana y mis zapatillas de siempre. No era la ropa más adecuada para el tiempo, pero al menos su procedencia no era un misterio.

Un viento helado me azotó, calándome hasta los huesos. Aceleré el paso hacia la doble puerta. Iba a abrirla cuando esta se lanzó hacia mí, empujada desde dentro, y casi me tiró al suelo.

—Oh, lo siento… ¿Emma?

Era James. La última persona que quería ver.

—¿Qué demonios haces aquí fuera? Deberías estar durmiendo en la cama, descansando. —Gesticuló con fuerza, y el envase blanco de comida para llevar que llevaba estuvo a punto de salir volando.

Agarré con la punta de los dedos la manga gruesa de su chaqueta para detenerlo.

—He echado una siesta después del trabajo. Ya estoy mucho mejor.

Como si quisiera llamarme mentirosa, mi cuerpo se estremeció de forma visible.

James me fulminó con la mirada antes de recorrerme de arriba a abajo con la mirada.

—¿Qué mierda de ropa llevas? Acabas de recuperarte de estar enferma y ahora vas paseando con el abrigo más endeble que he visto en toda mi puta vida. ¿Sabes qué? Me voy. Esto no es asunto mío.

Se alejó hacia su camioneta, que ahora me di cuenta de que estaba aparcada a unas plazas de distancia de donde yo había dejado mi coche.

Bajé la vista hacia mi ofensivo atuendo, y lo supe.

James. El paquete. Él había sido quien envió las botas y el abrigo nuevos.

Eché a correr tras él, intentando seguir el ritmo de sus largas zancadas.

—¡James Klein! —grité, sin aliento por el esfuerzo.

Se detuvo junto a su camioneta, se giró y esperó a que me acercara. Dejó el envase de comida sobre el capó del vehículo.

Estábamos protegidos del viento por un gran todoterreno a un lado y la puerta de su camioneta al otro.

—Sé que fuiste tú.

—¿Que fui yo qué? —Cruzó los brazos sobre su amplio pecho.

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando. —Le clavé el dedo índice en la parte superior del pecho, el único lugar no cubierto por sus grandes bíceps.

Él sonrió al ver mi dedo presionándole y se apoyó contra la puerta de la camioneta.

—Me temo que vas a tener que ser un poco más específica.

Una oleada de duda me golpeó. ¿Y si no había sido él? No.

Tenía que haber sido él.

Bien. Si no lo admitía, yo también podía seguirle el juego.

—Hazte el tonto todo lo que quieras, grandullón.

Él dejó escapar una risita corta. Yo lo ignoré y seguí:

—Necesito tu consejo sobre algo.

James se irguió ligeramente, separando apenas los omóplatos del vehículo. Era sutil, pero estaba interesado. No podía resistirse a actuar como un héroe.

—Mañana planeo ir de excursión por uno de los senderos locales. ¿Crees que si me pongo unos calcetines gordos debajo de estos zapatos estaré bien? —Moví la punta de mi zapatilla de lona en el pequeño hueco entre nuestros pies.

—Joder, mujer —gruñó. Abrió la puerta de la camioneta y, en un solo movimiento, me levantó por la cintura, me giró y me colocó en el asiento. Mis piernas colgaban por el lateral, con las rodillas a ambos lados de sus caderas mientras él permanecía de pie fuera.

Nuestras miradas se encontraron. La intensidad en sus ojos igualaba el frenético latir de mi corazón.

—Quieres que admita que te envié el abrigo y las botas, ¿eh?

—Habló bajo, pero lo oí con total claridad.

—Sé que fuiste tú. ¿Pero por qué?

—No deberías tener que preguntarlo, Emma. Mi pregunta es por qué no los llevas puestos.

—Necesitaba estar segura.

—¿Segura de qué?

—Segura de que significaba algo. De que no te echarías atrás.

De que no te pondrías raro conmigo. Como antes.

Con cambios bruscos.

Ahora no estaba frío. Sentía el calor que desprendía a través de las capas de ropa. Intenté juntar las piernas, pero solo conseguí acercarlo más.

—Aquellas otras veces pensaba que eras la chica de mi primo. Ahora sé que no. —Sus dedos se aferraron a la parte superior de la puerta abierta.

Tragué saliva. Sus ojos siguieron el movimiento.

—¿Y qué vas a hacer ahora? Ahora que sabes la verdad.

Apenas terminé la frase cuando sus labios se posaron sobre los míos. Una mano se enredó en mi pelo, sujetando con fuerza la parte posterior de mi cabeza, mientras la otra agarraba mi cuello de lana.

Mis manos se colaron dentro de su chaqueta, tirando de él para acercarlo más. Nuestros labios se movían juntos, húmedos y lentos. Saboreé mi bálsamo en sus labios. Tomó mi labio inferior entre los suyos en una suave succión, y no pude evitar gemir en respuesta.

—Joder, eres increíble —murmuró contra mi boca antes de volver a besarme. Se movió, deslizando la mano hasta mi culo y acercándome más a sus caderas. La presión dura de su polla me alcanzó justo donde más lo necesitaba, a pesar de las capas de tela.

La calidez suave de su lengua acarició mis labios. Le di la bienvenida y respondí al ritmo de su lengua con la mía, al compás de sus caderas con las mías.

Mi corazón latía fuerte en mi pecho y entre mis muslos. Dos minutos con James Klein y estaba más mojada que en toda una noche con mi vibrador.

La gran mano en mi pelo se movió, enroscando los mechones en una tosca coleta. Sentí un cosquilleo en el cuero cabelludo mientras el dolor y el placer se mezclaban.

Usó esa posición para inclinarme hacia atrás, dejándome el cuello expuesto para cubrirlo de besos húmedos. Mordió, justo en el lugar donde me latía el pulso. Mis piernas se estremecieron.

—Me gustan los sonidos que haces para mí. —Arrastró la lengua por mi cuello hasta mi oído. Me mordisqueó el lóbulo antes de calmarlo con la lengua—. Apostaría a que podría bajarte los pantalones, aquí mismo, ahora mismo, en este aparcamiento, y encontrarte empapada. ¿Estás empapada por mí, Emma?

Oh, joder. Asentí desesperada.

Me dio otro tirón en el pelo.

—Usa. Tus. Palabras.

Estaba en medio de la experiencia sexual más maravillosamente depravada de mi vida, ¿y él esperaba que hablara? Apenas podía pensar.

—Sí —logré decir, con un gruñido.

—¿Sí, qué? —Me mantenía cerca, pero sin dejarme moverme ni rozarme contra él.

—Sí, estoy m-mojada.

—Mmm, seguro que sí. Me muero por tocarte. —Me mordisqueó de nuevo la oreja antes de volver a devorarme la boca.

Estaba en todas partes a la vez, envolviéndome. Su olor, su calor, su sabor. Serrín fresco y ropa limpia. El aire frío no existía, aunque la puerta de la camioneta estuviera abierta. Lo único que importaba era tenerlo más cerca.

Le levanté la camisa de franela, sonriendo contra sus labios cuando él se estremeció al sentir mi contacto. Estaba deliciosamente caliente, firme y sólido. Mis palmas hormigueaban mientras subían por su espalda, enredándose en el vello suave.

James se apartó, arrancando sus labios de los míos. Jadeábamos, con el aliento humeando en la noche helada. Apoyó una bota en el estribo de la camioneta, empujándome de espaldas sobre el asiento. Puso la otra y yo me encogí para hacerle sitio.

Entró del todo, erguido sobre mí en la penumbra de la cabina.

No iba a perder el tiempo. Y yo no quería que lo hiciera. Lo miré fijamente mientras se inclinaba hacia abajo, anticipando, deseando nada más que su sabor en mi lengua.

Esperaba ferocidad, pero lo que encontré fue ternura. Me sorprendió, llevando una de sus grandes manos a mi mejilla, acariciando la piel con un pulgar encallecido.

—Jodidamente preciosa.

El aliento se me cortó, el estómago se me encogió con una oleada de una emoción que no supe nombrar. Había algo más que lujuria allí. Algo más burbujeaba bajo la superficie, imposible de ignorar.

Un portazo sonó y un estallido de risas llegó hasta mis oídos.

James también lo oyó, girando la cabeza para escuchar.

—Todavía no la he visto —gritó alguien.

Él se apartó, sentándose al volante. Yo recogí las piernas contra mi pecho, sintiéndome pequeña y fría ahora que su calor había desaparecido.

—Déjame adivinar. Esto ha sido un error. —Las palabras me salieron planas, sorprendida de que salieran siquiera.

Se aclaró la garganta.

—Solo me he dejado llevar, eso es todo.

Mi risa fue como vidrio subiendo por mi garganta.

—Claro. Sí. Lo entiendo.

Reuniendo los últimos restos de mi dignidad, salí por el lado del copiloto. Con la cabeza bien alta, caminé hacia la entrada del Maven.

—¡Emma! —Me detuve al oír el grito de James, pero no me molesté en girarme—. Ponte el puto abrigo y las botas.

Me giré de golpe para fulminarlo con la mirada.

—Vete a la mierda, James Klein.

Entré en el Maven con paso firme, esperando que me estuviera mirando. Tenía que reunirme con mi novio falso.

Capítulo 36
James

Atravesé la entrada de la casa victoriana sin preocuparme, por una vez, de dónde me quitaba las botas. Si Harry podía dejar la casa hecha un desastre, yo también.

No había visto a mi primo desde nuestra discusión por teléfono cuando Emma estaba enferma. Me moría de ganas de un enfrentamiento, y todo mi cuerpo vibraba con una tensión que no conseguía liberar.

Sabía de dónde venía, y por mucho que le gritara a Harry, no iba a apaciguarla. Había estado a diez segundos de follarme a Emma en el aparcamiento del Maven, con la puerta del camión abierta de par en par para que todo el mundo pudiera verlo. Menos mal que al final volví en mí. Pero mi polla no estaba dispuesta a perdonarme tan fácilmente.

Sabía que Harry y Emma no eran pareja. Pero el resto del pueblo no. ¿Qué habría parecido si alguien me hubiera visto restregándome contra la supuesta novia de mi primo en público?

Nada bueno para mí, desde luego.

Y tampoco para Emma.

Era imposible ignorar que, aunque su relación fuera falsa, los sentimientos de Harry por Emma eran reales. Él mismo lo había admitido. Dudaba que ella correspondiera. Desde luego no estaba pensando en mi primo cuando se había estado frotando contra mi polla antes.

Pero ¿qué clase de persona sería yo si traicionara así a alguien a quien aprecio?

—¡Harry! —grité al cruzar el umbral hacia la cocina. La estancia estaba a oscuras, solo iluminada por las tenues luces empotradas que resaltaban las encimeras de granito. La luz ambiental del árbol de Navidad se filtraba desde el salón, recordándome mi absoluta falta de espíritu navideño.

Vi una caligrafía familiar, desordenada, en el reverso de un recibo arrugado.

«He quedado con Emma en el Maven. He perdido el móvil otra vez. No me esperes».

Hijo de puta.

Así que por eso estaba fuera esta noche, a pesar de haberse recuperado apenas de la enfermedad. Un calor ardiente me recorrió el estómago. Harry ni siquiera había estado allí para Emma durante su gripe, y, aun así, se llevaba la recompensa de estar con ella, orgulloso, en público.

Harry podía salir con ella, ponerle el brazo por encima, invitarla a cenar, incluso besarla delante de todo el pueblo.

Yo cené un sándwich blando de queso a la plancha y fregué los platos del fregadero, actuando por inercia.

Subí a la ducha, dejando un rastro de ropa a mi paso. Ajusté el agua a la temperatura más alta que podía soportar y dejé caer la cabeza hacia delante. La presión del agua golpeaba mis omóplatos mientras el vapor llenaba el cuarto, y cerré con fuerza los ojos.

Sin esfuerzo, mi mente se fue hacia la mujer que consumía mis pensamientos. El sabor de sus labios. El calor húmedo de su lengua deslizándose contra la mía. El latido de su pulso y el aroma delicioso en el hueco entre su cuello y su hombro.

Lo que no daría por tenerla, desnuda y mojada, aquí conmigo. Si no nos hubieran interrumpido, si hubiera aguantado lo suficiente para llevarla a casa, la noche podría haber acabado aquí, con su cuerpo, cálido y húmedo, pegado al mío, mientras bajaba la mano por su vientre, directo hacia ese coño que solo yo podía llenar.

Me agarré la polla, incapaz ya de resistir la tentación de correrme pensando en el amor platónico de mi primo. Ya había pasado de largo la superioridad moral cuando casi me follo a Emma en el asiento delantero esta noche. Un poco de placer en solitario no lo haría peor de lo que ya era. Solo lo suficiente para alejarme del borde del abismo.

En vez de mi mano callosa, imaginé ahora la de Emma. Suave y delicada, pero firme y decidida. Le mordería el labio, tiraría de él con los dientes mientras me la sacudía.

Dios, se sentía increíble. Gruñí al embestir mi puño. En mi mente, me hundía en ese coño que aún no había visto ni tocado, pero que intuía que me acogería a la perfección. Si hubiéramos tenido cinco minutos más, lo habría sabido. Habría metido los dedos por dentro de sus pantalones, tocando su humedad, haciéndola correrse en mi mano.

—¡Joder!

La idea me llevó al límite y me corrí, fuerte, contra las baldosas grises de la ducha, con un grito ronco.

Cuando me metí en la cama fría y vacía, no hubo satisfacción.

No la habría. No ahora que había probado a Emma. No ahora que sabía que nada salvo lo real estaría a la altura.

Capítulo 37
Emma

Seguí a Harry fuera del Maven después de pasar una obligatoria hora y media con él en el bar. Me contuve de mirar hacia el lugar donde había estado aparcada la camioneta de James, las marcas de las ruedas todavía eran visibles en la nieve compactada.

Harry me cogió de la mano. Mi primer instinto fue apartarme, pero lo reprimí antes de que mi cita lo notara. Seguíamos siendo pareja a ojos del público, y tenía que mantener esa fachada.

Con mi mano sudorosa atrapada en la suya, lo dejé guiarme hasta mi coche.

—¿Sigue funcionando bien este cacharro? —preguntó, dando una palmada en el capó, sobre la puerta del conductor.

—Ningún problema desde que lo arreglaste del todo. —Le dediqué una sonrisa tensa y cerrada.

—Me alegra oírlo. —Se metió las manos en los bolsillos y se balanceó hacia delante y hacia atrás.

La noche había estado llena de una charla forzada e incómoda. A pesar de mi falta de interés en Harry a nivel romántico, esperaba que al menos fuésemos amigos. Nunca nos había faltado conversación, ni siquiera la noche en que nos conocimos y me tomó el pelo por el incidente del audiolibro guarro de Santa.

Esta noche, en cambio, había sido rara desde el principio, empezando por Harry deslizándose en la cabina junto a mí. Seguro que existía gente a la que le gustaba sentarse en el mismo lado de la cabina que su cita —locos —, pero yo no era una de ellas. Había sido educado, preguntándome por mi día y por mis planes para el resto de la semana. Incluso tuvo el detalle de pagar la cuenta. Pero fue aburrido y antinatural, casi como si intentara con demasiadas ganas ser alguien que no era. Y aunque en realidad no me interesaba salir con él, sí me caía bien como persona. No necesitaba ser otra cosa que él mismo.

—¿Está todo bien? —pregunté.

—¿Qué? ¡Sí! Claro. ¿Por qué?

—Relájate. Solo digo que no pareces tú.

Harry se quitó el gorro para pasarse los dedos por el pelo.

—Está todo bien. No es nada.

No le creí.

—Si tú lo dices.

Pulsé el botón del mando de las llaves. El triple pitido resonó en el aire cuando las puertas se desbloquearon.

—Será mejor que me vaya. Tengo que adelantar trabajo, ya que mi fin de semana se ha ido prácticamente al garete.

—Ah, sí. Estuviste enferma, ¿no? James lo mencionó.

—Sí. Tuve una gripe fuerte. Se quedó conmigo toda la noche del sábado.

El gesto de Harry se torció.

—¿No fue raro para ti?

—No, en absoluto. La verdad es que fue de enorme ayuda.

Harry resopló.

—No digo que no sea útil. Solo que no sabe cuándo dejar de ayudar. Siento que tuvieras que aguantar eso. Seguro que te obligó a tomar medicinas, a medirte la temperatura y a comer comida asquerosa que no querías todo el tiempo.

—Mira, Harry, entiendo que tus problemas con James no son asunto mío. Está claro que vienen de lejos. Joder, hasta me convenciste de salir contigo solo para quitártelo de encima. Pero tu primo hizo algo bueno por mí. Más que bueno. Así que no tienes derecho a intentar convencerme de que me enfade por ello solo porque a ti te moleste. No es justo. James es una buena persona, y quizá sea como es porque está cansado de no recibir ningún reconocimiento por las cosas que hace por su familia.

Tomé aire al terminar mi discurso. El hombre a mi lado parecía atónito.

—De verdad tengo que irme a casa —repetí.

Asintió.

—Vale, Emma. Pero antes de que te vayas, tengo que hacer esto.

Me quedé con la mano en la manilla de la puerta.

—¿El qué?

Sujetándome las mejillas con sus manos enguantadas, Harry inclinó la cabeza y estampó sus labios sobre los míos.

Me quedé congelada el tiempo suficiente para notar que sus labios estaban fríos y agrietados por el viento. De un tirón, me aparté.

—¿Pero qué coño, Harry?

Siguió sujetándome las mejillas y me miró con intensidad.

—¿No quieres intentarlo? ¿De verdad? Podríamos estar bien juntos. Me desafías. Me haces esforzarme por ser mejor. Mira cómo me has soltado antes lo de mi actitud con James. Eres tan jodidamente sexy que no lo soporto.

Se inclinó de nuevo, pero esta vez estaba preparada. Levanté una mano como barrera entre mi boca y la de Harry. Sus ojos se abrieron de par en par cuando chocó contra mi palma.

—Supongo que eso es un no —dijo con voz amortiguada.

No pude evitarlo. Me reí.

—Es un no. —Bajé la mano y él dio un paso atrás—. Espero que no haya malos rollos.

Frunció la boca, pensativo.

—Nop. No voy a mentir. Mi ego está un poco magullado. Pero se me pasará. Si cambias de opinión, estoy al cien por cien dispuesto a que haya más acción de Emma y Harry. ¿Cómo sería nuestro nombre de pareja? ¿Hemma? ¿Earry? No me gusta ninguno, ¿a ti?

Fiel a su costumbre, desvió el tema con una broma.

—Hablo en serio. ¿Podrás seguir con toda la farsa de ser novios si tienes sentimientos reales?

La expresión ligera se borró de su rostro.

—Tengo que seguir con lo de fingir que salimos. Las cosas están peor que nunca con James. ¿Sabes que se enfadó conmigo por no ir a verte cuando estabas enferma? Intentaba ser responsable por una vez. Si cogía tu virus, habría perdido días de trabajo. Tengo algo especial entre manos. Pero, aun así, está cabreado conmigo. Con él nunca gano.

Suspiré.

—Tienes que considerar también su punto de vista. Tener novia no basta para parecer un adulto. Tienes que ser una pareja de verdad, alguien que apoya. Ir cuando tu pareja está enferma es parte del trato.

Harry entrecerró los ojos.

—Vale. Lo entiendo. ¿Ves? Por esto me gusta más hablar contigo que con James. Él nunca me explica las cosas de una forma que entienda. Pero en el fondo sois bastante parecidos, ¿sabes?

James me llevaba un millón de kilómetros de ventaja en lo de ser adulto, pero podía entender algo de lo que decía Harry.

—Deberías intentar hablar con él otra vez, cuando no estéis echándoos los trastos a la cabeza.

—Tienes razón. Como siempre.

—Y, para zanjar el tema: ¿vas a intentar besarme por sorpresa cuando vengan mis padres? Llegan a la ciudad en dos días y quieren cenar después del desfile navideño. No puedo permitir que intentes otra de estas jugadas cuando estén de visita.

—Te aseguro que no. Y, bueno, no quiero ser grosero, pero… ese beso ha sido un poco mierda, ¿verdad?

—Oh, gracias a Dios. Ha sido horrible.

Se rio, pero no estaba segura de si creerlo.

Capítulo 38
Emma

Me froté las palmas de las manos contra la parte exterior de los muslos del vaquero mientras mis padres permanecían plantados en el centro exacto de mi diminuto salón. Ya habían estado aquí antes, aunque solo para ayudarme a mudarme. En esta visita, tenía que proyectar estabilidad y responsabilidad, demostrarles que Greyport era mi hogar.

Mi madre giró sobre sí misma, sus rizos oscuros rebotaron al moverse.

—Es… mono. Me gusta dónde has puesto el árbol de Navidad, Emma.

—Gracias, mamá —«Mono» no era precisamente una entusiasta muestra de aprobación, pero era mejor de lo que había esperado.

—¿Tienes calor? ¿Y qué tal funciona la cerradura? —Mi padre hizo girar el pomo de la puerta del apartamento.

—La cerradura funciona bien, papá.

No lo dije, pero la puerta era de las pocas cosas que no se estaban cayendo a pedazos. Gracias a Dios, James había arreglado la fuga del fregadero el fin de semana anterior, cuando se había quedado conmigo. Mi padre lo habría detectado a kilómetros.

—¿Y cómo llevas lo de las escaleras con tu cadera, cariño? Parece peligroso ahí fuera. No puedes permitirte volver a lesionarte —dijo mamá, asomándose por la ventana hacia el pequeño grupo de plazas de aparcamiento que había debajo, como si estuviese calculando mentalmente a qué altura vivía y cuántos escalones tenía que subir a diario.

—Las escaleras también están bien. —Había descubierto que cuanto más breves eran mis respuestas, menos espacio tenían para hurgar.

—Esos escalones están bastante resbaladizos. ¿Tu casero te echa sal y te los limpia? —preguntó papá, acercándose a la ventana junto a mi madre.

Allí hacían una bonita estampa, su cabeza gris inclinada hacia la de ella, mientras urdían maneras creativas de volverme loca.

—Compré un cubo de sal gruesa hace unas semanas y la echo yo cuando está mal. No creo que tenga que molestar al casero con eso.

Me dejé caer en el sofá y me acomodé bajo una manta. Estaba claro que mis padres iban a examinar mis habilidades de supervivencia en este apartamento de pacotilla. Hiciera lo que hiciera.

Al menos podría ponerme cómoda y disfrutar del interrogatorio.

—Lo último que necesitas es pegarte un trompazo mientras echas sal. Eso sí que es cosa del casero. ¿Cuál es su número? Lo llamo ahora y así te quito esa tarea de encima. —Papá se dirigió a la nevera, buscando algún indicio de la información de contacto del casero.

Cerré los ojos con fuerza, pidiendo a alguna fuerza superior que me prestara paciencia.

—Papá. No hace falta que llames a mi casero para echar sal en la entrada de dos escalones.

—No hay por qué ponerse así cuando tu padre solo intenta ayudar. Si vuelves a lesionarte la cadera, a ver cómo te las arreglas para vivir sola y mantener tu trabajo a tiempo completo.

Me tapé la cara con la manta, ahogando un grito silencioso en la áspera lana. Escuché que mi padre soltaba una carcajada, rápidamente sofocada. Sin duda mamá lo había fulminado con una mirada de advertencia.

Calma. Serenidad. Paciencia. Una vez había leído algo sobre mantras y visualización. Probablemente no lo estaba haciendo bien, pero no podía hacer daño intentarlo. Bajando el borde bordado de la manta, le dediqué a mamá lo que esperaba que pareciera una sonrisa serena.

—Agradezco tu preocupación, madre, y entiendo lo que hay detrás. Pero una lesión así le puede pasar a cualquiera, en cualquier momento. No solo a mí.

—No eres cualquiera. La mayoría de la gente no ha sido atropellada y no se ha quedado con una fractura de cadera, Emma. No es lo mismo, y lo sabes.

—Tengo veintiséis años. ¿Se supone que tengo que envolverme en plástico de burbujas antes de hacer tareas normales y cotidianas?

—Se supone que tienes que preocuparte por tu bienestar.

Podrías haber muerto, Emma. ¿No lo entiendes?

El aire estaba denso, lleno del sonido de los sollozos de mamá. Cerré los ojos con fuerza para contener las lágrimas. A pesar de nuestras discusiones

constantes, quería a mi madre. Las conversaciones cargadas de dramatismo no estaban en mis planes para esta visita.

—Tu madre y yo solo nos preocupamos por ti ahora que estás tan lejos —dijo papá, rompiendo el silencio.

—Lo entiendo. Yo también os echo de menos. Pero, como ya he dicho mil veces, vivir en casa no me estaba ayudando a sanar.

—No entiendo cómo estar con tus padres, las personas que más te quieren en el mundo, podría frenarte.

Lo había intentado explicar, pero era un ciclo sin fin. Mi accidente también había traumatizado a mis padres, pero no podía posponer mi vida por ello.

—¿Podemos hablar de otra cosa? Quiero disfrutar de nuestro tiempo juntos mientras estáis aquí.

Mamá esperó un momento antes de asentir. Hace unos meses no habría cedido tan fácilmente. Quizá ella también estaba trabajando en sí misma.

—En cuanto a lo que decís, no siempre me cuido como debería, y estoy intentando mejorar. No debería correr riesgos tontos con la nieve y el hielo. Pero puedo encargarme de echar sal de vez en cuando. —Levanté la mano como jurando—. Pero juro solemnemente que llamaré a un amigo si tengo un día malo. ¿Vale así?

Ambos aceptaron.

—Háblanos de tus amigos —pidió papá.

Me animé, feliz de pasar a otro tema.

—Pues Jill y Kristi trabajan conmigo en la biblioteca. Kristi es la bibliotecaria adjunta, y Jill trabaja allí unos días a la semana. Son muy divertidas. Es un poco como los primeros días de la universidad, conociendo gente nueva y eso. —Aunque en la universidad hice pocos amigos, viviendo en casa.

—¿Y ese novio que has mencionado? Supongo que te ayudaría si te vieras en un apuro.

Probablemente no. Harry no era precisamente el señor Fiable, según sus propias palabras. Pero mamá y papá no necesitaban saberlo.

Y, desde luego, no iban a entender que la persona en la que más estaba aprendiendo a confiar en Greyport era el primo de mi novio. Con suerte, saldría de esta visita sin mencionar a James. Al fin y al cabo, él no era nada

para mí, aparte de protagonizar la mejor sesión de besos de mi vida, así que ¿por qué iba a ser algo para mis padres?

—Eh… sí, Harry es genial. Muy atento. Muy servicial. El tipo adecuado en el que confiar —dije, acompañando mis palabras con un entusiasta pulgar hacia arriba.

Sonaba cien por cien convincente. *Qué va.*

—Seguís queriendo conocerlo para cenar después del desfile de mañana, ¿verdad? —pregunté.

Intercambiaron una mirada que no supe interpretar.

—Nos encantaría —dijo mamá, después de que acabaran su comunicación silenciosa.

—Vale. Bien. —¿Era bueno? La idea de Harry y mis padres en la misma habitación me ponía de los nervios. Pero ya estaba comprometida. Necesitaba demostrarles que estaba asentada en Greyport.

—¿Qué plan tienes para la cena cuando conozcamos a tu galán?

¿Plan? Me daría con un canto en los dientes si no me quedaba dormida de puro agotamiento después de atender el puesto en el desfile. Sería una cena informal y a la cama.

—Hay un italiano en el centro del que me han hablado bien. Había pensado que podríamos cenar allí. No os ofendáis si me veis medio dormida en la mesa.

Mamá frunció el ceño.

—¿Has estado durmiendo lo suficiente? Te veo un poco pálida.

—Qué palabras tan amables, madre querida. Últimamente voy buscando el aspecto de una enfermiza niña victoriana.

Papá soltó una risita desde la mesa de bistró antes de que su mujer lo silenciara con un cariñoso toquecito en la oreja.

—Estás tan guapa como siempre, hija mía, aunque estés enfermiza. Sé cuándo me paso de la raya, así que me callo ya. —No parecía que quisiera callarse, pero le di el mérito por reconocer que estaba cruzando la línea.

—Como agradecimiento, te contaré que estuve con gripe el fin de semana pasado. Pero ahora estoy mejor.

A mamá se le humedecieron otra vez los ojos.

—Siento mucho no haber estado aquí, cariño. Debería haber sabido que me necesitabas.

¿Cómo podía explicarle a mi madre, que lo hacía con buena intención, que mi enfermedad no tenía nada que ver con ella?

—Un amigo me ayudó. Como digo, estoy mucho mejor.

Mamá me dio una palmada en la mano.

—Me alegra tanto saber que tuviste a alguien cuidando de ti.

—A mí también. Fue… muy muy agradable tener a alguien ahí.

Fue más que agradable. James me había dado seguridad y consuelo en mi momento más bajo. Nunca sabría lo oscuros que habían sido mis pensamientos antes de que apareciera. Lo poco que creía en mí misma y en mi capacidad de mantener mi independencia. Y entonces, simplemente… estuvo ahí. Sin presionar, pero prestándome su fuerza. Aunque Harry y Jill detestaran sus intromisiones, yo los envidiaba.

—¿Qué os parece si damos un paseo por Greyport, chicas? —dijo papá. No soportaba estar encerrado—. Así vemos un poco el pueblo, picamos algo, y luego mamá y yo nos escapamos a nuestra habitación de hotel para dejarte tranquila.



La calle principal de Greyport estaba animadísima. Los árboles desnudos brillaban con luces blancas a lo largo de la acera. Las tiendecitas abrían hasta tarde para los rezagados de las compras navideñas. Me sentía orgullosa de mostrarles mi nuevo hogar, orgullosa de estar encontrando mi lugar en una comunidad así.

Entramos en la librería local, Libros de Mayfield, y me lancé directa a la sección de romance mientras papá se iba a la de biografías. Mamá se acercó desde una mesa de libros infantiles, siempre en busca de regalos para los nietos de su mejor amiga.

—¿Has encontrado algo para los pequeños de Beth? —pregunté.

—Cosas monas, sí. El problema es que esos críos ya tienen de todo. Si les compro algo que no esté aprobado en su lista, acabaré cogiendo algo que ya tengan. A veces la hija de Beth se pasa un poco.

Hacía años que no veía a Maggie, la hija de la mejor amiga de mamá, ya que también se había mudado de nuestro pueblo natal.

—No me puedo creer que ya tenga dos hijos. Solo es un año mayor que yo, y yo desde luego no me siento lo bastante responsable como para criar a un ser humano, y mucho menos a dos.

Mamá dio la vuelta a un libro de bolsillo para leer la sinopsis.

—Cada uno va a su ritmo. Si algún día decides ser madre, sé que lo harás genial.

Solté una risita, metiendo bajo el brazo una nueva novela de romance histórico para llevar a la caja.

—No parece probable a corto plazo, pero agradezco tu confianza en mí.

—¿A tu novio, Harry, le gustan los niños?

Me puse colorada. No tenía ni idea de cómo se sentía Harry respecto a los niños. ¿Y si le decía a mamá que quería tener diecinueve, como esa inquietante familia de la tele, y luego mañana en la cena él decía que no soportaba a los críos?

—No estoy muy segura. No ha salido el tema aún —Mejor ser sincera y esperar lo mejor.

—Mmm, vale.

No estaba dispuesta a descifrar ese comentario y opté por ignorarlo mientras nos acercábamos a la caja para pagar. Había una pequeña cola, pero avanzaba despacio porque el dependiente charlaba con cada cliente sobre sus planes navideños y las noticias del pueblo: la clásica maldición de las pequeñas comunidades donde todos se conocen.

No lo cambiaría por nada.

—Me pregunto dónde se habrá metido tu padre —dijo mamá, girando la cabeza para buscarlo.

—Ya verás cómo aparece en cuanto pasemos lo peor de la espera.

Sentí cómo aumentaba la presión de más gente agolpándose detrás de mí mientras la cola crecía. Mamá se giró hacia la persona que teníamos justo detrás, disculpándose por adelantado.

—Si un hombre con un jersey rojo brillante se cuela en la cola, no te preocupes, es que viene con nosotras.

Mamá siempre entablaba conversación con desconocidos allá donde fuera, para mi eterna desgracia.

—Mamá, por favor.

—No te preocupes —respondió la persona detrás de nosotras.

Mierda. Conocía esa voz. Demasiado bien. Era la protagonista de todas mis fantasías más sucias, la que me daba órdenes indecentes y me dejaba las piernas temblando.

Girándome con una sonrisa forzada, me preparé para presentar a mi madre a James Klein.

Capítulo 39
James

Vi a Emma en cuanto entré en Libros de Mayfield.

Debería haberme dado la vuelta y marcharme. El libro que iba a comprarle a Jill por Navidad podía esperar. Pero yo era una polilla enferma atraída por la llama que era Emma. Me atraía sin importar cuánto me resistiera a ese tirón.

La segunda cosa que noté fue lo que llevaba puesto. A pesar de decirme que me fuera a la mierda, me había hecho caso y llevaba las botas de invierno y la chaqueta que le había regalado.

Por mi parte, aparentaba calma, pero por dentro me estaba pavoneando como un pavo real.

Lancé una mirada fugaz a sus pies mientras ella estaba distraída. Las botas le quedaban perfectas. Contuve una sonrisa.

Harry podía reclamarla en público, pero ella llevaría una parte de mí cada vez que se vistiera, al menos durante el invierno. Con suerte, para cuando llegara la primavera habría encontrado una cura para esta obsesión inquebrantable.

—Buenas tardes. —Me aclaré la garganta, sonando ronco incluso para mis propios oídos. Luego le ofrecí un saludo a la mujer baja y morena que estaba a su lado. Había un claro parecido familiar.

Me encogí ante mi propia descortesía y metí el libro de tapa dura para Jill bajo el brazo antes de tenderle la mano.

La madre de Emma fue la primera en alcanzarme, estrechándome la mano con fuerza.

—Linda Hartwell. ¡Tú debes de ser Harry! Me alegra muchísimo conocerte. Qué sorpresa que ocurra un día antes de lo previsto.

Pues esto era incómodo de cojones. Miré a Emma. Ella me lanzó una mirada de soslayo. Me mordí el labio por dentro para contener una sonrisa.

Ella reaccionó al cabo de un instante.

—¡No, mamá! No, no, no. Este no es Harry. Este es James, el primo de Harry. James no es mi novio, definitivamente.

La negativa tan rotunda no fue precisamente un bálsamo para mi ego. La miré de reojo, captando el rubor que le subía por el cuello y las mejillas.

¿Hasta dónde llegaría ese rubor si la tuviera retorciéndose debajo de mí otra vez, completamente desnuda, para poder admirar su piel impecable?

Solté los dedos de Linda Hartwell. Pensar en su hija desnuda mientras le daba la mano a la mujer le daba un añadido jodido a la escena.

Los ojos de Linda viajaron de mí a su hija, y se formó un pliegue entre sus cejas.

—Aquí están mis chicas. He encontrado el libro definitivo. Son unas memorias de un tipo que hace recreaciones de la Guerra de Secesión. Estuvo metido en una batalla legal durante años después de que lo ataran a un cañón y lo dejaran allí abandonado durante días. ¿No suena genial?

Se acercó un hombre delgado y de estatura media, con la cabeza llena de pelo canoso.

—Suena… muy interesante, papá.

—Podrás leerlo en cuanto lo termine, cielo. Oh, hola. —El hombre se detuvo al verme—. A ver si adivino, ¡tú eres el chico de Emma! Larry, ¿verdad?

—Si ahora mismo me tragase la tierra, no me quejaría —dijo Emma en voz baja, pero lo bastante alta para que yo la oyera.

—¿Qué has dicho, hija? —preguntó su padre.

—Nada, papá, solo que, eh…

—Frank, este no es el novio de Emma. Es su primo, James —intervino Linda con suavidad.

—Encantado de conocerle, señor.

El apretón del hombre fue firme, pero sus ojos transmitían calidez. Conocía esos ojos. Su hija tenía los mismos.

—Llámame Frank. Es un placer conocer a alguien del círculo de nuestra hija aquí en Greyport. Tenéis un gran pueblo. Casi tan bueno como para que mi mujer y yo podamos perdonarte por robarnos a nuestra hija.

—No es así, papá. —Emma hizo un amago poco entusiasta de tirar de sus padres hacia delante, pero ellos tenían ganas de charlar.

Y yo estaba de humor para molestarla, para ver el fuego en sus ojos cuando se enfadaba. No me importaba en absoluto seguir con esa conversación.

—¿Eres de por aquí, James? —preguntó Linda.

Le dediqué a su hija una sonrisa retorcida.

—Sí. Nací y me crie aquí. Estudié a unas horas de distancia, pero volví para ayudar a mi madre. La mayor parte de mi familia vive también aquí.

—¡Qué maravilla! Y qué hijo tan devoto. Seguro que tu madre está encantada de tenerte cerca. —No cabía duda de que ahí había una pequeña pulla dirigida a Emma.

—Lo estaba. Falleció hace varios años, pero sé que valoró el tiempo que pasamos juntos. —Evadí la posible incomodidad de la revelación de la madre fallecida con una sonrisa suave.

Linda me agarró del brazo y le dio un ligero meneo.

—Bueno, entonces tienes que venir a cenar con nosotros mañana después del desfile navideño. Estará tu primo, y así hacemos una reunión familiar en condiciones. Insisto.

El rostro de Emma se volvió completamente rojo. Desde detrás de sus padres, me negaba con la cabeza y agitaba los brazos de manera frenética.

Dejé escapar una sonrisa burlona.

—Me encantaría acompañarlos.

Capítulo 40
Emma

Examiné por tercera vez la multitud del desfile navideño buscando a Kristi. Llegaba tarde y traía el premio final para la subasta.

Ese premio era la bandeja de cubiertos y el juego de cucharas hechos por James que yo codiciaba. Incluso cuando no estaba físicamente presente, el hombre estaba en mi mente. Se había pasado todo el tiempo que esperamos en la cola de Libros de Mayfield charlando con mis padres, haciéndose amigo de ellos, incluso hablando de negocios con mi padre.

Papá era contable. No sabía nada de carpintería ni de muebles a medida. No tenía ni idea de cómo habían encontrado tema de conversación.

Yo había ignorado deliberadamente la presencia de James.

A él no le importó en absoluto. No quería ver su culo en la cena de esta noche. Esta noche era mi oportunidad para mostrar a mamá y papá lo genial que era mi nuevo novio y lo bien que me iba en Greyport. No se suponía que fuera la hora de «Conociendo a James».

—¡Perdona el retraso! Aparcar fuera de la calle principal era una locura.

Solté un suspiro cuando Kristi apareció rodeando a un grupo de cantantes de villancicos y se deslizó tras el puesto cubierta con un toldo azul.

—No pasa nada. Me alegro de que estés aquí para que yo pueda ir al baño.

—Te cubro, chica. Antes de que te vayas, ¿dónde quieres esto? —Mostró el juego de cucharas y la bandeja de cubiertos envueltos con un lazo, con todo un despliegue.

—He dejado un hueco aquí en la mesa para eso —dije, señalando un espacio libre. Había cubierto la mesa de plástico barato con un mantel rojo festivo.

Kristi dejó el paquete y recorrió el puesto con la mirada.

—Te ha quedado de muerte, Emma. Tracy y yo organizamos este evento el año pasado y te prometo que no tenía ni la mitad de la buena pinta que tiene ahora.

Una sonrisa se me escapó de golpe. Ese reconocimiento sentaba de maravilla, sobre todo después de tantas noches sin dormir elaborando decoraciones navideñas. Mi esfuerzo había dado sus frutos, y un flujo constante de asistentes al desfile había entrado y salido de la parada toda la noche. Ayudaba que la noche fuera templada para ser diciembre, sin rastro de viento o nieve.

—Pues que no se caiga todo mientras estoy en el baño, ¿vale?

Mi amiga se echó a reír.

—Puedo con ello. Ahora, será mejor que vayas. Hay una cola larguísima en los baños de la esquina. Igual te compensa más caminar un poco y usar el de la biblioteca.

Le agradecí el consejo y me lancé a paso rápido entre la creciente multitud. Iban a encender el árbol en unos minutos y todo el mundo corría hacia la plaza principal para verlo. Mis padres estaban en algún lugar entre el grupo de los que celebraban; habían llegado pronto para ayudarme a montar el puesto. No les había gustado la idea de que moviera mesas yo sola, a pesar de que les aseguré que Tracy me había prestado un carro con ruedas.

Al doblar la esquina, enfilando hacia la imponente escalinata de la Biblioteca Pública de Greyport, una mano grande se posó en mi hombro.

—¿Estás bien? —preguntó el dueño de esa mano.

Era James. Porque, claro, tenía que serlo. Parecía que nunca podría librarme de él.

—Bien. ¿Por qué? —Seguía furiosa con él por insinuar que nuestro beso había sido un error y luego irrumpir en mi tiempo en familia.

Y ahora estaba aún más enfadada porque le quedaba insultantemente bien esa gorra negra de béisbol puesta hacia atrás.

Francamente, era injusto.

—Tienes prisa. Quería asegurarme de que no necesitabas ayuda.

—¿Es que una chica no puede tomarse un descanso sin que la interroguen? Apártate, por favor.

Su boca formó una O de sorpresa ante mi tono, pero yo no estaba dispuesta a perder el tiempo. Si quería hablar, que me siguiera. O que se fuera a freír espárragos, me daba igual.

Subí las escaleras de la biblioteca a toda velocidad y usé mi tarjeta para abrir la puerta de empleados. Giré bruscamente a la derecha hacia el baño del personal, frente a mi despacho.

Una vez dentro, se me pasó la urgencia de orinar y, en su lugar, me quedé inmóvil frente al lavabo, examinando mi aspecto. Querer verte lo mejor posible cuando trabajas de cara al público era algo natural, nada que ver con la presencia de James. Eso era lo que me repetía mientras alisaba los pelos sueltos y borraba una mancha de *eyeliner*.

Al abrir la puerta del baño de golpe, me sobresalté al ver al hombre alto apoyado en la pared junto a mi oficina. Una bota grande y calzada descansaba contra la pared, y la mitad superior de su rostro estaba cubierta por la sombra de la gorra.

Puse los ojos en blanco.

—¿Por qué me has seguido hasta aquí, James? Aunque no lo creas, sé ir al baño sola, como una niña grande.

No dijo nada. Yo ya estaba corta de paciencia para sus idas y venidas.

Empujé la puerta de mi oficina. Me estaba quedando sin copias del calendario de actividades de la biblioteca para el puesto.

Ni siquiera encendí la luz.

La puerta se cerró con un clic. Me giré y vi el cuerpo grande de James bloqueando la entrada, recordándome a la primera vez que lo vi.

—¿Qué estás haciendo, James? —pregunté.

La voz me tembló, no de miedo, sino de algo mucho más tentador.

—Necesito hacer que te corras.

Capítulo 41
Emma

—¿Qué? —dije, atontada.

—Me has oído.

James se acercó, sus botas de trabajo caían pesadas sobre la vieja y fina moqueta.

—¿Aquí? ¿Ahora? —retrocedí, buscando refugio detrás de mi escritorio. No sabía si intentaba alejarme o acercarme a la superficie plana más a mano, perfecta para cumplir sus órdenes.

Vi el destello blanco de sus dientes en la oscuridad. Una sonrisa malvada.

Me giré, incapaz de soportar el calor.

—¿Por qué crees que vine al desfile?

—¿T-tu donación al puesto de la biblioteca?

Su aliento me rozó la oreja, el aroma fresco de madera llenó mis fosas nasales mientras se acercaba. Mi vientre se presionó contra el borde del escritorio.

—Inténtalo otra vez, preciosa.

Tomé una bocanada de aire mientras sus manos encuadraban mis caderas. Ni siquiera me había tocado aún. Era exasperante.

Frustrante.

Me puse de puntillas —era tan condenadamente alto—, y me eché hacia atrás contra él con un movimiento de prueba, permitiendo que mi culo rozara su regazo.

Dios, estaba duro.

Inhaló una vez, una fugaz señal de que no lo dejaba indiferente, antes de soltar una risa corta y subir sus palmas a mi cintura. Entonces no fue nada tímido al empujar hacia delante en un vaivén suave, pero con la fuerza suficiente para que sintiera cada centímetro.

—Quieres sentir mi polla, ¿eh?

Joder, qué boca tan sucia tenía. Estaba fuera de mi alcance. Yo podía provocar, pero él sabía torturar. Me dio otra embestida lenta y ondulante.

Yo respondí, apretándome más contra él.

Se apartó apenas, aún sujetándome de la cintura.

—Ah, ah, ah. Responde a la pregunta. Dime lo que quieres.

—A t-ti.

Una de sus ásperas manos subió por mi torso, dejando un rastro de escalofríos. Se detuvo en la clavícula y cubrió mi garganta con un agarre suave. Sin presionar, solo dejando sus dedos ahí, como si pertenecieran exactamente a ese lugar, como un collar favorito.

Sus yemas callosas acariciaron la base de mi mandíbula y me inclinaron la cabeza hacia atrás, guiándome justo a donde él quería.

—Sé más específica. Di: «James, quiero tu polla».

Me escuché gemir como de lejos. Como si ya no estuviera en mi cuerpo y lo observara todo a distancia.

Su aliento me cosquilleó los pequeños vellos de la sien mientras reía.

—Si no quieres decirlo, si no quieres hacer esto, dejaré de tocarte y me iré. Tú decides, preciosa. Así que, ¿qué va a ser?

—Si dejas de tocarme, creo que me muero.

Me giré en sus brazos y lo agarré del pelo, enredando los dedos en sus ondas. Este era un juego de dos, y yo estaba lista para jugar.

Lo atraje hacia abajo hasta que nuestros labios quedaron a un suspiro de distancia, mi sonrisa rozando la suya.

—James —dije con un susurro ronco—. Quiero tu polla.

Él cerró el escaso espacio con un gruñido, bebiendo de mi boca como si fuera su última fuente de sustento. Yo quería alimentarlo para siempre.

Nuestras lenguas se entrelazaron en una danza sensual. Apreté sus mechones gruesos con fuerza, decidida a no soltarlo esta vez. Pero el hombre que me besaba no buscaba escapatoria. A tientas, alcanzó la superficie del escritorio y derribó una alta pila de papeles en un revoltijo flotante. Me alzó hasta sentarme en el espacio que había dejado.

—Espero que eso no fuera importante —dijo, besándome la mandíbula a lametones y mordisquitos.

Dejé caer la cabeza a un lado.

—Lo recogeré mañana.

—Emma.

Lo miré. Estaba completamente serio mientras me sujetaba las mejillas.

—Lo digo en serio. Es tu elección. Si hay algo que no te guste, solo tienes que decirlo y pararé. Creo que sabes que me gusta lo rudo. Me gusta dar órdenes. Pero si no es lo tuyo, basta con que me digas que pare. Si tienes la boca ocupada, dame dos toques en el hombro. ¿Entendido?

Asentí, pero pude notar que necesitaba oír la palabra. Lo miré fijamente mientras decía:

—Sí.

Sus ojos brillaron de satisfacción mientras bajaba las manos para agarrarme el culo.

—Bien. Ahora, ¿este culito quiere un par de azotes?

Casi podía sentir ya su palma sobre mi piel, como una sensación fantasma.

—Ajá…

La marca de fábrica de James Klein, su forma de hablar sucia, me había convertido en una idiota.

—Esa es mi chica. Date la vuelta. —Me dio dos toques en la cadera a modo de ánimo.

Le lancé una mirada provocadora mientras bajaba del escritorio, asegurándome de que sintiera cada centímetro de mi cuerpo al deslizarme.

Él negó con la cabeza.

—Eres una mocosa, ¿verdad?

—A veces —dije antes de girar sobre mis talones.

Se detuvo con los dedos en la cintura de mis vaqueros.

—¿Te fastidiará la cadera ponerte aquí en cuatro? —preguntó, golpeando con los nudillos la superficie del escritorio.

Oh, joder, eso sonaba tan excitante.

—No. —O al menos, eso esperaba. De todos modos, estaba dispuesta a aguantar por vivir esta experiencia—. He estado haciendo mis ejercicios y manteniéndome más activa.

La última palabra salió en un suspiro brusco, ya que James ya estaba desabrochando el botón y la cremallera. De un tirón, bajó mis vaqueros y mis bragas —por suerte, un par bonito— hasta justo debajo de la curva de mi culo, dejando mi piel fría y expuesta al aire.

—Arriba, sobre el escritorio. Ahora. —Sonaba más oscuro, casi enfadado. Como si estuviera tan excitado que le molestara.

No deseaba nada más que obedecerle. De algún modo, sabía que podía confiarle mi cuerpo. Que solo me llevaría hasta donde pudiera llegar. Trepé como pude, con las piernas atrapadas a la altura de los muslos. Un toque sutil entre mis omóplatos transmitió su mensaje. Me incliné hasta descansar sobre los antebrazos.

Por un momento me sentí demasiado vulnerable, demasiado expuesta, hasta que la suave caricia de su palma recorrió la curva de mi culo. Temblé.

—Eres tan jodidamente bonita —dijo con reverencia—. No puedo esperar a dejar mi marca en ti.

Me removí, anticipando, cuando su mano se alzó, dejándome fría, y esperé a que llegara la mordida.

Y esperé.

—Hazlo —gimoteé.

¡Zas!

Gemimos al unísono. Un nuevo chorro de humedad apareció entre mis piernas. Moría por juntar los muslos para aliviar algo del creciente vacío ahí, pero mi postura no lo permitía.

¡Zas!

Mi gimoteo resonó fuerte en la habitación. James respiraba con dificultad detrás de mí.

—¿Puedes soportar una más, preciosa?

Asentí, desesperada. Lo que fuera para que siguiera tocándome.

—Bien. La próxima vez te daré más, pero ahora no creo que pueda. Estoy tan cerca, y apenas te he tocado.

Me deleité un instante en el saber delicioso de que yo le afectaba tanto como él a mí. Había algo importante en eso. Por mucho que sus órdenes me empujaran a obedecer, él reconocía el poder que yo tenía sobre él y me lo devolvía.

Era tan embriagador como aterrador.

Una última nalgada, calmada por un suave masaje sobre lo que ya debía de estar rojo vivo, me sacó de mis pensamientos.

Me mordí el labio para no gritar.

—Mierda, joder. Es demasiado. Date la vuelta. —Las palabras de James salieron en un gruñido ronco.

Me revolví, deslizándome sobre la lisa superficie del escritorio, haciendo más desastre cuando una grapadora cayó al suelo. James intentó ayudarme, pero solo consiguió volcar un bote lleno de bolígrafos.

Solté una risita, y él me respondió con otra mientras me giraba hacia él. Le sonreí tanto que me dolieron las mejillas. Tenía los pantalones a medio quitar, me faltaba un zapato y la trenza se me estaba deshaciendo. Y me daba igual.

—Hola —dije en la oscuridad.

—Hola.

El momento tierno terminó cuando nos unimos en un beso brutal. James tiró hacia arriba del grueso tejido de mi jersey mientras bajaba los labios a mi pecho. Empezó con besos suaves, de boca cerrada, por la curva de mi escote, alternando con lamidas cálidas y húmedas. Intenté empujar su cabeza hacia abajo, guiándolo hasta mi pezón, pero no cedió, concentrado en la tarea.

Gimoteé, un sonido ininteligible, pero con un significado claro.

Él alzó la vista, con los labios brillantes.

—Vas a matarme, preciosa.

Se abalanzó, bajando los tirantes de mi sujetador sin molestarse en desabrocharlo. El calor de su boca rodeó un pezón. Chupó y tiró, dejándolo duro y adolorido. Su mano izquierda se posó en mi otro pecho, pellizcando y girando el pico rígido.

Necesitaba frotarme contra él, pero la diferencia de altura lo hacía imposible así.

Tiré de su pelo para llamar su atención, y su boca se separó del pezón duro. Sus dedos siguieron en el otro, endureciéndolo hasta casi doler.

—¿Qué necesitas?

—Eres demasiado alto.

—Quizá tú eres demasiado baja.

Hice un puchero. Él rio antes de subirme de nuevo al escritorio. Tendría que sacar las toallitas desinfectantes el lunes por la mañana. Ahora mismo estábamos cometiendo un par de infracciones laborales.

Tiró de mis pantalones y ropa interior hasta quitármelos del todo, maldiciendo cuando el vaquero se dio la vuelta y se apretó en mis

pantorrillas. Pateé para ayudar, jadeando para el momento en que él ya estaba arrodillado a mis pies.

—Túmbate.

Obedecí, recostándome hasta que la curva de mi espalda, expuesta por la camiseta subida, se apoyó en la fría superficie de mi escritorio.

—Joder —jadeé al sentir sus dedos en el interior de mis rodillas, empujándolas para que se abrieran.

—Enséñame lo mojada que estás, Emma.

Capítulo 42
Emma

La piel tersa y sudorosa de mis muslos se pegaba a la superficie del escritorio mientras me abría lentamente a la vista de James. Mis mejillas se calentaron de vergüenza, pero esa emoción desapareció cuando sus anchos hombros se posaron justo ahí, en el centro, dejándome expuesta a su mirada hambrienta.

—Sabía que aquí también serías preciosa.

No podía verlo, pero sentía cada centímetro de dos dedos deslizarse por la crema húmeda entre mis piernas, un grueso nudillo frotando mi exterior, sin atreverse aún a adentrarse. Esparció mi desordenada excitación hasta mi clítoris antes de abrir mis labios con las yemas. Con la áspera almohadilla de su pulgar, dibujó pequeños círculos en mi clítoris, moviéndose con facilidad por la humedad.

Mis caderas subían y bajaban, y extendí los brazos buscando algo a lo que agarrarme. Al no encontrar nada más que aire, llevé un puño a mis dientes y mordí. Con la otra mano toqué el delicado monte en el centro de mi pecho.

El pulgar de James seguía dibujando círculos en mi lugar más sensible mientras introducía un dedo dentro de mí tan despacio que podía sentir cada cresta de su nudillo. Añadió un segundo, girándolos y rotándolos.

—Estás empapando mi mano. Es tan jodidamente sexy. No puedo esperar a entrar en este coño caliente. Va a estar tan apretado y caliente. Pero primero necesito probarte.

Grité al sentir la abrupta pérdida de su mano. Pero valió la pena cuando me incorporé justo a tiempo para verlo sacar esos dedos malvados de entre sus labios. Su barba oscura brillaba con humedad. Sabía que era la mía.

La comisura de su boca se movió cuando notó que lo miraba.

—Deliciosa.

Casi me corrí en ese instante.

Con esa mano mojada, guio mi torso hacia abajo.

—¿Qué quieres ahora, Emma?

Su aliento acarició el interior de mis muslos. El sonido de mis jadeos llenaba la habitación mientras yo vibraba en una expectación ansiosa.

—Tienes que decirlo en voz alta, preciosa. Si quieres que te chupe, tienes que decírmelo. —Con ambos pulgares me abrió otra vez. El calor de su aliento flotaba sobre mi hambrienta entrepierna.

—Por favor, James. —Mi voz se quebró.

—¿Por favor qué, Emma?

—Por favor, lame mi coño. Te necesito.

La última palabra salió en un grito cuando tomó mi clítoris entre sus labios y lo rodeó con la lengua mientras empezaba a chupar.

Tuve que volver a llevar mi puño a la boca para ahogar los gemidos que me provocaba. Los sonidos de su boca, las lamidas desordenadas y los gruñidos que soltaba mientras se deleitaba eran fuertes en esa pequeña oficina. Era sucio y depravado, y me encantaba. Su lengua bajó de nuevo y giró alrededor de mi entrada, robando la humedad antes de volver a mi clítoris erecto y meter sus dedos de nuevo al juego, entrando y saliendo con un ritmo constante.

En una media sentadilla, me levanté para mirar al hombre que me devoraba como si fuera su última comida. Sus ojos avellana, ahora completamente negros, se clavaron en mi rostro, disfrutando de verme desmoronarme.

Esos ojos se encontraron con los míos y me rompí.

La fuerza del orgasmo me sacudió sin aviso, mi cuerpo se tensó y arqueó hacia atrás sobre el escritorio. Apostaría a que le dejaría una calva por el agarre que tenía en su pelo. Cuando terminó, me quedé sin fuerzas mientras temblores viajaban por mis piernas.

James siguió con lamidas largas y suaves, devorando cada gota de mi excitación. Finalmente, tuve que apartar esa traviesa boca; estaba demasiado sensible como para que continuara.

—Sabes mejor de lo que imaginaba —dijo, apoyando un antebrazo junto a mi cara para mirarme mientras yo le sonreía al techo.

—Deberías quitarte los pantalones ahora —dije, arrastrando una uña por la pequeña separación entre sus abdominales y la cinturilla. Solo ahora noté que aún llevaba toda la ropa puesta. Había algo intenso en estar desnuda y despeinada mientras él seguía tan impecable. Como si tuviera que

poseerme y no pudiera dedicar ni un segundo a desabrochar siquiera un botón de su camisa.

El señor Impecable que nunca rompía las reglas me quería tanto que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por tenerme.

—No. Esto va de ti.

Enredé los dedos en los lados de su barba.

—Pero yo quiero hacer que te corras también.

Me regaló una sonrisa tímida.

—Ya lo has hecho.

—Oh.

—Sí. Oh. Te dije que estaba cerca.

—¿Has…?

Un golpe hueco resonó en la habitación oscura. Ambos nos quedamos quietos.

—¿Emma?

Era Tracy. Mi jefa.

—¿Estás ahí? Kristi te estaba buscando.

Estoy a punto de que ser despedida.

Capítulo 43
James

—Entonces, Harry, ¿a qué te dedicas?

Deslicé la silla hacia la mesa para dejar pasar a un camarero y choqué las rodillas con el padre de Emma. El estrecho espacio me recordó por qué no venía muy a menudo al Carmella, el restaurante italiano local. No encajaba. La cabecera de la mesa, donde estaba sentado ahora, era el peor sitio de todos. Tenía un asiento en primera fila para el interrogatorio de los padres de Emma a mi primo.

Era el supremo infierno de un sujetavelas, Linda y Frank Hartwell ocupando la mitad de la pequeña mesa mientras Harry y Emma compartían la otra.

Emma estaba sentada diagonal a mí. Podía notar que fingía prestar atención mientras Harry le hablaba a Frank sobre el negocio de reparación de coches.

Desde que llegamos, los Hartwell revoloteaban alrededor de

su hija. Linda incluso había traído un cojín especial para la silla de Emma, sacándolo de un bolso grande y pesado. Emma se había negado a usarlo, para disgusto de su madre. Frank era más discreto, pero noté que su hija ponía los ojos en blanco ante sus repetidas preguntas sobre las reparaciones que debía hacer su casero. Era una dinámica interesante, una que sospechaba que influía en que Emma viviera a varias horas de sus padres, a pesar del evidente amor entre ellos.

Bajo la mesa con el mantel de cuadros rojos, deslicé una bota hacia la morena y enganché la parte trasera de su pantorrilla.

Quería distraerla, ver esos hombros tensos relajarse.

Si tan solo estuviéramos solos, solo nosotros dos, como antes.

La mujer me lanzó una sutil mirada de soslayo.

Todavía estaba molesta por mi reacción cuando Tracy casi nos pilló con los pantalones abajo. Bueno, los pantalones de Emma abajo. Yo afortunadamente seguía vestido.

Al parecer, no había apreciado la gravedad de la situación lo suficiente para su gusto. No podía mentir, me gustaba que me acusaran de no tomar algo en serio, por un cambio. Aun así, mi rápida explicación sobre ayudar a Emma a llevar una pila de papeles al puesto pareció convencer a su jefa, a pesar de que yo estar temblando de risa.

Ella superaría su enfado eventualmente, aunque tuviera que comerle todo otra vez.

¿Qué?, pronunció en silencio.

Deslicé un pulgar sobre mi labio inferior antes de humedecerlo con la lengua, como saboreando algo.

Y eso hacía. Había tenido tiempo para ir a casa y cambiarme a un bóxer limpio, pero ni me molesté en lavar la boca o la barba.

Era guarro, pero a Emma le gustaba así.

Su sonrojo se extendió desde las mejillas hasta por debajo del cuello del jersey.

Joder, era divertido molestarla.

Volvía a ponerme duro al pensar en su respuesta, en cómo sus fetiches encajaban perfectamente con los míos. Tenía que frenarme y rápido. Cristo, ya había corrido en ropa interior una vez esta noche. Si lo hacía otra vez —frente a los Hartwell, nada menos— nunca me volverían a dejar entrar en el Carmella, quizá en ningún sitio del pueblo.

—¿Cuánto tiempo llevas siendo dueño de tu casa, James?

—preguntó Frank.

Aparté la mirada de su hija, dándome cuenta de que había perdido el hilo de la conversación y que de alguna manera había vuelto a mí.

—Eh, la heredé de mi madre hace unos años. Gasté algo de dinero y mucho esfuerzo para arreglarla poco a poco. Es un trabajo en progreso.

Emma me lanzó una mirada incrédula.

—¿Estás bromeando? No le creas, papá. La casa es impresionante —me corrigió—. Muy lejos de ser un trabajo en progreso. Y deberías ver el taller de James en la parte trasera. Está en un granero viejo que adaptó para su negocio. Ha hecho un trabajo increíble.

Ahora era yo el que me sonrojaba.

—Gracias —dije, frotándome la nuca. Me gustaba repartir elogios. Recibirlos, no tanto.

Me hundí en mi plato de pasta, esperando que no me afectara para el gimnasio por la mañana. Una sensación molesta me picó un lado de la cara y levanté la vista para encontrar a mi primo, lanzándome una mirada extraña y evaluadora desde su sitio junto a su novia falsa.

Harry y yo habíamos intercambiado disculpas superficiales unos días después del episodio de gripe de Emma. De esas en que ambos nos pedíamos perdón por lanzarnos indirectas, pero sin abordar el problema real. Siempre lo hacíamos, pero algo seguía raro.

Lo aparté de mi mente y bebí un sorbo de vino antes de reincorporarme a la conversación.

—Tener a Harry ayudando con la casa ha sido un alivio.

Nunca habría podido hacerlo todo sin él.

Ahí lo tenía. No podía seguir enfadado conmigo después de eso.

El hombre me asintió con la cabeza. No solo le estaba haciendo la pelota, había ayudado mucho con el trabajo manual desde que heredé la casa victoriana. Eso no lo iba a negar, por mucho que la relación entre nosotros estuviera tensa.

Un ligero toque rozó mi pierna. Giré la cabeza y vi a Emma sonreír radiantemente, orgullosa de cómo apoyaba a Harry. Todo mi cuerpo se relajó. Sabía que estaba esforzándome.

El momento se rompió cuando Harry pasó un brazo por sus hombros y la atrajo a su lado con fuerza.

—Ems, ¿les has contado a tus padres cómo nos conocimos? —Harry movió el brazo, meciéndola. Lanzó una sonrisa amable a Frank y Linda antes de enviarme una sonrisa burlona. ¿Qué coño era eso?

Emma se tensó. Fue solo un instante, pero lo vi. Se secó la boca con una servilleta verde, escondiendo la cara mientras se recompone. Ahora que sabía cómo era la emoción auténtica en ella, sus señales eran obvias.

—No, creo que todavía no ha contado esa historia —dijo Linda con cuidado. ¿Ella también veía lo que yo?

—¿Quieres contársela tú o prefieres que lo haga yo?

—¿Por qué no lo haces tú, osito? —Emma levantó la mano y le dio una palmadita en la mejilla a Harry.

Intenté disimular una risa con una tos. Dudaba que engañara a nadie.

—¿Estás bien, Jay? —preguntó Harry.

Tosí otra vez antes de contestar:

—Sep.

Mi primo me fulminó con la mirada.

—Volviendo a mi historia, arreglé el coche de Emma. Luego le pedí su número y salimos en una cita.

Una cita. Si eso es como lo llamaban ahora… Más bien, un revolcón de una sola vez. No es que mi encuentro con Emma fuera mucho mejor: «Hombre asusta a una mujer hasta dejarla muerta de miedo mientras ella se escapa de la cama de otro hombre». Hace cinco años, los celos y la inseguridad por la mujer que me gustaba y que había estado con mi primo me habrían quitado el sueño, pero ya era demasiado mayor para eso. Emma ni siquiera sabía que yo existía cuando estuvo con Harry.

Además, aquello fue un único encuentro. Si fuera por mí, Emma volvería conmigo a por más.

Y más.

¿A quién demonios quería engañar? Sería yo quien le suplicara un momento más.

Ahora solo tenía que decidir qué iba a hacer al respecto.

Capítulo 44
Emma

Las luces del árbol de Navidad del salón iluminaban la entrada de la casa de James y Harry mientras entraba, con los dos hombres a mi espalda.

En la cena, Harry había propuesto, delante de todos, que me quedara a pasar la noche con él. James había parecido listo para pegarle a su primo. Pero no sabía cómo decir que no, no cuando mis padres creían que Harry y yo éramos pareja.

Y allí estaba yo, atrapada entre el hombre con quien mis padres creían que tenía algo serio y su primo barra compañero de casa, el hombre que realmente me estaba dando los orgasmos más intensos que había experimentado.

—¿Lista para ir a la cama? —preguntó Harry mientras yo me quitaba las botas de invierno.

El aroma fresco a madera y colonia de James me rozó las fosas nasales cuando pasó junto a mí para colgar su chaqueta en el armario.

—S-sí. Solo necesito lavarme primero.

Me detuve a mirarme en el espejo ovalado después de cepillarme los dientes y lavarme la cara. Me dolían los pies y la espalda tras un día largo y agotador preparando el desfile y horas de estar de pie en el puesto. Pero a pesar de eso, tenía las mejillas sonrosadas de energía y los ojos brillantes, como un cuadro de salud.

Sabía exactamente quién era el responsable.

Lástima que no fuera el hombre en cuya cama iba a dormir.

No sabía cómo manejar a Harry. Esperaba que hubiéramos llegado a un acuerdo en el aparcamiento del Maven la otra noche, después de que me sorprendiera con ese beso. Pero esta noche tenía un aire extraño, como si tuviera algo que demostrar. Dudaba que tuviera que ver con mamá y papá. Les gustaba Harry y no tenían ni una pizca intimidante en el cuerpo.

La única suposición lógica era que su actitud tenía que ver con su primo.

Cerré el grifo y tomé una bocanada de aire. Ya lo había retrasado demasiado. Cuando abrí la puerta del baño, James me miraba fijamente

desde un umbral al otro lado del pasillo. Su habitación. No había visto antes el dormitorio principal, pero conociendo al hombre que vivía allí, el espacio debía ser impecable, limpio y lleno de muebles hermosos hechos a mano.

Dio tres pasos, avanzando hacia mí con la gracia de un gran felino.

Me aclaré la garganta.

—Déjame hacerte sitio. Perdona.

Me aparté para dejarle entrar en el baño. Él se plantó en el marco de la puerta, enfrentándonos de lado en el estrecho espacio. Cerca, pero sin tocarnos. Las puntas de mis pechos rozaron la parte baja de su pecho, endureciéndose al instante.

No podía moverme ni hablar. Tampoco parecía querer hacerlo él, tan atrapado en el momento como yo.

El sonido de Harry moviéndose al otro lado de la casa me hizo retroceder. Me deslicé junto al hombre más alto y salí a la seguridad del pasillo vacío. A pesar de querer más que nada entrar en la puerta abierta de su habitación, me resistí.

Al girar la esquina del pasillo que llevaba hacia Harry, la voz baja de James me detuvo en seco.

—Ven a mi cama cuando él se duerma.

La puerta del baño se cerró tras él.

Capítulo 45
James

Paseaba de un lado a otro al pie de mi cama mientras echaba miradas al reloj digital de la mesita de noche. Eran casi las doce, y ya había pasado más de una hora desde que hablé con Emma en el pasillo. Incluso estaba pensando en ir a la cocina con la excusa de beber agua solo para acercarme a la puerta de Harry y escuchar.

Estaba adicto a Emma. Debería estar trabajando esta noche, no asistiendo a desfiles navideños ni cenando con los padres de Emma. McGuire esperaba un producto terminado después de Navidad, y aunque por fin me había llegado una ola de inspiración, no estaba priorizando el trabajo como debería. Joder, ni siquiera había visto a Jill en más de una semana, ni preguntado cómo iban las cosas con Ben y su negocio.

En cambio, allí estaba, desesperado por una próxima dosis de Emma. Y ahora que estaba en mi casa, que sabía a qué sabía, cómo se sentía en mis dedos cuando se corría, no podía dejar pasar la oportunidad de tener más. Que se jodieran Harry y a mi persistente culpa.

Los números rojos del reloj marcaron la medianoche, y ya no aguanté más. Caminé hasta la puerta de mi dormitorio y la abrí de golpe, apenas frenándola antes de que el pomo hiciera un agujero en la pared.

Emma estaba al otro lado, a punto de llamar.

Mi boca se abrió justo cuando ella saltó, lanzándose a mis brazos y rodeando mi cintura con ambas piernas. Sonreía mirando hacia abajo, orgullosa de tener la sartén por el mango por una vez.

No podía permitir eso. Besé esa sonrisa para borrarla de sus labios antes de girar con ella en brazos, pateando la puerta para cerrarla. Al girar, apreté con fuerza la piel desnuda de su culo, donde los shorts rosa pálido se subían. Pronto esos shorts acabarían en el suelo. En dos pasos, la tenía extendida en mi cama, a mi merced, una vez más.

No me molesté en apagar la luz mientras la miraba desde arriba, admirándola. Esta vez no estaríamos a oscuras. Quería verla en toda su gloria, quería ver cada curva y cada peca de su piel.

Quería todo de ella.

Su pelo oscuro se extendía como un halo, contrastando con el tono claro de mis sábanas. Su camiseta blanca y suelta caía de un hombro. Era un hermoso desastre.

Pertenecía aquí.

Si tuviera la habilidad, pintaría un cuadro de ella allí y lo colgaría justo encima de mi cabecera. Pero joder, ni el mejor artista le haría justicia a su belleza en este momento.

Balanceándome sobre manos y rodillas sobre de ella, levanté una mano para acunar su rostro. Ella giró hacia mi palma, frotándose contra mí como un gato. Toqué su labio inferior con el pulgar, tirando hacia abajo hasta ver el rosa del interior de su boca, la punta brillante de su lengua.

—Eres hermosa.

Lamí sus labios, adentrándome en su boca abierta, imitando la manera en que quería lamer su coño. Ella gimió, y supe que estaba imaginando lo mismo.

Bajé mis caderas hacia las suyas y la dejé cargar con todo mi peso. Nuestra diferencia de altura nos obligó a movernos y ajustarnos un poco, pero el jadeo de Emma me dijo cuándo había encontrado el punto perfecto. Di un suave empujón, maldiciendo el algodón de mis pantalones de chándal. Podía sentir casi la cabeza de mi polla entrando en su dulce coño mientras embestía de nuevo.

—James. —Emma retorció el pelo en la nuca, obligándome a levantar la vista hacia la suya.

—¿Sí, preciosa?

—Deja de perder el tiempo y fóllame. Por favor.

Capítulo 46
Emma

Hundí las yemas de mis dedos en las caderas de James, quitándole los pantalones de chándal mientras él subía mi camiseta por encima de mi cabeza. Soltó un gruñido feroz al darse cuenta de que no llevaba sujetador, un sonido que me recorrió el clítoris como una descarga eléctrica.

Subió ambas palmas hasta mis pezones, tocándolos y jugueteando con las puntas duras.

—Quiero chuparlos toda la noche.

Gemí, retorciéndome bajo sus manos. Iba demasiado despacio y yo me estaba volviendo loca.

El hombre se rio.

—No te preocupes, preciosa. Llegaré a tu coño a su debido tiempo.

Iba a matarlo. Pero no antes de que me hiciera venir.

—Joder, James. Coge el condón, por favor, por favor, por favor.

Giró el torso, inclinándose hacia la mesita de noche junto a su cama. Lo vi abrir un cajón y sacar una caja de condones sin abrir.

Me miró y pilló que lo estaba mirando fijamente.

—Si piensas que los compré hoy, acertaste.

Eso significaba que los había comprado solo para mí. No soy celosa —normalmente—, pero algo en eso encendió una llama en mi pecho.

Me incorporé, apoyándome en los codos mientras James se bajaba los pantalones de chándal holgados hasta por debajo de la polla. Ya había sentido la silueta dura antes, pero esta era la primera vez que la veía bien. Más gruesa de lo que imaginaba. Larga y brillante. La punta de su polla relucía con líquido preseminal. Me preguntaba a qué sabría.

Su mano temblaba mientras desenrollaba el condón. ¿Estaría nervioso? No tuve tiempo para pensarlo, porque pronto aseguró la fina funda y apartó mis *shorts* de dormir a un lado, sin molestarse en quitármelos del todo.

Me lanzó una sonrisa cuando notó que no llevaba bragas.

—¿Cuánto tiempo llevas desnuda aquí abajo? —Arrastró el nudillo del dedo medio por el centro de mi coño.

—Desde la biblioteca —dije, jadeando.

Mis bragas estaban demasiado mojadas y resultaban incómodas tras hacerme venir sobre mi mesa de trabajo.

—Joder. Debería haberte metido los dedos bajo la mesa en la cena. La próxima vez será.

Seguía temblando cuando el hombre con su boca sucia entró en mí con fuerza, haciéndome deslizar hasta la mitad de la cama. Apoyé las dos manos en el cabecero para mantener el equilibrio, respondiendo a la fuerza de sus embestidas con las mías.

Llegó hasta el fondo, llenando el espacio donde más vacía estaba. Nos movíamos al unísono, yo hacia abajo, mientras él se movía dentro de mí. La longitud de su polla se deslizaba con facilidad entre el desastre que hacía mi humedad.

Gemí su nombre, incapaz de contenerme.

—Eso es. Di mi nombre mientras te follo. El resto del mundo puede pensar que eres la chica de Harry, pero tú y yo sabemos la verdad. Aquí dentro, eres mía —dijo en mi oído, atrapando el lóbulo entre sus dientes.

Gruñí y sacudí la cabeza sin control. No podía hablar. No importaba que él estuviera a punto de correrse, porque yo estaba a punto de explotar también.

James me embestía, cada vez más profundo y rápido, de forma desigual. Clavé ambos talones en el músculo grueso de los lados de su culo, mi cuerpo acompasaba al suyo. Apoyando su peso sobre un brazo, deslizó la mano izquierda por mi cintura hasta mi muslo, sujetándome firme para que pudiera recibirlo.

Grité cuando el nuevo ángulo me golpeó justo en el punto exacto, su hueso pélvico rozando mi clítoris. Cuando me dio una fuerte nalgada en el culo, el sonido del golpe resonó y el orgasmo subió por mi columna.

Estaba al límite.

—Oh, joder. Joder, joder, joder. —Agarré frenéticamente una de las almohadas detrás de mí, acercándola y girándome para gritar en ella. La habitación de Harry estaba en el otro extremo del piso superior, pero no quería arriesgarme.

—Eso es, preciosa. Córrete en esta polla.

Las palabras se convirtieron en gruñidos mientras sus caderas se movían, y su orgasmo no tardó en llegar.

Con un golpe, se deslizó fuera y dejó caer su cuerpo en la cama a mi lado. El colchón se estremeció con la fuerza de su caída.

Agarré mis pechos entre mis manos, calmando su movimiento salvaje. Miré de reojo para ver a James observándome fijamente.

Su boca se torció, conteniendo una risa.

—¿Qué? —dije sonriendo.

—Me resulta divertido. No te importaba que tus tetas rebotaran mientras follábamos, y ahora se mueven un poquito y haces como si fueran a salir corriendo.

Solté una carcajada antes de darle una palmada juguetona en el hombro.

—Primero —levanté un dedo índice—, no las vuelvas a llamar tetas nunca. Pareces un cavernícola. Y segundo, mi mente estaba un poco ocupada mientras follábamos, como tan sentimentalmente has dicho. Si tuvieras cosas así de grandes pegadas al pecho, tampoco querrías que se movieran para todos lados. Es incómodo.

James no hizo ningún intento por ocultar su sonrisa completa mientras me miraba, apoyado en un brazo y estirado a mi lado sobre el edredón beige.

—Crees que eres muy graciosa, ¿verdad?

—Oh, sé que soy graciosa, James Klein.

Resopló.

—Sí. Tienes razón. —Extendió una mano para sujetar mi pecho izquierdo, pasando el pulgar en círculos alrededor de la areola rosada. La piel suave se endureció mientras mordía mi labio.

—Estas son mías, ¿vale? —preguntó, con los ojos oscuros fijos en mí.

—Sí —exhalé.

Soltó un gruñido de satisfacción antes de presionar un beso suave en mis labios. Cuando se separaron, me dio una palmada en la cadera antes de sentarse.

—Voy a encargarme de este condón. ¿Quieres una toallita o algo para limpiarte?

Le arqueé una ceja.

—Muy atento, pero te sigo al baño para poder hacer pis. No podemos permitir que esta chica pille una infección urinaria, ¿no?

Negó con la cabeza con una exasperación divertida. Me encantaba hacerle reír, incluso después de una sesión seria de sexo. Por lo que había visto —y por lo que Jill y Harry habían compartido—, sospechaba que el hombre no se permitía mucha diversión.

Yo estaba lejos de ser su pareja perfecta, pero divertida sí que podía ser.

Me puse la camiseta, acomodé mis *shorts* y lo seguí hasta el baño del pasillo.

Limpiarnos fue rápido, sonriendo y dándonos codazos juguetones mientras seguíamos la rutina. No recordaba cuándo me había sentido tan viva.

Al menos no desde antes de que el coche me atropellara.

Llegamos al umbral del dormitorio principal, y James entró.

Me detuve, dudando de dónde debía terminar la noche.

—¿Me quedo? —Eché un vistazo hacia la habitación de Harry. Aunque estaba profundamente dormido cuando me fui, podía despertarse en cualquier momento y descubrir que me había ido.

—Duerme como un muerto. No te preocupes. Pondré una alarma para ti. —James me cogió de la mano, entrelazando sus dedos gruesos y ásperos con los míos más pequeños—. Además, todavía no he terminado contigo.

¿Debería preguntarle si quería probar algo serio conmigo? No sería nada formal. Podía con algo casual. Pero quería seguir haciéndolo reír, sonreír y correrse en sus pantalones. Quería verlo en su taller y desayunar tortillas con él. Podía romper el acuerdo con Harry y darle una oportunidad a esto.

Pero si hacía eso, entonces James conocería al verdadero yo.

¿Y qué pensaría entonces? ¿Seguiría queriéndome como ahora?

Respondiendo a su tirón de mano, dejé que James me llevara hacia lo desconocido.

Capítulo 47
James

Un mechón oscuro del pelo de Emma rozaba la punta de mi nariz mientras yacíamos entrelazados en la cama. Había hecho que se corriera otra vez, esta vez con mis dedos. Nunca me cansaría de ella, de cómo se sentía, de su sabor y de los sonidos que emitía cuando su cuerpo se arqueaba de placer.

Era algo más que físico. Todo en ella me atraía. Su ingenio sarcástico, su paciencia interminable con Harry, la forma en que se lanzaba de cabeza a la vida…

Le acomodé el pelo mientras ella parpadeaba, mirándome con los ojos medio cerrados.

—¿Cansada?

—Un poco, sí. Pero esto es demasiado agradable como para querer dormirme.

—No voy a ir a ningún lado, Emma.

—Pero no puedes prometerlo —dijo, con un tono serio.

¿Qué quería decir con eso?, pensé.

Suspiró y se incorporó derecha. Mi brazo se deslizó de su hombro a su cadera.

—Creo que debería contarte sobre mi pasado.

Eso no sonaba nada tranquilizador.

—¿Estás huyendo de la policía? ¿Esquivando el servicio de jurado?

Mi broma le sacó la sonrisa que había estado esperando.

—No, loco. Hablo de cómo me lesioné. De por qué vine a Greyport y dejé el único hogar que he tenido. ¿Te dije que vivía con mis padres hasta que me mudé aquí? Nunca había vivido en otro sitio, nunca.

Miró sus manos entrelazadas con nerviosismo. Puse una palma tranquilizadora sobre ellas, calmando su movimiento.

—Mucha gente hace eso, Emma, y por muchas razones. No es un fallo tuyo.

—No, pero hay una razón por la que me costó tanto y por la que tuve que ir tan lejos para tener algo de independencia.

Estaba confirmando lo que había notado en la cena. La forma en que sus padres rondaban y se preocupaban. Su necesidad de separarse.

¿Estaba haciendo yo lo mismo con mi hermana y mi primo?

Ahora no era momento para preocuparme por mí y mis problemas.

—Cuando salió el tema, dijiste que no hablas de cómo te lesionaste. No quiero que te sientas obligada a contarme nada si no estás preparada.

—No lo habría mencionado si no pensara que estoy lista. Me siento cómoda contándotelo.

Maldita sea, que dijera eso era tan satisfactorio como llevarla al clímax. Una emoción sin nombre me atravesó el pecho, brillante y buena, mezclada con la fea vergüenza de estar orgulloso de tener algo de Emma que Harry no tenía.

Tosí, aclarando mi garganta.

—Está bien. Confío en que te conoces mejor que nadie. Que sabes lo que puedes manejar. Pero necesito que oigas esto: no hay presión por mi parte.

Emma se acercó de nuevo, llevando sus manos a mis mejillas y peinando suavemente mi barba con los dedos.

—Tienes que dejar de ser tan perfecto, ¿sabes? Es una tarea imposible para el resto de nosotros estar a tu altura.

Sus palmas subieron mientras mis mejillas se ensanchaban.

¿Yo, perfecto? Eso era gracioso.

—Emma. Mi hermana está cabreada conmigo y me evita la mitad del tiempo. Mi primo se buscó una novia falsa porque le hice sentir como un inútil. También recuerdo más de una ocasión en que he sido un imbécil contigo desde que nos conocimos.

Perfecto es mucho decir.

Su mirada se volvió seria, decidida. Me apretó la cara con suavidad antes de dejar caer las manos.

—Todos necesitan a alguien que deje todo para cuidarlos. Y por mucho que digas, Jill y Harry nunca dudarán del amor que les tienes.

Me froté las sienes.

—Los amo. Pero empiezo a darme cuenta de que quizá la forma en que amo no sea lo mejor para ellos.

Ella se encogió de hombros, como si no fuera gran cosa.

—Pues encuentra otra manera de demostrar tu amor.

—¿Como si fuera tan fácil?

—No, para nada. Tuve que huir de mis padres porque no pudieron hacerlo.

—¿Sigues dispuesta a contarme tu historia?

Soltó un bufido.

—Has notado que he evitado el tema, ¿verdad?

Incliné el mentón en señal de aprobación.

Cerró esos ojos marrones, con la cara todavía mirando al techo de yeso. Pasó un momento, lo suficiente como para que me preguntara si se habría quedado dormida. Me incliné para taparla con las sábanas cuando sus ojos se abrieron de golpe.

—No me estoy durmiendo. Solo tengo que concentrarme. Me da miedo mirarte mientras cuento esto y echarme para atrás.

O que me distraigas con tu atractivo o algo así.

—Haz lo que necesites. Estoy aquí.

Y lo decía en serio. No iba a irme a ningún lado.

Capítulo 48
Emma

Me acomodé, moviendo los dedos de los pies y las manos, dejando que mi cuerpo sintiera los puntos de contacto sobre el mullido colchón de James, escuchando los sonidos de la casa asentándose y la calefacción encendiéndose, oliendo el aroma de la chimenea ardiendo abajo mezclado con serrín y pasta de dientes de menta.

Volví a cerrar los párpados, apagando mi sentido de la vista.

James respiraba con un ritmo constante a mi lado.

Me humedecí los labios con la punta de la lengua y empecé a hablar.

—Antes solía ir en bici al trabajo desde casa, cuando el tiempo acompañaba. El verano antepasado apenas llovió. Creo que pedaleaba casi todos los días.

James deslizó su mano sobre mi cadera, un peso calmante, como si supiera que necesitaba ese contacto extra para afrontar la siguiente parte.

—Era el último fin de semana de agosto e iba tarde. Iba cuesta abajo, acercándome a una pequeña colina antes de un cruce.

Pero, aunque tenía prisa, estaba atenta a mi alrededor. Lo estaba.

Tragué para evitar ponerme a la defensiva, era una vergüenza irracional que no debería existir, pero que siempre afloraba en los momentos difíciles.

—La colina era un punto ciego, así que cuando llegué arriba no tuve ninguna oportunidad de evitar el coche. Fue un hombre mayor que sufrió una emergencia médica al volante y cruzó al carril contrario. No sobrevivió. Y de alguna forma, incluso tras ser atropellada de frente y volar por encima del capó, yo sí.

James guardó silencio, pero no necesitaba palabras. El apretón de sus dedos en mi palma me animó a continuar.

—Estuve semanas en el hospital y luego meses haciendo terapia en un centro. Por suerte, todavía estaba en el seguro médico de mis padres, así que la deuda no me arruinó demasiado. También ayudaba el no tener que pagar el alquiler. Supongo que fue una de las ventajas de vivir con mamá y papá.

Finalmente lo miré e intenté esbozar una sonrisa que seguro parecía más una mueca.

—Sabes que no tienes que quitarle importancia conmigo, ¿verdad? Pasaste por algo horrible y traumático, y tienes derecho a estar enfadada, triste y negativa si te da la gana.

Enterré la cara en una almohada gris para escapar de esa mirada avispada.

—¿Necesitas hablar de otra cosa ahora?

—Aj. No, está bien, en realidad. Solo odio que te conozca desde hace, ¿qué, un mes?, y me entiendas mejor que mis padres, a los que conozco de toda la vida. Es como si tuviera que estar siempre compuesta y positiva sobre mi experiencia solo para calmar su preocupación de que estoy jodida de por vida. Y no olvides que también tengo que vivir en una pequeña burbuja segura para siempre. Sé que quieren lo mejor, pero es agotador.

James pasó su palma sobre mi pelo. Había repetido ese gesto varias veces esta noche, y me gustaba ese nuevo hábito.

—¿Así que encontraste trabajo en un pueblo a horas de distancia y te mudaste en cuanto pudiste?

—Sep. Soy un desastre, ¿eh? La peor hija del mundo. Pégame un cartel en la frente, aquí mismo —dije, señalando con el dedo índice entre mis cejas.

James se rio.

—Nah, para nada, bonita. Estás haciendo lo mejor para ti.

¿Han mejorado las cosas desde que te asentaste aquí?

—Depende del día. Si es como hoy, en general bien. Un poco sobreprotectores, pero nada grave. Pero la noche que llegaron a la ciudad discutimos un poco. No sé si alguna vez pararán. Mi madre dice que, si tengo hijos, lo entenderé. Quizá tenga razón.

—¿Eso es algo que quieres?

—¿El qué? ¿Tener hijos?

Asintió.

No había una respuesta sencilla. No estaba lista para explicarle a James que, aunque me encantaría ser madre, mi confianza en cuidarme a mí misma era tan baja que no veía un camino claro para cuidar a un ser pequeño, no de momento.

En lugar de responder, lo hice de nuevo: desvié la conversación con una broma.

—¿No es una pregunta bastante personal?

—Oh, vete a la mierda —dijo riendo—. Pensaba que era conversación estándar para conocerse cuando estás viéndote con alguien.

—Oh, ¿ahora estamos viéndonos? ¿Oficialmente?

—Esperaba que fuera por ese camino, sí.

Sonreí tanto que me dolió la cara. Le debía una respuesta sincera.

—La respuesta a tu pregunta es que sí, me gustaría tener hijos algún día. Solo si tuviera una pareja que apoyara y compartiera la carga. He estado… luchando sola, así que eso es importante para mí. Pero si estuviera con alguien que no quisiera ser padre, estaría bien no tener hijos, siempre que la relación fuera buena.

—Suena razonable. Yo quiero ser padre, pero también solo con la persona adecuada.

—James Klein, ¿me estás diciendo que quieres tener bebés conmigo? —bromeé. Me llevé una mano al pecho al estilo de una dama sureña sorprendida.

—Siempre me estás dando la brasa. Igual tengo que darte una nalgada por ello.

Subí y bajé las cejas.

—Por favor, hágalo, señor. Por favor.

—Ahora vas a ver —dijo James justo antes de saltar sobre mí.

Capítulo 49
James

El pitido rítmico del despertador digital en mi mesita me sacó del mejor sueño. Parpadeé con ojos somnolientos y noté que la luna seguía alta en el cielo oscuro. Había tiempo de sobra para que Emma se escapara antes de que Harry se diera cuenta de que se había ido.

A pesar de haberme acostado tan tarde, no recordaba la última vez que me había despertado tan descansado. Quizá tenía algo que ver con el cálido peso de uno de los pechos de Emma llenando mi palma. No había mejor forma de despertar.

Hablamos hasta bien entrada la noche, incluso después de otra ronda de sexo que me dejó agotado, sobre lo que Emma se había burlado juguetonamente, con algo de razón, sacando el tema de mi edad. Pero no me importaba estar cansado. Usaría cada minuto de cada noche para aprenderlo todo sobre la mujer a mi lado. Si pudiera abrir su mente y entrar en ella, lo haría.

Desvié la vista de sus curvas espectaculares a su rostro. Sus ojos se abrieron. Sonrió al descubrirme mirándola.

—¿Qué hora es?

—Poco después de las cuatro de la mañana.

Se tapó con el edredón hasta la cabeza.

—¿Por qué tan temprano? —preguntó. Sus palabras sonaron amortiguadas bajo la tela.

—No quieres que Harry sepa que pasaste la mayor parte de la noche aquí, ¿verdad?

—Aj. Tienes razón. Pero estoy tan cómoda aquí contigo.

Ese calor creció en mi pecho, aumentando con cada interacción. Incliné la cabeza y le di un suave beso en la curva del hombro.

—¿Cómo quieres manejar esto, hermosa? —pregunté.

—¿Manejar qué?

—Lo de Harry. Porque no quiero que esta sea la última vez que hacemos esto.

Su pecho subió y bajó al inhalar y exhalar.

—Tengo que acabar el acuerdo con él. Y tenemos que contarle lo nuestro.

No sonaba entusiasmada con esa perspectiva.

Yo tampoco. Sabía que Harry se sentiría traicionado, no por Emma, sino por mí. Aunque no sospechara que mi primo tuviera sentimientos por Emma, le dolería saber que sabía lo de su relación falsa y no dije nada. Pensaría que solo lo había dejado seguir para hacerle quedar como un idiota.

Me pasé la mano por la barba, el vello rozaba mi piel seca.

—¿Y si no lo hacemos todo de golpe? Tú rompes con él primero, y luego esperamos un tiempo antes de contarle lo nuestro.

Me miró con intensidad.

—¿Qué quieres decir?

Me encogí de hombros. Parecía una solución sencilla. —Hacemos las cosas en silencio y, digamos, en unos meses, podemos decir que estamos juntos de verdad.

Emma se sentó, con la postura rígida.

—¿Unos meses? ¿Y voy a ser tu sucio secretito todo ese tiempo?

Mi corazón resonaba en mis oídos. Esto estaba saliendo mal, y tenía que arreglarlo.

—No es eso lo que quiero decir.

Ella se cruzó de brazos, sentada al borde de la cama.

—Será mejor que me lo aclares, porque eso es lo que parecía.

—No quiero mantenerte a ti, ni a nosotros, en secreto. Solo quiero ir despacio, tener varias citas y ver cómo evoluciona esto.

Me miró en silencio por un instante. Relajó los brazos, y mi pequeño animador interno me animó a gritos.

—¿Esas citas van a ser encontrarnos a medianoche y follar?

¿O citas en público?

Pasé una mano por la cama y rocé su dedo meñique con el mío. No se apartó.

—En público. —Su espalda recta se relajó un poco—. Quiero llevarte a una cita de verdad. No en Greyport, todavía. Quiero evitar chismes. Mantener esto entre tú y yo un tiempo.

—No va a ser un secreto para siempre, James.

Giré mi mano para tomar sus dedos.

—Prometo que no quiero que sea así. Pero no quiero herir a Harry innecesariamente. Quiero decir… ¿y si tenemos un par de citas y no funciona?

Decir eso me dejó un mal sabor en mi boca. Yo estaba comprometido, ¿pero y Emma?

Ella retiró la mano y me miró con ternura, como si sintiera lástima.

—En algún momento, James, vas a tener que aprender a vivir tu vida y dejar de renunciar a lo que quieres por los demás. Te mereces algo mejor, y ellos también.

La vi recoger sus calcetines, su camiseta blanca y fina y sus pantalones cortos rosas.

—Vale —dije, tragando el nudo en la garganta mientras me hundía en la cama. Esto dolía como mil demonios.

—Pero…

Me incorporé de golpe. Emma estaba en el umbral de la habitación.

—Te daré una oportunidad. Una cita. Haz que valga la pena.

El suave clic de la puerta al cerrarse tras ella resonó fuerte en mis oídos.

Capítulo 50
James

—¿Te has acostado con Emma? ¡¿Qué cojones, James?! —Jill se levantó del sofá y empezó a pasear frenéticamente por el salón—. ¿Cuándo pasó esto?

—Anoche, ¿y podrías bajar la voz? Si Harry llega a casa, te va a oír chillar como un búho. Y no es lo que crees, Jill. Te lo prometo.

Mi hermana dejó de caminar sobre la alfombra para fulminarme con la mirada.

—¿De verdad me sueltas ese *cliché*? ¿Qué estabas pensando? ¿Y Emma? ¿Cómo pudisteis hacerle esto a Harry? —El tono de su voz terminó en un agudo chillido.

—¡No son pareja! —dije, callándola.

Ella se sobresaltó con mi grito y me sentí como un capullo. Pero no iba a permitir que Emma quedara como la mala en esta historia.

Jill entrecerró los ojos antes de sentarse al borde de la mesa de café, con los brazos cruzados.

—Explícame eso que acabas de decir.

—Emma y Harry no están realmente juntos. Era una farsa para convencerte a ti y a mí, al parecer, de que él es un hombre hecho y derecho.

—Una… farsa. ¿De verdad esperas que me crea eso? Eso no pasa fuera de la tele y los libros.

Alcé las manos.

—¿Qué motivo tendría para mentir? ¿De verdad crees que me habría acostado con la mujer que mi primo, con quien también vivo, está saliendo? No soy tan jodidamente estúpido.

Ella bajó los brazos.

—Está bien, supongamos que te creo. La motivación de Harry tiene sentido, aunque el plan fuera un desastre. Pero ¿por qué demonios Emma fingiría salir con él?

—Eso tendrás que preguntárselo a ella directamente. No voy a traicionar su confianza —dije. Dudaba que hiciera ningún favor a mi relación con

Emma si le contaba a mi hermana sus dudas sobre hacer amigas.

—Esa explicación no me vale. Esto huele raro.

—Tranquila, Sherlock Holmes. Te juro que ella no tenía motivos negativos ni sospechosos. Todo fue idea de Harry, y ella solo siguió el juego.

—Sabes, Jimbo, deberías haber empezado por lo de la relación falsa. No por el «nos acostamos» que os hace quedar como unos cabrones. Así me ahorraba un rato de ansiedad.

—Estoy hecho un desastre, Jill. Tenme algo de paciencia, ¿vale? —Mi boca hizo un puchero sin querer, y me tapé los labios para ocultarlo.

Mi hermana saltó de la mesa y se acercó al sofá, apoyando su cadera contra la mía.

—Joder, tío. Estás de mierda hasta el cuello. ¿Y ahora qué pasa después de que te hayas liado con ella? ¿Es algo serio? Porque sería una idea de mierda meterte en medio del rollo de Harry y Emma solo para mojar el churro.

Exhalé con fuerza por la nariz.

—No fue solo una vez.

—Puaj. Demasiada información, Jimbo. Te quiero y me cae muy bien Emma, pero no necesito esos detalles.

—No quise decirlo así. Quiero decir que no fue un rollo de una noche. Tengo sentimientos por ella, y espero que ella sienta lo mismo por mí.

—Entonces no veo problema. Si quieres una relación con ella, pídele que salga contigo. Y si dice que sí, se lo cuentas a Harry. No debería importarle, ya que no son pareja, ¿no?

—El problema es contárselo. Sospecho que él quiere que sea real.

—Pero Harry no puede reclamarla, James. Las personas no funcionan así. Emma es adulta y puede decidir por sí misma.

—Harry ya está bastante cabreado conmigo, y ahora tú me animas a meterme con la chica que le gusta. No sé si podré hacerlo.

—No sé si estoy de acuerdo con eso de Harry y sus sentimientos hacia Emma. La ignora la mitad del tiempo que están juntos. Y eso siendo que supuestamente lo hace para que veamos algo. Ese no es el comportamiento de un hombre que está interesado en una mujer.

Negué con la cabeza.

—Dice que ella le mejora… o que le hace esforzarse por ser mejor. Quizá debería hacerme a un lado y dejar que arreglen las cosas ellos.

—¿Emma ha dado señales de que quiere estar con Harry de verdad? Porque acostarse contigo no da esa impresión.

—Soy demasiado viejo y aburrido para ella. Seguro que es solo atracción y química. Solo voy a acabar siendo demasiado controlador y espantándola.

—Jimbo, por mucho que me guste que me pidas consejo, la persona con quien deberías hablar de esto es Emma. No te toca decidir si le gustas o si eres buen partido para ella. Es su elección. Sinceramente, que seas tan consciente de tus tendencias de agobiar me asusta para bien. No sueles admitir tus fallos. ¿Te estás poniendo enfermo? —Jill puso una mano en mi frente.

Esquivé y aparté sus fríos dedos.

—Puede que la haya enfadado un poco la última vez que la vi…

Jill sonrió, frotándose las manos.

—Me encanta esto. ¿Qué hiciste?

Puse mala cara, ya preparado para su reacción.

—Puede… que le sugiriera estar juntos en secreto unos meses.

—Ni de coña, James. ¿Por qué? Si te gusta, ¿para qué querrías eso?

—Por Harry. No puedo hacerle daño.

—Si le gusta Emma, tendrá que madurar y aceptar que ella no siente lo mismo. Tan sencillo como eso.

—Pero se va a cabrear conmigo.

—No eres responsable de los sentimientos de Harry, Jimbo.

¿Puedo hacerte una pregunta seria ahora?

—Sí…

—¿Cuándo fue la última vez que tomaste una decisión por ti?

¿Por tu propia felicidad?

Abrí la boca mientras buscaba en mi memoria.

—Fue cuando empezaste Klein Custom, ¿no? —continuó Jill ante mi silencio—. Incluso cuando volviste a casa, que no es que no lo hubieras hecho tarde o temprano, fue porque mamá se puso mala. Incluso mantuviste esta casa, una enorme jodida casa victoriana, porque tenía habitaciones de sobra para que Harry y yo pudiéramos quedarnos.

—Voy al gimnasio casi todos los días. Eso es cuidarme, aunque tú y Harry me llaméis soso por ello.

—Eso es como tomar una vitamina diaria, tío. Inténtalo de nuevo. Algo más reciente.

Comprendí por dónde iba.

—Elegir a Emma fue una decisión que tomé por mí.

Jill aplaudió lentamente.

—Ves, ahora lo pillas. Emma te hace egoísta. Y lo digo en el mejor sentido. Tienes que ser un poco egoísta a veces. Si no, tu vida pasará por tu lado mientras estás ocupado intentando controlar la mía y la de Harry.

No sabía qué sentir con este cambio de papeles, donde mi hermana pequeña me daba consejos sabios y dejaba mis defectos al descubierto.

Me aclaré la garganta.

—Emma dijo algo parecido la otra noche. Que tengo que dejar de renunciar a cosas por los demás. —Esas palabras aún ardían en mi cabeza.

—Es buena para ti, increíblemente buena, Jimbo. Ella y Harry nunca me han cuadrado. Pero tú y ella sí. En serio.

—Ella aceptó darme una oportunidad. Para una cita.

Las manos de Jill volaron alrededor de su cara con un extraño aleteo.

—¿Y me lo dices ahora? ¿Qué piensas hacer? ¿Dónde la llevarás? ¿Cuándo?

—Calma. Por eso te pedí que vinieras. Necesito tu ayuda. No recuerdo la última vez que saqué a una mujer.

—Puaj, probablemente Laura. Ella era un desastre.

—Estuvo bien. Solo que no era la adecuada para mí.

—¿No tenía fobia a los conejos? ¿Y mencionó que quería patear el conejito de una niña?

—Eso… quizá sí.

—Sí, no era buena opción. Más te vale que esta cita sea épica.

No puedo soportar otra Laura como cuñada.

—Quiero evitar Greyport al principio. Mantenernos fuera del foco de los cotilleos. Pensaba en algún sitio en Merlin Heights.

Hay sitios que apuesto que Emma no conoce.

—¡Sí! Tienes que ir al Three Ring. Te paso el enlace para comprar entradas para un espectáculo. Seguro que hay un evento especial esta

semana antes de Navidad. A Emma le encantará.

—¿Seguro? No quiero que se agobie con sus padres aquí.

La verdad, estaba aterrorizado. Esta era mi única oportunidad, y si la fastidiaba, podía perder a la mujer de mis sueños. Porque estaba empezando a darme cuenta de que eso era Emma para mí. No sabía cómo seguir adelante, pero lo averiguaría.

—Jimbo, deja de ser un cobarde y hazlo. No te arrepentirás.

Capítulo 51
Emma

Empezaba a entender por qué el Grinch robó todos esos regalos de Navidad. Mamá y papá habían llenado mi diminuto salón con montones de bolsas de regalo y cajas envueltas con papel brillante. La Navidad me salía por las orejas, y aún faltaban dos días para el gran día.

—Emma, ¿dónde quieres que ponga esta? —preguntó mi padre mientras arrastraba una caja grande desde el descansillo.

—La verdad es que no me importa, papá. Donde puedas encontrar sitio.

Eché otro vistazo rápido al móvil. Todavía nada de James. Había pasado día y medio. Al parecer, ahora que me había tenido, no sentía la más mínima prisa por esforzarse.

—¡Venga, entra en espíritu navideño! —dijo mamá, desde donde lavaba un montón de platos.

Sonreí débilmente.

—Lo intento.

Había dormido fatal. Mi cama no se comparaba con la de James. Demasiado irregular, pocas almohadas. Muy vacía. Una noche con él y ya estaba hecha un desastre.

A estas alturas él ya habría organizado una cita si quisiera. Confirmaba que mi instinto inicial era correcto. No estaba hecha para una relación. Seguro que él también lo había notado. Incluso lo dijo: no tenía sentido hacerlo público si igual no funcionábamos tras unas pocas citas.

Di un golpe al teléfono, boca abajo sobre la mesa de café barata, haciendo vibrar una taza de café medio llena, y me levanté de un salto.

—¿Todo bien? —preguntó papá, desde el árbol. Estaba moviendo regalos de forma estratégica para hacer más sitio.

—Sip. Todo marcha viento en popa.

¿Por qué coño hablaba como alguien de los años 50? Quizá debería llamar al médico, James Klein me había fundido el cerebro.

—¡Voy a hacer mis ejercicios de fisioterapia! —Necesitaba descargar esta energía nerviosa, centrarme en algo que no fueran carpinteros sexis ni

mi móvil en silencio.

—Es una idea estupenda, cariño —dijo mamá—. Frank, aparta un poco eso. ¡Emma tiene que hacer su programa de ejercicios en casa! —Las burbujas de jabón saltaron por el aire mientras mamá gesticulaba hacia papá.

Papá apartó la marea de regalos, y yo me puse manos a la obra.

Llevaba un ritmo constante, impulsada por el estrés y la irritación, mientras mis padres se movían por el apartamento preparando la celebración de Navidad. Desde que tenía edad para conocer la verdad sobre Santa Claus, siempre abríamos los regalos en Nochebuena, dejando solo los calcetines para el día siguiente. Mamá y papá planeaban irse temprano en la mañana de Navidad para evitar las prisas del viaje. Yo tenía ganas de dormir hasta tarde y no hacer nada.

Mis pensamientos volvieron a cierto carpintero mientras hacía sentadillas. Todos mis músculos dolían por el esfuerzo que me había hecho pasar. Mejor eso que dolor por otros motivos, pero también me recordaba que quizá nunca volvería a tener sexo así.

Genial, ahora era una Grinch cachonda.

Me costaba soltar lo de la otra noche. Claro, fui yo la que me fui en un momento épico de chica fuerte e independiente, pero me dolía que él simplemente… se rindiera. Me dejó volver a la habitación de Harry como si no le afectara en absoluto.

Por suerte, Harry seguía profundamente dormido cuando entré. No podía con la idea de acostarme con él después de todo lo de James, así que lo desperté para decirle que me iba a casa. Él aceptó la excusa sin preguntas.

El móvil vibró con una alerta, sacándome de mis recuerdos.

Como si lo hubiera invocado con mis pensamientos, era Harry.

HARRY: Vienes a almorzar a ksa en Navidad? Hay regalos para ti.

Golpeé la esquina del móvil contra mi frente. Lo último que quería era volver a la escena de mi rechazo.

Pero ¿qué excusa le daba a Harry? *Perdona, me acosté con tu primo y siento algo por él, pero parece que cambió de idea porque no merezco la pena.*

Sin contar que Harry quizá también se estuviera guardando algo por mí. Esperaba que el desastre del beso que me dio fuera el fin de eso, pero había

estado demasiado atento en la cena con mis padres, de una forma sospechosa.

Ignoré su mensaje, abrí la lista de contactos y busqué otro nombre.

EMMA: ¿Tienes tiempo para hablar? Necesito tu opinión.

KRISTI: ¡Hola! Ojalá. Decidí a última hora ir a ver a mi hermana y mis sobrinas. Estoy hasta el cuello de unicornios y purpurina ahora mismo. Vuelvo el día 26, ¿quieres quedar entonces?

Bueno, eso fue un fracaso. Siempre podía llamar, pero odiaba ser el tipo de amiga que estropeara el tiempo de vacaciones de Kristi con su familia. Sabía que no los veía a menudo.

Jill no era opción, por razones evidentes.

Mandé una respuesta breve comprometiéndome a quedar cuando Kristi volviera a Greyport.

KRISTI: ¡Hecho! No veo la hora de que me cuentes todo lo que pasó contigo y James *guiño*

A veces tener una amiga clarividente era una putada. Nada era sorpresa.

—Si sigues mirando el móvil así, te va a salir joroba, Emma.

Alcé la vista hacia mi madre, controlando las ganas de poner los ojos en blanco.

—Gracias, mamá. Lo tendré en cuenta.

—¿Qué te tiene tan absorta?

—Oh, Harry me invitó a su casa a almorzar en Navidad.

Mandé un «sí» antes de pensarlo mejor a mi novio falso. Me tocaría lidiar con ver a James. Vivíamos en un pueblo pequeño. No podía evitarlo para siempre. Así al menos podía prepararme mentalmente y controlar mejor mis emociones en vez de que me pillara desprevenida verlo por ahí.

Que ya estuviera planeando mi ropa, peinado y maquillaje para verme lo mejor posible no significaba nada.

—Suena encantador —dijo mamá.

No parecía nada encantada. Seguro que preferiría que me subiera al coche con ella y papá cuando se fueran y me mudara de nuevo a casa.

Llegó otra notificación. Ignoré el ceño fruncido de mamá y miré la pantalla.

JAMES: Hola.

Oh, joder no. No se iba a salir con la suya con un mensaje de una sola palabra.

Pero…

EMMA: Hola.

No me pude resistir.

JAMES: ¿Estás libre mañana por la noche?

Mis padres iban a ver El Cascanueces en un teatro local. Yo había dicho que no por el agotamiento navideño.

EMMA: Estoy disponible.

EMMA: Espera. No me estás invitando a ver el cascanueces contigo, ¿verdad?

Qué incómodo.

JAMES: No. Tengo algo un poco más original en mente. Tomo nota de tu aversión al Cascanueces, para el futuro.

Mi estómago revoloteó al leer la palabra «futuro».

EMMA: Me apunto a lo que sea que tengas planeado.

JAMES: Bien. Te enviaré los detalles.

Guardé el móvil y me giré para encontrar a mi padre mirándome. Le dediqué otra sonrisa, esta vez genuina.

—Papá, déjame ayudarte a encontrar un sitio mejor para esa caja.

Capítulo 52
James

Me planté fuera de la entrada del Three Ring. El viento cortaba a través de mi chaqueta mientras esperaba a que llegara Emma. El imponente edificio, una atracción popular en Merlin Heights, hacía las veces de centro de eventos y bar-restaurante. Jill y yo habíamos revisado la web el día anterior, repasando la programación antes de decidirnos por un espectáculo de circo navideño con un menú vegano temático.

Anoche pensé que era el plan perfecto. Casual, sin presiones, diversión en público.

No me estaba divirtiendo nada.

No veía a Emma desde hacía días. Cuando le mandé un mensaje esta tarde para confirmar que los planes seguían en pie, dijo que sí. Pero mientras cambiaba el peso de un pie a otro, todavía esperando, un ataque de inseguridad me golpeó.

¿Y si no aparecía? ¿Y si decidía que no valía la pena tomarse

las cosas con calma con un hombre de treinta y cinco años que no sabe lo que quiere? Me arrepentía mucho de haber sugerido que viniéramos en vehículos separados, pero estaba intentando algo nuevo: soltar el control.

En mi intento de dejar ir, contacté a mi antigua terapeuta, la que tuve después de que muriera mi madre. Ella estaba de baja por maternidad, pero otra consejera tenía un hueco si podía esperar un mes para entrar en la agenda.

Acepté. Estaba cansado de hacer infelices a las personas que amaba por mi incapacidad de aflojar las riendas. Era hora de cambiar. Por Jill, por Harry y, esperaba, por Emma también.

Un alarido desafinado de un sistema de sonido atronador cortó el aire. El espectáculo comenzaba. Estiré el cuello para escanear de nuevo el aparcamiento.

—¡James! Dios, siento llegar tarde.

El peso en mi pecho se esfumó cuando la mujer de mis sueños caminó hacia mí, con el pelo suelto volando detrás. La espera, la planificación…

todo valía la pena. Una falda corta de cuadros revoloteaba alrededor de sus medias mientras cruzaba corriendo el asfalto.

Debía de estar helada…

Mi corazón se hundió cuando cayó de piernas abiertas y con el culo en el hielo. Corrí hacia ella, frenando de golpe a su lado.

—No te levantes muy rápido.

—Estoy intentando mantener un poco de dignidad por aquí.

No debería haber encontrado adorable ese puchero, pero lo hice.

—¿Puedes andar el resto del camino? —pregunté mientras la ayudaba a ponerse de pie.

—No voy a dejar que me lleves como a una inválida, así que sí. —La mueca que siguió no fue nada tranquilizadora.

Una cacofonía de guitarras estridentes rompió el frío aire mientras guiaba a Emma por las puertas dobles. Cruzamos miradas a través del cristal.

—Esto suena muy… ¿moderno?

—Ahora tú suenas antiguo.

—Soy mayor que tú.

—¿Por cuánto, unos años?

—Nueve. Y estoy sintiendo todos y cada uno de los minutos de esos años ahora mismo.

Me dio un codazo.

—Entra, viejo.

Encontramos nuestros asientos y saqué el programa plegable y el menú que daban en la entrada. Puse la otra mano justo encima de la rodilla de Emma. Sus medias de lana negra eran suaves como mantequilla, y el calor de sus muslos se filtraba a mi palma. En la parte superior llevaba un jersey negro de cuello alto y holgado. El conjunto mostraba poca piel, pero era más sexy por ello.

—¿Está bien aquí? —dije, refiriéndome a mi mano.

Ella asintió.

Presté poca atención a los acróbatas que se retorcían y deslizaban por las sedas rojas y verdes; mi atención estaba fija en la mujer a mi lado. Su pelo brillaba y olía tan bien que daba ganas de comérselo —ese aroma a coco—.

Me incliné para susurrarle al oído, para hablarle, pero también para justificar otra dosis de ese aroma.

—Te ves hermosa.

Se sonrojó.

Bien. Los halagos cursis estaban aprobados.

Aguanté toda la función y la cena sin tener una erección, pero fue todo un reto.

Salimos del Three Ring cogidos de la mano, la multitud fluyendo a nuestro alrededor mientras nos demorábamos. —¿Quieres…?

—… vamos a tomar un café.

Miré la hora.

—¿A casi las diez de la noche? No sé si quedará algún sitio abierto.

Ella suspiró.

—Aj. Vale, tienes razón.

—Yo tampoco quiero que esta noche acabe.

—¿Está Harry en tu casa?

—Sep. —Tuve que inventarme una historia cutre para explicar a dónde iba. No sé si se la creyó.

—Mi apartamento está vacío. Mamá y papá están en un hotel.

—Mi furgoneta destacará como una gota de agua en el desierto en medio de la calle Market. —Maldije el vinilo de Klein Custom pegado en el lateral.

Genial para publicidad, una mierda para citas clandestinas.

—¿Podríamos… sentarnos un rato en tu furgoneta? ¿Y hablar?

Tuve un cortocircuito en el cerebro. La última vez que Emma estuvo en mi furgoneta, no hablamos mucho.

—Eh, sí. Sí. Podemos.

Me lanzó una sonrisa pícara mientras se acercaba a mi vehículo.

—Yo guío.

No pude evitar seguirla.

Capítulo 53
James

Subí la calefacción de la camioneta mientras la llevaba a una zona más privada del aparcamiento. Era como volver al instituto, intentando robar cualquier momento de privacidad posible.

Emma extendió las manos para calentarlas en la salida del aire, y giré el cuerpo hacia ella, maldiciendo la enorme consola central que nos mantenía tan separados. Una camioneta de buen tamaño era necesaria en mi trabajo, pero ahora mismo era un maldito estorbo.

—¿Qué te pareció el espectáculo? —preguntó.

—Fue… extraño —dije con una mueca—. Lo siento, debería ser más abierto de mente. Pero los artistas eran talentosos. ¿A ti te gustó? Eso es lo que importa.

Ella sonrió, un destello blanco en la oscura cabina.

—No toda obra de arte es para todo el mundo. A mí me gustó mucho. Gracias por invitarme.

—La comida fue increíble.

—¡Dios mío, sí! Ese asado vegano con salsa de arándanos rojos estaba sorprendentemente bueno. Intentaría hacerlo yo misma si no tuviera una cocina tan miserable.

—Te dejo la mía.

Un hoyuelo apareció en la mejilla izquierda de Emma. No pude evitar rozarlo con el dorso de los dedos, sintiendo cómo la piel suave se hundía bajo mi tacto.

—No sabía que tenías uno de estos.

Emma giró la cara hacia mi mano.

—Tengo que sonreír mucho para que salga.

Mis otros logros en la vida palidecieron en comparación con ese momento. Si pudiera pasar todos los días de mi vida haciendo sonreír a esta mujer así, moriría feliz.

Quería besarla con todas mis ganas, pero no podía dejarme llevar. Ya sabía que el sexo con Emma era increíble, pero quería conocerla toda, su

mente, sus hábitos, qué la hacía funcionar.

Deslicé la palma desde su pómulo, por la curva del hombro, bajando por su antebrazo antes de tomar sus dedos cálidos.

—¿Tenías mascotas cuando eras pequeña?

Se rio entre dientes.

—Has cambiado rápido de tema.

Sonreí.

—Solo contesta, listilla.

—Tuvimos un labrador marrón con el muy original nombre de Brownie. Los primeros años de mi vida pensé que se llamaba Pequeña Bastarda porque mi madre la llamaba así cada vez que se hacía pis en casa. ¿Y tú? Me sorprende que no tengas perro.

Pareces del tipo que tendría uno.

Me crují el cuello. No era la primera vez que me lo decían.

Quizá por la gorra de béisbol y la camioneta.

—Soy alérgico a los perros. De verdad, me salen urticarias horribles.

—Vaya asco.

—¿Es un problema para ti? ¿Siempre has querido un perro y te he arruinado el sueño? ¡Puedo ponerme inyecciones para la alergia!

El maldito hoyuelo se profundizó cuando ella sonrió pícara.

—Últimamente he estado pensando en adoptar un perro. Pero podría hacer una excepción. ¿Qué tal los gatos?

—Nunca he tenido problemas con ellos.

—Bien.

—Genial.

Seguí la dirección de su mirada. Estaba mirando mis labios. Joder, ahora no podía dejar de pensar en besarla, follarla, comérmela hasta que se corriera sobre mi barba… Lo aparté de mi mente.

—Rápido, ¿cuál es tu comida favorita?

Ella se rio.

—¿Qué es esto? ¿Veinte Preguntas? Y no te lo voy a decir.

—¿Por qué no?

—Es como pedirme que elija un libro favorito o un hijo favorito, si tuviera uno. No puedo elegir.

—Entonces reduce a cinco. No te libras.

—Vale, pero primero tú.

—No necesito cinco. *Pizza.*

—*Pizza.* James, esa es la respuesta más básica y aburrida que he oído para esa pregunta.

—No es una salida fácil, lo prometo. Tengo una razón válida. La *pizza* es adaptable. Hay infinitas formas de personalizarla. La clásica de queso y *pepperoni.* Una *pizza* para desayunar. Incluso he probado *pizza* que sabe a pepinillo en vinagre.

—Eso es hacer trampa. No puedes elegir una comida favorita y luego listar un montón de versiones distintas.

—Al menos he nombrado algo, señorita No Puedo Elegir Uno.

—Por si quieres saber, mi comida favorita son los tacos.

¿Quieres saber por qué?

—¿Por qué? —dije, acercándome. Nos habíamos ido arrimando sin darnos cuenta, cruzando la consola, enganchados en nuestra charla. No me había divertido tanto en… bueno, nunca.

—Porque puedo personalizar un taco como quiera —susurró.

Le besé la sonrisa. Luego me aparté. Sus ojos reflejaron decepción, pero no me alejé mucho.

—Sigue hablando. ¿Cómo los personalizas?

—El taco mexicano clásico.

Beso.

—Los tacos de desayuno.

Otro beso, esta vez más largo.

—Tacos de pescado —dijo Emma mientras yo bajaba los labios por su cuello—. Una vez hice… —jadeó cuando mordisqueé la piel detrás de su oreja— tacos de macarrones con queso.

Me eché hacia atrás.

—Eso es un crimen contra la humanidad.

Ella estalló en carcajadas. El sonido alegre llenó la camioneta.

—Estaban horribles. Nunca más.

Nos quedamos en silencio, todo ruido dentro y fuera del vehículo se desvanecía mientras los últimos asistentes al concierto se marchaban.

—Me gustas mucho, Emma.

Ya no lo escondería, no iba a ser cobarde. Nada de fingir que necesitaba meses para decidir que ella era para mí.

—A mí también me gustas, James.

—¿Cuándo podré verte otra vez?

—Mañana estaré ocupada con mis padres casi todo el día. Se van el día de Navidad, así que celebramos la noche antes.

—¿Y después?

Me regaló una sonrisa suave y juguetona.

—Ya veremos.

—Sigues dándome guerra, ¿eh?

—El trato era una cita, ¿no?

Así que así quería jugar. Incliné la cabeza.

—Ven aquí.

—¿Dónde?

Abrí las piernas todo lo que me permitía el asiento y toqué mi muslo. El sitio perfecto para que se sentara.

—Aquí.

—James, mides como dos metros. No voy a caber.

No mencioné las muchas imaginaciones creativas que había hecho sobre Emma, yo y esta camioneta. Tenía la logística cubierta.

—¿Tienes miedo?

Enderezó la espalda como un palo.

—Nada de miedo. Solo soy práctica.

—Suena a una táctica para retrasarlo. Me dijeron que tenía que aprovechar mi única cita. Ahora, venga. Siéntate en mi regazo. No me hagas pedirlo dos veces.

Escuché el suspiro, la respiración entrecortada que trató de esconder.

Sí, sabía cómo ponerla en marcha.

Se arrastró por la consola, esa falda de cuadros subió mientras echaba una pierna sobre mi cadera. La detuve.

—Mira hacia el volante.

Tenía mis planes.

—Eh, vale.

Negué con la cabeza cuando se acomodó de lado sobre mi muslo derecho.

—Así. —Con ambas manos agarrando su culo, la moví hasta que se sentó en medio de mis piernas, con las piernas colgando sobre mis muslos, abiertas justo como me gustaba, sobre la vara dura que era mi polla.

—¿James?

—¿Sí?

—¿Esto es un fetichismo navideño?

Me atraganté.

—¿Te gusta eso? —No estaba seguro de si a mí me gustaba, pero a la mierda. Con Emma podría ser divertido.

—Podría ser.

—No era el plan, pero… ya veremos a dónde nos lleva, ¿sí?

—Vale.

—Relájate, bebé.

Me escuchó, ansiosa y confiada, mientras su cuerpo se derretía sobre el mío. Subí una mano para cubrir la base de su garganta y noté que tragaba bajo mi agarre.

—Lo mismo que te dije la otra noche vale aquí. Si algo no te gusta, di la palabra. O toca mi hombro. Pararé sin importar qué.

¿Entendido?

—Ajá.

—Dilo.

—Entendido.

—Tienes que guardar silencio. No queremos llamar la atención. Estamos en público, después de todo.

Nunca me había considerado un exhibicionista, hasta que llegó Emma. Nunca me salía de la norma, nunca causaba problemas, pero aquí estaba, participando en el juego más arriesgado, mostrándome a esta mujer y al mundo.

Lo tomaría todo.

La tela de las medias de lana de Emma se enganchó en mis dedos mientras los deslizaba desde su rodilla hasta el muslo interior. Me detuve en la unión de su ingle, absorbiendo los escalofríos de su cuerpo.

Soltó un quejido cuando invertí el proceso y lo repetí otra vez.

—Shh —dije, llevando la mano de su garganta a su boca—. Tienes que estar callada, ¿recuerdas? Si no, tendré que ponerte en la lista de los malos.

Por su reacción, no odiaba lo de Santa. Murmuró algo incoherente contra mi palma. Pero joder, necesitaba que perdiera el control, que arañara y mordiera.

Seguí trazando mis dedos por el interior de su pierna, embriagado por la sensación de que se retorcía contra mí. Por fin cedí y cubrí su entrepierna caliente.

—¿Cuánto cariño le tienes a estas medias? —le pregunté bajito al oído, destapándole la boca. —Ninguno. Solo las… Las rasgué.

La fina tela se rompió como papel de fumar a lo largo de la costura central. A partir de ahí, fue fácil apartar sus bragas de encaje, dejando la piel rosa y brillante al aire frío. Como si desenvolviera el regalo más delicioso.

Ella tembló en mis brazos.

—¿Estás caliente o tienes frío?

—Las dos cosas.

Sonreí contra su línea del pelo.

—No te preocupes, preciosa. Voy a cuidarte muy bien.

Pasé el dedo medio por su entrepierna, cubriendo mi dedo grueso de su humedad. Con el anular y el índice la abrí, rozando el clítoris una vez antes de levantar los dedos y quedarme justo encima.

—Dime cómo lo quieres.

—Solo tócame —dijo, arqueándose para que la tocara. Bajé la palma que rodeaba su cuello hasta la pierna, sujetándola con firmeza.

—Te lo voy a poner fácil. Opción múltiple. ¿Prefieres círculos pequeños? —Dibujé el patrón sobre ese punto lleno de nervios—. ¿O de lado a lado?

—Círculos —dijo, arqueándose.

—¿Rápido o lento?

Joder, esto era divertido.

—Rápido. Joder, James, deja de torturarme.

Cedí a su demanda porque, en realidad, solo quería hacerla feliz.

Con movimientos duros y rápidos la llevé al borde, su cuerpo tenso temblaba contra mí. Levantó un brazo por encima de la cabeza,

agarrándose a mi pelo.

Justo cuando vi que estaba a punto de terminar, tiré de su pelo oscuro y acerqué su boca a la mía, tragando sus gemidos ahogados.

Las ventanillas de la camioneta se empañaron. Cualquiera que estuviera cerca podría saber lo que hacíamos. Tuve suerte de que no hubiera ni un alma a la vista.

Puse una mano posesiva sobre su coño, disfrutando las secuelas de su orgasmo.

—¿Qué me dices? ¿Me he ganado esa segunda cita?

—El jurado aún está deliberando —jadeó.

Un sonido gutural rompió mi garganta. Joder, esta chica era increíble.

—Mete la mano en la guantera.

—¿Eh?

—Hazlo.

Se inclinó y aproveché para darle una nalgada a su culito firme. Su chillido risueño fue recompensa suficiente.

Me bajé los pantalones negros y el bóxer mientras ella estaba ocupada.

Me puso de golpe el paquete de látex en la mano. Rompí el envoltorio del condón con los dientes y lo tiré al asiento trasero.

Tendría que limpiarlo mañana.

Me puse el condón y tiré de Emma hacia mí hasta que su espalda tocó mi pecho.

—Vamos, preciosa. Súbete.

Se dejó caer hasta que mi polla entró completamente dentro de ella. Me mordí la mejilla por dentro con fuerza para no correrme en ese momento.

—Un día de estos voy a follarte sin protección. Sentir cada centímetro de este coño caliente en mi polla. ¿Te gustaría?

—Sí —dijo. Fue más un suspiro que una palabra.

—Lo haremos con seguridad. Nunca haría nada para hacerte daño. Porque este cuerpo fue hecho para mí. ¿Entiendes?

Ella asintió.

—Bien. Ahora monta esta polla. Porque ahora es tuya.

Su gemido fue fuerte, todo intento de discreción por la ventana. Apreté esas pequeñas bragas de encaje en una mano, sujetándola mientras obedecía mi orden.

—Joder, Emma, estoy cerca. ¿Vas a correrte otra vez para mí? ¿Serás una buena chica para Santa?

—Ajá.

—Dame la mano. —La agarré antes de que respondiera. Chupé sus tres dedos del medio, lamiendo la curva de sus nudillos, dejándolos babeados cuando los solté.

—Frota ese clítoris con esos pequeños círculos que te gustan.

No tuve que repetirlo dos veces, y no tardó en volverse errática. Sus bragas se clavaban en su carne mientras las retorcía en mi puño, perdiendo el control antes de seguirla hasta el borde y cruzarlo.

Caí en el asiento. Ella se recostó sobre mí.

—Creo que me has matado —dijo.

—¿Te he matado? Soy el viejo aquí. Si alguien va a morir por sexo, soy yo. Joder, me convertiste en Santa Claus por un momento.

Sus músculos internos se apretaron alrededor mío mientras se reía.

—Oye. —Se giró y se sentó de lado sobre mis piernas.

—¿Sí?

—Saldré contigo otra vez, si todavía te interesa.

—Por supuesto que me interesa.

—Si alguna vez… ya no te intereso, me lo dirás, ¿verdad?

No sabía a dónde iba aquello, pero sentí que era importante para ella.

—Te prometo que te lo diré. Pero no creo que pase, para que lo sepas.

—En la vida no hay garantías, James. Puede pasar cualquier cosa.

Capítulo 54
Emma

Mi apartamento estaba hecho un desastre, y ni siquiera me importaba. Estaba flotando en el aire, y ni una reprimenda de Nochebuena de mis padres podía hundirme. Había convencido a James para que viniera a mi casa después de nuestra cita. Había sido necesario un poco de maniobra ingeniosa para esconder su camioneta —calle abajo, en una esquina junto a un contenedor—, pero estábamos decididos y calientes.

Y entonces nos dimos el uno al otro… toda la noche.

También hablamos, de muchas cosas. Como lo difícil que había sido para James asumir el papel de padre para Harry y Jill justo después de que muriera su madre. Cómo su amistad con Ben Till había empezado cuando James era un adolescente alto y delgado, con Ben protegiéndolo de los matones hasta que James se fortaleció haciendo deporte.

Yo conté historias de cómo escribía trabajos para la universi-

dad con mis peluches de la infancia amontonados en estanterías detrás de mí. De cómo las novelas románticas me ayudaban a soportar el estrés de escribir interminables trabajos. La decepción de perderme a mi cantante folk favorita en concierto porque estaba ingresada en el hospital durante su última gira.

A James no le importaba que yo fuera un desastre. De hecho, parecía aceptarlo. A pesar de su tendencia a ser controlador con su familia, nunca me trató con guantes de seda. Incluso sobrellevó mi extraño y melancólico giro en la camioneta con palabras y gestos que me tranquilizaron.

Pero la mañana llegó demasiado pronto y él tenía prisa por salir. Mis padres llamaron para decirme que se había roto una tubería en su hotel y que querían venir, en ese mismo instante, a lavarse y empezar las fiestas navideñas.

James se detuvo en el umbral de la puerta mientras yo la sujetaba abierta. Llevaba puesta su sudadera universitaria azul real, nada más. Pude ver en el brillo de sus ojos que preferiría quedarse a follarme con eso puesto. La verdad, yo también lo quería.

—Te llamaré más tarde —dijo, presionando un beso lento y profundo en mis labios—. Vamos a repetir esto.

Solo pude asentir, emocionada mientras lo veía bajar las escaleras tambaleándose para salir del edificio. No le había contado que Harry me había invitado a almorzar, no quería estropear el momento mencionando mi conexión ficticia con su primo. No cuando las cosas apenas comenzaban entre nosotros.

Cuando escuché la puerta principal cerrarse de golpe, corrí a mi habitación para ponerme algo más presentable. Me hice un moño desordenado y me lavé los dientes, todo mientras escondía la ropa sucia bajo la cama para que mi madre no la viera. La vista de mis medias rotas me provocó un escalofrío, con la piel de gallina recorriéndome los brazos al recordar lo que James me había hecho en su camioneta, cómo me había vuelto loca de deseo. Lo había molestado sobre tener solo una cita, pero en cuanto lo vi en ese aparcamiento de Merlin Heights, con esos pantalones negros ajustándose a esos gruesos muslos mientras paseaba nervioso, habría aceptado una segunda, tercera y hasta vigesimotercera cita si me lo hubiera pedido.

—¡Toc, toc!

Solo mi madre y mi padre dirían «Toc, toc» en lugar de simplemente llamar a la puerta.

—¡Ya voy! —dije, tirando las medias al fondo del cajón.

Estaba sin aliento cuando los recibí.

—¡Buenos días! Estás… muy guapa, Emma —dijo mamá.

Me pasé la mano por el moño torcido.

—No esperaba que vinierais tan temprano. Lo siento, no tuve mucho tiempo para arreglarlo todo.

—No era sarcasmo —dijo mientras se dirigía al baño con su neceser de flores—. Sí, el lugar está desordenado, pero te ves sana. Feliz. No te veía así desde hace tiempo.

Estaba brillando por todos los orgasmos, pero ni de coña se lo diría a mis padres.

—Espero que no os importe, pero traje un último regalo para ponerlo debajo del árbol. Pasamos por esa librería de camino y no pude resistirme.

—Papá, apenas hay espacio ya. —Aun así, me reí cuando sacó una pequeña caja envuelta con un gran lazo.

El tiempo pasó volando mientras mis padres zumbaban a mi alrededor preparando el desayuno y yo bebía un café muy necesario en el sofá. Fue caótico, pero… agradable.

¿Me había hecho James Klein una lobotomía con su polla?

—Cariño —me llamó.

Alcé la vista y vi a mis padres mirándome.

—¿Sí?

—¿Estás bien? —preguntó papá—. Te he llamado como tres veces.

—Bien. Genial. Estoy un poco cansada. No dormí bien anoche.

Vi a mamá morderse la lengua, pero se contuvo.

—El desayuno está listo.

Los tres nos sentamos alrededor de mi tambaleante mesa de bistró. James me había lanzado una mirada en silencio cuando vio lo mal hecha que estaba y sospecho que pronto tendré una mesa de cocina hecha a medida.

—Pues…

—¿Sí, madre? —Sabía que no podría contener su curiosidad mucho más.

—Parece que te va bien con Harry, ¿no?

Me atraganté con un bocado de huevos revueltos.

—Eh, sí. Muy bien.

—Bueno, no puedo decir que me entusiasme que te instales tan lejos de nosotros, pero mereces a alguien que te haga feliz. Y su familia parece maravillosa. Te cuidarán cuando tu padre y yo no podamos.

Sí, la familia de Harry era genial. Sobre todo, un miembro en particular que destacaba en cuidarme en todos los sentidos.

—Me gustó ese primo suyo, James. Miré la web de su negocio y me impresionó, te lo digo. Vaya talento. Lástima que no lo conocieras primero, ¿eh? —Papá me dio un codazo juguetón.

El café se me fue por el otro lado, provocándome un ataque de tos.

—¿Estás bien, cariño? Has estado tosiendo mucho hoy. ¿Te estás poniendo enferma otra vez?

Negué con las manos mientras papá me daba una palmada en la espalda.

—Solo he tragado mal.

Mi madre parecía escéptica, pero seguimos con la comida, milagrosamente sin mencionar a mi novio falso ni a su primo.

Pasé el resto de la mañana rodeada de comida, papel de regalo y mis propios pensamientos sobre James. Incluso el regalo más pasivo-agresivo de mamá, un cartel enmarcado para mi escritorio en el trabajo con pequeños corazones rosas y la frase «Llama a tu madre», no me bajó el ánimo. Eso sí, ella y papá también me regalaron un felpudo nuevo junto con una nota sentida sobre hacer de mi nueva casa mi hogar. Lo estaban intentando.

Me di cuenta, cuando el tiempo con mis padres llegó a su fin, de que la Navidad estaba a punto de acabar. Había gastado tanta energía anticipando el día, preocupándome y creando expectativas en mi cabeza, que olvidé lo rápido que pasa todo.

Un día más y la Navidad se acabaría. Mi acuerdo con Harry se acabaría. Pero quizá podría empezar una nueva etapa con James a mi lado.

Capítulo 55
James

Harry me esperaba en casa, con los brazos cruzados y tamborileando los dedos, cuando llegué de casa de Emma.

—Vaya, vaya, vaya, alguien llega tarde. ¿O debería decir temprano? Eso es… muy interesante. ¿Tienes algo que compartir con la clase, Jay?

—Nop —dije, colgando la chaqueta en el armario de la entrada y guardando mis botas elegantes que no eran para trabajar. Mis pantalones negros estaban visiblemente arrugados. Era obvio que había estado en una cita, pero esperaba disuadir a Harry de hurgar en los detalles.

Vi a mi hermana sentada en el sofá de cuero marrón al adentrarme en el salón.

—¿Qué haces aquí? —Me había dicho que su trabajo en ventas la tendría hasta mediodía de Nochebuena atendiendo a los compradores de última hora.

Se encogió de hombros.

—Me puse enferma. Mi jefe está enfadado, pero espero no necesitar ese trabajo mucho más tiempo. Harry dijo que necesitábamos una reunión de emergencia para planificar algo.

Miré el móvil. Claro, tenía varios mensajes perdidos en un *chat* de mi primo y mi hermana. Había estado demasiado absorbido por Emma. No podía arrepentirme, ni siquiera ante un irritado Harry.

Entré de golpe en la cocina, evitando los ojos entrecerrados de mi primo. Me siguió, como un perro con un hueso.

El fregadero estaba a rebosar de platos.

—¿Me estás tomando el pelo, Harry? He estado fuera menos de doce horas. ¿Cómo cojones has comido tanto? ¿Y ni siquiera has fregado los platos?

Él se acercó al fregadero y lavó un plato. Uno.

—¿Mejor, papá? —dijo, girándose para lanzarme una sonrisa irritante.

—Eres un imbécil, Harry —dijo Jill, saltando a defenderme.

La mirada azul del hombre se apartó de mí.

—¿Y tú qué haces aquí, Jill?

—Eh, porque me has invitado, capullo.

—Vale, ya basta, los dos. Me alegra ver que os comportáis como adultos esta mañana.

—¿Es cosa de adultos andar a escondidas y no contar a los tuyos que vas a estar toda la noche fuera? Sé que me distraigo fácil, pero eso no lo paso por alto.

—Quizá Jimbo estaba comprando un regalo para ti —dijo Jill, consciente de que había estado con Emma y tratando de cubrirme.

Harry pasó la mirada de mí a mi hermana. Estaba claro que aún no se lo creía, pero asintió brevemente, aceptando la explicación por ahora.

—¿Cuál es el tema de esta reunión de emergencia? —pregunté. Mejor avanzar la conversación antes de que Harry empezara otra vez con preguntas sobre dónde había pasado la noche.

—He invitado a Emma al almuerzo de Navidad mañana.

Necesito ayuda para planificarlo.

¿Qué coño?

—¿Desde cuándo hacemos un almuerzo en Navidad? ¿Y cuándo la invitaste?

—Ayer por la tarde.

—¿Y decidiste no contármelo hasta hoy?

Y lo que es más importante, ¿por qué Emma tampoco me lo había dicho?

—Sí, lo siento, se me olvidó. ¿Crees que puedes hacer esas cosas finas tipo tortitas? Compré un montón de huevos el otro día para añadir a mis batidos, pero no he usado muchos.

—¿Hablas de crepes? —No los hacía desde hacía años, no desde que mamá descubrió que eran una de las pocas comidas que podía soportar hacia el final de su enfermedad. Había pasado horas perfeccionando la textura.

—Sí. Creo que a Emma le gustarían. ¿No crees? —Harry me miró fijamente.

—Tú lo sabrás mejor que yo.

—Sip, lo sé. Porque es mi novia.

—Claro… —crucé los brazos y me apoyé en la encimera. Si quería hacerse el mierdecilla, yo no tenía prisa por ayudar con su estúpido plan de

última hora para impresionar a Emma.

—Bueno, ¿tenemos los ingredientes o no? Necesito saberlo.

Ahora.

—¿Por qué no buscas tú una receta? Internet existe. Incluso podrías abrir un par de armarios mientras estás en ello.

—Eres un…

Jill aplaudió tres veces y sonrió cuando Harry y yo nos callamos y la miramos.

—Lo hago en la biblioteca con los niños. Siempre quise ver si funcionaba con adultos también. Funciona. Genial.

—Esto no es asunto tuyo, Jill —dijo Harry con un gruñido.

Me puse derecho, sin decir palabra.

Él captó el mensaje y reculó:

—Lo siento, Jill. Perdón.

—Lo que sea, Harrison —dijo mi hermana, poniendo los ojos en blanco —. Mi comentario va para ti, de todas formas, y no te va a gustar. Eres tú quien quiere hacer este almuerzo, pero le pides a James que cocine por ti. ¿De verdad, tío?

Tuvo la decencia de parecer contrito, recordándome a un cachorro triste y perdido.

—No sé cocinar, chicos. Envenenaría a Emma. —Juntó las manos y entrelazó los dedos—. ¿Por favor, me ayudáis?

—¿Y no pensaste en pedir algo para comer?

Ahí iba Jill, usando la lógica.

Harry alzó las manos a la defensiva.

—Es Nochebuena. ¿Cómo voy a conseguir algo ahora?

Además, no impresiona si no es casero, ¿verdad?

—¿Quién tiene que impresionar a Emma, Harry? ¿Tú? ¿O James? Porque no sumas puntos si haces que otro haga todo el trabajo por ti. Que yo sepa, James no es el novio de Emma.

Joder, Jill estaba en racha esta noche. No había salido en su defensa así desde hacía siglos, y desde luego no me molestaba.

Pero se estaba acercando demasiado con ese último comentario.

—¿Para qué has venido si solo ibas a putearme todo el rato?

Pareces James con tanta crítica. Empieza a cansarme un huevo.

—Primero, vine porque me lo pediste, imbécil. Solo para oír cómo intentas echarle la culpa a mi hermano, como siempre. No tengo ganas de esto.

—Jill. Harry. Ya basta.

—Solo intento ayudar…

—Está totalmente fuera de lu…

—Parad. Jill, no necesito que pelees mis batallas. Soy un adulto. Y Harry, Jill tiene razón. No puedes cargarme con todo. Pero ayudaré, sobre todo porque no quiero morirme de hambre mañana.

Mi primo abrió la boca, pero lo corté con un dedo amenazante.

—Ve a contar cuántos huevos hay en la nevera. Jill, revisa la despensa y mira qué tenemos de pan y especias. Azúcar glas también. No voy a hacer crepes. Son demasiado trabajo. —Y demasiados recuerdos dolorosos—. Podemos hacer una cazuela de tostadas francesas.

Me encargaría de la planificación, como siempre, pero me aseguraría de que Harry al menos rompiera unos huevos.

Capítulo 56
James

—¿Podrías bajar la puta música? Estoy intentando escuchar si llaman a la puerta.

Desde mi taburete en la isla de la cocina, observé cómo Harry batía un bol de huevos y le gritaba órdenes a Jill.

—¿Sigues de mal humor, Harrison? —contestó mi hermana con aspereza. La tensión seguía alta después del fiasco organizando el almuerzo.

—No. Pero preferiría no tener esa mierda de música navideña reventándome los tímpanos mientras preparo el almuerzo para mi novia.

Apreté el puño donde descansaba sobre mi muslo bajo la encimera. Me molestaba que él se refiriera a Emma como su novia. Aunque no la quisiera para mí —que la quería mucho—, cada vez me incomodaba más la facilidad con la que Harry llevaba a cabo su mentira.

—Me encargo yo de los huevos. Ve a sentarte en la otra habitación y vigila que llegue el coche de Emma. —Me acerqué a mi primo y con suavidad lo aparté con el hombro.

Él dejó caer el batidor con un ruido seco y me dio una palmada en la nuca.

—Gracias, tío. Pensaba que se me iba a romper la muñeca. Uno pensaría que ya estaría acostumbrado a esto… ya sabes… pero parece que no.

—Eres asqueroso —dijo Jill mientras Harry salía de la habitación, deseando librarse de su parte de la preparación. Le enseñó el dedo medio mientras se alejaba de espaldas de la cocina.

Mi hermana se giró hacia mí cuando nos quedamos solos.

—Por favor, dime que tu cita fue bien y que Emma lo dejará pronto. No puedo aguantar ni un minuto más esta versión rara de Harry que parece tan ambicioso, pero que conserva sus tendencias de vago. Me está volviendo loca.

—La cita fue increíble, pero no sé cómo querrá manejar las cosas. Esta mañana tuve que salir corriendo porque venían sus padres. Intentaré hablar

con ella hoy, pero necesito que mantengas a Harry distraído.

—No te preocupes, Jimbo. Tengo un plan brillante en mente. —Jill hizo un gesto con los dedos sobre su sien, como para señalar su brillantez.

—No puedo esperar —dije con sarcasmo. No podía evitar preocuparme de que se pasara de frenada y se le fuera la mano con alguna locura. Pero confiaba en mi hermana pequeña, que hasta ahora había dado consejos sólidos en esta situación. Curioso, porque Jill rara vez hablaba de citas, y mucho menos de relaciones serias. Siempre estaba soltera. Pero no iba a preguntarle ahora, cuando parecía que estábamos volviendo a la normalidad. Solo tenía que mostrarme humilde con ella tanto como mi orgullo me permitiera. Eso parecía funcionar.

Si el latido acelerado de mi corazón al oír un golpe en la puerta principal era un indicio, pronto volvería a tragarme el orgullo. Emma me mantenía alerta.

Para distraerme, añadí unas especias a la mezcla de huevos, fingiendo no prestar atención a las voces que venían del recibidor. De repente, sentí un revoloteo de mariposas en el estómago.

Jill alzó las cejas.

—¿Vas a esconderte aquí sin saludar?

—Alguien tiene que preparar el almuerzo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Eres un caso perdido, ¿lo sabes?

Seguí concentrado en la cocina mientras escuchaba sus pasos ligeros alejándose.

Cuando la cazuela estuvo en el horno, ya no tenía excusa para esconderme, no sin llamar la atención. Trabajar en el granero no era opción. Había terminado todos los pedidos pendientes, incluso los de McGuire, en los últimos días, impulsado por la euforia de mis encuentros con cierta morena.

No diría que era mi musa, pero…

En calcetines, me acerqué al salón, donde la charla animada de Jill, Harry y Emma competía con la lista de canciones navideñas.

Carraspeé antes de interrumpir.

—La comida está en el horno. Estará lista en unos treinta o cuarenta minutos.

Hice un gran esfuerzo por no acercarme a Emma y abrazarla.

Estaba sentada sobre sus propios pies en el sofá junto a Harry.

El brazo de mi primo se extendía por el respaldo del sofá marrón, abrazándola cerca. Mis uñas cortas se clavaron en mis palmas mientras las cerraba con fuerza. Quería cruzar la habitación de un salto y lanzar a Harry contra la pared, no para hacerle daño, sino para alejarlo de Emma.

Pensándolo bien, tirarlo por la habitación no bastaría. Mejor mandarlo al otro lado de la ciudad.

Se veían bien juntos, encajaban, y eso me enfurecía. Harry era más joven, de la edad de Emma. Era divertido y espontáneo, mientras yo era aburrido y rutinario. Tenía un grupo grande de amigos y vida social, algo que sabía que para Emma era importante. Yo solo la arrastraría hacia abajo.

¿Y estaba arriesgando joder mi relación con mi primo para perseguir algo con una mujer que quizá no me quisiera a largo plazo?

—Feliz Navidad, Emma —dije al final, porque qué más quedaba por decir.

—Feliz Navidad, James —respondió ella con una sonrisa temblorosa y ese maldito hoyuelo que iluminaba su rostro.

Eso lo valía todo. Arriesgarme y mostrar mis sentimientos merecía la pena si al menos veía más de ese hoyuelo. Pasara lo que pasara con Harry, él y yo lo resolveríamos. Porque Emma y Jill tenían razón. No podía seguir postergando mi felicidad. No cuando estaba justo delante, en mi propia casa.

—James —dijo Harry, levantándose del sofá y caminando hacia mí.

—¿Sí?

—Quiero abrir los regalos ya.

—Vale… ¿Qué te ha picado de repente? —Se estaba comportando raro otra vez. Seco y grosero, como si estuviera molestándolo. Yo también vivía aquí, joder.

—No quiero que todo gire en torno a la comida. Es la primera Navidad de Emma con nosotros. Tiene que ser especial.

Me mordí la lengua tan fuerte que sentí el sabor a hierro. Harry había estado en pánico la noche anterior por la comida y ahora me regañaba por darle prioridad. No podía ganarle. —Pues trae los regalos.

Me senté en mi sillón reclinable mientras Harry se movía con brazos llenos de cajas verdes y brillantes. Me negué a ayudarle, solo por principios.

—Bien, creo que esto es todo.

—Joder, ¿te has comprado toda una tienda?

—No, Jill, no lo he hecho. Y guarda tus comentarios para ti.

Harry se encargó rápido de repartir los regalos, dejando pequeños montones para cada uno. Con el pie, deslicé los paquetes que le había comprado a él por el suelo de madera.

Nos lanzamos a abrir cajas y papel de regalo con prisa. Miré a mi izquierda, donde Emma estaba rígida y con los ojos muy abiertos.

—No hacemos turnos. Anda, abre.

Me miró, dudó y luego asintió antes de lanzarse sobre su montón.

Terminamos rodeados de cartones y papeles rotos. Yo había acumulado unos guantes gruesos para palear nieve, un altavoz portátil nuevo para mi taller y varias tarjetas regalo de tiendas locales. A Jill le había gustado el set de cremas para manos que le compré, junto con un jersey de su lista de deseos.

A propósito, no miré a Emma. Ya le había dado mi regalo: el abrigo y las botas nuevas, pero no pude resistirme a comprarle una biografía de un famoso activista comunitario.

—No puedo creer que me hayas comprado esto, tío —dijo Harry, sujetando la cámara que le había pedido. Había estado hablando sobre que quería algo así para usar cuando hacía deporte.

—De nada.

—No, en serio, si lo hubiera sabido, habría subido el nivel más allá de los guantes y la tarjeta de la ferretería.

Ignoré el halago.

—El horno está pitando. Ya vuelvo. —Entré decidido a la cocina y apreté el botón para apagarlo. Quedaban treinta segundos en el temporizador, pero era suficiente.

El vapor de la cazuela me calentó la cara cuando puse el plato sobre un salvamanteles. Con un suspiro pesado, me giré y me apoyé, dejando que la parte baja de mi espalda descansara contra la encimera dura.

Los cálidos ojos marrones de Emma me miraron desde el otro lado de la isla.

Capítulo 57
Emma

Había debatido si ignorar por completo la presencia de James. No del todo, no tanto como para que Harry y Jill notaran que algo andaba mal. No confiaba en mí misma para no caer en sus brazos, para no mirarlo demasiado tiempo, para no derramar delante de todos la profundidad de mis sentimientos por él.

Esa era la verdad con la que lidiaba respecto a James… sentimientos. Justo lo que quería evitar. Si sentía algo por alguien, le daba el poder de hacerme daño cuando finalmente se diera cuenta de que no valía la pena, de que era una carga con mi vida hecha un desastre y mi cuerpo medio roto.

En el instante en que James entró en la habitación y me deseó feliz Navidad, mi plan de ignorarlo salió por la ventana.

Después de esperar lo que esperaba fuera un tiempo apropiado, lo seguí hasta la cocina. Como siempre, él era quien lideraba todos los esfuerzos para ser un buen anfitrión y cocinar.

Era un cuidador en toda regla, y eso era increíblemente atractivo. Pero era autodestructivo con eso, y una relación con él nunca funcionaría si no podía poner límites. Ni siquiera quería ser abierto respecto a salir conmigo si eso pinchaba el orgullo de su primo.

Eso era todo, en realidad… orgullo. Harry estaría bien una vez que se le pasara el enamoramiento y encontrara a alguien mejor.

Intenté, y fracasé miserablemente, no mirar el culo de James mientras sacaba del horno un plato que olía delicioso —tendría que conseguir la receta—, y luego se quitaba unos ridículos guantes de horno de Santa Claus. Solo podía reprocharme a mí misma por mi fracaso. El hombre tenía un culo excelente. Se veía bien con vaqueros, pero sabía de primera mano que se sentía aún mejor en mis manos cuando embestía con sus caderas.

Me ardieron las mejillas cuando se giró y nuestras miradas se encontraron, la mía marrón y la suya avellana.

—Eh. Hola.

Era la elocuencia personificada.

Él reprimió una sonrisa que brillaba más que cualquier regalo que hubiera abierto en el salón.

—¿Necesitas ayuda con algo?

—No.

¿Quería que lo dejara en paz? No lograba entenderlo esta mañana.

—Vale, entonces. Yo… —Ven aquí.

Di cinco pasos al otro lado de la isla antes de detenerme frente a él, sin saber qué hacer. Mi novio falso estaba a solo unos metros.

James me quitó la elección, deslizando un brazo musculoso alrededor de mi cintura y el otro detrás de la cascada de mi pelo.

Me presionó contra un abrazo. El calor de su aliento en mi clavícula provocó un escalofrío que subió por mi cuello.

—Te he echado de menos. —Sus palabras cosquillearon en mi oído, y no pude contener una risita.

—Han pasado veinticuatro horas.

—No importa. Te echo de menos siempre que no estás aquí.

—El leve apretón que me dio dejó claro su significado.

—Yo también te he echado de menos —susurré.

Sentí cómo perdía su calor al separarnos, alejando nuestros torsos. No me soltó del todo, sujetándome los codos con firmeza.

—Deberíamos hablar sobre cómo manejar lo de Harry.

—Sí, estoy de acuerdo —asentí—. Podemos…

—¡Tenemos un regalo más! —la voz chillona de Jill irrumpió en el escaso espacio entre su hermano y yo.

Estaba a un paso, alisándome el pelo cuando Harry entró en la cocina.

—¿Qué coño, Jill? —murmuró Harry, girándose a medias para fulminar con la mirada a la mujer—. Ya se lo digo yo a ella. No hace falta que le des un dolor de cabeza permanente a todo el vecindario con tus gritos.

¿La explosión de Jill fue para avisarnos de que venía Harry? Pero eso no tenía sentido, salvo que sospechara mi relación con James.

Aún respiraba despacio, intentando calmar el latido acelerado de mi corazón, cuando Harry agarró mi mano para arrastrarme hacia el árbol de Navidad. Su palma estaba resbaladiza y sudorosa.

Me atreví a mirar a James. Tenía la mandíbula apretada, frustrado pero decidido. Sentí su mirada sobre mí mucho después de girarme.

Harry me llevó al sofá. Era una bola de energía caótica, más que de costumbre.

—Siéntate aquí, ¿vale? Tengo otra cosa para que abras, pero la he dejado arriba. —Corrió hacia la escalera y comenzó a subir los escalones de dos en dos.

—¿Qué está pasando? ¿No habíamos terminado ya?

—¡No lo sé! —le dijo Jill a James en un susurro apurado—. De repente empezó a ponerse nervioso y dijo que tenía algo que se había olvidado de darle a Emma.

Una gota fría de sudor resbaló por mi sien. Mi pecho se apretó cada vez más e intentar controlar mi respiración no me ofrecía ningún alivio.

—Eh, chicos, me están entrando los nervios. —Miré frenéticamente de James a Jill y de nuevo a James.

—Emma —dijo James. Su tono firme, de alguna forma, me envió una ola de calma—. Solo… siéntate. Respira. Concéntrate en tus pies en el suelo. Voy a averiguar qué está haciendo. —Se dirigió hacia donde había ido su primo, pero se detuvo al ver a Harry bajar a toda prisa las escaleras, deslizándose en el suelo de madera al llegar abajo.

—Ve más despacio antes de que te caigas de culo.

Harry estaba jadeando mientras caminaba hacia mí, con un pequeño paquete rectangular mal envuelto bajo el brazo.

—Ems —dijo agachándose.

Apreté las rodillas con fuerza para ocultar mi temblor.

¿Qué cojones, qué cojones, qué cojones había en esa caja?

¿Y por qué sonaba tan serio?

—Este último mes contigo ha sido increíble.

Miré a Jill por encima de la cabeza de Harry, enviándole una súplica desesperada de ayuda. La rubia estaba pálida, con la boca abierta.

No podía, ni quería, mirar a James.

—Necesito mostrarte lo serio que voy contigo, lo comprometido que estoy a hacer esto. Juntos.

Me entregó el regalo envuelto. Lo sostuve con delicadeza, como si fuera una granada.

Ante la expresión ansiosa de Harry, deslizó un dedo bajo la cinta torcida que sujetaba el papel. El tic tac de un reloj acompañaba *Have Yourself a*

Merry Little Christmas que resonaba por la casa victoriana.

La boca se me secó cuando descubrí una pequeña caja blanca de joyería. Harry, cansado de esperar, levantó la tapa. Dentro había un ópalo brillante colgado de una delicada cadena dorada.

—¿Te gusta? —preguntó, sosteniendo el collar a contraluz, con la emoción y la sinceridad de un perro en uno de esos vídeos en los que su dueño vuelve de un despliegue militar.

—S-sí —respondí ante su mirada interrogante.

—Déjame ponértelo.

Mantuve la vista fija al frente, sin mirar nada ni a nadie, mientras Harry apartaba mi pelo y luchaba con la pequeña cadena. El ópalo se posó como hielo en el hueco de mi garganta.

La puerta trasera se cerró de golpe, y supe que James se había ido.

Capítulo 58
James

Pateé una pata de mesa de prueba hasta la mitad del taller.

Astillas salieron volando. La tabla apoyada sobre ella se inclinó en un ángulo extremo, derribando cajas de tornillería apiladas en una estantería.

Exhalé un suspiro áspero al instante, con nubes de condensación visibles en el aire frío.

En cuanto vi ese maldito collar, dejé de respirar. Incluso ahora, después de cruzar el patio y destrozar un cuarto de mi taller, no sabía si llorar o darle un puñetazo a Harry en la cara.

¿Qué habría estado pensando? No solo poner a Emma en una situación así, sino usar el ópalo, ¿de entre todas las cosas? No tenía ningún puto derecho.

La puerta del granero se abrió de golpe, golpeando al final del riel superior. Levanté la vista y vi a Emma, con la cara roja, al otro lado.

Temblaba en la nieve. Sin chaqueta, sin zapatos. Solo un suéter fino, vaqueros y calcetines con renos.

—Entra de una vez al taller antes de congelarte —dije, apenas logrando articular las palabras por el ruido de mi corazón. Debía sonar como un loco.

Ella se abrió paso por la puerta abierta y se acercó a mí.

Mantuve las manos en las caderas. Si la tocaba, me derrumbaría.

—¿Estás bien?

Yo debería haber sido quien hiciera esa pregunta. Estaba tan pálida como cuando estuvo enferma con la gripe.

Puso sus palmas frías a ambos lados de mi cara.

La aparté.

—James, por favor, háblame.

Me alejé, caminando hacia el banco de trabajo. Le di la espalda y empecé a recolocar la tornillería caída.

—Deberías irte. No llevas zapatos. Podrías pisar algo.

—No me voy a ningún lado hasta que me digas qué pasa.

Esto es confuso, y no entiendo nada.

Me giré bruscamente para enfrentarla.

—¡Esto no va sobre ti, Emma! ¡No todo en mi vida gira alrededor de ti!

Lo lamenté en el instante en que lo dije, en el mismo instante en que ella se alejó de mí, encogiéndose.

—Vale, tienes razón. Me voy. Pero antes necesito que sepas que devolví el collar a Harry, le dije que no podía aceptarlo.

Espero que pueda devolverlo al lugar donde lo compró.

Me reí, pero no había humor en ello.

—No lo compró.

—¿Qué?

—Que no lo compró. Lo tomó.

—No entiendo —dijo con voz baja. Pensé que podría odiarme para siempre por cómo sonaba ahora su voz. Como si tuviera miedo de mí. Preferiría que me despreciara a que me temiera.

Tosí y suavicé el tono.

—El ópalo era de mi madre. Lo llevaba casi todos los días. Nunca se legó oficialmente a nadie, pero lo hemos guardado en una caja fuerte desde entonces. Los tres, yo, Jill y Harry, acordamos que hablaríamos si alguno quería usarlo o dárselo a alguien más para que lo use.

—¿Y Harry no te preguntó ni a ti ni a Jill?

—¿Tú qué crees?

—Lo siento, James. Siento que Harry hiciera eso contigo y con Jill. Eso es una traición. Y siento cualquier dolor que haya causado, especialmente en estas fechas. Ver el collar así debió ser muy muy duro.

Negué con la cabeza, incrédulo. Me asombraba cómo Emma podía expresar en tan pocas palabras lo que yo sentía.

—Siento haber sido brusco contigo.

Sus ojos, húmedos con una fina capa de lágrimas, porque mi Emma sentía todo intensamente, se alzaron para encontrarse con los míos.

—Lo entiendo. Ahora comprendo mejor la razón. Pero eso no justifica que seamos crueles el uno con el otro.

—Me temo que la voy a cagar contigo. Eres demasiado para mí. —Más me valía confesar todos mis miedos mientras ella me tenía sangrando en la

mesa.

La pequeña bruja se rio.

—¿Bromeas, verdad?

Crucé los brazos.

—No.

—Me siento una impostora la mayor parte del tiempo. Mientras tanto, tú tienes éxito, eres ambicioso, querido en este pueblo. Eres un artista, aunque no quieras admitirlo. Sabes cocinar.

Tienes una casa. Y haces que me ponga a mil.

—También soy estricto y no sé cómo soltar las cosas. Tú eres valiente, divertida, inteligente y tan jodidamente hermosa que duele.

Emma asintió, pero no estaba seguro de que me creyera. Trabajaría en eso, en que se viera como yo la veía. Esperaba toda una vida para conseguirlo.

—Parece que nos gustamos, ¿no? —dijo tras un momento.

—Eso diría yo.

—¿Qué pretendemos hacer entonces? ¿Seguir con citas clandestinas mientras decides si merezco la pena y si vale la pena fastidiar a tu primo?

Gruñí.

—Sabía que eso me iba a explotar en la cara y que no debería haberlo dicho. Fue idiota, y no me siento así. SÉ que estamos bien juntos. Dos citas o veinte… no voy a cambiar de opinión. Perdón por sugerirlo siquiera. —Parecía que lo único que hacía esa noche era pedir disculpas.

—Acepto tus disculpas, James. Creo que sabía que no lo decías en serio la otra noche, no de verdad. Pero el problema no es si lo decías en serio o no. Es por qué lo dijiste en primer lugar. Valoras cuidar a Jill, a Harry y a tus amigos mucho. Y me encanta eso de ti. De verdad. Pero ¿dónde encajo yo? ¿Sería una prioridad en tu vida o solo otra responsabilidad? He sido bastante carga el último año y medio, y no estoy dispuesta a repetir la experiencia.

Tragué el nudo en mi garganta. Ese era mi problema, y estaba dispuesto a cambiar. Lo reconocía, con lógica. Pero cambiar era jodidamente difícil

—¿Puedo acercarme? —No iba a pedirle que acortara la distancia que yo mismo había puesto entre nosotros. Era mi trabajo hacerlo.

Ella aceptó, y no perdí tiempo. Con los brazos rodeándola, incliné los labios hacia su oído y pregunté.

—¿Esto está bien?

Sentí su cabeza moverse de arriba a abajo junto a mi pecho.

—Quiero hablar contigo, si tienes unos minutos —dije.

A decir verdad, no solo quería hablar con Emma. La necesitaba a ella y a su valentía constante para mantenerme entero. Por una vez, dejaría que alguien cuidara de mí.

Se apartó para mirarme a los ojos.

—Sí. Siempre haré tiempo para ti.

—Sigo sin creer que te merezca.

Ella resopló.

—Vas por buen camino para convencerme de darte una oportunidad. Ahora, siéntate y empieza a hablar. —Alzó la barbilla hacia el taburete de metal donde se sentó cuando le saqué la astilla.

—Vas a ser mía. Confía en mí, Emma. —No aceptaría menos.

Pero hice caso, me senté y la atraje hacia mi regazo. En mi pequeño taller, separados de Harry, de Jill y de todo Greyport, mi vida era perfecta. Solo esperaba que durara cuando volviéramos al mundo real.

Capítulo 59
Emma

Apoyé mi nariz fría en el cuello de James y sonreí al sentir su escalofrío. Se sentía bien, mejor que bien, mientras me sentaba a horcajadas sobre él, inhalando su limpio aroma a serrín.

Era inequívocamente sexual, pero también era más. Había intimidad, una cercanía que no había experimentado en mucho tiempo. Quizá nunca. Quería quedarme envuelta en él todo el tiempo posible, sentir para siempre el latido constante de su corazón contra mi oído.

Me costaba entender la percepción que James tenía de mí —inteligente y capaz—, para nada parecida a como yo me veía. No lograba quitarme de la cabeza el miedo a que algún día me descubriera, pero ya estaba demasiado metida como para echarme atrás. James se había hecho hueco en mi corazón, y cada vez me sentía más cómoda dejándolo ahí.

—¿Tienes mucho frío? —preguntó. Sabía que su naturaleza protectora nunca desaparecería, ni quería que lo hiciera. Pero esperaba que pudiera afrontar el reto que le había planteado.

Hacer espacio para su propia felicidad, conmigo o sin mí.

—Ahora no.

—Bien.

Mis ojos se cerraron mientras él hacía grandes círculos en mi espalda con la palma de su mano.

Su voz sonó ronca cuando habló de nuevo.

—Te dije que era joven cuando volví a Greyport, ¿verdad? —Hizo una pausa, y lo sentí tragar saliva—. Mi madre no me lo pidió, pero sabía que era el único que podía hacerlo. Jill todavía estaba en el instituto, y no se podía confiar en la madre de Harry, la hermana de mi madre. Tampoco ahora. Hice todo después de eso. Fui a todas las competiciones de atletismo de Jill, empecé un fondo para que Harry fuera a un politécnico, me reuní con cada médico y trabajador social para mi madre. Harry y Jill llevan tiempo enfadados conmigo, pero no sé cómo dar un paso atrás. Siempre me han necesitado. Y me pregunto si soy adicto a eso, a que me necesiten.

Me moví hacia arriba, deslizando la mano por el lateral de su barba. Su mejilla se alzó bajo mi palma.

—Eres una persona increíble, James. Lo que has hecho por tu familia es hermoso. Lo último que quiero es cambiar eso.

Él me sacudió un poco desde las caderas.

—Pero tengo que poner mis prioridades en orden. También hablé con Jill. Me dijo que todas las decisiones que he tomado desde que empecé mi negocio han sido para ayudar a mi familia. No he tomado una decisión solo para mí en mucho tiempo, ni he sido egoísta en aún más. Y tú, estar contigo, es una decisión difícil por eso.

—¿Porque soy para ti y solo para ti?

—Dios, eso espero, Emma.

Era inevitable que mis labios se fundieran con los suyos después de eso. Abrí la boca sobre la suya y nuestras lenguas se rozaron lentamente, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Él mordisqueó mi labio inferior y luego calmó la piel pasando la lengua. Gemí, moviéndome sobre la dura erección que se marcaba en sus vaqueros.

El taburete de metal tambaleó bruscamente hacia la izquierda.

—Vaya —se apartó riendo.

Me mordí el labio, con una sonrisa.

—Probablemente no sea buena idea dejarse llevar demasiado. No tengo condones aquí. Y, además, hace un frío de cojones.

—¿Ah, creías que ibas a tener suerte, James Klein?

Sus labios se curvaron en una sonrisa sexy que solo le daba la razón.

—Dímelo tú.

Apoyé la frente en la curva de su hombro.

—Odio decir esto, pero debería entrar. Jill fue con Harry a dar un paseo después de que le devolviera el collar, pero seguro que ya están casi por llegar. Hay una conversación pendiente que debería tener con él.

El agarre de James en mi cintura se apretó.

—¿De qué vas a hablar? ¿Quieres que esté contigo?

Negué con la cabeza.

—No, estaré bien hablando con él sola. Necesito dejar claro que esta relación falsa es eso: falsa. Pensaba que estábamos en la misma sintonía

después de que me besara, pero ese regalo de Navidad me dejó desconcertada.

—Espera. ¿Harry te besó? ¿Cuándo fue?

—Mmm… La misma noche que tú y yo nos besamos por primera vez. Fuera del Maven.

Un músculo en su mejilla se tensó.

—Vale. Estoy intentando no cabrearme porque sé que no tengo derecho, pero odio que te haya besado.

Apoyé las manos en sus hombros para calmarlo.

—No fue más que un beso rápido. Me pilló por sorpresa y fue superincómodo. Después acordamos, o eso creí, que no había ninguna conexión romántica.

James tomó mi nuca y volvió a juntar nuestras bocas, enredándome en labios, dientes y lenguas. Cuando me liberé, los dos estábamos jadeando.

—Solo te recuerdo que entre nosotros las cosas están lejos de ser incómodas.

Puse los ojos en blanco.

—Ahora que has terminado de marcar territorio, tengo que preguntarte si de verdad te parece bien que yo haya estado con Harry, no hace mucho, pero la noche que tú y yo nos conocimos.

No podemos dejar que eso nos pese. No si queremos avanzar.

Asertiva era mi nuevo segundo nombre. Podía hacerlo, arriesgarme a ser vulnerable con James. Si me rompía, me reconstruiría. Ya lo había hecho una vez.

—No voy a mentir y decir que me gusta que hayas estado con él. Nunca querré los detalles. Pero no te reprocharé algo que pasó antes de que tú y yo siquiera nos conociéramos. No te poseo, y lo que hiciste y con quién estuviste antes de mí no es asunto mío. Tienes que saber desde ahora que no comparto. Si eres mi chica, eres solo mía. Y lo mismo va para mí. Quiero ser tu hombre, Emma.

Una puerta que se cerró de golpe afuera apagó el calor que crecía en mi pecho.

—Parece que Harry y Jill ya han vuelto de su paseo. Será mejor que entre. —Me bajé del regazo de James y me dirigí hacia la puerta del granero.

—Espera, espera, uno más.

Me atrajo para un último beso, y cedí sin esfuerzo. No tenía sentido resistirme a lo inevitable.

—Ya, me voy. —Me aparté y corrí hacia la casa. Mis pies se estaban helando bajo los calcetines todo el camino por el sendero de piedra hasta la casa victoriana.

Capítulo 60
Emma

Di dos toques en el marco de la puerta abierta del dormitorio de Harry.

—¿Qué tal el paseo?

Levantó la cabeza desde donde estaba sentado en el borde de la cama. Con una sonrisa tímida, me invitó a sentarme a su lado en el edredón.

Esta conversación iba a ser un fastidio. Me caía bien Harry como persona y no quería hacerle daño. ¿Quién querría hacer daño a un *golden retriever*, después de todo? Aunque hicieran un desastre en tu casa, eran adorables y leales.

—No debería haberte puesto en una situación incómoda con el collar. Jill me echó una bronca horrible mientras estábamos fuera. No lo pensé bien.

—¿Estás seguro de que no lo pensaste bien? Porque parecía que habías planeado todo.

—De verdad que no, Ems. Te lo prometo. —Giró el torso hacia mí y tomó mi mano izquierda con ambas suyas—. Fue una idea del momento. Me dejé llevar. James y Jill todavía no me tratan como a un adulto, y me entró el pánico. Pensé que, si daba un paso más en nuestra relación, ayudaría.

—Mira, Harry, entiendo tu frustración por que te traten como un crío. Mis padres también me hacen lo mismo. Pero violaste completamente el acuerdo que hicimos al empezar esta relación, esta relación fingida —subrayé—. Ya te lo dije al principio, y una segunda vez en el Maven, que esto no va ir a más. Y siento si tú no lo ves igual, pero no voy a forzar algo que no existe.

Apretó suavemente mis dedos.

—Vale. Lo entiendo. Mejoraré en respetar tus límites. Entonces… —Se levantó de la cama y empezó a caminar en círculos delante de su cómoda. Las curvas y la artesanía de esa pieza me distrajeron por un momento, y supe sin preguntar quién la había hecho. Dios, el hombre tenía manos de artista.

—¿… qué te parece eso?

—¿Eh? —Sacudí la cabeza para despejarme—. Estoy un poco cansada por todo lo de Navidad. ¿Puedes repetirlo?

Harry se apoyó sobre sus talones.

—Mis amigos, Landon y Mark, hacen una fiesta cada Nochevieja. Podemos ir como pareja. Y sí, sé que estaremos fingiendo. Ni siquiera te voy a besar a medianoche. Sigue dentro de nuestro plan porque James suele venir si lo arrastro. Es la única noche del año en la que se quita el palo que tiene metido en el culo.

Me llené de ira. Harry tenía mucha cara, hablando así de James después de la que lio con el collar.

—¿Podrías dejar de insultarlo de una puta vez? Es de mala educación. Tu primo hace mucho por ti.

Harry frunció el ceño y se formaron oscuras líneas sobre sus ojos azules.

—La última vez que revisé, James te trataba como un gilipollas nueve de cada diez veces. ¿Qué te importa si lo insulto o no?

—Estás siendo desagradable. Es decepcionante. —Me puse de pie. Esta conversación no iba a ningún lado.

Harry bajó la cabeza, avergonzado.

—Tienes razón. Ese fue un comentario de mierda. Perdona.

—No soy a quien deberías pedirle disculpas. Esperaba que pudiéramos ser amigos, pero no creo que funcione si tienes la costumbre de hablar así de los demás.

Juntó las palmas de las manos en un gesto de súplica.

—Mi primo y yo tenemos cosas que solucionar. Pero a partir de ahora, no hablaré así delante de ti. ¿Mejor?

—Por ahora. Ya veremos.

Crucé los brazos y esperé a que continuara.

—Joder, eres un hueso duro de roer, y eso es muy sexy. Ojalá tuviéramos química de verdad, ¿sabes?

Puse los ojos en blanco.

—Me voy ya, ¿vale?

—Antes de que te vayas, ¿me respondes? ¿Sí o no a lo de la fiesta?

—El trato era que esto acababa después de Navidad. Se acabó, Harry. No más farsa de novia y novio. Si no conseguiste lo que querías, quizá deberías mirar un poco más tus propias acciones.

Metió las manos en los bolsillos.

—¿Qué tal si vamos a la fiesta como amigos, entonces? Será la oportunidad perfecta para decir que hemos roto. Para demostrar que estamos bien.

Tenía razón. Y era preferible a pasar el Año Nuevo sola. Y si James iba, igual nos robábamos un beso o dos a medianoche. —Vale. Iré contigo. —Fijé la mirada en Harry—. Pero nada de tonterías, ¿entendido?

Capítulo 61
James

Cerré con fuerza la puerta trasera de mi camioneta mientras descargaba la última pieza para McGuire. El trabajo estaba terminado. Por fin las cosas empezaban a encajar, tanto en lo personal como en lo profesional.

No había visto a Emma en varios días, desde el desastre del collar en el almuerzo de Navidad, pero le enviaba mensajes diarios contándole cómo me iba, preguntando por sus eventos comunitarios, incluso alguna foto tonta mía en el taller. Lo suficiente como para que supiera que pensaba en ella. Que podía encajar en mi vida. Podía notar que aún no estaba del todo convencida, pero no iba a rendirme.

Por mucho que quisiera verla y avanzar, quería consolidar esto que estábamos haciendo, así que tenía que ir despacio. Cada vez que la veía, tenía ganas de arrancarle la ropa y devorarla. Quería que entendiera que esto era más que sexo para mí, pero no quería mostrarle mucho demasiado pronto y asustarla.

Harry me dijo que Emma había terminado su relación, manteniendo aún la mentira de que habían sido pareja de verdad. No iba a presionar. Dejé claro que no me gustaban las acciones de Harry con el collar, pero, para crédito de mi primo, había ofrecido una disculpa sincera. Cuando pasara el estrés de las fiestas, hablaría con él sobre mudarse. Era el momento adecuado. Para los dos.

Subiendo al volante de la camioneta y dirigiéndome a casa, tomé el desvío de última hora hacia Greyport Grinds. Emma estaba ocupada organizando un evento en la biblioteca, pero esperaba sorprenderla con un café a mitad del día.

Grinds estaba lleno cuando entré, nada raro a la hora de la comida, servían todo tipo de bocadillos y ensaladas junto con el café.

Miré el menú antes de acercarme a pedirle al joven barista tatuado detrás del mostrador un sándwich, café negro, y otro con un poco de nata y dos azúcares para Emma, justo como se lo tomó aquella mañana que despertó en mi casa después de lo de la discoteca.

Justo cuando iba a salir, choqué con Harry.

—¡Jay! Esto es el destino. Iba a llamarte para comer. ¿Qué tal con lo de McGuire? ¿Les gustó el producto final? Vamos a buscar mesa. Yo invito.

Antes de darme cuenta, estaba apretujado en una silla diminuta en una mesa baja de metal, viendo a Harry moverse por la pequeña cafetería con su propio plato de comida.

—Gracias por traerme algo, hombre —dijo mientras arrebataba la bebida que había comprado para Emma y daba un gran trago.

—Eeeeh…

—¡Mierda! Esto era para otra persona, ¿no? Error mío, tío. Lo repondré antes de irnos porque, joder, está delicioso.

Harry se lanzó sobre su ensalada, metiendo la lechuga en su boca con velocidad alarmante. Si no lo conociera, pensaría que no había comido en toda la semana.

—Bueno —dijo mientras yo mordía mi sándwich de pavo—.

¿Para quién era el café? Ya sabes, antes de que lo robara.

Me atraganté. Tosí y me bebí un sorbo de mi bebida humeante.

Planeaba contarle a Harry sobre Emma y yo… eventualmente. Pero no cuando no estuviera preparado, especialmente en público.

Y no sin tener la luz verde de Emma primero.

—Solo un amigo. —Me limpié los labios con una servilleta.

Harry me miró con picardía.

—¿Estás sonrojado? ¿Era para una amiga? ¡James, perro sucio! ¿Quién es?

Aferrándome a cualquier excusa, fui el peor tipo de hipócrita y mentí descaradamente.

—Nadie que conozcas. No es nada serio.

—Espera… ¿es la mujer que trabaja en McGuire? ¿Anna algo?

¡Es súper mona, tío!

Había una mujer llamada Anna con la que había tratado en McGuire. Más allá de su nombre y que era profesional y buena en su trabajo, ni me había fijado en ella. Debí mencionarla en algún momento, y Harry claramente la conocía bien como para decir que era mona.

Mi primo siguió hablando sin parar, sin darme oportunidad de negar su suposición. Hablaba de lo linda que era Anna y de lo buena que estaba su

ensalada. Pronto cambió a contarme sobre la fiesta anual de Año Nuevo de sus amigos, que empezaba la noche siguiente. Como siempre, me habían invitado, pero este año iba a faltar.

—He convencido a Emma para que venga.

—¿Eh? ¿No habíais roto? —Dios me libre si Harry planeaba recuperarla.

—Sí, lo hicimos. Ella viene solo como amiga. No hay resentimientos, y no tiene otros planes para Año Nuevo porque Kristi y Jill también estarán donde Mark y Landon.

—¿A qué hora empieza la fiesta y qué llevo? —Ahora no me iba a perder esta fiesta ni de broma.

—Sobre las ocho, en casa de Mark y Landon. Landon tiene un barril de cerveza, pero si quieres algo que no esté de grifo, mejor compra un *pack* de seis. ¿Te sigue gustando esa IPA?

La última vez que compré un *pack* de esa IPA, Harry se bebió todo menos una botella.

—Sep. Puedo comprarlo si es lo que quieres.

Su cara se iluminó.

—Siempre puedo contar contigo, Jay.

—Sí, sí, para eso estoy. —Se sentía bien bromear con Harry otra vez y alejarme del borde en el que habíamos estado tanto tiempo.

Si solo hacía falta comprar un *pack* de seis, lo haría cuando fuera.

—¿Sabes qué más deberías traer?… —Harry se detuvo y subió y bajó exageradamente la ceja.

Esperé a que terminara.

—¡Trae a tu nueva chica contigo! Ahora me voy. Ross me tiene con un proyecto guay. ¡Me voy a ensuciar las manos!

—Harry, espera. No voy a…

Pero ya estaba levantándose y saliendo a toda prisa antes de que pudiera decir que no iba a llevar a nadie a la fiesta. Si tenía suerte, me iría con Emma, pero llegaría solo.

—Llámame, Jay. ¡Tengo que irme! —El tintineo de la campanilla sobre la puerta anunció la salida de mi primo.

Y me quedé preguntándome cómo mi situación ya complicada se había vuelto aún más caótica.

Capítulo 62
Emma

Giré la botella de vino en la estantería para ver mejor la etiqueta del precio.

Dentro del presupuesto. Y una marca decente también. Lo último que quería era presentarme en la fiesta de Nochevieja con las manos vacías o con algún glorificado zumo de uva barato.

Mamá me había reenviado un montón de correo a principios de semana. Varias ofertas de tarjetas de crédito que tiré directamente, pero lo que me sorprendió fue una factura médica pendiente, una que no había previsto en mi presupuesto mensual. Naturalmente, mamá se enfadó conmigo porque se me había pasado, y terminé colgándole el teléfono. Era un tema delicado, no solo por el dinero, sino porque me recordaba lo que más quería olvidar: que era una mujer de veintiséis años que dependía de sus padres para que le recordaran pagar las facturas.

A James nunca le pasaría.

Tampoco ayudaba que me doliera la cadera. Ningún ejercicio de movilidad, ni alternar frío y calor, había eliminado el dolor. Había aprendido por experiencia que algunos días simplemente eran así, pero eso no lo hacía más fácil de sobrellevar.

—¿Vas a comprar algo para la fiesta de esta noche?

Salté al escuchar a Kristi acercarse sigilosamente. Me sujetó con una mano en el hombro para que no me cayese encima de una pila de botellitas de licor dispuestas en forma de árbol de Navidad.

—¡Vaya! Perdona que te haya asustado. Pensaba que me habías visto cuando estaba por la zona del *whisky*. ¿Has visto que lo han montado para que parezca una chimenea? Con fundas para las cervezas en forma de calcetines navideños. Que nadie les diga que la Navidad ya ha pasado. El responsable de las decoraciones debería dimitir en protesta.

Abracé a Kristi, que se sobresaltó. La solté al instante para no agobiarla.

—¿Estás bien? —preguntó frunciendo el ceño.

Solté el suspiro pesado que me había estado pesando todo el día, como un lastre en el pecho.

—Ha sido un día horrible, para ser sincera. Espero no haberme pasado. Todavía no hemos establecido normas para los abrazos. Pero me siento mucho mejor viéndote y sabiendo que luego voy a pasar tiempo contigo y con Jill.

—No te preocupes. Yo soy de abrazar mucho, tía. Puede que te arrepientas de abrir esa puerta en nuestra amistad. Y no voy a decir que noté que estabas rara hoy, pero… lo noté.

—Por intuición, ¿verdad?

—Eso dice Jill. Yo solo lo llamo ser yo misma. Todas las mujeres de mi familia somos así, nunca me pareció raro.

—Sea lo que sea, lo agradezco. Y a ti también.

Los ojos marrones de Kristi se ablandaron.

—¿Lo dices en serio? Jill también lo siente así, pero mucha gente dice que soy rara.

Si no la hubiera visto tan sincera, no la habría creído. Kristi encajaba tan bien en Greyport que habría jurado que había vivido allí toda su vida. Nunca la había visto que alguien le hiciera el feo. Proyectaba tanta seguridad que no podía imaginar que tuviera inseguridades. Quizá, a diferencia de mí, sabía esconderlas bien.

Puse una mano con suavidad en su brazo.

—No creo que seas rara. Bueno, no, sí creo que eres rara. Pero una rara agradable. Que encaja con mi rareza, por eso me alegro de que seamos amigas. —Hice una pausa para ordenar mis ideas—. Vaya, no se me da nada bien consolar, ¿verdad?

Kristi rio y enganchó su brazo en el mío, arrastrándonos hacia la caja.

—No se te da mal en absoluto. Sé a qué te refieres. Y gracias. Yo también estoy un poco apagada hoy. Intento olvidarme de algo.

—¿Ha pasado algo? —Había estado ocupada organizando un evento toda la tarde y apenas había visto a Kristi en el trabajo.

—Solo un comentario de un usuario de la biblioteca sobre mi «estilo personal» —dijo haciendo comillas con los dedos—. No sé qué querrá decir eso. Llevaba una blusa ligera y unos pendientes de tela de araña. No

es lo habitual, pero no era algo ofensivo. Además, el tipo iba hecho un desastre, así que, ¿de qué cojones habla?

Me acerqué a la caja para pagar la botella de vino. Cuando terminé, me giré hacia Kristi.

—Siento que tuvieras que aguantar eso. No es asunto de nadie lo que decidas ponerte, especialmente en el trabajo.

—Pues alguien debería decírselo a ese tipo.

—¿Quién era?

Hizo un gesto con la mano para restarle importancia y se colocó en mi lugar detrás del mostrador.

—Nadie importante.

Reconocía cuando alguien no quería hablar de algo. No insistiría. Me lo contaría cuando estuviera lista.

—Es una suerte que tengamos vino y una fiesta esta noche, ¿eh?

Kristi sonrió ampliamente.

—Tienes toda la razón.

Nos separamos una vez fuera. Kristi subió a su SUV híbrido rojo oscuro y se dirigió hacia el extremo opuesto del pueblo. Harry me había ofrecido llevarme a casa de Landon y Mark, pero lo rechacé. Quería dejar claro que éramos solo amigos.

Llegar por separado era el mejor comienzo.

Pasé el resto del día perdiendo el tiempo en mi apartamento, reorganizando el cajón de trastos, antes de maquillarme y ponerme un vestido corto negro de lentejuelas. Mi pelo oscuro caía en ondas sueltas por la espalda, y el corpiño del vestido realzaba mi escote. Tenía ganas de ver a James y no me daba vergüenza admitir que había mejorado mi estilo habitual con la esperanza de que se quedase con la boca abierta.

Los amigos de Harry vivían a unas calles de casa de Harry y James. Su casa era otra antigua vivienda victoriana, aunque más deteriorada. Estaba llena de música y gente entrando y saliendo cuando aparqué. Dejé el coche en una calle lateral y sorteé montones de nieve y barro hasta el porche delantero.

Alguien se acercó por mi izquierda, y una ráfaga de viento levantó la parte baja de mi vestido. Me giré para saludar a una Jill sonriente y arreglada.

—¡Hola! Estás increíble. Mi hermano no se lo va a esperar.

Espera un momento.

—Espera —dije, deteniendo a Jill antes de que llegara a la puerta—. ¿Sabes… lo nuestro, James y yo?

La rubia me miró con expresión indiferente.

—Es bastante obvio. Y sí, también sé que Harry y tú nunca fuisteis pareja de verdad.

Aparte de mis padres, ¿para quién habíamos fingido Harry y yo?

—Ah. Eh. ¿Estás bien con ello?

—¿Honestamente? Me encanta, y espero que tú y James podáis hacer que funcione. Creo que sois el uno para el otro.

Sentí calor por dentro. No era perfecta. Pero pese a todos los tropiezos en Greyport hasta ahora, quizá había encontrado un hogar.

—¿Lista para entrar? —Jill señaló la casa llena de gente.

—Lista.

Capítulo 63
Emma

Escaneé la sala por lo que me pareció la milésima vez mientras Jill y Kristi seguían conversando a mi alrededor. Había pasado una hora desde que llegamos, y aunque disfrutaba con mis amigas, la persona que más quería ver no aparecía por ningún lado.

No había visto a James desde el día de Navidad. Me había contactado cada día, enviándome mensajes adorables y una breve videollamada para mostrarme su trabajo terminado para la línea de restaurantes McGuire. Incluso había dejado un café recién hecho en mi escritorio hacía unos días.

Pero quería más. Estaba lista para más.

Una pelota de *ping-pong* mojada botó a mis pies, víctima de una ronda cercana de *beer pong*.

—¿Me la pasas, Ems? —Harry esperaba al otro lado de la mesa.

Mi ahora ex novio falso había sido amable y considerado. Un amigo perfecto. Dejó claro cuando entré que ya no éramos pareja, pero su comportamiento amistoso mantenía la cordialidad.

Y sin duda estaba aprovechando su recién estrenada soltería, porque llevaba toda la noche coqueteando con una mujer de pelo castaño rojizo.

Doblé las rodillas, recogí la pelota blanca y se la lancé a Harry.

—¿Te molesta? —preguntó Kristi, mirando a Harry y su acompañante.

—No. Sabes cuál era el trato entre Harry y yo. Me alegro de que sea feliz y siga adelante. Ella es bonita también.

Kristi asintió.

—Si estás segura.

—Mucho.

—Bueno, yo solo estoy un poco molesta porque Kristi supiera lo de esta relación falsa mucho antes que yo. Y tuve que enterarme por mi hermano, de entre todos.

—Por favor, Jill —dijo Kristi—. ¿Acaso no guardas tú también tu propio cofre de secretos?

La rubia se encogió de hombros.

—Me enorgullezco de ser una mujer misteriosa.

—Hablando de secretos… ¿Puedo mencionar al mejor amigo de cierto hermano y lo que puede o no estar pasando ahí?

Jill se tensó.

—Pensé que ya habíamos acordado que ese tema está vetado.

Kristi no insistió.

—Aprendí la lección la última vez. Pero no olvides que estamos para hablar de lo que sea.

—Te lo contaré eventualmente, pero… no ahora. Él es tan... uf. Ni siquiera lo sé. Últimamente he tenido fantasías de darle un puñetazo. ¿Eso es normal?

—A mí no me suena muy normal.

El vino blanco de Jill salió disparado al oír una voz profunda, una que no reconocía, que sonó detrás de nosotras.

—Cuidado, Jilly Bean.

Esa voz, la conocía. Íntimamente.

Nos giramos hacia dos hombres altos y guapos que estaban detrás.

—Hola, Jimbo. —Jill echó un vistazo rápido al hombre junto a su hermano—. Ben.

—Jill.

Kristi saludó también, con un tono mucho más ligero que el de Jill. Luego me tocó a mí conocer al mejor amigo de James, y aparente pesadilla de Jill.

Ben era un poco más bajo que James. Su pelo claro, muy corto, le daba un aire casi intimidante que contrastaba con la calidez de sus ojos azul pálido.

Me apretó la mano al saludarnos.

—Encantado de conocerte por fin. —Sonrió, mostrando un colmillo superior algo torcido.

—Igualmente. —Le eché un vistazo a James, que me miraba sin disimulo.

¿Qué?, pronuncié sin hablar.

No respondió, pero una comisura se le alzó. Me sonrojé.

—Esto se está poniendo incómodo. Jimbo, ve a socializar. Es una de las pocas noches del año que sales de casa. Ya podrás llevártela después.

—Encantado de conocerte, Emma. Seguro que nos vemos más —dijo Ben antes de seguir su camino.

James me lanzó una mirada ardiente y llena de promesas antes de seguir a Ben entre la multitud.

Por dentro, me reía. El hombre no era nada sutil, y mi preocupación persistente de que quisiera dar un paso atrás en nuestra relación por Harry se alivió.

—Creo que acabo de quedarme embarazada —dijo Kristi.

Tosí al tragar un sorbo de vino.

—Chica, más vale que te prepares, porque sospecho que vas a atragantarte con otra cosa esta noche.

Jill se giró hacia su amiga.

—¿Qué cojones, Kristi? ¿Podemos pasar de esto antes de que vomite por todas partes?

Abrí la boca para hablar, pero Jill puso una palma sobre mis labios.

—Nada más de mi hermano. Vamos a bailar, beber vino y divertirnos hasta que caiga esa bola de disco gigante. Después de eso, puedes ir a buscar a James. Estoy feliz por ti, no me malinterpretes, pero no… necesito… detalles. ¿Entendido? Solo pude asentir antes de que la rubia retirara la mano.

—Gracias. Y chicas, que Ben no se me acerque a menos de tres metros. No quiero volver a ver esa cara arrogante. Me está matando el rollo de Año Nuevo.

—A mí me pareció simpático —dije encogiéndome de hombros—. Fue educado, casi un caballero.

—Menos hablar, Emma. Más vino y baile.

Una hora después estaba lista para cruzar la sala de un pisotón y tirar el altavoz por la ventana. Me había colocado en una esquina de la pista improvisada, observando cómo una mujer desconocida recorría con sus largas uñas rosas el antebrazo de James. En su defensa, él no parecía disfrutar la atención, pero tampoco se apartaba.

Se me revolvió el estómago y estrujé el vaso rojo de plástico en mi mano. ¿Había esperado demasiado para acercarme? ¿Ya habría decidido que toda mi mierda y yo no valíamos la pena? Tal vez la versión mejorada

y nueva de mí era tan cobarde como la vieja Emma de siempre, después de todo.

—¿Descansando de tanto baile?

Levanté la vista para encontrarme con los ojos plateados de Ben Till.

—Sep. Estoy cansada. Hoy me levanté temprano. —Llena de nervios por la fiesta y la pelea con mi madre.

—No sé cómo lo hacen esas dos —dijo, señalando a Jill y Kristi, que brincaban y cantaban una canción pop animada—. Yo me voy acercando a la idea de irme a casa. Ya estoy mayor para esto.

Solté una risita. No era de extrañar que Ben se llevara bien con James.

—Estoy pensando en darme la noche por terminada. —Mi cadera y cabeza gritaban.

Y mi corazón y orgullo estaban un poco magullados.

—Sabes que eso no significa nada, ¿verdad?

—¿Eh?

Ben inclinó la cabeza hacia el otro lado de la pista de baile.

—James. Allí, hablando con esa mujer. Haces como que no te das cuenta. Él vino aquí por ti. Solo tienes que mirarle una vez y estará aquí en un segundo.

Torcí los labios.

—¿Lo haría? Hay mucho que no sé de él todavía.

—Apuesto a que, si lo piensas bien, entiendes quién es como persona más de lo que crees. Puede que no sepas su color favorito o su primer trabajo. Pero sus valores y necesidades, esos sí. Si no, no estarías aquí.

Recordé aquella noche en la furgoneta de James, cuando me preguntaba por mis mascotas de la infancia y mi comida favorita.

—Puede ser.

—Lo descubrirás, tarde o temprano —dijo Ben asintiendo con firmeza.

—¿Cómo lo sabes? Me acabas de conocer esta noche.

Encogió los hombros.

—Porque confío en el juicio de James. No perdería ni un minuto con alguien que no lo mereciera. Nos vemos, Emma.

Me giré hacia la izquierda, pero el lugar donde estaba Ben estaba vacío. Qué hombre tan extraño.

—¡Diez! ¡Nueve! ¡Ocho! —Comenzó la cuenta atrás para el Año Nuevo, con voces altas y petardos de fiesta.

Estiré el cuello y miré hacia donde había visto por última vez a James y la mujer Uñas Rosas.

Se habían ido.

Me quedé paralizada cuando una mano fuerte me agarró del codo y me arrastró hacia atrás.

Capítulo 64
James

Amordacé el grito de Emma bajo mi palma mientras la llevaba hacia la despensa y cerraba la pesada puerta con fuerza.

Había estado esperando para tocarla toda la noche. Mi paciencia se había acabado.

El mordisco de sus dientes en la palma interior de mi mano me obligó a apartarme y tirar del cable de luces sobre nosotros.

La intensa luz fluorescente me cegó en aquel espacio pequeño.

—¿Qué demonios, James? Me has dado un susto de muerte. Tienes suerte de que no te haya dado una patada en los huevos.

Y te la merecerías por… *Cuatro. Tres. Dos.*

Uno.

—Feliz Año Nuevo, Emma —dije contra sus labios antes de callarla con un beso.

Ella se entregó sin vacilar, sus manos se retorcieron y enredaron en el pelo áspero de mi barba, arrastrándome más cerca.

Un sonido rozó la puerta exterior, y di un paso atrás.

La sonrisa de mi chica era más cegadora que la bombilla desnuda flotando sobre nosotros.

—Te perdono por agarrarme así, porque ese fue un beso increíble. Feliz Año Nuevo, James.

—No quería esperar ni un minuto más.

—Pensé que te habías ido.

¿Qué?

—¿A dónde habría ido?

—No lo sabía. Estabas allí un minuto y al siguiente ya no.

Pensé que quizá habías salido con la persona con la que hablabas.

No recordaba haber hablado con nadie. Había pasado la mayor parte de la noche fingiendo no mirar a Emma bailar y frunciendo el ceño porque tenía que seguir esperando para tocarla.

Sacudí la cabeza para despejarme.

—Ni siquiera recuerdo con quién hablaba. No me habría ido sin verte.

—Bueno, está bien entonces. —Ella se apoyó en mi pecho y rodeó mi cintura con ambos brazos.

—Das los mejores abrazos, ¿lo sabes? Ni siquiera creía que me gustaran los abrazos.

Me sonrió mirando hacia arriba, su barbilla suave y puntiaguda descansaba en mi esternón.

—Es un abrazo especial que he reservado solo para ti.

—Más te vale que sea solo para mí, o tendré que darte un par de nalgadas.

Sentí que la parte inferior de su cuerpo se tensaba, casi imperceptiblemente, y no pude evitar mi sonrisa interna.

—Te gusta cómo suena eso, ¿verdad?

—No me pongas así cuando no podemos hacer nada, James Klein. Estamos en una… espera, ¿dónde estamos ahora?

—En la despensa.

La cabeza de Emma se movió de un lado a otro.

—¿Por qué está mucho mejor que el resto de la casa? Me sorprende que los estantes no se caigan.

—Porque los arreglé el año pasado. Y no te has alejado mucho sobre cómo eran antes.

—¿Entonces… los estantes son resistentes?

¿Tenía que preguntar?

—No me insultes.

Giró un poco, la parte baja de su vestido rozó mis piernas.

—Lo que oigo, y corrígeme si me equivoco, es que son estantes de alta calidad que pueden aguantar el peso de una mujer adulta de tamaño promedio, ¿no?

—¿Eres tú la mujer adulta en cuestión?

—Puede ser.

Sus palabras fueron directas a mi polla. Mi Emma estaba poniéndose pícara.

—¿Estás intentando tomar las riendas, Emma?

Ella se mordió el labio. Me dolía querer ser ese labio, querer morderlo.

—Súbete al estante. Y quítate las bragas.

En un momento, Emma se deslizó la ropa interior por debajo del vestido y se subió al estante. Atrapé el trozo de encaje rosa que me lanzó al pecho y lo metí en el bolsillo de mis vaqueros.

—¿Qué tal? ¿Lo suficientemente firme para ti?

Ella se movió un poco. Yo moría por tocarla, pero disfrutaba el espectáculo y el sonido de su anticipación.

—Me parece bien. Solo la mejor calidad para mi culo. ¿Por qué sigues tan lejos? ¿Y aún con pantalones?

—Primero, sé que has bebido esta noche. ¿Estás bien para hacer esto conmigo? Porque siempre seré paciente contigo. —Estoy absolutamente bien, ciento por ciento. Dando mi completo consentimiento con todas mis facultades. He tomado dos copas de vino desde que llegué.

—En ese caso…

Me acerqué a su espacio, disfrutando el escalofrío que recorrió su cuerpo cuando me incliné cerca de su oído.

—Esto va de ti. Querías tomar el control. Ahora me dices qué hacer.

Sus ojos se iluminaron.

—Joder. ¿De verdad?

Reí entre dientes. No era el plan cuando la traje a la despensa, pero iba fluyendo. Adaptándome.

Deslicé la lengua por su cuello, deteniéndome para mordisquear su mandíbula por debajo. Sus gemidos entrecortados hacían que mi miembro tirara contra la cremallera de mis vaqueros oscuros, pero mantuve ambas manos en sus caderas.

—Tienes que prometer que serás silenciosa, ¿vale?

Ella asintió con la cabeza.

—Lo intentaré.

—¿Qué quieres que haga ahora? ¿Me meto debajo de esta falda?

Dios, esperaba que eso fuera lo que quería.

—Sí, por favor. Lo necesito.

—Dilo, entonces. Di: «James, méteme los dedos en el coño».

Siguió gimiendo, presionándose contra mi cuerpo mientras yo seguía besando y lamiendo su delicado cuello. Olía delicioso, pero sabía que olería, y sabría, aún mejor bajo esa falda.

—Me estoy muriendo, Emma. Dime lo que quieres antes de correrme en mis pantalones como un maldito chaval de instituto.

Su risita hizo que mi miembro se pusiera aún más duro, si era posible. Agarró mi barba, retorciéndola un poco, y me miró a los ojos.

—Fóllame con los dedos. Ahora.

Gracias a Dios.

Sin perder el ritmo, deslicé una palma bajo su vestido corto, la tela rozaba mis nudillos. La piel de su muslo interior era más suave que la madera más lisa.

Me detuve un momento para apretar ese muslo. Había notado un cambio en su forma de andar, una tensión antes, y sospechaba que la cadera le molestaba. La leve dificultad al respirar cuando la acaricié confirmó mis sospechas.

—Iré con cuidado.

—Ni se te ocurra —dijo con un gruñido.

—Como digas.

Le levanté la barbilla antes de meter el dedo del medio y el índice entre mis labios, saboreando el sabor de su exhalación aguda. Mantuve el contacto visual mientras los chupaba.

—Date prisa, James. —Ella bajó los brazos de mi cuello y luchó por subir la falda, sus caderas rozaron la superficie del estante mientras peleaba con la tela.

—Ya voy, Emma. ¿No has entendido ya que siempre cuido de ti?

Pensé que la había torturado lo suficiente. Levanté esa falda endeble y devoré la vista de su coño húmedo y rosado brillando bajo la luz.

Solo para mí.

Deslicé un dedo por su húmeda raja hasta el ombligo. Sin poder resistirme, me agaché y la lamí, saboreando ese gusto exquisito.

Quería arrancarme la camisa, cargarla al hombro y llevarla a mi cama para sentarla sobre mi cara toda la puta noche. Moriría feliz, como el puto cavernícola que era.

Pero podía esperar. Ahora mismo necesitaba hacerla correrse antes de que me matara. Por cómo me agarraba la muñeca, sabía que acabaría con marcas de arañazos sí o sí.

Volví a besarla y dejé de jugar, deslizando la palma entre sus muslos. Recogí más humedad de su entrepierna, llevándola hasta su clítoris, donde dibujé esos pequeños círculos que le encantaban. Gruñí en su boca mientras su calor húmedo me cubría y bajaba hasta su entrepierna, donde metí hasta el nudillo.

—¿Te gusta cómo te lleno con mi dedo?

Asintió desesperada.

—¿Crees que puedes más?

—Sí, sí, sí. Más.

Casi me reí de sus súplicas sin aliento, pero estaba demasiado ocupado sintiendo cómo follaba mi mano. Demasiado ocupado amando la forma en que sus paredes internas apretaban mis dedos mientras acariciaba su clítoris con el pulgar. Demasiado ocupado dejando que sus gritos llenaran mi boca mientras los tragaba.

Su cuerpo se sacudió, los muslos apretaron mi muñeca como una prensa.

Puse los ojos en blanco de puro éxtasis mientras levantaba la mano para lamerla hasta limpiarla. Si dependiera de mí, Emma pasaría la noche en mi cama. Me moría por comerme esa crema directamente de la fuente de la que salía.

—Ha sido jodidamente increíble —dijo, acomodándose el vestido—. ¿Me puedes devolver mis bragas ahora?

—Nop. Mías.

—Tienes suerte de que acabes de follarme con los dedos hasta el olvido y esté demasiado débil para discutir. Son unas bragas bonitas, James.

—Voy a empezar una colección. Tendrás un cajón en mi casa.

—Es un paso bastante grande, ¿no crees? Una chica podría pensar mucho en eso, preguntarse qué significa.

—¿Y tú qué crees que significa?

Su garganta se movió al tragar.

—Me da miedo decirlo.

—No tengas miedo. Pregúntame qué siento por ti.

—¿Qué sientes por mí, James? —susurró.

—Que me estoy enamorando de ti.

No dolió decirlo, no como pensaba. Más bien, fue un peso que se levantaba. Abierto y liberador, como poder respirar de verdad.

—Creo que yo también me estoy enamorando de ti.

Si antes me sentía ligero, ahora tenía alas.

—¿Vienes a casa conmigo? —Necesitaba más tiempo con ella. Ninguna cantidad de tiempo sería suficiente, pero aceptaría dosis pequeñas. En unos meses podríamos hablar de que se mudara, de casarnos y hasta de tener hijos.

Pero podía empezar con esta noche.

—¿No se dará cuenta Harry de mi coche? Supongo que no lo sabe. No me dijo nada antes.

—No lo sabe. No le diría nada sin avisarte primero. Él se queda a pasar la noche aquí. Me gustaría contárselo por la mañana. Estoy harto de esperar. No es justo para ninguno de los dos.

Entrelazó nuestras manos.

—Lo haremos juntos.

—Harry es un tema que tengo que resolver yo, Emma. No quiero que te pongas en una situación incómoda por mí. Si quieres decírselo juntos, estoy de acuerdo, pero solo si estás segura.

—Nos afecta a los dos, y quiero apoyarte. Más te vale acostumbrarte a que alguien te cuide también a ti, James Klein.

Dios, joder, cómo amaba a esta mujer. La acerqué de nuevo y presioné mis labios contra los suyos, deseando que sintiera la profundidad de mis sentimientos en ese gesto.

—¿Qué cojones, tío?

La despensa se llenó de ruido cuando la puerta se abrió de golpe. Harry estaba al otro lado con un montón de gente detrás.

Capítulo 65
Emma

La cabeza me daba vueltas mientras miraba a los invitados de la fiesta a los ojos. Era como si todo Greyport estuviera observándome, juzgándome, pensando en que era insuficiente. Busqué a Jill y a Kristi, cualquier cara amiga, pero James se puso delante de mí, tapándome parcialmente la vista.

—Tío, ¿no es esa la novia de Harry? —vino una voz desde la derecha de Harry. El hombre fornido, de piel pálida y pecas, era Mark, uno de los mejores amigos de Harry y dueño de esa despensa en la que James y yo acabábamos de liarnos. Lo conocí en la noche de trivia en el Maven hacía unas semanas y no me impresionó.

—No, no, ya no están saliendo, como desde ayer, creo —dijo Landon, el otro mejor amigo de Harry, un hombre alto, guapo y negro, y coanfitrión de la fiesta.

—Aun así, es un poco de capullos, ¿no crees? Los amigos an-

tes que las mujeres y todo eso, ¿verdad? —Mark le dio a Harry una palmada en el hombro, probablemente intentando animarlo.

—¿Quieres repetir eso, Mark? —dijo James.

Asomé la cabeza alrededor de su corpulento cuerpo para ver a Landon alejando a Mark un poco.

Mark levantó las manos.

—Oye, digo lo que veo, tío. ¿Qué clase de mujer pasa de un tío a otro tan rápido? Podría recorrer todo el árbol genealógico mientras está en ello.

Se me encogió el estómago.

—Cállate la puta boca, Mark.

Lo dijo Harry. Mientras tanto, James se tensó como si fuera a explotar. Puse una mano con suavidad en su espalda, pero me la quitó de encima.

—¿Qué cojones, tío? Solo intento cuidarte —dijo Mark.

—Emma no ha hecho nada malo. Nunca fue mi novia.

—Espera, ¿qué?

—Ya me has oído. Todo fue falso desde el principio. Ella quería conocer gente en el pueblo y yo quería parecer menos desastroso, así que aceptó

hacerse pasar por mi novia. No funcionó, rompimos, y ahora estamos aquí, donde mi primo se está liando con ella.

—Ah. Bueno, lo que sea. Lo siento, Emma. No lo sabía.

A pesar de la disculpa, Mark y sus comentarios amargos y misóginos podían irse a tomar por culo.

—Será mejor que mejores esa disculpa si no quieres que te parta la boca. Y después de eso, no quiero volver a verte hablar con Emma —dijo James. Su voz casi no se oía, pero la rabia que bullía bajo la superficie era evidente.

La cara de Mark palideció bajo sus pecas.

—Eh, uh, sí. Lo siento mucho, Emma. —Se detuvo, pero siguió cuando vio cómo James lo fulminaba con la mirada—.

No debería haber hablado así de ti, sobre todo sin conocer toda la historia. No ha estado bien.

Le asentí a Mark antes de que James diera medio paso hacia el hombre más bajo.

—Ni la mires.

—Puedo defenderme, James —dije en voz baja. Me estaba cabreando con tanto rollo protector.

Landon, que había leído la situación, agarró a Mark del brazo y lo llevó a otra parte de la casa. Algunas personas seguían en la cocina, pero su atención había cambiado. Solo quedábamos James, Harry y yo en un extraño grupo cerca de la puerta abierta de la despensa.

Más allá de su advertencia a Mark, Harry estaba en silencio, sospechosamente. Pero sabía que James captaba cada latido del silencio de su primo.

—Harry, yo…

—Guárdatelo, Jay. No estoy enfadado con Emma, ¿pero contigo? Esa es otra puta historia. Ella sabía que fingíamos, pero tú no.

—No fue así, Harry —dije, apartándome de James a la fuerza. —No lo hagas, Emma —dijo James—. Esto es entre él y yo.

Vaya bofetada. Habíamos decidido hacer esto juntos, no así, pero estaba preparada para aguantar los golpes. James, no tanto.

Harry se rio, pero no había humor en ese sonido. Sonaba… mal… viniendo de su yo jovial.

—Creo que esto también va con alguien más, ¿no?

—¿De qué cojones hablas? —preguntó James.

—Hablo de Anna, cabrón. Ya sabes, tu novia.



Harry salió de la cocina dando un portazo y James lo siguió.

No me miró ni una vez y se fue.

Empezaron a hormiguearme los dedos de las manos y los pies. Mi abrigo estaba por ahí. No importaba. Tenía que salir de allí.

¿James tenía novia? Seguro que Jill me lo habría mencionado si fuera así. Pero, ¿de qué hablaba Harry entonces?

¿E importaba? ¿Quería siquiera a un hombre que en su primer movimiento se ponía del lado de Harry en el segundo posible, dejándome sola y vulnerable frente a las miradas curiosas de Greyport?

Quizá mudarme aquí había sido un error, después de todo. No era por James, no del todo. Pero el pueblo era pequeño. Jill estaba ligada a James, y Kristi a Jill. Trabajaba con ellas cada día.

Inhalé profundo cuando alguien me echó un brazo por encima del hombro. Al girarme, vi que era Kristi. ¿Seguiría tratándome si fuera la paria del pueblo?

—¿Qué pasa? Oí algo raro en la cocina sobre James y Harry. Y James parecía que quería partirle la cara a Mark. Lo cual estaría muy bien, te lo digo.

—No quiero hablar de eso —dije con los labios entumecidos.

—¿Estás bien? Jill y yo estamos en el sótano, donde hay menos gente. ¿Por qué no bajas con nosotras a relajarte?

—Tengo que irme.

Kristi frunció el ceño y sus ojos oscuros irradiaron preocupación.

—Te llevo en coche.

Negué con la cabeza y retrocedí, dirigiéndome a la puerta principal.

—No. Puedo conducir. Solo tomé dos copas. —Habían pasado más de tres horas.

—Emma, no te lo ofrezco porque me preocupe que conduzcas borracha. Te lo ofrezco porque me importas y pareces alterada. Pase lo que pase esta noche, soy tu amiga. Y estoy segura de que Jill también.

La imagen de Kristi se volvió borrosa. Quería creerla, de verdad, pero no podía pensar en otra cosa que no fuera salir de esa fiesta.

—Al menos te acompaño hasta el coche. —Kristi me señaló con el dedo —. No intentes discutir. No diré ni una palabra. Es para sentirme mejor ahora mismo. Estoy siendo egoísta y no puedes negarme eso.

—Vale. —Ya no me quedaban fuerzas para luchar.

Caminamos en silencio. Había caído suficiente nieve en las pocas horas que llevábamos dentro como para cubrir mi parabrisas. Kristi insistió en quitármela mientras yo me sentaba en el asiento del conductor con el desempañador a tope.

Tardó unos cinco minutos, pero para mí fue una eternidad.

Me sobresalté cuando Kristi abrió la puerta trasera derecha, dejando entrar una ráfaga de aire helado. Metió la cabeza en el coche y cruzamos la mirada en el espejo retrovisor.

—Listo. Aquí tienes el cepillo para la nieve. No te voy a molestar más para llevarte a casa, pero mándame un mensaje cuando llegues. Los otros conductores están locos, especialmente los estudiantes de la universidad de Greyport.

—Gracias.

Al arrancar, vi la figura de James saliendo de la casa a toda prisa.

Seguí conduciendo. Mi móvil sonó en el bolso, pero ni siquiera lo cogí.

Sonó dos veces más mientras navegaba por las calles hasta mi apartamento. Al aparcar, lo saqué del bolso y me atreví a mirar la pantalla.

Tres llamadas perdidas. Todas de James.

El dispositivo vibró en mi mano mientras aparecía un mensaje suyo. Más mensajes llegaron en rápida sucesión.

JAMES: ¿Por qué te has ido? Pensaba que nos quedaríamos en mi casa.

JAMES: Si fue demasiado, demasiado pronto, está bien.

Pero, por favor, avísame cuando llegues a casa.

JAMES: Kristi dijo que estabas llorando. Estaba intentando volver a la cocina para encontrarte. Por favor, no me ignores.

¿Había estado llorando? Apoyé la esquina del móvil contra mi labio, cerrando los ojos mientras el coche perdía calor en la calma de la noche.

EMMA: He llegado a casa sana y salva.

Envié el mismo mensaje a Kristi, y apareció otra notificación de James mientras escribía el segundo mensaje.

JAMES: Gracias a Dios. Estaba preocupado. ¿Puedo llamarte? Iré si quieres.

EMMA: Esta noche no. Necesito dormir y pensar.

Al no recibir respuesta inmediata, salí del coche con toda la torpeza de un oso pesado. Caminé despacio por la acera resbaladiza y subí las escaleras. La cadera me molestó todo el camino.

Me tomé mi tiempo para ponerme un pijama raído, dejando el móvil boca abajo en la mesita y haciendo todo lo posible para no darle la vuelta.

Tiré mi vestido brillante al cesto. No había bragas para acompañarlo. Un cierto hombre con barba las tenía. Solo servía para recordarme esa sensación de zumbido que sentí hace menos de una hora. Qué rápido había cambiado la noche.

Al meterme en sábanas limpias, cogí el elefante electrónico en la habitación.

JAMES: Está bien. Te daré espacio esta noche. Pero no voy a rendirme, Emma.

JAMES: Te dejaré en paz después de esto, pero tengo que decir algo primero. NO tengo novia.

JAMES: No, eso no es cierto. Tú eres mi novia. Eso espero.

No hay nadie más. Harry estaba confundido.

JAMES: Estoy divagando. Buenas noches, Emma.

Le deseé buenas noches en silencio antes de apagar el dispositivo.

Me giré y abrí el cajón desigual de la mesita, buscando el papel arrugado enterrado bajo la factura médica que me envió mamá.

Mi lista. No la había mirado, ni pensado en ella, en semanas. No desde que las cosas con James empezaron en serio. La lista había sido mi manta de seguridad durante tanto tiempo que de algún modo la había olvidado. Cuando pedí el trabajo en la biblioteca, cuando encontré el anuncio de este apartamiento de mierda, cuando emprendí el largo viaje a Greyport… la lista me había mantenido en marcha.

Por mucho que odiara admitirlo, conocer a James me había cambiado. Dejé de vivir para tachar tareas de una lista y empecé a vivir el momento.

Incluso cuando pensé que no podía soportarlo, él desbloqueó algo dentro de mí.

Pasando el dedo por las filas de tinta borrosas, me detuve en la última línea.

«Di SÍ a todo».

Eso fue lo que me metió en líos. Si nunca hubiera dicho que sí a irme a casa con Harry, nunca habría conocido a James. Si no hubiera aceptado hacerme pasar por la novia de Harry, no habría llegado a conocer a sus primos, ni a Kristi, tan bien como lo hacía.

Si no hubiera dicho que sí a besar a James en el parking del Maven, a estar con él en oficinas, camas y armarios, no estaría en este lío.

Confiaba en que James me diera espacio, pero sabía que tendría que hablar con él eventualmente. Le prometí que no huiría.

Pero no sabía si tendría el valor para seguir diciendo que sí.

Capítulo 66
James

Nunca había entendido a la gente que se volvía destructiva cuando estaban enfadados, pero empezaba a comprenderlo mientras clavaba la mirada en la pantalla de bloqueo de mi móvil. Estaba a medio camino de lanzarlo a la otra punta del taller mientras esperaba que me devolviera algo más que silencio.

La tolerancia hacia las personas y las actividades sociales no era mi punto fuerte ni en un buen día, así que esperar junto a mi teléfono era una experiencia nueva y nada agradable. Apenas lo toleraba en mi móvil de trabajo, ese ladrillo viejo que mantenía encendido solo durante el horario laboral.

Esperaría toda la vida por Emma si hiciera falta, pero de verdad esperaba que no tardara tanto.

La fiesta de Nochevieja había sido un desastre absoluto. Tan prometedora cuando le robé ese beso a medianoche a Emma, y solo terminó hecha trizas.

Ahora eran las dos de la mañana y estaba descargando adrenalina, fabricando partes a medias de muebles que nunca tuve intención de acabar.

Podía notar que Emma estaba enfadada conmigo. No lo había dicho, pero ahora podía leerla. La había cagado persiguiendo a Harry, y encima ni siquiera pude encontrarlo. Alguien dijo que lo vieron irse con una pelirroja con la que había estado coqueteando durante la noche.

Curioso que Mark no le dijera nada a Harry sobre seguir adelante, pero sí le hiciera ese comentario a Emma. Si volvía a ver esa cara miserable suya, sería demasiado pronto.

Necesitaba hablar con Emma para aclarar las cosas. Había quedado mal cuando la dejé sola en esa cocina. En cuanto salí de la habitación, supe que la había cagado. Cuando intenté volver con ella, la multitud de la fiesta me frenó. Mientras yo me abría paso entre cuerpos borrachos y bailando, ella se estaba marchando.

Ella había pedido espacio, pero podía ver lo que estaba haciendo: escapándose. Y si no lograba convencerla para que cambiara de rumbo, no sabía qué iba a hacer.

Le había dicho en esa despensa que me estaba enamorando de ella, pero no era verdad. Ya no. La amaba. Punto. Nada de enamoramientos. Si no quería estar conmigo… ni siquiera podía terminar de pensarlo. No era una opción que estuviera dispuesto a contemplar.

La puerta del granero se sacudió al abrirse. Miré por encima del hombro y vi la cara ceñuda de mi primo, peor que nunca con la camiseta del revés y su pelo ondulado encrespado.

—¿Estás borracho? —Más le valía a ese cabrón no haber conducido en ese estado.

—Nop. Pero gracias por preguntar, papá.

Gruñí.

—¿Quieres hablar?

—Aquí estoy, ¿no?

Así que así iba a ir esto.

Dejé el taladro eléctrico que estaba apretando con tanta fuerza.

—Empiezo yo. Siento que te hayas enterado de lo mío con Emma de esta manera.

Harry cruzó los brazos.

—¿Pero no sientes arrepentimiento por haberte liado con ella en primer lugar?

—La amo, Harry. No fue solo un lío. No como para ti.

Él cruzó el granero hacia mí, invadiendo mi espacio y mostrando los dientes.

—Tampoco fue un lío para mí, capullo. ¡Ella era mi novia!

Respiré. Cuatro segundos de inhalar, cuatro de aguantar y luego exhalar.

—Nunca fue tu novia, Harry.

—Sí, pero tú solo te enteraste esta noche —dijo, señalándome con un dedo acusador—. Es bueno saber que eres del tipo que traiciona a su familia, más que familia. A su mejor amigo. Pensé que eras mejor que eso.

—Sé que era falso desde hace tiempo. Emma me lo confesó la noche que estaba enferma. Para que conste, no la toqué hasta saberlo. No te haría eso, a pesar de lo que creas.

Él se rio amargamente.

—Genial. ¿Quién más lo sabe?

—Jill y Kristi también.

Él levantó las manos.

—¿Así que os habréis reído de mí, entonces? ¿De lo estúpido e inútil que soy? ¿Tan inútil que tuve que pedirle a una mujer que fingiera salir conmigo para que me tomaran en serio?

Me dolía la sien derecha.

—Nunca me he reído de ti, Harry. Más bien, sentí pena porque creyeras que no te respetaría si no recurrías a una tontería así.

Harry se apoyó sin fuerza en mi banco de herramientas. Dejó colgar la cabeza por debajo de sus hombros.

—Lo empeoré, ¿no? —dijo—. Con lo de la relación falsa.

—¿Empeorarlo mintiendo para parecer más responsable?

—Junté el pulgar y el índice bien cerca—. Un poco, sí.

Él levantó la cabeza.

—Deja el sarcasmo, ¿quieres, imbécil? ¿No ves que me cuesta? —Se llevó las manos juntas al corazón.

Aproveché y me acerqué un poco más, deslizándome lateralmente por el borde del banco. Me movía con cuidado, sin querer arriesgarme a recibir un puñetazo.

—Solo intento aligerar el ambiente.

Él exhaló un ruido por los labios, como un trompeteo.

—Te odio incluso más, porque está funcionando. Pero odiarte también es una tontería, ¿no? No se supone que te odie por hacer lo que siempre haces.

—¿Qué es lo que siempre hago?

—Hacer que todo sea fácil para mí. Empiezo a pensar que necesito luchar un poco por mi cuenta. Para ayudarme a madurar. Porque a pesar de saber que tú, Emma y Jill tenéis razón en que necesito cambiar, lo intento y no consigo que esos cambios duren. Es como si estuviera estancado.

Me acerqué a mi primo, dudé un segundo y le eché un brazo por los hombros. Sentí un suspiro de alivio cuando noté que se relajaba contra mí.

—¿Qué necesitas de mí entonces? O, mejor dicho, ¿qué no necesitas de mí?

Se encogió de hombros.

—Creo que necesito irme de casa.

—Sí. Yo también lo creo.

Se apartó y arqueó una ceja.

—¿No me vas a dar consejos sobre cómo presupuestar un apartamento? ¿O sobre los barrios más seguros de la ciudad?

—Nop. —Me mordí la lengua. Quería darle todos esos consejos—. Yo también tengo que cambiar.

Movió los hombros, desperezándose, como si se estuviera preparando para la batalla.

—Vale. Lo haré. —Se detuvo, me miró y ladeó la cabeza—.

Oye, ¿sabrías si Emma piensa mudarse de su apartamento?

Me quedé congelado, con el cuerpo helado.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Se va de la ciudad? ¿Has oído algo en estas dos horas que yo no?

Todo el cansancio desapareció y empecé a guardar frenéticamente las herramientas que había dejado tiradas por el taller, cabreado. Cuando acabara de ordenar este desastre, pensaría en un plan. No quedaba mucho tiempo si Emma se mudaba.

Harry puso una mano firme en mi brazo.

—Tranquilo, Jay. No se va a ningún lado. Pensaba más en que se mudara aquí, contigo.

La mención me dejó sin aire.

—Para que lo entienda bien. ¿Has entrado aquí, cabreado porque me he liado con Emma, la mujer de la que estás enamorado, y ahora me animas a pedirle que se mude conmigo?

—Dijiste que la amas, tío. Quiero decir, está buenísima, y la admiro un montón. Si ella quisiera salir de verdad, yo iría a por ello. Pero no la amo. El amor no está en mi repertorio. Y ella no está interesada en mí. Creo que me dejé llevar por la idea que tenía de ella, ¿sabes?

No entendía para nada lo que quería decir. Superar a Emma me parecía impensable.

—¿Y eso de dónde sale? No es que no agradezca el apoyo, porque, honestamente, voy a estar con ella igual, lo apruebes o no.

Si todavía me quiere.

—Eh. No es un cambio tan rápido. La chica con la que hablé en la fiesta estaba bien, y a Emma ni la eché de menos. Después de veros a los dos en la fiesta de Mark y Landon, que le jodan a Mark, por cierto, me di cuenta de que siempre te estaba mirando cuando estábamos los tres juntos. Vosotros encajáis. Con ella te diviertes más, y así me dejas en paz. ¿Quién iba a decir que pillarían a mi primo formal y cumplidor en público a los treinta y cinco años? Estoy feliz de aceptar a Emma como prima política si te ayuda a tranquilizarte.

—Tranquilo, tío. No nos vamos a casar. Todavía no. Todo está muy reciente —le advertí a Harry. Pero, joder, qué ganas tenía de vivir con Emma y hacerla parte de mi familia. Cocinarle tortillas cada mañana. Prepararle su dosis diaria de cafeína antes de que se fuera al trabajo. Terminar el día con ella dormida en mis brazos.

—Sí, claro, esa mirada soñadora tuya me convence de que quieres «ir despacio». Si sale como quieres, para la próxima Navidad ella ya estará viviendo contigo y con un anillo en el dedo.

—Bueno, ahora está bastante cabreada conmigo, así que quién sabe.

—¿Por qué está enfadada?

Le levanté un dedo para darle un pequeño toque en la frente.

—Quizá tenga algo que ver con que le hayas contado a ella, y a todo el mundo, que yo tengo novia.

—Eso ha dolido un huevo, tío —dijo Harry frotándose la zona justo debajo de la línea del pelo—. Y sí, fue bastante estúpido, ¿verdad? Me di cuenta de que tú nunca dijiste que salías con Anna como dos segundos después de que yo lo dijera. Al final, siempre fue Emma.

—Sep.

—Pero le dijiste que yo estaba diciendo tonterías, ¿no? No se enfadará tanto cuando se dé cuenta de que me confundí. ¿Quieres que la llame y aclare las cosas?

El dolor en la sien pasó de un latido sordo a un pinchazo agudo.

—Será mejor que hable yo con ella primero.

—¿No hablasteis antes de que te fueras de la fiesta?

—Lo intenté. Pero cometí el error de ir detrás de ti. Cuando me di la vuelta, ella ya se estaba marchando. Ahora no me responde las llamadas.

—Tío…

—¿Qué? No me hagas sentir más idiota de lo que ya me siento. No sé qué hacer.

—Bueno, tienes que arreglar esto, porque dejar a Emma en un momento así debe haberle sentado fatal. Ser la nueva en Greyport es su mayor problema.

—Lo supe justo después de irme. Normalmente soy mejor cuidando a la gente, pero con Emma la cosa es más importante.

Quiero hacerlo bien con ella.

—Tú eres bueno con lo práctico. Esto es cuidar emociones.

Es distinto.

—¿Cuándo cojones te has vuelto tan listo?

Una sonrisa serena apareció en la cara de Harry.

—He empezado a meditar. Me ayuda a concentrarme cuando juego a los bolos también. Si quieres, te paso algunos consejos.

No era la peor idea que había escuchado.

—Quizá acepte esa oferta.

—El alumno se ha convertido en maestro. Ahora, ¿cuál es el plan para que salgas del pozo y me consigas una nueva prima política?

Capítulo 67
Emma

El banco, mi banco, había desaparecido.

El café se desbordó por el borde de mi termo de viaje cuando frené en seco en medio del camino peatonal. El espacio donde normalmente estaba mi banco, viejo y desconchado, estaba vacío. Cuatro hendiduras en la hierba mojada eran las únicas pistas de que esa zona de césped había estado ocupada.

—¡Ey, Emma!

Me giré al oír la voz, viendo a Tracy y a Scott caminando rápido alrededor del circuito. Tracy me saludó con la mano mientras seguían con su entrenamiento. El clima era inusualmente cálido, y los habitantes de Greyport estaban al máximo, disfrutando del día antes de que volviera a caer nieve.

Me lamí una gota de café derramado en la mano y seguí por el sendero hasta encontrar otro sitio para sentarme.

Este banco era moderno y elegante, hecho de metal con una especie de recubrimiento plástico extraño. Dudosa, me senté.

Lo odié. No cedía, no tenía la madera deformada y suavizada por años de gente sentada, ni ese leve tambaleo cuando te acomodabas por primera vez. Lo peor era el frío del metal que se colaba a través de mis vaqueros. Básicamente estaba sentada sobre una bandeja de cubitos de hielo.

Un par de botas de trabajo gastadas aparecieron en mi campo de visión.

—Emma.

—Hola, James. Me has encontrado.

—Me dijiste que estarías aquí. —Señaló el espacio junto a mí—. ¿Puedo?

—Claro. —Me aparté para dejarle todo el espacio posible.

No confiaba en mí misma para no tocarlo. Tenía que resistirme.

Frunció el ceño al sentarse sobre el metal recubierto de plástico.

—No voy a mentir, esperaba otro tipo de banco después de cómo me lo describiste.

—¡Es porque me han quitado mi banco! ¿Lo puedes creer? Estaba destrozado y a punto de caerse a pedazos, pero era mío. Ahora me han dejado con esta cosa rara e incómoda. Parece que debería estar en una nave espacial, no en el parque de la calle Fair.

—Vas a herir los sentimientos del Nuevo Banco, Emma.

La risa me salió como un cañón. Cerré los labios de golpe y los apreté en una línea recta.

—Se supone que debo estar enfadada contigo. Y ahora solo estoy enfadada porque me hiciste reír cuando quiero estar molesta.

—Puedes enfadarte conmigo. Pero nunca dejes de reír, Emma, por favor. Es mi sonido favorito del mundo.

—¿No era que tu sonido favorito del mundo era yo gimiendo tu nombre?

Sus mejillas se alzaron y se acercó hasta que su cadera rozó la mía.

—Eres una listilla.

—Y te encanta.

—Sí. Me encanta.

Nos sentamos en silencio, yo sorbiendo mi café mientras James miraba a los grupos de peatones que daban vueltas al estanque.

—Buenos días, Emma. ¡Buenos días, James! —nos saludó una pareja habitual de la biblioteca antes de salir corriendo tras un niño pequeño que se movía a toda prisa.

—Pues —dije.

—Pues.

—¿Me explicarás por qué Harry parece pensar que tienes novia?

—Hizo algunas suposiciones después de pillarme entrando en casa a escondidas tras nuestra cita. Y me vio comprarte un café con leche en el Greyport Grinds el otro día. La mujer con la que creía que salía trabaja para McGuire, y he tratado con ella un par de veces por trabajo. No me interesa nada más que una relación profesional con ella, para que lo sepas.

Era típico de Harry ir lanzado sin pensar.

—Vale. Tener esa explicación me hace sentir mejor. Pero sigo dándole vueltas a cómo simplemente… me dejaste plantada en la fiesta. Fuiste tras Harry y yo me quedé sola. Te necesitaba.

—Lo sé, Emma. La cagué. Me di cuenta rápido también. Me di la vuelta como un minuto después, pero para cuando atravesé la multitud, tú ya te

habías ido.

Asentí, procesando todo.

—Tienes que entender cómo me sentí. Cómo eso destacó lo que más me preocupaba desde el principio. Que tendrías problemas para equilibrar tus prioridades.

—Tienes razón. Tengo que trabajar en ello y estoy dando pasos para hacerlo. No puedo prometer que seré perfecto, pero lo intentaré. He pedido cita con un terapeuta para el mes que viene. Tengo mucho que tratar para ser un mejor hermano, primo y pareja. Me gustaría ser tu pareja, si me quieres.

Tomé su mano.

—Estoy orgullosa de ti, James. Es un gran paso. También le he enviado un correo a mi terapeuta esta mañana para pedirle que retomemos las visitas regulares por videollamada. Mudarse aquí y adaptarse ha sido mucho para mí.

—Pero no te vas a ir, ¿verdad?

Tragué saliva.

—Esa es una pregunta difícil. No he conseguido ni una fracción de lo que quería desde que llegué. He estado luchando y he sido demasiado orgullosa como para admitirlo. Debería tener la confianza suficiente para pedirle a mi jefa una silla especial para mi cadera. O para decir que no al patinaje sobre hielo. Y Greyport quizá no sea el mejor lugar para aprender a hacer eso.

Él negaba con la cabeza incluso antes de que terminara.

—Con respeto, no estoy de acuerdo. Fuiste lo suficientemente fuerte para arriesgarte y venir aquí. Joder, Emma, eres tan fuerte que podrías estar atrapada en medio del desierto y encontrar la manera de salir adelante. No es cuestión de Greyport.

¿Cómo podía tener él mucha más fe en mí que yo misma?

—No lo sé, James.

—Entonces, ¿dónde nos deja esto?

—No creo que pueda hacerlo ahora mismo. Contigo. Con nosotros.

Estaba completamente equivocada, y aun así, yo no podía ser la persona que James necesitaba, no cuando estaba fallándome a mí misma.

Él miró hacia delante, fijando la vista en el estanque de los patos. Cerró los ojos con fuerza, sus patas de gallo se marcaron.

—Lo siento —dije.

Asintió con la cabeza una sola vez.

—No voy a tomar ninguna decisión sobre irme pronto. Me quedaré por aquí. Pero me mantendré al margen y evitaré lugares como el Maven y similares.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—Que le den a eso.

—¿Q-qué?

—No voy a tener esta conversación en la que me cuentas todas las formas en que planeas huir y esconderte. ¿Cuál es tu plan, Emma? ¿Convertirte en una ermitaña en tu apartamento destartalado todos los días después del trabajo? ¿Irás a trabajar o incluso eso te parecerá demasiado vivir una vida real?

Me quedé paralizada, como si me hubiera dado una bofetada.

En cierto modo, así fue.

—No tienes derecho a decirme cómo procesar mis sentimientos, James.

—No, pero desde luego puedo decirte qué voy a hacer con la mierda que me estás soltando ahora mismo —continuó, ignorando mi boca abierta—. Porque eso es esto: mierda. Tienes miedo y estás reaccionando desde el miedo. Pero no me rendiré porque sé que esto es real. Tú eres real. Así que te daré tiempo y espacio por ahora. Pero no tardes mucho, Emma.

Se levantó y se alejó, abandonándome en mi banco alienígena.

Capítulo 68
Emma

Me tapé los ojos con la sábana y fingí no oír los golpes en la puerta. Llevaban un rato y quien estuviera ahí fuera no había recibido el mensaje de que se fueran.

Me puse unas zapatillas de suela dura y arrastré el edredón conmigo, caminando despacio hasta mirar por la mirilla.

—¡Abre! Sabemos que estás ahí. ¡Vemos la sombra de tus pies!

Gruñendo, abrí la puerta de un tirón y me aparté para dejar entrar a Kristi y Jill.

No hablé, solo caminé hasta mi sofá lleno de bultos y me tiré en el cojín, con la manta sobre la cabeza. Si iban a ser maleducadas y aparecer sin avisar, no me molestaría en hacer de anfitriona.

—¿Qué tal va todo, Reina de la Manta? No te hemos visto mucho en el trabajo últimamente —dijo Kristi.

Había terminado con James hacía tres días.

—He estado allí. Solo que ocupada en mi despacho. Trabajando.

—Con la puerta cerrada y con llave, que nunca la cierras. Te estás escondiendo.

Kristi no se equivocaba. Había llegado temprano y salido tarde, encerrada en mi escritorio todo el día. Era la escapatoria de una cobarde, y joder, me enfadaba aún más estar haciendo justo lo que James dijo que haría.

Era casi como si me entendiera.

Jill se acercó al sofá y dejó caer su culo en el brazo de cuadros.

—Puedes hablarnos, Emma. No estamos aquí para juzgarte.

¿Diría lo mismo si le contara que rompí el corazón de su hermano? ¿Que estaba barajando la idea de volver con mamá y papá y dejar Greyport atrás?

—¿Has hablado con tu hermano últimamente? —pregunté.

No servía de nada fingir que no moría por saberlo.

—Sí. Fue inútil. Me dijo que viniera a hablar contigo.

—¿Se veía… bien?

—Ay, no, no vas a hacer eso. —Jill agitó el dedo como si me regañase—. Si quieres saber algo, más te vale darnos más que migajas. Oímos que Harry os pilló a ti y a James en la fiesta. Mal momento, pero tenía que enterarse tarde o temprano, supongo. Pero ellos dos hablaron y parece que están mejor que nunca. Entonces, ¿por qué mi hermano y tú estáis tan miserables y apagados?

—¿Y por qué nos ignoras? Somos tus amigas, Emma. No te vamos a juzgar por lo que pasó con James —dijo Kristi.

Apreciaba el esfuerzo, pero…

—Sois su amiga y su hermana. No quiero hacer las cosas incómodas para nadie. Es mejor que sea yo quien se aparte.

—Emma, Kristi y yo hemos querido conocerte desde que te vimos el primer día en la biblioteca. Nos hicimos amigas de ti, independientemente de tu relación con James o Harry. Ahora, a menos que le hayas hecho algo gravísimo a mi hermano, como, no sé, secuestrar a su perro, o…

—James no tiene perro —interrumpió Kristi.

—Tiene alergia —dije. Ya había descartado mentalmente esa opción de mi lista cuando me lo contó.

—Era un escenario hipotético —dijo Jill—. De nuevo, a menos que hayas hecho algo imperdonable, seguimos siendo tus amigas. Así funcionan las amistades. Ahora, ¿nos vas a contar qué pasó? Por favor.

Me froté la cara, dejando caer la manta por debajo de mis hombros.

—La mañana después de la fiesta, le dije que no podía estar con él. No… no creo que sea el tipo de persona que se merece. Él tiene tanta confianza en mí, en nosotros, y yo no, no la tengo. Quiero decir, mira, apenas he conseguido nada de mi lista, y él tiene un negocio, una casa y un pueblo entero que lo quiere. Mientras, yo tengo un coche estropeado, un apartamento de mierda y…

—Voy a pararte antes de que te vayas más abajo. ¿Qué lista?

—No es nada, en serio. Solo algo que escribí cuando me mudé a Greyport. Tareas para ayudarme a encajar y a instalarme.

Es parte de por qué acepté ese estúpido plan con Harry.

—Dámela —dijo Kristi moviendo los dedos.

—Está en mi habitación.

—Pues ve a por ella. Esperaremos.

—¡Yo os serviré una copa de vino! —dijo Jill mientras saltaba y corría hacia la cocina.

Menos de un minuto después, nos apretujamos juntas en el sofá, yo sujetando aquel papel arrugado y Jill repartiendo copas de tinto.

—Aquí está. —Le di el papel rayado a Kristi, que lo leyó en silencio antes de pasarlo. Yo me centré en beber mi copa de valor líquido.

—Eh, ¿Kristi? —dijo Jill primero.

Yo no alcé la vista, pero sabía que ellas se daban cuenta de que las escuchaba.

—¿Sí, Jill?

—¿Soy solo yo o nuestra maravillosa amiga Emma ya ha hecho casi todo de esta lista?

Me levanté, quitándome la capa de edredón.

—¡No es cierto! No he hecho nada de eso. Ni siquiera recuerdo pagar mis facturas. Soy un desastre. James no necesita eso en su vida, no cuando está tan ocupado y centrado en su familia y en su empresa. Me niego a ser el tipo de pareja que lo necesita todo el rato sin dar nada a cambio. Si no puedo terminar un estúpido conjunto de tareas, ¿cómo voy a ser adulta en una relación?

Kristi levantó la página a la altura de los ojos.

—Punto uno: hacerte amiga de tus compañeros de trabajo. Hecho. Lo has hecho, y no habrá más debate. Intentaré no tomarme a mal que no lo tacharas antes. Dos: unirte a un grupo. Quiero decir, has salido con el grupo de la biblioteca un par de veces, ¿no? Y la noche de trivia con Harry y esos tontos. Eso cuenta.

Crucé los brazos, pero reconocí el punto con un asentimiento tenso.

Jill arrebató la lista con un movimiento del brazo y siguió.

—Saltándonos lo del gimnasio y lo de la liga deportiva, porque eso no va contigo y no finjamos lo contrario. Espero que estés preparada para abandonar la idea del perro. La alergia de James es feroz, se le hinchan los ojos y todo. Pasear por el mercado local. Cuento el desfile de Navidad para eso. Ir de excursión. Es pleno invierno, pero digo que patinar sobre hielo cuenta. ¿Qué dices tú, Kris?

—Totalmente.

—Decir SÍ a todo. Eso me gusta. ¿Cómo va eso, Emma? — dijo Jill.

Apreté los dientes.

—No muy bien. Fue el detonante de todo el desastre de Harry y James.

—Pero mira dónde te ha llevado. Si el propósito de la lista era hacer amigos, ¿no los has hecho? Estamos aquí, ¿no?

Miré cómo mis amigas, que lo eran, tachaban líneas con tinta azul en la lista que tan cuidadosamente había elaborado meses atrás. Era casi… liberador, de alguna forma.

—Emma, si lo piensas, ¿qué dice este papel y lo que haces o no haces de él sobre quién eres como persona? —preguntó Jill—. Es un punto de partida, y veo que te motivó cuando lo necesitabas, pero no está personalizado para ti. Es, como, un consejo genérico de vida que ya hiciste a tu manera. Eres una chica normal de veintiséis años que acaba de terminar su máster en ADE y se adapta a un pueblo nuevo. No estás defectuosa. No necesitas una lista, y seguro que no necesitabas a Harry para valer algo.

—Jill tiene razón. A mí también me costó cuando llegué. Soy un poco rara, un poco diferente, pero encontré a mi gente. Y parece, espero, que tú también has encontrado a la tuya. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Vale —dije, con la voz rota.

—¿Te sientes mal contigo misma cuando estás con James? Porque si es así, Jill y yo nos callamos, y no decimos ni una palabra más de él.

Negué con la cabeza rápidamente.

—No. No. Me siento segura, divertida y protegida con él.

Pero quiero que él se sienta así consigo mismo cuando está conmigo, y no sé si puedo darle eso.

—Emma, odio sacarlo, porque James es mi hermano, y puaj, pero se lio contigo en un armario. Normalmente, el hombre es un robot con tres modos: preocuparse, trabajar y hacer ejercicio. Eso es todo. ¿De verdad crees que no se siente seguro o divertido contigo?

—Yo… E-eso es solo sexo.

—Entonces, si te doy uno de esos consoladores gigantes que vendo, sería lo mismo, ¿verdad?

—Bueno… no.

—Entonces, no es solo sexo.

—No —susurré—. Me dijo que se está enamorando de mí.

—¡Claro que se está enamorando de ti! ¡Eres increíble! Ahora te toca a ti creerle.

—Suena tan fácil cuando lo dices así.

Kristi se encogió de hombros.

—Quizá podría ser fácil. ¿Crees que todo el mundo tiene su vida arreglada cuando conoce a su persona? ¿O que es un trabajo en progreso para todos?

—Tienes razón. Solo… necesito tiempo. —La forma en que habían diseccionado mi manta de confort, la lista, en menos de diez minutos me había dejado aturdida.

—Bueno, no tardes demasiado. Si conozco a James, cuando se decide, no cambia de opinión.

Mis ojos se encontraron con los de Jill.

—¿Qué quieres decir? —Sonaba vagamente… amenazante.

Ella sonrió, con ángulos afilados y mostrando los dientes.

—¿Por qué no hablas con él y lo descubres por ti misma?

—Lo… consideraré.

—Es bastante increíble, ¿eh?

Sonreí con lágrimas en los ojos. El vino me estaba poniendo sentimental.

—Muy increíble.

Jill se acercó para tomar mi mano. Kristi cogió la otra, envolviéndome entre las dos.

—Gracias a las dos.

—Para eso están las amigas.

—Kris, qué *cliché* más cutre —dijo Jill.

—Sí, ¡pero es verdad! Los *clichés* son *cliché* por algo.

Reí por primera vez en días.

—¿Puedo contaros una historia? Es un poco triste, pero quizá tiene un final aceptable, después de todo.

Capítulo 69
Emma

Maldije a Jill y Kristi mientras bajaba los escalones hacia Greyport Grinds, arrepintiéndome de esa última copa de vino. Pero necesitaba ese valor del líquido, sobre todo para contar la historia de mi accidente y recuperación. Para mi sorpresa, me había resultado más fácil hablar de ello desde la primera vez que lo hice con James, como si mi cuerpo ahora supiera que exponerme a la cruda realidad de mi pasado en un entorno seguro era algo manejable.

Mis amigas habían sido comprensivas, empáticas, solidarias. No intentaron minimizar mi experiencia ni me miraron con pena, como tanto temía. Terminamos la noche entre risas cuando Kristi hizo de Tracy y yo practicaba cómo pedir una silla nueva para el escritorio. Cuando las dos se fueron, alrededor de la medianoche, Jill me abrazó fuerte, susurrándome que no me subestimara.

Con eso en mente, me detuve en el umbral de Grinds y abrí la lista de contactos en mi teléfono. Navegué hasta el hilo de mensajes que necesitaba.

EMMA: No me gustó cómo terminaron las cosas el otro día.

¿Te gustaría venir a mi próxima sesión con Talisa?

MAMÁ: Me encantaría, cielo. Te amo.

La respuesta fue instantánea.

Envié la información para mi próxima cita virtual con la terapeuta antes de entrar en la cafetería llena.

Un molinillo de café zumbó cuando me acerqué al mostrador, enviando un pinchazo de presión a mi ya dolorida cabeza. Apreté los dientes y di mi pedido a la barista, una estudiante de la universidad de Greyport con una camiseta que ponía «Brew Me Daddy» en el pecho. La joven me miró sorprendida, así que intenté sonreír. La rapidez con la que me mandó esperar al final del mostrador me dijo que no funcionó.

La puerta se abrió de golpe y una ráfaga fría recorrió la cafetería mientras esperaba mi café. Tomé los extremos de mi abrigo para cerrarlos

más.

Mi abrigo hermoso, cálido y caro. Comprado por alguien en quien no podía dejar de pensar. A quien no podía dejar de echar de menos, aunque lleváramos menos de una semana separados.

¿Se había lanzado de lleno al trabajo manteniendo la misma rutina rígida? ¿Se estaba acordando de divertirse y vivir un poco?

—¡Pedido para Emma! —Me acerqué a coger mi *latte* y me dirigí a la puerta. Estaba preparada para otro día de hibernar en mi despacho, aunque esta vez menos para esconderme y más por la molesta resaca.

—Ey.

Me congelé.

—Ey, Harry.

—¿Cómo estás?

—Mmm. No muy bien, para ser sincera. —Me giré un poco hacia la izquierda, mirando el cartel fluorescente de salida.

Harry seguía justo en mi camino. No leía mi lenguaje corporal —no como lo habría hecho James—.

—Siento mucho si arruiné algo para ti en la fiesta. James no tiene novia.

—Sep. Lo sé.

Ambos asentimos.

—Bueno, nos vemos por ahí.

Logré salir por la puerta y avanzar un poco por la acera antes de que sus pasos pesados sonaran detrás de mí.

—¡Emma, espera!

Me detuve, pero no me molesté en darme la vuelta.

—¿Qué pasa, Harry? Tengo que ir a trabajar.

—Solo quiero decirte una cosa y luego te dejo en paz.

Finalmente me giré hacia él.

—Vale —dije, cruzándome de brazos.

—Deberías venir al taller de James esta noche a las seis.

—¿Por qué? —Confiaba en Harry tanto como podía lanzarlo, y él era mucho más grande que yo, así que no podía lanzarlo muy lejos.

—¡Ni siquiera estará allí! Te lo prometo. Hay algo que tienes que ver.

—Harry, no es por ser borde, pero llevas mintiendo desde que te conozco. No eres muy de fiar.

—Eso es… bueno, en realidad es muy justo. Y está bien. Fue una trampa. ¡Pero es por una buena razón! Bueno, ¿qué tal si…?

Oh, mierda, perdona, mejor cojo esta llamada.

Casi aproveché para irme mientras atendía el teléfono, pero vi que su cara palidecía y escuché una voz frenética y atropellada al otro lado.

¿Así se sentirían mis padres el día que recibieron la llamada sobre mi accidente?

—Vale. Vale. Iré tan pronto como pueda. —Harry colgó y miró hacia arriba, aturdido.

—¿Qué pasa, Harry? —Mis labios estaban entumecidos.

—Era Ben. James se ha hecho daño. Tengo que ir al hospital.

Capítulo 70
James

Estaba frente a la mesa de recepción en la sala de espera, moviendo el pie mientras buscaba a Harry. El cabrón tardaba una eternidad en llegar, y la enfermera me había dicho que necesitaba que alguien me recogiera.

Lo que la enfermera no entendía era que yo necesitaba llegar a casa, necesitaba acabar un proyecto importante.

En vez de trabajar, estaba atrapado en el Hospital de Canal Town con puntos que recorrían la base de mi pulgar. Había sido descuidado al usar la sierra de mesa —no por primera vez— y tenía las cicatrices para demostrarlo. Me habían dado analgésicos mientras me trataban y no querían que condujera.

Habían pasado dos horas y me sentía bien. Tuve la suerte de evitar daños graves y no necesitaría más intervención. Mi mayor problema era el lento de mi primo y que se me desbaratara el horario. Mi mano no sería mucho impedimento para lo que me quedaba, siempre que la vendara bien y usara mis guantes más grandes.

Me arrepentía de no haber insistido en que Ben me recogiera, pero tenía una reunión con un cliente.

Oí una zapatilla chirriar sobre el suelo amarillento, que me hizo alzar la vista y vi a Harry girando la esquina del vestíbulo que daba a la sala.

—¿Por qué has tardado tanto? Llevo esperándote una eternidad.

—¿Qué? Ben me llamó hace como veinte minutos. He llegado tan rápido como he podido.

—Solo vámonos.

—¡Harry! Caminas demasiado rápido. Nunca he estado aquí antes.

Me detuve. Supe que esa era la voz de Emma antes de que apareciera.

—¡Tío! ¿Por qué no me avisaste de que ella estaba aquí? —le dije a Harry, en pánico. Quería ver a Emma. Siempre quería verla. Pero tenía planes que no incluían la luz del hospital ni el sonido de alguien atragantándose.

—Ella insistió, casi tanto que daba miedo. Estaba con ella cuando Ben llamó, y prácticamente tomó el control.

Claro, Emma entró en la sala casi marchando. Su rostro, pálido y pecoso, se veía serio y decidido.

Nunca la había visto más hermosa.

Ya no me arrepentía de que Harry fuera quien me recogiera.

Ella levantó la vista y nos miramos a los ojos. Juraría que sus labios temblaron un poco antes de echarse a correr.

Solté un «uf» cuando se estampó contra mí, enterrando la nariz en mi pecho.

—Estás bien —dijo, dándome palmaditas por todo el cuerpo, como asegurándose de que seguía entero. ¿Y estaba llorando? —Sí. Estoy bien. Solo me han puesto algunos puntos.

Levantó la cabeza —sí que estaba llorando— y la hundí un poco más en el abrazo. No iba a soltarla ahora que la tenía de nuevo.

—¿Puntos?

Le mostré la mano vendada.

—Sep.

La vi con fascinación mientras ella se dirigía a mi primo.

—¿No pensaste en decirme que la lesión de James se trataba con unos puntos en la mano, Harry? —Su voz sonaba inquietantemente cortés.

—Eh, ¿no?

—¡Habías hecho parecer que estaba gravemente herido!

—Bueno, pudo haber sido peor, ¿no? Podría haber perdido mucha sangre o algo así.

—Harry, ve a traer el coche más cerca para que James no tenga que andar tanto.

—No tiene puntos en los pies.

—Harrison. Coche. Ahora. —Le lanzó un mando negro con un llavero morado peludo. Él logró cogerlo justo antes de que le diera en la cara.

—Aj. Vale.

Estábamos solos… bueno, lo más «solos» que se está en una sala de espera de hospital.

Me balanceaba en mis botas de trabajo, abrí la boca para hablar, para confesar cuánto la había echado de menos, lo maravillosa que era, cómo la

luz que entraba por el muro de ventanas la hacía parecer un ángel.

Quizá los medicamentos que me habían dado eran más fuertes de lo que pensaba.

—Podemos hablar luego. ¿Te han dado los papeles de alta?

Le mostré las manos vacías.

—Nop.

Se dirigió al mostrador de recepción. Dos minutos y algunos momentos de señalarme agresivamente después, volvió con una hoja grapada.

—Hay un antibiótico con receta esperándote en la farmacia Magritte. Lo recogeremos antes de dejarte en casa.

La miré sin palabras, y quizás todavía un poco drogado. Ella negó con la cabeza.

—Ahora, caminemos. Aquí, agárrate a mi brazo. Estás un poco pálido y los dos sabemos que no soy lo bastante fuerte para sostenerte si te caes.

—Emma, espera. Dame un segundo —dije, sujetándola con la mano sana.

Ella miró hacia atrás y esperó a que siguiera.

—Cuando me dejes en casa, ¿te quedarías un rato? Tengo algo que enseñarte.

No había terminado mi proyecto, pero al verla allí delante, con esa luz cayendo sobre ella, me di cuenta de que no importaba si todo estaba perfecto y acabado o no. Quería que estuviera presente para el progreso. Quería estar presente para su progreso también.

—Esto que quieres enseñarme… —Su boca se torció—. No será una palabra para referirte tu polla, ¿no?

Reí a carcajadas, de alguna manera, ahí con la mano adolorida y un niño gritando en brazos de su padre.

Puse mi corazón en sus manos.

—Joder, Emma. ¿Lo harías? ¿Vendrías a casa conmigo?

Capítulo 71
Emma

La respuesta había sido fácil, al fin y al cabo.

«Di SÍ a todo». ¿No era ese el sentido de todo esto?

Seguí a James, que me tiraba de la mano, por los adoquines de su jardín y por el camino hasta su taller, donde ponía todo su corazón en su oficio.

Habíamos dejado a Harry en su nuevo apartamento —sin yo prestar mucha atención— antes de terminar el resto del trayecto hacia la casa victoriana azul en silencio. Más tarde hablaríamos sobre que Harry se había mudado por fin. Pero los dos sabíamos que esa conversación podía esperar.

James se detuvo en la puerta del granero reformado.

—Estaba intentando pensar en algo profundo que decir, pero creo que es mejor que te lo enseñe.

Mis labios temblaron al esbozar una pequeña sonrisa.

—Me estás poniendo nerviosa.

—No hace falta. Confía en mí.

El taller estaba oscuro cuando la puerta se abrió rodando. Las formas familiares de las mesas de trabajo y herramientas se hicieron visibles a medida que mis ojos se acostumbraban a la poca luz.

—Está al fondo, por aquí.

Me guio hacia una zona más pequeña en la parte trasera del granero, donde guardaba los proyectos terminados. Encendió la lámpara del techo.

¡Fuuush!

Fue el sonido de mi corazón cayendo directamente fuera de mi pecho y en el regazo de James Klein.

Era el banco perdido. Mi banco. Aún desgastado y decolorado, pero reforzado ahora, remendado.

Miré a James, que se apoyaba en la pared, con un hombro alzado. Tan tranquilo y casual.

—¿Cómo? ¿Cuándo? Había desaparecido.

Se frotó la nuca.

—Yo, eh... contacté con el departamento de parques del pueblo. La madre de Ben conoce a alguien allí. Iban a desmontar todos los bancos viejos para reciclar la madera. No fue tan difícil conseguirlo.

—Pero… pero había terminado las cosas contigo. ¿Te molestaste en buscarlo y arreglarlo incluso después de eso?

El calor en sus ojos desmentía su postura relajada. La nuez en su garganta subió y bajó.

—Te dije que no iba a rendirme. ¿Creíste que no lo decía en serio?

¿Lo había pensado? Esa parte insegura y autocompasiva de mí sí. Pero se podía confiar en James. Era leal. Era firme y nunca, jamás, soltaba lo que era importante para él. No había duda en mi mente sobre eso. Pero de algún modo, me había perdido en mis pensamientos por el camino.

Me enderecé desde donde estaba agachada, mirando su trabajo. James sostuvo mi mirada, esperando mientras daba un paso hacia él.

—Sé que lo decías en serio.

Carraspeó y pasó junto a mí para ponerse en cuclillas junto al banco.

—Aquí, en esta parte, todavía quiero hacer algo. Dijiste que te gustaba que estuviera más desgastado, así que no le estoy haciendo mucho, solo algunas reparaciones y parches donde está…

—James —le eché un vistazo, sonriendo al notar la piel sonrojada que asomaba por encima de la línea de su barba oscura—.

¿Estás nervioso?

Se acercó a mí, imponente, con el puño vendado apretado contra el pecho.

—Nervioso se queda corto. Nunca he estado más aterrorizado en toda mi jodida vida. No es perfecto, pero tienes que saber lo que significa este banco, Emma. Tienes que saberlo. No puedo superar que la primera vez que te dije que te amaba todo se fuera a la mierda y te fueras. Te estoy viendo, aquí delante de mí, y ni siquiera puedo creer que seas real. No quiero volver a ver cómo te vas, jamás. Así que sí, voy a alargar una conversación sobre los arreglos de un banco. Te hablaré de diferentes tonos de barniz para madera. Joder, te haré ayudarme a organizar mis cajones de tornillos, mientras eso te mantenga aquí conmigo.

Apoyé una mano temblorosa en la cálida mejilla de James.

Una caliente lágrima salada se deslizó por mi labio.

—Iba a decirte que quería intentarlo de nuevo en cuanto te vi en el hospital. Porque cuando Harry me dijo que algo te había pasado, me di cuenta de que no quería perder ni un segundo más. Greyport es mi hogar. Tú eres mi hogar. Así que sí, entiendo lo que significa el banco, y lo amo. Pero, sobre todo, te amo a ti.

Me agarró por las caderas —todo lo que su mano herida le permitió— y me levantó. Enrosqué las piernas alrededor de su fuerte cintura y entrelacé los brazos tras su cuello. Besé sus párpados cerrados antes de trazar besos suaves por su rostro y, al fin, en sus labios.

Su gruñido llenó el granero mientras yo lamía su boca.

—Santo cielo, mujer, me estás torturando. Aunque me encantaría dejarte desnuda aquí mismo, estoy un poco colocado con los analgésicos.

Le tiré suavemente de la barba, regañándolo.

—¿Por qué no habías dicho nada? ¡Deberías estar en la cama, descansando!

Solo sonrió, amplia y orgullosamente.

—Tengo justo lo que necesito.

Capítulo 72
James

Una siesta después, estaba sentado en la isla de la cocina, con el culo en un taburete, mientras veía a Emma prepararme la comida. No recordaba la última vez que alguien había cocinado para mí, pero con ella no se sentía extraño. Era justo lo que necesitaba.

—¿Tienes que ir a trabajar? —pregunté. La parte egoísta de mí esperaba que no, pero era mediodía de un miércoles. No esperaba que se tomara todo el día libre para ocuparse de mí.

Ella levantó la vista del fuego donde le daba la vuelta a un sándwich de queso a la plancha.

—Nop. Llamé a Tracy cuando Harry y yo íbamos hacia el hospital. Le dije que no iría a trabajar hoy. Supuse que no sería muy útil allí, independientemente del estado en que estuvieras.

—Vaya. Eso me suena a que quizá me quieres un poco.

—No te creas tanto, Klein. Toma, come tu comida. —Me puso un plato delante en la encimera.

—Quizá necesite que me des de comer. Está muy quesoso y solo tengo una mano funcional. —Hice un gesto abrazando mi palma vendada contra el pecho.

Tuvo el efecto deseado: hacer reír a mi chica. Pero ella siguió y lo hizo igual, alternando bocados del pegajoso queso fundido con mordiscos de su propio sándwich.

Cuando terminamos, las manos de Emma y mi barba eran un desastre. Se acercó y sacó la lengua, fingiendo lamer una gota de *cheddar* derretido de mi cara antes de cambiar de dirección y limpiarla con una servilleta.

—Te quiero, pero no lo suficiente para lamer la comida de tu cara.

—¿Prefieres otra cosa en la boca? —dije mientras la levantaba de la silla y la cargaba a caballito hasta el salón.

—Dios mío. No has dicho eso —dijo entre ataques de risa mientras nos acomodábamos en el sofá.

—Eh, no siempre soy un estirado.

Se quedó quieta.

—No creo que seas un estirado. Lo sabes, ¿verdad?

Me aclaré la garganta. Esta era la parte difícil de estar en proceso de cambio, admitir una inseguridad y simplemente… confiar en que ella la aceptara.

—Una parte de mí quizá siempre tenga miedo a que la gente piense eso de mí. O que solo quieran que esté ahí por lo que hago por ellos y no por mí. Nunca seré el alma divertida y espontánea de la fiesta con *hobbies* interesantes. —No como Harry—. Me gusta mi trabajo y currar. Ir al gimnasio y cocinar. No hay mucho más sobre mí que eso. Soy aburrido.

Ella se movió para sentarse a horcajadas sobre mi regazo.

—Eres brillante y cariñoso. —Me dio un beso suave en la frente—. Creativo. —Otro beso en el pómulo—. Muy divertido en secreto. —Otro en la comisura de los labios—. Desgarradoramente sexy. —Se apartó para mirarme a los ojos. Pude ver el marrón fundido con su borde dorado—. Y estoy enamorada justo de quien eres. No necesitas ser alguien salvaje y fiestero para hacerme feliz. Sólo sé tú mismo.

—¿Cómo he tenido tanta suerte? —dije, medio para mí.

—Yo también tengo miedo, James. Quizá siempre tema no estar a la altura de lo mucho que lo tienes todo bajo control. Que descubras que soy demasiado desastre para estar contigo. Que… mis lesiones puedan empeorar con el tiempo y acabe siendo una carga para ti.

—Ey —dije, subiendo las manos para acunar su cuello—. Así como tú estás enamorada de quien soy aquí y ahora, yo siento lo mismo por ti. Hiciste algo, mudarte aquí, que yo nunca tuve el valor de hacer. Hoy tomaste el mando, ordenaste a Harry como una jefa, te aseguraste de que yo durmiera y comiera. Nadie nunca había hecho eso por mí, no desde mi madre.

Hice una pausa, la pesadez del momento me golpeó como una tonelada de ladrillos.

—Emma, tus preocupaciones por tu salud… son reales, y no sabemos qué traerá el futuro. Pero creo… creo que cuidar a mi madre en sus días más difíciles, me mostró que puedo hacerlo. Ser cuidador. Es algo en lo que soy bueno. Así que, si alguna vez tenemos que afrontar ese camino, lo haremos juntos, hablaremos y tomaremos decisiones, y hablaremos de

nuevo si hace falta. Pero nunca estarás sola ni serás una carga. Tengo los ojos bien abiertos. Eres lo que quiero. Por el tiempo que me quieras.

Ella se inclinó y juntó su frente con la mía. Una lágrima rodó por su mejilla hasta mi muñeca.

—Y luego dices que no tienes labia.

Una profunda risa surgió de mí.

—Supongo que tú sacas una faceta diferente de mí.

Ella sonrió, viéndose adormilada y feliz.

—¿James?

—¿Sí?

—¿Qué tan ido estás ahora mismo?

Me ardieron las orejas.

—Nada desde la siesta. Ya se pasó el efecto de la medicina.

¿Por qué?

Un destello travieso emergió en su mirada.

—¿Puedo hacerte sentir bien?

Mi cerebro cortocircuitó.

—¿Eh?

La risa tintineante de Emma resonó en la habitación mientras se bajaba de mi regazo, ponía una mano sobre mi pecho y me empujaba hasta que mis omóplatos tocaron el respaldo del sofá.

—Relájate —susurró.

Después de eso, le siguió el clic de la hebilla de mi cinturón, la cremallera de la bragueta, un movimiento de caderas y los labios y la lengua de Emma. Todo lo demás fue un recuerdo lejano.

Capítulo 73
Emma

—Tu cama es jodidamente increíble.

Rodé de un lado a otro sobre el colchón, balanceándome como una canoa tambaleante mientras me acurrucaba más entre las mantas de James.

Habíamos echado otra siesta después de que se la chupara con ganas. No había quedado muy funcional después de terminar, lo cual había sido la mezcla de los sucesos del día y de mis sobresalientes habilidades orales.

Él me sonrió mientras se ponía un par de pantalones de chándal grises —dulces, benditos pantalones de chándal grises— sobre su firme culo. No llevaba ropa interior. Nunca me quejaría de su rígido horario de gimnasio.

Especialmente teniendo en cuenta su ridícula resistencia.

—Eso es porque estás acostumbrada a una cama pequeña.

—No es tan pequeña. Es solo que tú eres un gigante.

—Mido metro noventa y ocho. Para mí solo vale una cama California King.

—Bueno, espero que no te importe una visita frecuente. Sé que acabas de sacar a Harry de aquí y meterlo en su propio apartamento.

Se sentó y puso un mechón de mi pelo detrás de mi oreja con su mano buena.

—Será mejor que estés aquí todas y cada una de las noches de la semana.

—Mi contrato de alquiler no termina hasta dentro de unos meses. Y debajo de mi apartamento hay una cafetería.

—Te compraré una máquina para hacer *lattes*. Por cierto, ¿cuándo es tu cumpleaños? Será uno de tus regalos.

—¡James! Hablo en serio. No puedo mudarme de inmediato.

—Es broma, más o menos. Pero si necesitas que vaya más despacio, lo haré. Pero no creas que no tomaré la oportunidad de tenerte conmigo todas las noches en cuanto estés lista. Por ahora, iremos alternando. Anda, ¿cuándo cumples veintisiete? —preguntó mientras me pasaba los nudillos por debajo de la barbilla.

Me aparté de las mantas y me senté a su lado.

—Emmm. ¿La semana que viene?

—¿Es una pregunta?

—Nop.

—En ese caso, más me vale ponerme con tu regalo.

—No, no, no. No me vas a regalar nada. Te pasaste con el abrigo y las botas en Navidad. Y el libro y el banco. Lo que quiero de verdad para mi cumpleaños es que te tomes una semana libre del trabajo. Que descanses la mano. Que me dejes mimarte.

—¿Esos mimos incluyen más de ese tratamiento que me diste en el sofá?

Me incliné y le besé la mejilla, justo por encima de la línea de su barba.

—Podría ser, si te portas bien. Empezando ahora. Ve a encender la tele y relájate. Yo preparo la cena.

—Podemos pedir comida a domicilio.

Ya me había levantado y salía de la habitación con mis calcetines peludos.

—Me muero por usar tu cocina de lujo. No puedes impedírmelo.

—Sí, sí, sí. Sigue así, mocosa. Cuando pueda usar las dos manos otra vez, ese culo será mío.

—Cuento con ello.

—Ya, no puedo comer ni un bocado más.

—¿Y qué tal estaban? —pregunté mientras miraba a James, con la barbilla apoyada en el puño, mientras él se acababa el último bocado de un taco crujiente.

—Buenísimos. ¿Con qué sazonaste la carne?

Como pedí, James se había recostado en su sofá de cuero marrón para ver… el Food Network. Confiaba en que yo me encargara de la cena sin estar él encima.

—Solo una mezcla de cosas que encontré en la despensa.

—¿Necesitas ayuda para limpiar? No sé cuánto podré fregar con esta venda, pero puedo intentarlo.

—Nop. Me gusta limpiar mientras cocino para que no se descontrole. ¿Te sientas y hablas conmigo mientras guardo las sobras?

—Siempre que no te importe que te mire como un pervertido.

—Mira cuanto quieras.

Metí las sobras del taco en recipientes de cristal —James tenía lo mejor para conservar la comida— mientras hablábamos de temas mundanos y cotidianos. Él sonreía todo el rato, de oreja a oreja.

Yo causaba esa sonrisa. Yo.

Lo hacía sentirse seguro y lo cuidaba. Hoy entré en un hospital, mandando los traumas y el miedo a la sangre a tomar por culo, y lo gestioné como una campeona.

Era una chica dura de primera.

El móvil sonó donde se estaba cargando junto a la nevera.

Era el tono reservado para videollamadas de mis padres.

—¿Quieres cogerlo?

—Son mis padres. ¿Te importa estar en una videollamada?

—¿Y a ti? No quiero que te preocupen sus opiniones sobre nosotros. Ya sabes, lo de que estés con el primo de tu ex.

Me acerqué al teléfono, desenchufando el cable del cargador.

—Me di cuenta cuando me encontré con Harry en Greyport Grinds de que a nadie en el pueblo le importa que salgamos juntos. La reacción patética de Mark y mi inseguridad me descolocaron un momento.

—Mark es un imbécil.

—No me vas a oír discutirlo. —Deslicé para contestar la llamada entrante—. Hola, mamá. Hola, papá.

—¡Hola, cariño! Parece que no estás en casa. ¿Quieres llamarnos en otro momento, mejor? —preguntó mamá. Me sorprendió que me diera la opción y no me interrogara sobre dónde estaba.

—Es un buen momento para hablar. Anda, saluda a James.

—Me senté a su lado, rozando sus hombros.

—Hola… ¿James?

Los ojos de papá se cruzaron con los de mamá, y me reí de sus caras de sorpresa. No me daba reparo vacilar a mis padres de vez en cuando.

—¡Sorpresa! Sabéis que os dije que lo mío con Harry no funcionó…

Mi madre dejó escapar un chillido poco característico y le dio un golpecito en el brazo a mi padre.

—Espero que eso fuera un chillido bueno —murmuró James, fuera de cámara.

Me mordí el labio para contener la sonrisa. Definitivamente era una buena señal.

Les di a mamá y papá la versión abreviada de cómo James y yo acabamos juntos, sin contar que mi relación con Harry era falsa. Siempre habíamos dicho que entre nosotros no había nada serio, así que juntarme con James tras conocerlo tenía sentido y se veía natural. En realidad, no estaba lejos de la verdad. Quizá algún día contaría toda la historia, pero aún no estaba preparada.

La lesión de James atrajo preguntas, naturalmente. En la pantalla, mis padres, acurrucados en su mesa ovalada, reflejaban a James y a mí en la isla de la cocina. James nunca monopolizó la conversación, dejándome llevarla. Al mismo tiempo, no me dejó sola para cargar con la llamada. Dudo que supiera ni qué estaba haciendo. Llevaba el papel de novio como una segunda piel.

Cuando terminé la llamada, puse mis dedos con suavidad sobre su venda blanca.

—Gracias por eso.

—De nada. Ha sido fácil. Solo deseo que hubieras conocido a mi madre también.

Subí mi mano para acunar su mejilla.

—Puedes contarme todo sobre ella.

—Lo haré. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Epílogo
Seis meses después

Emma

—¡Harry! ¡Date prisa! Él va a llegar en cualquiermomento, y tienes que haberte ido ya.

Daba vueltas en el rellano de las escaleras de la casa victoriana mientras Harry se tomaba su tiempo en el baño de arriba.

—Bueno, ya voy. Tenía muchas ganas de hacer pis. He estado aguantando tres horas. Prometo que saldré antes de que llegue. —Harry se detuvo y me miró al salir al pasillo—. Espera.

¿Estás nerviosa?

Un sonido ahogado salió de mí mientras imitaba un gesto de ahogo delante de su cara.

—Nop. Para nada.

Alzó las cejas.

—Uh, claro, porque suenas totalmente normal y para nada como una loca ahora mismo. Sabes que él va a estar ridículamente feliz con esto, ¿no?

—¿Te ha dicho algo al respecto? ¿Crees que sospecha? ¿No crees que es demasiado pronto?

—No lo sé, no soy un detective raro como Kristi.

—Ella prefiere decir «intuitiva».

—Bueno, como lo quieras llamar, yo no lo soy. Él ha estado actuando como siempre, por lo que veo. Mejor pregúntale a Jill. Mencionó que le pidió que pasara a ayudar con ese armario pegajoso en su edificio.

Jill había comprado un edificio en ruinas hacía varios meses. Era un tema delicado entre ella y su hermano, porque estaba lleno de problemas. Yo me mantenía al margen del lío y les dejaba resolverlo a su ritmo.

—¿Está todo listo? —pregunté.

—Todo. Eso pesaba un montón, y espero que tú y James estéis en mi próximo torneo de bolos para dar las gracias.

—Harry, si sale bien, estaremos allí con carteles y camisetas, no te preocupes.

Una sonrisa tonta, como de cachorro, iluminó su rostro.

—En serio, estoy muy contento por vosotros dos.

Le respondí con una sonrisa. Habíamos pasado fácil de fingir que salíamos a una amistad real.

—Lo agradezco, Harry. Ahora, por favor, vete.

—Vale, vale, me voy.

Bajó las escaleras de su antigua casa saltando, parando en el último peldaño para mirar por encima del hombro.

—Y no estés nerviosa. Dirá que sí.

Una sensación revoloteó desde mi estómago hasta el pecho cuando la puerta se cerró tras él.



James

Mi mano temblaba mientras forcejeaba con la llave en la cerradura. Habían pasado seis meses desde que Emma y yo oficializamos nuestra relación, y ella quería celebrarlo juntos. Así que, claro, terminé teniendo que hacer una entrega de última hora a un cliente en Merlin Heights. Luego, Jill tuvo un problema en su edificio, así que tuve que hacer una parada de emergencia. Había planeado llegar a casa una hora antes para celebrar medio año con el amor de mi vida.

Claro que hubo momentos difíciles, ocasiones en las que discutíamos o cuando nuestras inseguridades afloraban. Pero superamos esos momentos juntos. Ni una sola vez alguna de nuestras peleas me hizo pensar que la relación estuviera en peligro. Mantuve mis sesiones mensuales de terapia, y Emma seguía viendo a su terapeuta por videollamada regularmente.

Nuestra primera verdadera prueba llegó hace unos meses cuando los padres de Emma estuvieron en la ciudad, lo que agitó su ansiedad. Pero ella mantuvo firmes sus límites, y podía ver que cuanto más tiempo pasaban Linda y Frank en Greyport, más les gustaba también. Para cuando se dieron la vuelta para volver a casa, Emma incluso admitió que esperaba con ganas su próxima visita.

Era un progreso.

Esperaba aún más progreso esa noche. Planeaba pedirle a Emma que se mudara conmigo, oficialmente. Ella pasaba casi todas las noches en mi casa, de todas formas, solo dormía en el apartamento sobre Greyport Grinds si tenía una noche de trabajo muy larga.

Mi cama era un lugar solitario en esas noches.

—¿Emma? —llamé mientras me quitaba las botas de trabajo, guardándolas en el armario del pasillo. Emma tenía la costumbre de tropezarse con los zapatos en la entrada, y no me gustaba la idea de que se hiciera daño. Últimamente estaba muy constante con sus ejercicios de terapia y se sentía más ágil. Odiaba la idea de que se cayera y tuviera un retroceso, y sabía que a ella también le molestaría.

Eché un vistazo a la cocina y al salón, pero no estaba en la planta baja. Habíamos planeado pasar una noche tranquila frente a la chimenea con

platos de comida tailandesa.

Subiendo las escaleras, escuché una música suave que provenía de mi habitación. Reconocí la lista de reproducción favorita de Emma para relajarse después del trabajo, una mezcla de *pop-punk* y canciones *folks*.

A medio camino de las escaleras, la canción cambió a la que sonaba en el apartamento de Emma el día que la encontré enferma en el suelo. Sonreí al recordarlo. Esa fue la primera noche en la que me permití pensar en ella, en hacerla mía, sin una pizca de culpa.

Toqué la puerta del dormitorio al abrirla, y el olor a vela floral me hizo cosquillas en las fosas nasales. Mi chica se había esmerado, parecía.

—Hola.

Guau. La imagen de Emma con un vestido morado oscuro me golpeó directo en el estómago cuando la puerta se abrió del todo.

—¿Debería ducharme y cambiarme? Porque tú estás… jodidamente sexy. —Yo llevaba ropa de trabajo sucia, y el chándal que pensaba ponerme no iba a compararse con ella.

—Gracias. Y no. Estás perfecto, justo así.

—¿Estás segura? Estás increíble, y yo parezco…

—¡Bien! Estás bien. ¿Puedes entrar ya en la habitación?

—Eh, ¿sí? —Estaba rara, pero crucé el umbral mientras me desabrochaba el cinturón.

Decidí soltar la pregunta difícil de golpe y pregunté:

—Oye, sobre tu contrato de alquiler… —James, deja de hablar.

¿Qué coño?

Dejé de desabrochar mi cinturón y la estudié, más allá del escote y el vestido sexy.

—Estás temblando.

—Es que estoy nerviosa, idiota.

—¿Por qué? Solo te estoy pidiendo que te vengas a vivir conmigo. Prácticamente vives aquí de todas formas.

—¡James! Mira a tu alrededor ahora mismo. ¿Qué es diferente en esta habitación?

Di una vuelta completa, sin notar nada fuera de lo común.

—Mi cerebro ha colapsado cuando te he visto. Toda la sangre se ha ido directamente a mi polla. Perdona.

Quizá me dejara comerle todo para compensar.

Puse los ojos en blanco.

—Al pie de la cama.

—Oh. OH. —El banco. Pero, ¿por qué estaba dentro? Normalmente lo teníamos en el patio trasero, en el porche cubierto.

—¿Cómo lo has metido? Pesa un montón.

—Eso no importa. Es un gesto. Y tú me estás robando protagonismo con lo de mudarte.

—Entonces, ¿no quieres mudarte?

—¡No!

—¿No?

—Quiero decir, sí, quiero mudarme, pero no es eso de lo que hablo. ¡Quiero casarme contigo!

Joder.

—¿Qué?

Se acercó a mí, caminando descalza por mi habitación. Nuestra habitación.

—Tenía todo planeado. Le pedí a Harry que moviera el banco para mí. Incluso compré un anillo.

Mi corazón latía demasiado rápido. Tenía solo treinta y seis años y estaba en buena forma física. Comía bien y trataba de seguir con eso de la meditación que me había enseñado Harry. Un infarto era improbable. Pero juraría que mi chica ideal me estaba pidiendo matrimonio.

—Veo que estás sorprendido. —Me dedicó una sonrisa indulgente, con ojos cálidos—. James, te amo más hoy que hace seis meses. Te amaré más dentro de veinte años que hoy. Desde el minuto en que te conocí y pensé que eras un asesino en serie que entraba a robar, me has desafiado, animado y excitado. Quiero eso para siempre. Quiero ser imperfecta contigo por el resto de nuestras vidas.

Mi corazón falló mientras veía a Emma arrodillarse en el suelo, sacando un anillo plateado del escote de su sujetador.

—Lo siento, este vestido no tiene bolsillos.

Mi vista se volvió borrosa mientras reía. Era todo lo que nunca supe que necesitaba.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó, con esa maldita sonrisa y su hoyuelo brillando.

—Levántate del suelo —dije, tirando de sus hombros para abrazarla. La levanté hasta que envolvió sus piernas alrededor de mi cintura, la falda de su vestido morado se subió.

—Joder sí, quiero casarme contigo.

Sus labios sonrientes se encontraron con los míos mientras girábamos en círculo lentamente.

—Eres mi prometido —dijo al separarse.

Dejé que me colocara el anillo en el dedo anular izquierdo.

—Sí. Lo soy.

Lo que ella no sabía era que yo también tenía un anillo para ella, esperando en el cajón de mi cómoda el momento perfecto.

Fin

Sobre la Autora

Rachel escribe comedias románticas ambientadas en pequeños pueblos, con mucha pasión y el doble de ternura. Es lectora antes que escritora, y considera el «felices para siempre» un principio sagrado. Vive en el oeste de Nueva York con su marido barbudo, sus dos hijos revoltosos, un gato muy mimoso y un chihuahua tuerto.

Rachel es cofundadora de Book & Brew Creative LLC, junto a su compañera autora Jennifer Aline.